

lola, *darío fernández*
espejo oscuro *flórez*



Lectulandia

En *Lola, espejo oscuro* se relatan las andanzas de Dolores Vélez, una prostituta cuya existencia degradada sirve de pretexto para describir críticamente el Madrid de la posguerra. La misma Dolores Vélez cuenta en forma de memorias autobiográficas las vicisitudes de su existencia, que la han llevado desde un sombrío orfanato a una lujosa casa de citas.

La carrera picaresca de Dolores Vélez, o más sencillamente Lola, no se presenta como objeto de una investigación psicológica, sino como pretexto para efectuar un estudio ambiental. En efecto, pueden perfectamente considerarse como protagonistas de la novela ciertos estratos de la burguesía madrileña. De este modo, Lola es el «espejo oscuro» en el cual se refleja la vanidad, el cinismo, el vacío moral y el hedonismo irresponsable de los distintos responsables que la frecuentan y gozan de sus favores pagándolos.

Fernández Flórez dedica en la novela una atención especial a una galería de retratos un tanto estilizados: Perico, el holgazán carente de ideas y metas; Juan, fantasioso y narcisista, sin consistencia interior; Ricardo, el oficial que condensa de una forma casi paradójica los defectos de la casta militar; «El Espichao», figura mezquina y lastimosa, y muchos otros individuos nada recomendables de la buena sociedad de la capital. Todos ellos son los representantes de una categoría social que ha obtenido la mejor parte en la contienda civil pero que se demuestra vacía y vulgar; y es precisamente una prostituta quien juzga, con un profundo desprecio, el mundo que la margina a una condición de embrutecimiento.

En esto consiste el significado ético y trascendente que Darío Fernández Flórez atribuye a su narración, utilizando, incluso, pasajes de las Sagradas Escrituras. Lola representa el «espejo oscuro» al que alude San Pablo en una epístola a los Corintios (I, 13, 12), y que, en el turbio mundo sensual que rodea sus aventuras, permite revelar el humillante significado de la comercialización del amor. La narración de la degradación de Lola no es el objetivo que Fernández Flórez persigue; sí lo es, en cambio, el turbio reflejo de una ruina moral más amplia y generalizada.

Lectulandia

Darío Fernández Flórez

Lola, espejo oscuro

ePub r1.0

Titivillus 02.08.15

Título original: Lola, espejo oscuro
Darío Fernández Flórez, 1950
Diseño de cubierta: Yzquierdo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En el Epílogo personal que cierra esta novela hago saber al lector cómo llegaron a mis manos los papeles que dan lugar al relato autobiográfico de su protagonista, epílogo que aconsejo no convertir en prólogo por espíritu de contradicción, resabio que padecemos muchos lectores impacientes. Pero deseo que haya aquí constancia preliminar de algunas cosas.

Ante todo, rechazo la responsabilidad de cualquier posible semejanza entre los personajes reales que viven estas páginas y los seres más o menos ficticios que habitamos Madrid, que es donde transcurre principalmente la acción de esta obra. Nombres, apariencias y sucesos han sido dislocados para evitar ingratas coincidencias. Por tanto, si se produce caprichosamente todavía alguna de ellas, será respecto a personas y a hechos que carecen de toda relación con los que han nutrido estas páginas.

He de añadir aquí también que los juicios y opiniones que expresan los tipos de esta novela —pocos, en verdad, pues es gente de rompe y rasga que vive más que otra cosa— no tienen nada que ver, claro está, con los míos, que, en este caso, creo fuera de lugar.

En cuanto al ambiente en el que se desarrolla esta acción novelesca y a la mala vida de su protagonista, poco he de decir. Son los mismos, más o menos, modificados tan sólo por el siglo, que han dado lugar a una de las glorias de nuestra literatura. Clima y vida de picardía, de embuste trapacero, de mañoso hurto, de trato innoble y pecador. Como los de Trotaconventos y Celestina, de Lázaro y Guzmán, de Justina y Marcos de Obregón, de Teresa de Manzanares y don Pablos, de la Garduña de Sevilla y Estebanillo, por no citar más que a las grandes figuras de la picaresca española. Y, por lo mismo, vidas y climas duros, heridos, esquinados, antieróticos y antigalantes. Debo advertir honradamente, pues, a quien inicia acaso la lectura de esta novela con ansias de relato de alcoba, equivocado por la fea dedicación de la protagonista, que cierre el libro si no busca calidades más nobles, no sé si logradas o no, pero, desde luego, intentadas con vocación y empeño.

Hay maldad, hay pecado, en lo que va a leerse, porque hay maldad y pecado sobre esta tierra sin misericordia. Pero los malos, los pecadores, son también criaturas del Señor, y recordándolo escribió San Agustín esta hermosa frase:

Dios prevé los que han de ser buenos y los crea. Prevé los que han de ser malos y los crea... Perdona misericordiosamente y castiga justamente; o bien castiga misericordiosamente y perdona justamente. Nada teme de la malicia ajena; nada necesita de la justicia ajena; nada gana con las obras de los buenos, pero da a ganar a los buenos con las obras de los malos.

(De Gen. ad. litt. 11, 11, 15.)

Que así sea.

La despojaré y, desnuda, la tornaré como el día en que nació; y la convertiré en un desierto, en tierra seca, y la mataré de sed... Cercaré su camino con espinas y alzaré un seto para que no pueda hallar sus senderos.

(Oseas, II, 3 y 6.)

Ahora vemos por un espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara.

(San Pablo, I Corintios, 13, 12.)

PRIMERA PARTE

I

Nunca fui aficionada a escrituras y, de no haber conocido a Juan, jamás hubiera dedicado una tarde a conseguirme unos papeles decentes y una de esas plumas encaperuzadas que vienen de América y que, después de algunos fastidiosos esfuerzos, escriben bien y dan tono.

Sin embargo, siempre me barruntaba yo que mi vida no era la vida de una cualquiera, ni mucho menos. Porque desde chica, y aun antes de nacer, según creo, parezco destinada a cosas grandes, a que la gente se fije en mí y a que muchos anden de coronilla por satisfacer mis deseos. Pachín, el alcalde de Zamarrón, que debe saber mucho, por viejo y por alcalde, dice que todo me ocurre por ser guapa y nada más. Pero Juan asegura que soy una mujer «maravillosa y difícil como una primavera». Y así puede seguir durante una hora diciéndome disparates, aun después de haber pasado un rato conmigo, lo cual, indudablemente, debo agradecerle, pues casi todos los hombres se ponen morugos una vez idos los entusiasmos del caso y próximas las realidades de su obligación.

Yo soy, desde luego, algo rara. Siempre me di cuenta de ello, alegrándome mucho al sentirme tan distinta a las demás. Pero hasta que conocí a Juan no supe que esta rareza puede hacerme inmortal, vivir en la memoria y en la envidia de la gente y producir una admiración que necesito viva y muerta. Porque yo creo que el alcalde no anda errado y que cuando se le arruga a una la piel o se le cae la carne, y mucho más si se le pudren los huesos bajo tres palmos de tierra, ya nadie te echa cuentas, diga lo que diga Juan, que me parece está tan loco como yo. Pude comprobarlo la otra noche, ya de amanecida, cuando le dije que quería morir con él y le agarré el volante del coche, a toda marcha, apuntándolo contra un paredón verdense que cerraba el fondo de la calle, un despeñadero torvo y feo. El muy salvaje se rió y no tocó el freno, hasta que volcamos en la esquina; fue un buen morrón, que pudo haber terminado mal. Cierto es que yo no estaba en mis cabales, pues andaba más cargada que una cuba; pero en verdad que no podría asegurar ahora que aquello fuera una comedia más y que no me apeteciera llevármelo conmigo al otro mundo.

Siguiendo con lo mismo, quiero decir que nunca se me había ocurrido esto de que una pueda dejar cosas que vivan después de muerta, descubrimiento que ha llegado a preocuparme. Cosas que, como dice Juan, fijan la imagen inmortal de una mujer interesante, digna de ser conocida por alguien más que por sus conocidos. La verdad es que con mis conocidos, que son muchos y de lo mejor de España, he tenido hasta ahora bastante, y algunas veces demasiado, porque una sabe manejárselas. Pero ya, con todas estas tonterías que me han metido en la cabeza, no me satisfacen, y como he de morir joven y en plena belleza, quiero que pueda saberse siempre cómo he sido, no para lección ni ejemplo, según suele decirse, sino para que los hombres sepan que hubo una mujer como yo y se fastidien al no encontrar otra semejante.

Aquí, como es natural, no quiero engañar a nadie.

Va a resultar muy difícil, no sólo porque mi bienestar depende siempre de mi habilidad para la mentira, sino porque cuando una cuenta dos o tres veces una historia trapacera, termina por creérsela de cabo a rabo. Y aquí quiero ser sincera, aunque, claro está, arrimando un poquito el ascua a mi sardina, pero sin romanticismos ni bobadas sentimentales, que me dan grima.

Confieso que no sé por dónde empezar, y a Juan, que sabe mucho de esto, no le da la gana ayudarme. Dice que hartó sé de otras mañas y que cuanto menos sepa de ésta, mejor. Que me ponga a escribir por las buenas, como si estuviera atrapando a uno, y que milagro será que no consiga cazar al lector, si es hombre, y a las mujeres, si no han dejado de serlo. Porque los lectores verdaderos abren los libros con la misma emoción que sofoca a los enamorados en sus citas y que la primera página es para ellos como un primer beso. ¡Cualquiera se acuerda ya de esas cosas!

De todos modos, como yo no tengo pretensiones de mujer redicha, aunque sepa más que la primera, lo mejor será no andarse por las ramas y comenzar la charla con el lector, como si nos halláramos en cualquier tasca cenando unas pechugas de ave «suprema», regadas con un buen tintorro de la tierra, vino que sólo bebo acompañada por aquellos fieles amigos ante los que puedo permitirme algunas confianzas, que he de disimular con otras más protocolarias amistades, dengueando sobre la carta de los vinos y solicitando alguna rareza bien estudiada que les escueza el acoquinado bolsillo y encienda el torpe corazón.

II

Ante todo, debo advertir que soy una chica muy mona. Muy mona y muy cara. Lo digo porque, aunque todo el mundo lo sabe, yo lo recuerdo muchas veces, para que nadie se llame a engaño. En estas cosas, los hombres son tan inocentes, que siempre hay que exagerar todo lo posible sobre la maravilla que su suerte les ha puesto al lado. Así he conseguido no sólo ocultarles mi único defecto, unas piernas algo flacas y no tan derechas como quisiera, sino que se mueran por mis pantorrillas.

Por ahora, no conozco ninguna otra mujer que pueda comparármeme. Ellos lo saben y se irritan, porque les froto bien los morros con esta superioridad mía, que quisieran humillar y que no pueden.

No voy a describirme diciendo que mis ojos son así o mi boca así, que tengo un tipo monísimo y unos andares lentos, balanceantes, que quitan el hipo. No. Diré tan sólo que dispongo de una especie de magia que encadena a los hombres por donde hay que encadenarlos, y que no es, como muchas creen, por lo que dura poco y pasa pronto, sino por lo que dura mucho, aunque pase también siempre; que es una refinada mezcla, que dé lo suyo a la carne y lo suyo al espíritu, y cargando un poquito más la dosis por este lado, si es menester. Así, entre parpadeos mimosos, vocecitas suaves, dulces miradas y oportunas languideces, por un lado, y fieros celos, caprichos insensatos, ardorosas convulsiones y alguna que otra coz por otro, los voy enredando a estos asquerosos en mi tela de araña, hasta encanijarles bien los bolsillos y echarlos a la basura por una temporada.

Porque yo los aborrezco, y quisiera verlos a todos matarse por mí.

El otro día me preguntaba Juan los motivos que tengo para este odio, y le dije la verdad: que me han hecho mucho daño. Se rió, una vez más, con esa risa suya, que me saca de quicio, porque no logro vencerla, y aseguró que ésa no era ninguna razón, y que otras habría. ¡Bueno, vaya usted a saber! Pero la verdad es que cuando los veo padecer por mi culpa me entra un calorillo por las entrañas, que da gusto, de veras. Por lo cual pienso que no debo quererlos mucho.

Perico dice que yo debiera ocultar esta desafición, que resulta muy desagradable algunas veces; pero estoy segura, absolutamente segura, de que se equivoca. Porque saberse odiados les hace gracia, los encela más y los mantiene en una tensión, en una vigilancia de sí mismos, que contribuye mucho a enredarlos entre mis brazos.

Esto no quiere decir que yo no sea simpática. Al contrario, todos dicen que, una vez solucionada la cuestión económica, en la que soy muy exigente, no hay otra mujer tan divertida y animada como yo. Creo que es cierto, porque me esfuerzo en adaptarme a mi hombre cuidadosamente, cambiando de color como el camaleón, de acuerdo con lo que tengo al lado. Así, sé hacerme la niña empalagosa, la gachí simpaticota, la flamenca borracha, la desesperada, la interesante y hasta la viciosa, aunque esto es lo que más me molesta. Consiguiendo que cada uno me vea como quiere verme y que después nadie esté de acuerdo sobre mi manera de ser, con lo cual

todos piensan que han conseguido conocerme y que me confío a cada uno exclusivamente.

En cuanto a Juan, no está de más el decir aquí, porque lo he citado ya varias veces, que me conoce mejor que ninguno y que al maldito no se le escapa nada ni hay forma de engañarlo, aunque me parece que daría cualquier cosa por engañarse un poco, lo suficiente para llegar a creer en mis arrumacos. Por eso, cuando comienzo mi faena, se enfada y me tiene prohibidos los mimos, los suspiros y hasta el rechinar de dientes en su ocasión. A veces no me deja casi ni hablar y me asegura que, si pudiera, le gustaría tenerme embalsamada y silenciosa en un botellón de cristal, tendida a su lado, para contemplarme. Con todo esto, resiste el tío como nadie y gasta lo que él quiere, no lo que quiero yo.

¡Ah!, pero los otros... Cuando les echo encima de su fortaleza mis veinticinco años, ¡cómo se ablandan y derriten! Cuando, bajando un poquito la cabeza, transportada por la emoción de sus palabras, les alzo los ojos tiernamente y les meto mi luz hasta lo más hondo de su debilidad, ¡cómo me entregan sus pobres ilusiones, sus necias esperanzas! Y si, en otro momento oportuno, hago que la cascada de mi pelo se derrame por mis hombros desnudos, rodeando una carita llena de mimo o un rostro enardecido por la pasión, ¡qué alboroto!, ¡qué entusiasmo se despierta en ellos!, ¡cómo pierden su máscara de hombres de presa, su pedantería de sabihondos, y, tras sus mandíbulas de dominadores, cómo muestran unas gargantas cobardes, corrompidas por el miedo, por la vileza de su vida! Toda su falsa dignidad, su magnificencia de seres superiores, huye ante mi resplandor y los deja en cueros vivos a los muy c... ¡Oh!, no; no debo poner aquí palabras feas. Aunque Juan se empeñe en que lo suelte todo tal y como se me venga a las mientes. Porque yo también tengo mi educación, y las buenas madres del hospicio de Almería me enseñaron todo lo necesario para ser una señorita.

Además, en los libros que leo, que son muchos y buenos, me doy cuenta de que la gente no habla allí jamás como se habla en la vida, pues se dicen siempre palabras nobles y empalagosas. Por eso, al menos, que no quede por aquí nada feo, aun cuando yo sea bastante mala lengua si me rascan el coraje.

III

Bien está que los viejos se dediquen desvergonzadamente a hilar sus recuerdos, porque así se engallan un poco, los desgraciados, y entretienen a la muerte. Pero yo, a mis veinticinco años de pimpollo en flor, no siento ilusión alguna por repasar mi niñez.

Tan sólo debo decir aquí, porque es lo suyo, que mi vida se inició bajo el manto dramático de un gran misterio, que, la verdad, algunas veces me trae frita. Sí; hace veinticinco años, el 23 de marzo de 1921, por la noche, alguien me dejó en el torno del hospicio de Almería, y después de llamar con fuertes golpes impacientes, desapareció. Exactamente como en esas novelas por entregas que le echan a una por debajo de la puerta y que distraen un poco las penas propias con las penas de los demás.

Allí, pequeñita, sonrosada y preciosa, me recogió la hermana tornera, a quien siempre quise y respeté como a una madre. Después comencé a crecer, como todas las cosas pequeñas crecen.

El hospicio estaba en una parte del caserón dedicado al hospital, que se hallaba junto al parque de la ciudad, frente al puerto. Recuerdo muy bien todavía el patio grande, soleado por los suaves soles del invierno y los devoradores del verano. Había allí cuatro palmeras con talle de gitanas camineras, blanqueados los troncos por los polvos del constante secano, porque esa tierra no cría apenas agua. Y macizos de margaritas y otras plantas, que iban muy bien con los azulejos encarnados, blancos y azules del patio, a más de unos tarayes que alegraban el alma cuando echaban sus flores sonrosadas.

La vida allí era muy simple, pero yo andaba siempre llena de ilusiones, mucho más que ahora, que me veo alhajada como una reina, con quince modelos de los mejores modistas, veinte pares de zapatos y tres abrigos de pieles, uno de ellos de zorros plateados, que quitan el hipo y arrancan la envidia de los ojos de mis compañeras de la vida.

Los jueves y los domingos salíamos las chicas del hospicio a dar un paseo, para refrescar un poco la sangre, prisionera en aquellos muros. Íbamos en fila, emparejadas; las pelotilleras y soplonas dándole el aguabuche a las hermanas; las otras, murmurando siempre mil cosas. Y daba gusto vernos con nuestro uniforme azul, alegrado por una corbatita blanca, porque la gente nos miraba con curiosidad y pena, y las otras chicas de padre y madre abrían mucho los ojos con expectación y temor al pasar nosotras, hasta que, en un desgarro, a espaldas de las monjas, les sacábamos la lengua, por idiotas.

A propósito de esto, y porque se me viene a las mientes, debo decir que desde entonces pensé que el tener padre y madre, aun cuando no voy a negar que resulte cómodo algunas veces, debe encanijar el carácter y entontecer un mucho. Por mi parte, puedo asegurar que yo no eché de menos esos mimos y empalagos a los que

otras hijas de familia están acostumbradas, y que con las madres del hospicio tuve bastante, y aun demasiado. Y que así se cría una más abrazada a la verdad de la vida, que es una verdad que requiere muchas horas de vuelo, según dice un comandante de aviación amigo mío.

Por eso confieso que me irritaba mucho aquella conmiseración que casi siempre endulzaba la cara de las gentes cuando dábamos nuestro paseo por las avenidas del parque o por las orillas del puerto. ¡Como si las hospicianas tuviéramos que entristecernos la vida por el hecho de serlo! Desde entonces pensé que había muchos bobos en el mundo y que acaso pudiera resultar divertido cazarlos más adelante, cuando los días nos van creciendo las uñas de la sabiduría y de la fortaleza.

A las siete de la mañana nos levantábamos, todo el año, y las nueve de la noche nos daban siempre arropaditas en la cama. Oíamos misa de ocho en la capilla, y desayunábamos café y pan, migado en el tazón o mordido, a elegir. Después nos ocupábamos en nuestras labores, que dependían de la edad y de la agudeza de cada una. Se bordaba, se cosía, se lavaba, se barría y se fregaba a todas las horas del día. Las chicas mayores ayudaban a las hermanas a cuidar a los enfermos del hospital y las pequeñas se dedicaban a distraer a los niños. Yo siempre les tuve ley a los enfermos y anduve muy pronto entre ellos, con blandas manos, lengua larga y mucha paciencia, que es lo que precisan los pobres.

De comer nos daban un ranchillo, siempre bien recibido, porque yo no supe nunca entonces de desganos y soponcios, compuesto casi siempre de patatas con lentejas, judías o bacalao, y carne los domingos y fiestas de guardar. La madre superiora bendecía solemnemente la mesa antes de comer, y la pitanza se cerraba con un padrenuestro en acción de gracias, y en verdad que había que darlas, porque después he visto lo difícil que resulta tener un bacalao seguro con que entretener las muelas.

No faltaba nunca la merienda, parecida al desayuno, ni una cena con sopa de fideos, pescado, verdura y algún huevo que otro, con más aire que yema. Y rosarios, novenas y sermones en abundancia.

Cierto es que yo le gané sus buenos cuartos al hospicio pues a mis diez añitos cortaba, zurcía y bordaba primorosamente para la calle, sin ver un real. Pero no por eso olvido el agradecimiento que debo a aquella casa, aun cuando me gustaría que más de una mano ligera y que algunas bocas gruñonas supieran, antes de irse con los pies por delante, que a mí hoy no me pega ni me gruñe nadie. De todos modos, hay que dar a cada uno lo suyo, porque yo sé muy bien eso de un tal señor César y de Dios. En el hospicio me fue muy bien, y cuando lo dejé, a los trece años, fue por la puerta grande, y no saltando las tapias con una escalera, como alguna idiota, encandilada por el novio, que yo me sé.

Yo nunca fui noviera, lo aseguro, y aunque me llevaba muy bien con las amas de leche que venían a darles teta a los nenes hospicianos, no fue para líos de hombres, sino para comunicar con el exterior y disminuir un poco mi ignorancia.

Dejé el hospicio, como ya queda dicho, a los trece años. Estaba ya muy mona,

espigada y esbelta como un junco, con esta carita tan fina que Dios me dio y dos trenzas muy largas y juguetonas, que escondían mi pelo castaño, tirando a rojizo. Y aunque apenas estaba desarrollada, ya sabía yo que me seguían las miradas de los hombres. Pero entonces no tenía nada que pedirles y no les echaba cuentas.

Salí del hospicio recogida por unos porteros de la calle Real. Por cierto que no sé a qué viene el recordar todo esto, porque yo tengo muy mala memoria, se me van las cosas y cualquier esfuerzo me aburre. Pero Juan anda siempre diciendo que de chico se le forman a uno los granos que después echan la mala pus que nos reconcome, y que para conocer a las personas conviene saber cómo fueron sus primeros años. Yo, la verdad, no lo creo; pero como a nadie le disgusta tratar de uno mismo, seguiré con mis porteros, a los que siempre di el nombre de padres.

Los porteros estaban casados por la Iglesia, que ya se cuidaron las monjas de asegurarse la boda, y tenían una hija de mi edad y un nene recién nacido. Movidos por su amor al prójimo y a los dos mil durillos que me acompañaron en el torno del hospicio, decidieron recogerme. Pero, al llevármese, hubieron de abandonar parte de sus ambiciones, porque, con mi consentimiento, se quedaron en el hospicio mil duros para los pobres, que allí lo éramos todos.

La madre superiora, antes de que yo dejara la casa, se encerró en su despacho con los porteros durante más de una hora, entrevista que calentó aún más de lo que ya estaban las imaginaciones de mis compañeras. Porque siempre hubo en el hospicio mucha sombra y misterio en lo de mi nacimiento, tal vez bastardo, no lo niego, pero de alta condición y noble aventura. Hasta el punto que se murmuraba que había títulos por medio y una muerte trágica de un joven señor. Lo cierto es que cuando me dejaron en el torno llevaba, además de los dos mil duros, ropa fina y una preciosa medalla, con la santa efigie de la Macarena, que era una joya. Grande, pesada, en oro de ley, con la reciente fecha de mi nacimiento y las iniciales M. V. en brillantes, que dieron lugar a mi nombre de María de los Dolores y el apellido Vélez, que se me dio.

La joya, siempre en poder de la superiora, como los dos mil duros, alborotaba los sueños de las chicas, iluminando la honrada modestia del hospicio con el fulgor de sus brillantes pecadores. Algunas aseguraban haberla visto, en un momento de favor amable de la madre. Otras la agigantaban en su pensamiento hasta figurársela radiante, abrasadora, como un sol de fuego que incendiaba sus sueños. Yo, la verdad, la tuve un rato en la mano el día de mi primera comunión, y las madres dijeron que me había conducido muy discretamente al verla por primera vez. La estuve observando con sosegada curiosidad, y no me pareció demasiado grande. Sin embargo, su peso en la palma de mi mano, aquel apretarme la carne con el fresco calor del oro, no se me ha olvidado nunca. ¡Ah!, si los hombres pagaran en buenas monedas de ley, que fueran goteándole a una hasta llenarle todo el cuenco a la mano, otro cantar les cantara, estoy segura, y más habrían ellos de recibir.

Al despedirme, la madre superiora me dijo que mis padres adoptivos habían sido ya informados de todo lo que ella sabía sobre mi nacimiento y origen, y que, al

cumplir la mayoría de edad, me enterarían de ello. Que debía rezar mucho por las almas de mis padres, ya estuvieran padeciendo en este valle de lágrimas o acogidas por la misericordia infinita de Dios, Nuestro Señor. Que fuera siempre muy buena, como hasta la fecha lo había sido, y que no olvidara que el camino de la virtud resulta a la postre siempre más conveniente que el del pecado, un espejo falso movido por las manos corrompidas y crueles del Diablo. Que honrara siempre a Dios y a mis padres adoptivos como si fueran verdaderos. Y que si alguna vez Dios me concedía la alegría de hallar a estos últimos, que no olvidara que la caridad y la misericordia son las virtudes preferidas por el Señor.

Después, la madre se puso algo melancólica, porque siempre me tuvo ley. Me besó y me dijo que era ya muy bonita y que seguramente sería una mujer muy hermosa, para mi desgracia en el mundo. Porque la única hermosura que hace feliz a quien la posee es la hermosura del alma. Por eso, rogaría siempre a Nuestro Señor Jesucristo para que no perdiera la de la mía y me quedara tan sólo abandonada a la belleza del cuerpo.

La verdad era que, aunque no la entendía bien, me sonaban muy a gusto sus palabras, dichas serenamente, como si se hablara a sí misma. La madre había sido una gran señora, muy guapa, y todavía daba gusto verla con sus limpias tocas y sin perder la paciencia cuando un enfermo echaba sobre la sábana hasta la asadura.

Hubo besos, abrazos, y yo solté unas escasas lagrimitas, porque estaba deseando salir de allí para ver ese mundo pecador que bramaba tras los muros del hospicio.

IV

Mi padre, pues siempre le traté de tal, era un cordobés de unos cuarenta y cinco años. Había sido guardia civil, y de estos trotes conservaba el ojo receloso, la boca cerrada, la mano larga y la patada abundante. Yo nunca lo quise, porque me puso ambas muchas veces encima, y porque era hombre bronco, de barba siempre crecida, dura, y de pocas, pero malas palabras. Mi madre era más joven, de buenas carnes todavía y muy orgullosa de ellas, aun cuando me consta que nunca le valieron para nada de provecho. Charlatana y chismosa, hablaba siempre mucho más de lo que debiera, porque se emborrachaba de palabras, y ya no paraba mientes en lo que decía. Se llevaba muy mal con mi padre y se pegaban los dos con frecuencia, pues, aunque hembra, era tan fuerte como él y de la tierra del ronquido, por más señas. Sin embargo, quería a su hombre, y, que yo sepa, nunca le faltó con nadie, como pudiera haberlo hecho, pues más de uno andaba loco tras sus prietas mantecas. Yo también la quise siempre bien a ella, porque era buena y jamás me puso en serio la mano encima.

Pasaron así varios meses, cosiendo, bordando, trabajando en la casa y correteando por la calle a la buena de Dios, hasta que un día mis padres se atizaron más de la cuenta y se revolvió la familia.

Se había descuidado mi madre, que era muy loca y distraída, quemándosele unas lentejas con tocino que teníamos para comer. Entonces mi padre, descompuesto al no poder engañar mejor el hambre, soltó su mala lengua y la puso verde. Tales cosas le dijo, que ella, que andaba escasa de correa, agarró la sartén por el mango y quiso ensartarle la cabeza. A mi padre se le revolviéron las tripas y, más encendido que nunca, agarró un cuchillo y se echó sobre ella, con el humo de la sangre en su cara. Yo me encrespé también y, con toda la fuerza de mis trece años, alcé una gran piedra que servía de poyo en la cocina y se la tiré sobre un pie a mi padre, con tan buena fortuna que le rompí un tendón y lo dejé cojo para toda su vida.

El hombre, bramando y escupiendo espuma como un toro fogueado, nos echó de la casa a las dos, en medio de un escándalo que fue la diversión del día para toda la calle. Hipando y gimiendo lo más exageradamente posible, como debe hacerse en estos casos, nos recogimos en la casa de una hermana de mi madre, que se espantó de la inesperada compañía.

A poco, vi que aquello iba a terminar mal. Porque mi madre es mujer difícil, que no sabe ceder a tiempo y que crece las cosas sin que nadie pueda hacerla entrar en razón. Y todo eran voces, sofocos y celos en casa de la tía.

Yo andaba entonces muy ignorante en cosas de la vida. Pero ya empezaba a darme buena cuenta de que hay que ir con mucho tiento para juzgar a las personas y que el juicio que uno haga nada tiene que ver con el cariño que se pueda sentir. Porque mi padre, por ejemplo, era, como he dicho, un tipo bronco, callado y antipático. Al parecer, no nos quería a ninguno, a no ser al nene, y, sin embargo, se

pasaba las horas muertas cuidando unos verderones que tenía enjaulados y se moría por las flores, aunque fueran unas simples margaritas.

Como dije, yo no lo quería, y, en cambio, siempre tuve una debilidad extraordinaria por mi madre, que, a sus cincuenta años, es todavía una mujer de rompe y rasga, incapaz de enternecerse por nadie.

Siguiendo con lo mío, digo que yo vi que aquel ampararse en casa de la hermana de mi madre iba a acabar muy pronto peor que el rosario de la aurora. Y como, por entonces, yo había hecho amistad con unos gitanos, di en abandonar mi familia adoptiva e irme con ellos, a recorrer estos mundos que más que a Dios se me antoja pertenecen al Diablo.

V

Juan asegura, cuando hay ocasión, que soy muy inteligente. Demasiado inteligente para mujer, y harto más para una mujer de la vida, dice. A mí, la verdad, lo que me parece es que soy guapísima, y, al cabo, esto es lo que me interesa. Presumo de ello, porque puedo, y de nada más.

Sin embargo, tal vez no ande descaminado el hombre, porque en todas las historias de personas que fueron célebres siempre hallé cosas raras, vidas alborotadas por la inquietud y una como locura oculta que les hacía acertar muchas veces cuando los demás erraban. Yo no sé si habré acertado o no en mi corta mas ajetreada existencia, pero creo que hice muy bien en escaparme con los gitanos, porque pasé con ellos los meses, mejores de mi vida. Tanto, que muchas veces sueño con aquellas carreteras polvorientas de Andalucía y con la aventura extraordinaria que me traían todas las jornadas. Por cierto que no hace muchos días, yendo de paseo en el coche de Juan, con el que tengo alguna confianza, me apeteció recobrar aquello y se me antojó andar un rato descalza por la carretera.

Llovía mansamente, la tierra echaba todo su olor y las cunetas estaban encharcadas. A mí, que soy de tierras polvorientas y secas me sacan de quicio estos días así, grises, templados y húmedos. Por eso me empeñé en bajarme del coche y en andar un par de kilómetros sola y descalza por allí, para sentir en mis pies otra vez la buena tierra.

Juan me miró al pronto un poco sorprendido. Pero, después, como él sabe comprender estas cosas, me contempló con mirada un poco tristonza y me ayudó incluso a quitarme las medias de seda y a descalzarme. Recogió mis cosas en el coche y se marchó dos kilómetros más adelante, porque yo no deseaba ver a nadie, después de advertirme que sentiría mucho me llevara una decepción.

No me la llevé, no, pero me sentí un poco torpe, casi vieja, y mis anginas se alborotaron durante una semana, con la humedad que cogí en los pies. Es verdad que las mismas cosas nunca vuelven...

Los gitanos eran una pareja ya de edad. Alto, viejo, bien plantado y sucio, con unos bigotazos que daban miedo, si se los alzaba, pero que, generalmente, los llevaba lacios, caídos, como un chino, el hombre era un verdadero artista, pues sabía tocar el pito, la guitarra y el acordeón. Llevaba dos monas amaestradas, que bailaban y jugaban, y había perdido últimamente, de miseria, a un oso que el viejo quería mucho, pues le daba muy buenos cuartos. Al gitano le llamaban el Cuchiyiyas por Andalucía y el Cuchillas por Levante. Era muy borracho y se gastaba todo el dinero en vino. Pero nunca me pegó y me llamaba *la nena*, con simpatía.

La mujer era menos vieja, aunque no joven, garbosa y decidida. Sabía más que el hombre, pues sus dedos eran maestros en *apañarlo* todo y nadie la atrapó nunca en el momento de practicar su ciencia.

Aunque los dos se pegaban también, como la mayor parte de los españoles, era de

otra manera que la de mis padres, los porteros de la calle Real. Porque, según he visto, hay modos y modos de zurrarse la badana; el de estos gitanos era simpático y estoy por decir que hasta cariñoso. Pues ella tenía gracia para todo y él una seriedad solemne que no perdía nunca, ni aun hablando de su oso, que había sido una maravilla de bicho, de creer sus palabras.

Abandoné, pues, con ellos, Almería, en un amanecer de marzo, midiendo con nuestros pasos la carretera de Málaga, mientras se doraba la Punta del Río y el cabo de Gata asomaba su morro entre los velos de la niebla del golfo.

Todo se había arreglado muy bien. Me escurrí sin dificultad de la casa y me junté con los gitanos en las afueras de la ciudad. Allí, tras unas chumberas, me quité la ropilla y me puse una faldita larga muy graciosa y una blusa con un pañuelo al cuello que me dio la Bermeja, que era mi nueva madre. Hicimos un lío con mis cosas, para venderlo todo en la primera ocasión, y, airoso y juncal como una faraona, me dispuse a cumplir mis catorce añitos, que se me venían ya encima, por aquellos caminos de la costa.

Entre los gitanos y yo no hubo, realmente, trato alguno, como nunca lo hay entre personas nobles. Yo me uní con ellos y ellos me llevaron en su compañía; nada más.

No teníamos carro, ni bestia que montar, y andábamos todos los días lo que nuestros pies aguantaban. Los míos, más señoritos, se resistieron algo durante las primeras jornadas, pero yo no me daba entonces cuenta de lo lindos y primorosos que son y los traté mal. Así, en una semana, unos ratos andando, otros subidos sobre algún carro generoso —demasiado generoso, pues siempre, al separarnos, quedaba disminuido en algo—, cruzamos aquellos yermos y llegamos al verde Motril, viviendo del terreno.

Paramos poco en este pueblo, pues la gente de la costa nos miraba con recelo y resultaba difícil robarles algo, aun cuando yo me estrenara ya en Adra, donde mis dedos supieron de cierta carterilla de un mozo bobo, embelesado con los juegos y brincos de las monas. Y apresuramos nuestras andaduras para llegar pronto a Málaga, ciudad de grandes recursos, según mis padres de carretera.

No andaban equivocados, no. Porque, ya en sus afueras, en Pedregalejo, *apañamos* en un chalet dos sábanas de hilo que vendimos más tarde en El Perchel. Allí descansamos nuestros huesos tres noches, en el Parador del Sol, hasta que el ansia que tenía en los dedos la Bermeja nos obligó a trasladarnos a La Pelusa, uno de los barrios más alegres y jacarandosos que mis ojos han visto. Porque en él se vendía todo que era una gloria y sin tener que esconder la cara o que contar una larga y encrucijada relación.

Por el día llevábamos las monas a la calle de la Victoria, al Parque y a la Alameda, si no nos veían los guindillas. Y mientras el gitano, muy serio, como siempre, hacía bailar los bichos al son del pito, de la guitarra o del acordeón, según la importancia del público, yo pasaba el platillo y la madre trabajaba sus primorosos dedos.

Otras veces, la Bermeja se empleaba para hacer sábado en alguna casa de la calle de Haza María o del Cristo de la Epidemia, y, una vez estudiado bien el alijo y aprovechada la ocasión, salía por pies con algo y la alegría del sábado terminaba en dolor de lunes en aquella casa. Mientras, el Cuchiyiyas y yo andábamos con las monas por la plaza de la Merced, esperando ansiosos su llegada y rezando por su soledad.

Fueron días muy buenos, pero a mi me gustaban más las jornadas camineras, donde la emoción sale más de la tierra que de los hombres. Pero en aquellas semanas malagueñas me hice mujer y, al decir de todos, florecía como un capullo en primavera.

Como todo se acaba, aquellos días dieron fin también, y hubimos de abandonar la ciudad por la carretera de Algeciras, con algunos cuartos, un lío de ropas finas y las maldiciones de muchas buenas gentes encima.

VI

Hasta Marbella todo fue bien y nuestros pies descansaron más de lo acostumbrado, pues nos juntamos a unos arrieros alegres y decidores, generosos con nosotros, aunque la Bermeja aseguraba que su bondad tenía otro nombre, que no quería decir para no abrirme demasiado los ojos. Yo los llevaba muy bien abiertos y sabía poner siempre aire suficiente por medio para apagar la proximidad de todos los hombres, que, bien lo sabe Dios, me tenían sin cuidado.

Pero, en Marbella, uno de los dichos arrieros, desesperado por mis desdenes, intentó lo que un hombre, por honra suya, no debe intentar jamás obtener a la fuerza de una mujer y, a mis voces, acudió el Cuchiyiyas y le dio un navajazo bien dado en el brazo. Se armó entre ellos mucho ruido y barullo, y nosotros, que no queríamos tanta jarana, en lugar de seguir la ruta de la costa hasta Estepona y San Roque, cortamos por San Pedro de Alcántara hacia Ronda, ciudad de buenas ferias y sede del mejor toreo, según mi gitano padre.

No pienso vivir muchos años, pero aun cuando me viera centenaria y boba, no creo habría de olvidar nunca aquellas marchas que le dimos al cuerpo por la sierra Bermeja y la Serranía de Ronda. Porque el bulto que habíamos sacado de Málaga, en lugar de enflaquecer con los días, se hinchó más en Fuengirola, gracias a la buena disposición y confianza de los arrieros, cargando con él, a la par, los dos gitanos, auxiliados por mis flacas fuerzas. Y cuando abandonamos San Pedro de Alcántara y comenzamos a trepar por riscos y gargantas, fue preciso espabilar el caletre para no echar los bofes en cualquier cuneta de aquella condenada carretera.

Así, tomamos una inteligente disposición que alivió nuestras fatigas. Dividimos el bulto en tres; uno pequeño y dos más grandes. La Bermeja, que andaba algo picada del pecho y escupía muchas veces sangre, cargaba el pequeño a cuestras y el gitano otro de los grandes. Yo me quedaba en la carretera, guardando el tercer lío, hasta que ellos marchaban dos o tres kilómetros. Desde allí tornaba el Cuchiyiyas, solo y descargado, y yo me iba con él hasta donde la mujer amparaba el otro bulto grande y el que ella transportara. Así subimos la primera sierra.

Desde entonces le tuve ley al gitano y cuando, algún, tiempo después, se lo llevaron los civiles, confieso que mis ojos se acobardaron. Creo que fue una de las pocas veces que he llorado de verdad en mi vida. Pero el viejo lo merecía, pues, como se ve, siempre afrontaba las situaciones y daba la cara, sin echarse para atrás haciendo trabajar al prójimo, como ocurre con tantos hombres. Y a mí me enseñó muchas cosas y, entre otras que no recuerdo ahora, a beber como una señorita. «Mira, nena —decía—. No bebas *asín*, metiendo el gollete de la botella por los morros. Tú serás una dama y debes aprender delicadezas. No chupes ni mames del caño. Colócalo, con finura y garbo, en los labios y empina un poco el codo, preciosa». Era todo un hombre, de los que ya no hay, y si hubiera sido más joven...

Ganamos, como digo, la primera sierra, que llaman Bermeja, nombre que puso

muy orgullosa a mi madre, que llevaba el mismo apodo, porque siempre le tiró un poco la color de la piel al reflejo del cobre. Y así, me dijo que ella era como las montañas éstas, muy difícil de ganar, y que sólo su hombre había podido conseguirla. Que iba a morir pronto y que, si era posible, le gustaría ser enterrada por aquellos altos. Esto y otras cosas dijo, porque era una mujer oscura, de la que yo me traje algunas de sus rarezas.

Ya arriba, nos paramos un rato a descansar y a mirar. Pues sentíamos toda esa orgullosa satisfacción de dominar la tierra que se siente al coronar los montes después de haberlos trepado trabajosamente con los pies. Lo que no sucede cuando la llevan a una en auto, por muchos kilómetros que se recorran y por muchas burredas que haga el del volante.

Daba gusto ver aquello. Hacia abajo, la tierra parecía una mano abierta y hacia atrás un puño cerrado. Todo se iba suavizando, allanando, hasta llegar a la arena laminada y rubia de la playa, al agua tersa y azulada del mar, que se veía a lo lejos, hasta las costas de África. Pero si dabas la vuelta y mirabas hacia el otro lado, todo se arrugaba, todo se encrespaba más y más, tapándote casi el cielo con sus apretados montes.

Cara al mar todo parecía fácil, cómodo, sencillo y bueno. Y soplaba una brisa suave que te acariciaba la faz. De las sierras, que se precipitaban impacientes una sobre otra, asomando sus curiosas crestas como esos rostros que se escalonan, ansiosos de figoneo, tras las ventanas de las casas de vecindad, venía un viento frío, que cortaba, y las cosas se le antojaban a una complicadas, incómodas y amenazadoras. Después, muy pronto, aprendí a querer a las montañas, pero entonces me dieron miedo, pues era hija de la costa, el rumorcillo del mar me había arrullado catorce años y no sabía que la tierra pudiera encrespase así.

Habíamos pasado ya Benahavis y veíamos Igualeda cuando mis padres decidieron hacer noche en la abandonada choza de un pastor, lo que fue un hallazgo, pues al caer el sol el viento se hizo helado y nos traspasaba los huesos, a pesar de correr los últimos días de septiembre. Este encuentro con el frío fue otra de las cosas que descubrí allí.

Después de cenar un buen trozo de pan con aceite y tocino, acompañado por un largo estrujón a la bota, mediada de un áspero tintorro, encendimos una buena candela y, arrebujados en una misma manta, prestándonos el calor de los tres cuerpos, pasamos la primera noche serrana de mi vida.

A la mañana siguiente llegamos a Igualeda y rodeamos el caserío, pues, nada más vernos, aparecieron unos vecinos con perros y palos, amenazándonos.

Nos metimos en un pinar y llevábamos tanto miedo que nos extraviamos todo el día por allí, hasta que, al caer la tarde, dimos con un porquero, que nos dirigió hacia la abandonada carretera.

Recuerdo muy bien aquel momento, pues pocas veces he visto la tierra tan hermosa y altiva. Eran días finales de septiembre, como queda dicho, pues íbamos a

la feria de San Francisco, que se celebra el día 2 de octubre en Ronda, y había ya luces otoñales en el atardecer. Los montes estaban tan apretados, tan hendidos por hondísimas gargantas, que le temblaban a una las piernas si miraba para abajo, hacia el fondo de aquellos valles sumergidos en una sombra caliente, verdimorada.

He contemplado muy buenas vistas en mi vida, porque siempre fui muy aficionada a estas cosas, pero como aquélla muy pocas. Allí había unos colores tan bien entonados y así como un sosiego lleno de grandiosas amenazas, que se le encogía a una el corazón, atrayéndolo al mismo tiempo hacia todos los riesgos que se presentían allí dentro, tras la sombra, la roca, el árbol y el agua rápida de los torrentes, que gemía su hundido rumor sin mostrar su espuma.

Íbamos ya con el porquero hacia la carretera, cuando el mozo nos mostró un incendio que devoraba desde hacía tres días el pinar de La Palmitera, corriéndose hacia El Cuscús y por el lado de una dehesa que llamaban La Honda. El chico era porquero en esta última y nos dijo que lo mejor para nosotros sería acompañarlo a su cabaña y pasar allí la noche, pues no eran lugares aquéllos para que los cristianos anduvieran solos a la luz de las estrellas y que aun cuando fuéramos pobres pudiera salirnos cara nuestra nocturna soledad.

El gitano se rió de sus temores, pero el mozo, mirándome con ojos tiernos, dijo que podían quitarle la niña y, entonces, el Cuchiyiyas entró en razón y allá fuimos, a La Honda.

Era una finca muy grande y para llegar a ella había que trepar una ladera empinadísima, que brotaba piedras a montones, y traspasar el puerto del Lairín, donde hasta las mulas asustaban sus orejas. Nosotros no dejamos allí los pies de milagro y la pobre gitana escupió sangre varias veces, tanto que el mozo cargó un rato con ella y le alivió el resuello. En cuanto a los bultos y hasta a las monas, hubo un momento en que vi al Cuchiyiyas pensar en dejarlos por allí, bajo un pinsapo, pero el hombre era tenaz y cargó con ellos, aunque, por el peso, parecían haberse llenado de chatarra.

Coronando el Lairín con las últimas luces, nos dejamos caer hacia el fondo de otro estrecho valle, por donde corría un riachuelo que el porquero llamaba el Guadaiza y con el que me encendió la imaginación, pues aseguró haber cazado en él una hermosa marta, un bicho cuya piel lucían después las damas ricas y que iba a regalarme, por ser tan bonita. La cazara o no, yo no vi por allí ni bicho ni piel, pero aprendí una cosa más y soñé con arropar mi cuellecito con aquella noble bufanda en alguna ocasión. Hoy, cuando dejo caer sobre mis hombros mi abrigo de zorros plateados, siento la nostalgia de aquella breve piel de una marta desconocida cazada en el Guadaiza, que me ofreciera un enamorado porquero.

Llegamos, al fin, a su cabaña, y el mozo nos hizo los honores lo mejor que pudo, con unas picantes y espesas sopas de ajo, pan fresco y un trozo de chorizo que quitaba las penas. Después de cenar caliente y lleno el estómago con las sopas, y no menos calentitos los pies junto a la candela, el mozo, que alargaba el asunto para

estar más tiempo a mi vera, nos propuso que fuéramos de madrugada con él a la casa del monte, a pesar los gorrinos que entraban por la mañana para aprovechar la montanera.

El Cuchiyyas lo pensó un rato, pues no era hombre ligero ni precipitado, y, después de informarse bien, decidió ir, con la intención segura de que en el barullo del momento algo se nos pegaría a los dedos. Algo que fuera gordo y grasiento.

La verdad fue que descansamos muy bien allí las fatigas de la jornada y que ya antes de amanecer estábamos dispuestos a partir hacia la casa de la dehesa, que estaba a más de cinco kilómetros.

Fuimos con dificultades, pues en aquel terreno no había un palmo llano, y en el camino quebraron los primeros albores de un día fresco, despejado y tan claro, que era una bendición. Bajamos hacia el arroyo, para seguir por él hasta el cortijo, y vimos alcornoques, castaños, pinos, almendros y quejigos rodeados de monte bajo. Era una finca muy grande, de más de tres mil hectáreas, que se alargaba desde el cerro de Abanto, muy alto y arrecido, hasta cerca de la colonia de San Pedro de Alcántara, ya próxima a la playa. Los pueblos de Istán, San Pedro, Igualeja y Benahavis la rodeaban. Y allí se daba todo, desde el frío pinsapo de la Sierra de las Nieves hasta el cálido naranjo, y desde la cabra hispánica hasta el castor y la marta, según el porquero, que parecía haber parido el monte. Mas para entrar en él —añadía con fiero orgullo— era necesario sudar bien los muslos, pues no existía camino alguno y las mismísimas bestias se encogían medrosas en el Lairín.

Siguió el mozo diciendo que a la dehesa la llamaban La Honda, por lo hundida que estaba la casa en la sierra, junto al cauce del Guadaiza. Era el monte de muchos y ya se sabe lo que pasa en estos casos, que bien claro lo dice el refrán: «Administrador que administra y enfermo que enjuaga, algo traga». Allí, según el mozo, se tragaba mucho, pero les estaba bien empleado a los dueños, que nunca aparecían por su dominio y eran señoritos, de Madrid. Porque la tierra quiere amo que la pise y trabaje y, de no hacerlo, más vale dejarla, en lo cual le dimos todos la razón.

Ya antes de llegar a la casa, que era un edificio destartado y grandote, rodeado por unos cuantos almendros y naranjos, nos llegó el gruñir de las pjaras, encerradas en el patio con los pesadores. Había cerca de quinientos cochinos, la mayor parte de un tratante de Jerez, que había arrendado la montanera, y, algunos, de los colonos y alcaldes de los pueblos próximos. Eran casi todos agostines y primales de carne, aunque correteaban también, gruñendo lastimosamente, una docena de lechones, que enamoraron inmediatamente nuestros ojos, pues los vimos ya hechos rancio en nuestras gachas.

Entramos en el patio cuando ya había roto el alba y las luces permitían pesar a conciencia. Y entonces se armó la del campo de Agramante, pues el gruñido estridente de los bichos y las voces de los hombres se unieron a una seca y espesa nube de polvo que todo lo nublaba, haciendo llorar los ojos y rechinar los dientes.

Yo, lo confieso, llegué a sentir miedo y me apreté contra el quicio de una puerta,

no fuera a morderme algún cochino o a tocarme un mozo sinvergüenza. Y como siempre me gusta fijarme bien en las cosas, observé, en aquella ocasión, cómo los gorrinos empujaban siempre en dirección contraria al tirón que se les da en el rabo y cuánto mejor para ellos resultaría el ceder a la intención del tirado. Pero, al fin y al cabo, no es justo exigir a unos torpes animales que sean más inteligentes que los hombres, que hacen lo mismo. Por eso es mi costumbre tirar del lado contrario al que yo quiero que vayan y así suelo conseguir mi propósito sin que se enteren de ello y a su vanidosa satisfacción.

El Cuchiyiyas, pesó mucho y bien, pero nada para su particular propiedad, porque no hubo ocasión y era hombre que no se arremolinaba y sabía esperarla con paciencia. Pero la Bermeja le birló una carterilla con tres duros a un mozo y se la guardó entre sus flacos pechos.

Después, mientras calmábamos el hambre con el desayuno, acabado ya el jaleo de la pesada y sueltas las pjaras por el monte con sus porqueros, el *andoba* echó de menos su dinero y armó la de Dios es Cristo. Hasta el punto que el gitano, comprendiendo que iban a arremeter contra nosotros, con el riesgo de la más grande paliza que vieran nuestros huesos, pidió un poco de calma al personal, llevó a todos al patio a buscar lo perdido y la carterilla surgió en el rincón de una esquina, medio enterrada en el polvo. La desconfianza nos hirió, sin embargo, y aprovechamos esta ofensa para salir de la finca, tras de escalar de nuevo aquel difícil Lairín que nos dejó agujetas en las piernas durante tres días.

VII

Cuando nos vimos de nuevo en la carretera, contando los kilómetros hacia Ronda por el puerto de la Llanaila, respiramos. Porque la gente, a lo que vimos, andaba ya por allí muy bronca y alborotada. Y un tal Flores Arocha se había echado al monte y cruzaba bandido la serranía, con un trabuco ametrallador, según dijo el porquero, que sabía la vida y milagros del Pasos Largos de memoria y veía bandoleros por todas partes. Por cierto que, después, cuando se lió la guerra, o antes, que no recuerdo bien, lo mataron al Flores los civiles en la mismísima Honda, un lugar muy seguro y propio para guarida de bandidos.

Llegamos nosotros, sanos y salvos, a la ciudad de Ronda el último día del septiembre de aquel año, que era, según mis cuentas, el de 1935. Íbamos con intención de engordar nuestra hacienda con la feria de San Francisco, que junta allí las más numerosas piaras de cochinos que vieran mis ojos.

Habíamos atravesado nuevos montes, gargantas y gollizos, pues por aquella región la tierra se alza y arruga por todos lados, y decidimos descansar un día en lo que allí llaman El Barrio, que era el sitio mejor para nosotros, por lo populoso y libre. Vendimos algo de lo que llevábamos, unas hermosas sábanas de hilo, según creo, y almorzamos en la Posada de la Herradura, con gente fina y de calidad; mis dientecitos mordieron allí unos peros muy gordos, fruta rara que no es ni pera ni manzana y que me desagradó, porque a mí me gustan las cosas claras y los hombres hombres, aun cuando no me interese ninguno.

Después de comer, como el día lo echamos al señorío, el Cuchiyiyas nos llevó a ver la ciudad, porque le tenía mucha ley a aquel pueblo, no sé si por la fama de su buen toreo o por alguna ascendencia rondeña que él conociera y nosotros ignorábamos, ya que jamás hablaba de sus cosas y ni la misma Bermeja sabía dónde su madre lo trajera al mundo.

Nos metió, primero, por lo que allí llaman La Ciudad, que es el caserío viejo, de estrechas callejuelas y con esa mezcla señorial y moruna que tiene todo lo antiguo en Andalucía. El hombre se empeñó y tuvimos que pararnos en la plaza, ante la iglesia de Santa María la Mayor, el palacio de los Atienza y el de Salvatierra. Llamó incluso el Cuchiyiyas a la puerta de la Casa Mondragón y le vendió una sábana muy barata a la señora, nada más que para que viésemos el patio, que, en verdad, no merecía tanto desprendimiento.

Dimos, pues, con El Campillo y nos metimos por la mina que va a la Casa del Rey Moro, que me asustó un poco, pues nunca se acaba de bajar escalones y se te figura que has de llegar a las mismas entrañas de la tierra, donde dicen que todas las cosas cuecen. Vimos también los molinos, cruzamos, después, el Guadalevín por el Puente Viejo y, tras algunas vueltas, subidas y rodeos, llegamos al Mercadillo, la ciudad nueva dedicada al comercio, que estudiamos con atención. Lo cruzamos por el Ayuntamiento, la carrera de Espinal, tornamos por la del Pozo y La Alameda y, de

pronto, nos encontramos en el balcón del Tajo, que llaman allí el balcón del ¡coño!, por la impresión que le produce a una el verlo y el taco que entonces se te viene a los labios.

Por cierto que es merecida tanta admiración. Porque Ronda se alza sobre una espina de la roca, partida por el tajo grande y un tajillo más chico. Y si te asomas al balcón que he dicho, y que bordea el gran precipicio, te pasmas durante unos momentos y no puedes creer a tus ojos.

La tierra se hunde allí, a tus pies, cortada a pico, y una se queda como suspendida en el aire por encima de las águilas, que te enseñan los lomos al volar, como unas pobres avecillas. Abajo, muy abajo, ves molinos y huertas, cortijos, olivos y vides, dispuestos como en un gran nacimiento por toda la vega. Y si echas la vista hacia lo lejos, puedes descansarla en el valle que se extiende ante ti, hasta topar con los morros de un crespón amoratado que amenaza el pueblo de Grazalema.

Todo aquello es precioso y hasta los ojos se te espantan al hundirlos en el Tajo, porque no están acostumbrados a esos juegos de la tierra. Pero, a mí, lo que más me gustó fue un modo de silencio que allí había, aun cuando sonaran los mismos ruidos de siempre; un silencio que te sosegaba el alma y te hacía pasar el tiempo sin sentirlo, como en un sueño feliz.

Yo, lo sé, ignoro muchas cosas. Pero algunas veces me parece, de pronto, que las entiendo todas, sin pensar en ellas. Y, allí asomada al silencio del Tajo, creo que adquirí ese entendimiento que, por desgracia, es inconstante y fugaz, como todas las cosas que valen la pena en la vida.

La Bermeja también se emocionó mucho, porque barruntaba la muerte y andaba ya algo tierna. Dijo que la tierra le tiraba del vientre para abajo y que eso anunciaba el hambre que sentía por su castigado cuerpo. El gitano, cansado de sus tonterías, la arrancó de allí y nos llevó a ver la plaza de toros, muy antigua y de calidad, según él, y con un balconcillo de hierros sobre la puerta que me admiró mucho, pues la forja hace filigranas taurinas con el metal.

Paseamos por la Alameda, compramos unos helados como unas damas, y, para acabar bien el día, fuimos a cenar a la Posada de la Sangre, pues en la de la Herradura habrían faltado ya tres cucharas y un cuchillo, porque no sé qué tienen nuestros dedos que todo se pega a ellos. Después nos fuimos al Barrio, donde parábamos en la casucha de una vieja gitana que conocía el Cuchiyiyas de sus años mozos y que nos cuidó durante el día la mona que nos quedara viva, pues a la otra la habían apuñalado los fríos de la sierra una mala noche pasada al sereno.

Los buenos tiempos daban ya fin y aquella familia que formamos los cinco al salir de Almería, pues las monas eran mucho más inteligentes y cariñosas que algunas personas, iba a desgraciarse para siempre. Yo era entonces una chiquilla de catorce años y, tal vez por eso, los recuerde como los más libres y alegres de mi vida. Pero no creo que todo dependiera de mi edad, sino también de nuestro vagabundeo y de aquella espléndida falta de necesidades que yo entonces tenía y que ya he perdido,

pues ahora se me antoja todo y en cuanto lo consigo me cansa.

Creo también que los gitanos eran personas nobles, aunque ladronas por hábito y por necesidad, y que los tres andábamos muy unidos a la tierra, lo que hace feliz a la gente de buena ley. Porque este vivir amontonados en las capitales, en aires nublados por el humo de los cigarrillos y entontecidos por las mismas diarias conversaciones, no puede acabar en nada bueno.

Yo, ahora, sueño muchas noches que oigo correr el agua. Un agua que no veo nunca, pero que suena cristalina, joven. Y siempre le agradeceré a Juan que me llevara, hace unos días, junto a un río que murmuraba alegremente. Pero fue un rato agradable y nada más. Después, y siempre, están Casablanca, Pasapoga o El Abra; Casa Carmen, Barbieri, Montserrat, el piso de Ricardo, de Perico, los cuartos de gran hotel... Y los brazos terribles de los hombres, sus caras ansiosas y desesperadas, y esas palabras de amor que yo les clavaría con gusto, una a una, en el perdido corazón, para ver si así las llenaba una sola, una sola gota de sangre.

Todo ocurrió rápidamente. O me lo parece a mí, porque con esto de recordar las cosas sucede lo mismo que con el tiempo. Que unas veces pasa veloz y otras no hay quien le haga seguir renqueando su camino. Así, yo acabo de recordar unas semanas con gran detalle y sosiego, y, en cambio, apenas paré mientes en los meses que trajinamos la carretera de la costa, desde Almería hasta Málaga.

El día de la feria de San Francisco, hartos ya de aquel congreso de cochinos y malhumorados al ver lo difícil que era atrapar uno de ellos, ni aun a los lechones, por escandalosos y moragos, nos salimos del Barrio y, después de muchos sofocos, intentamos alijar una pieza de paño en un comercio del Mercadillo. Salió mal el asunto y aun cuando escapamos, de momento, los civiles hallaron el rastro del gitano y vinieron por él esa noche. Esposado y todo se lo llevó la pareja al Cuchiyiyas, sin poder nosotras ni decirle adiós, pues, al oír las voces, alcanzamos la copa de un olmo, que nos amparó el trance. Desde allí lo vimos partir, sosegado y seguro, como siempre, sin un mal gesto y con la elegancia del que sabe perder cuando le corresponde.

Unos días después murió la Bermeja, seca como un pajarito y echando sangre por todas sus partes. Antes, tuvimos, ella y yo, una conversación, en la que la pobre me habló con esa angustia que tienen los moribundos de descubrirle a una cosas que ya todos sabemos, como si la muerte tuviera también su vanidad.

—Mira, hija —me dijo, chispa más o menos—, siento irme así de estos malos barrios de la vida, sin tener a mi hombre al lado. Pero no me sorprende que las cosas vengan de este mal modo, porque él no es mío, sino de otra mujer, que dejó por mí. Y tampoco quisiera verte así a ti, junto a esta cama. Eres muy joven y la muerte es cosa fea, cuando llegue el momento, te irás de aquí, a la calle, que ya con la Carmela me las arreglaré. ¿Te enteras?

—Sí, madre; me entero.

—¿Te saldrás?

—Como usted quiera —prometí para darle gusto, pero con ánimo de quedarme a su lado, pues a mí nunca me asustó la muerte y había visto quedarse fríos muchos cuerpos en el hospital de Almería.

—Ya que estás aquí te diré algo que me anda dando vueltas por la cabeza desde que te conocí, hija.

—Diga, diga, madre.

—Que no te veo bien encaminada en la vida. Porque se puede robar y matar sin salirse del camino de uno y sin perder la esperanza de hallar la buena agua al fin del desierto. Pero tú me temo que no tengas camino; que para ti la vida sea una plaza que te haga dar siempre vueltas y vueltas.

Se calló un rato, porque se ahogaba, y, después de incorporarla sobre las almohadas, para que alcanzara mejor el aire, siguió su desorden.

—Yo también fui una guapa mujer y, de mocita, tuve a todo el señorío de Loja alborotado. Pero siempre iba a lo mío, que era el querer hondo a un hombre, aunque fuera un mal hombre el querido. Porque yo me sentía como una brasa, ardiendo siempre, dispuesta a darlo todo. Tú —siguió, tras un sofoco— has de ser preciosa, nena. Ya lo eres, y lo sabes, pero cuando te desarrolles y te sientas más mujer, los hombres no te dejarán sola.

—No me interesan, madre.

—Eso es lo que me temo, niña. Que no te interesen, que no te interesen nada —repitió misteriosamente—. Que no te des a ninguno y que se te vaya secando el corazón poquito a poco, hasta que un día lo echas en un falso suspiro, como una pelusa de polvo viejo. ¡Pobrecita nena! ¡Pobrecita!

—No me compadezca tanto, madre, que yo sabré arreglármelas.

—El pozo seco no mana agua, niña. Y pobre de ti si alguna vez no te arrancas la cabeza y la tiras al río por el amor de un hombre.

—No, madre, no; no la tiraré.

—¡Calla!, ¡calla!; no maldigas.

Y así continuó desbarrando la Bermeja, hasta que le vinieron las últimas angustias y estertores y dio fin a sus días. Era, como dije en otro lugar, una mujer rara, oscura, con la que nunca estuve de acuerdo, pero que me dejó herencias desconocidas.

VIII

Me quedé sola. Porque ya ni la mona ni la vieja amiga del Cuchiyyas eran compañía. La mona andaba mala, con una tos sofocada y aguda que parecía salir del pecho de un recién nacido y que me daba grima. Y la vieja estaba más sorda que una tapia y no era buena, rabiosa con la rabia que da el no oír. Por eso, decidí marcharme por el primer camino que me saliera al paso y que resultó ser el de Jerez de la Frontera.

Cuando le dije esto a Juan, una noche que hablábamos de mi vida a oscuras, me di cuenta de que mi decisión le impresionaba. Se calló un rato y después me aseguró que no creía que trotaran el mundo muchas mujeres tan valientes y aventureras como yo.

Creo que exagera, pues siempre hace falta mucho más coraje para quedarse en algún sitio que para marcharse de él, abandonándolo todo. Yo, al menos, cuando he tenido que reunir mis fuerzas, apretar bien los dientes y tapar la fuente de las lágrimas, ha sido siempre para vencer el deseo de abrir una puerta que estaba cerrada y emprender la marcha por los buenos y malos mundos de Dios.

Lo que sucede es que también Juan es un tipo raro. Por eso me gusta dejarle sus ilusiones. Es un hombre corrido, muy tirado, que te coge las mentiras al vuelo y se ríe de ellas, sin enfadarse, porque está ya de vuelta de casi todas las cosas. Pero que, a pesar de ello, no se le ha gastado el alma, pues anda siempre impaciente, emocionado como un chico y descubriendo algo, algo nuevo por los rincones de la gente.

Esto resulta estupendo en un tío casi cuarentón y yo no lo he conocido en nadie más que en él. Porque va por el mundo con la ilusión de un cazador y sobre una palabra, un gesto y hasta una mirada levanta unas imaginaciones que después son verdad. A mí, algunas veces, ha llegado a ponerme la carne de gallina, pues no se le escapa nada, a pesar de esa cara que tiene el tío de pensar sólo para dentro y no fijarse en las cosas. En vista de ello, hace ya algún tiempo que apenas le miento y si lo hago es más bien para no perder la costumbre y darme el gusto de verle cazar la verdad.

Valiente o no, lo cierto es que abandoné Ronda una mañanita, más alegre que unas Pascuas y con un pan y un trozo de tocino por todo alivio de mi estómago.

Seguía teniendo, claro está, mis catorce años y me vi negra para no perderlos y llegar a Cádiz tan entera como salí de Ronda, aunque bien es verdad que algo más sobada, porque pasé malos ratos por los puertos y la bahía, y hube de apagar un tanto los fuegos de mi fiereza.

Allí me junté a una vieja que asistía al servicio en buenas casas, hasta que me coloqué de niñera con una familia que vivía en la calle de Columela, entre el puerto y la plaza del Mercado, en un piso segundo, con lo cual queda ya dicho que no era gente de muchas campanillas, pues en Cádiz todo el que puede mete sus trastos y su aburrimiento en un principal, por el qué dirán.

El hombre, *el señor* querían que lo llamara, pero a mí no me dio la gana, porque

era un tío esmirriado, fisgón y rijoso como pocos, trabajaba en La Almadraba. Yo ayudaba a la mujer al avío de la casa y después me iba con los niños a la plaza de Mina, mientras ella hacía la compra, pues no le soltaba jamás a una en la mano ni una perra, por lo que no logré sisarle apenas a la muy cochina.

La verdad, Cádiz me gustó, por ser ciudad muy marinera, aunque con un mar que no es el mío, porque el levante alza unas olas que rugen como fieras y te encrespan el humor más de la cuenta.

Mi vida allí fue muy sosa y me entró como una modorra que me tenía algo alelada. Pienso si serían cosas de la edad, del desarrollo de las carnes o del aburrimiento. Pero entrábamos por el invierno y aguanté unos meses, esperando la primavera, que por Andalucía no tarda tanto en llegar como en este condenado Madrid.

Iba, como dije, con los críos, que eran dos y de la piel del diablo, a la plaza de Mina, toda ella enlosada con unas lascas de pizarra muy grandes. Había allí bancos para descansar el cuerpo y farolas bien meadas por los perros, que entretenían a los chicos y les causaban más de un chichón.

El centro más alto estaba adornado con un jardinillo, que tenía césped y unos paseos de juguete. Pero lo mejor eran las cuatro estatuas. «Las cuatro estatuas del peo», las llamaban los gaditanos.

Porque la primera tiene un dedo de la mano así como advirtiendo y dice:

«Aquí se han tirado un *peo*.»

«Pues yo no he sido», asegura la segunda estatua, señalándose con su mano el pecho.

«Pues de la tierra no ha salido», advierte la tercera, indicando con un dedo el suelo.

«Pues que reviente quien ha sido», decide la cuarta, con los brazos airadamente cruzados y enfurruñado el mirar.

Hay también un quiosco para la música, que tocaba los domingos, después de misa, unas murgas muy raras, y en un lado está la Academia de Bellas Artes. Esta Academia tenía muy alborotadas a las amas y niñeras viejas, pues se murmuraba que dentro las mujeres se dejaban ver en cueros. Por eso, al pasar por allí lo hacían con prisa, cogiendo sofocadas a los chicos de la mano y prohibiéndoles mirar hacia el edificio.

Yo crucé por delante de él muchas veces y estiré bien el cuello para atisbar algo, pero nunca vi nada. Creo que, de haberlo visto, me hubiera animado a entrar, para pretender colocarme, pues, al parecer, todo el trabajo consistía en dejarse ver los cueros por los que pintaban monos.

Consolaba un poco mi desilusión en otro portal de la plaza, el de la fotografía de Raimundo, lleno de novios coloreados y niños con traje de primera comunión, en los que ya se adivinaba la tontería y presunción de los hombres.

Andaba casi siempre por la plaza una mujer pregonando «chochos y avellanas»,

con una voz gangosa de alcahueta que me revolvía las tripas, y unos chavales con boquerones y bocas de la Isla. Cuando los chicos lo escuchaban hacían el corro y se ponían a cantar:

*Yo no como camarones,
porque me dan mucho asco,
porque el chico que los vende
se ha meado en el canasto^[1].*

Otras veces nos íbamos al parque Genovés, a La Alameda, porque en las ciudades de Andalucía hay siempre una alameda, a mirar el mar, que aquí asoma siempre a la vuelta de todas las esquinas.

Yo, como queda dicho, soy muy marinera, pero a mi modo. Me gusta mucho mirar el mar, oírlo, y el trajín de los puertos me entusiasma. Pero nunca me atrae el meterme por el agua, porque necesito pisar la tierra, sentirla bajo mis pies, saber que está siempre aquí y que no ha de abandonarme nunca, si no la abandono yo. No, ella no se cansará de mí, como esos hombres que parecen locos por una hasta que un día se las piran y si te he visto no me acuerdo.

Los domingos y las fiestas me dejaban los amos salir un rato. Entonces me iba con otras chicas del servicio a la plaza de San Antonio, donde una amiga tenía un novio cochero que nos dio unas vueltas en su landó y nos llevó, en otra ocasión, a un bautizo muy jaranero, pues la gente se sube en las capotas de los coches y allá se van por la calle del Sacramento al barrio de La Viña, tocando palmas todos y echando perras el padrino. Terminamos en la taberna de la Negra y hubo tanguillos y alegría. Conocí a unos gaditanos y, por cierto, que un día me fui desesperada a buscarlos por La Viña, para juntarme con ellos, pero ya se habían ido.

Así aguanté hasta el mes de abril del año 1936, si no yerran mis cuentas, pues me prometí no moverme de Cádiz hasta cumplir mis quince abrilés, mejor floridos que la flor más hermosa, según me decían, y era verdad.

Sin embargo, seguían fastidiándome los novios y no me arrimé a ningún hombre. Andaba con algunas amigas que no me querían, porque sus galanes perdían la vista por mirarme la cara, y salí con más de un marinero. Hubo bailoteo, sobo y besitos sin calor, hasta que el mozo se marchaba con tres palmos de narices. Porque nunca me fijé mucho en si los hombres son guapos o feos y siempre supe ir a lo mío, menos en una ocasión equivocada, como más adelante se sabrá.

En mayo decidí dejar Cádiz por las buenas. Sola y, según mis costumbres, por una carretera. Quería conocer Sevilla y me marché de la casa con algunas ayudas para el camino. La verdad era que no le tenía miedo a nada.

IX

Salí aún de noche de la casa. El mar bramaba y el levante azotaba borrascoso el lado de la cárcel.

Crucé unas cuantas calles, de casas encaladas al modo moruno, con su torre y su aljibe, dispuesta a abandonar «la tacita de plata», que algunas veces tiene más mugre que otra cosa. Estaba harta de todo aquello. De las plazas, de los paseos, del puerto, de la catedral y, sobre todo, de la Puerta de Tierra, una especie de castillo con una torreta que emboaba a los tontos, porque en un ventano alto hay un tío haciendo señas con una bandera a los tranvías que pasan por la puerta, para que no se estrellen en la única vía. Sí, estaba harta hasta del café, el cafelito, que era lo mejor de Cádiz. Y parecía sonarme aún la voz cascada y ceceante de una vieja ama seca que siempre andaba cantando una copla de su tiempo:

*Se ha vuelto loco Cádiz con los tranvías.
¡Vaya bonito negocio que ha hecho la compañía!
Hay gaditanas, hay gaditanas,
que sueñan con el trole y la campana.
Y otros que no tienen ni pa café
se pasan la vida en San José.*

Iba contenta y arrimadita a las paredes de las casas, para que no me guipara nadie, pues por aquí la gente es muy cotilla y todo se corre en seguida. Me alegraba dejar la ciudad, porque a mí no me gustan las capitales, Ahora mismo, y aquí, en Madrid, que me llaman *la Estraperlo*, por lo cara, pues hay hombres que sólo por mirarme sueltan mil pesetas, soy capaz de hacer alguna locura y de perjudicar mis intereses aceptando una miseria con tal de salir de la ciudad y andar unos días de viaje por donde sea.

Porque no hay nada como el ver la tierra; la tierra libre y sola, tan ancha y tan hermosa como es.

El vivir en las ciudades reconcome y envenena. Yo misma no hubiera hecho muchas cosas de no haberme sentido tan perdida, tan lejos de la tierra. Y los hombres, creo yo, no andarían tan rabiosos y malos si sudaran sus humores como es debido bailando los campos y no el *bugui-bugui*. Pero aquí todo se les vuelve ponerse elegantes para ir un fin de semana a la sierra o a una caza que huele más a whisky y a póquer que a conejo.

Así, con esta vida tan tonta todo son cárceles, guerras y sangre. Juan dice que siempre fue lo mismo y que continuará siéndolo, pero yo, aunque no soy tan leída como él, ni mucho menos, no lo creo.

¡Vamos a ver! ¿Por qué no se coge a todos los criminales, que yo pienso son muy pocos, y, en lugar de encerrarlos en esos horribles penales, no se les junta en una isla desierta y se les lleva allí la comida y las mujeres que quieran? Estarían mucho mejor, los pobrecillos, y no habría peligro para nadie.

Cuando le hablo de estas ideas mías tan estupendas a cualquiera de mis amigos, se ríen los muy idiotas y el alcalde dice que qué haría entonces la Policía. Pues muy sencillo: vigilar a los criminales para que no salieran de la isla, pero sin meterse en sus cosas.

Los hombres son unos majaderos y andan tan cegados por la vanidad que ni siquiera la oyen a una cuando discurre mejor que ellos. Así va el mundo, siempre en sus manos. Yo estoy segura de que, si se quisiera, se arreglarían muchas cosas que no marchan porque no interesa que marchen. Eso lo veo bien claro cuando los oigo hablar de negocios y de política, que es la peste que consume a los que la toman en serio.

Volviendo a mi salida de Cádiz, aquello terminó de mala manera. Pues en Puerto Real me arrimé a un lañador viejo y medio ciego que andaba por allí con su hembra, lañando lo que podía. Pero, la primera noche, comprendí su cuchicheo y su intriga y le di con un banco en la cabeza a la tía cuando, creyéndome dormida, quiso *apañarme* una bandeja de plata.

Se armó la gorda, no pude escapar y los muy perros me denunciaron. Estuve seis días presa, seis días de los que no quiero acordarme, porque la sangre me hervía en las venas al verme allí encerrada como una fiera entre un montón de gente. Creo que le mordí a un chulo en la mano y que rabiaba como una loba, hasta que me brearon a tortas entre todos y se me calmó un poco el coraje.

Al fin, me vio el comisario y se prendó de mí. No lo recuerdo bien, porque me han pasado tantos hombres por delante... Pero no fue malo conmigo y, por muy poco, me mandó a Almería, con mis padres adoptivos, cuando conoció lo que quise decirle de mi historia. Bien es verdad que tenía tan sólo quince años y que no había *apañado* nada de valor en la casa de Cádiz. Un crucifijo de plata, del almadrabero, que era muy beato; tres bandejas buenas que tenían de cuando su boda; un reloj y las medallas de oro, con cadena, de los niños.

Ellos podían ganárselo todo otra vez. Yo no. Yo era una pobre hospiciana, sin más fortuna que esta carita que ya empezaba a valer más que todas las cosas.

X

Me vi de nuevo en Almería, bien recibida por mi madre la portera y sin que me incordiará ya mi padre, que había salido últimamente de la casa con los pies para delante, en ese viaje sin vuelta que acaba en el cementerio. Murió el hombre de un sofoco y *paralís* que le dio el vino de la tierra, que fue empapándole la sangre.

Anduve suelta por la ciudad, a lo que salía. Unas veces vendiendo tabaco, gasolina para los mecheros y lotería; otras haciendo recados a la gente y tendiendo la mano para recibir alguna caridad. Pero, como siempre quise bien a mi madre, cuando cumplí dieciséis años me coloqué en Casa Marcelino, una tienda de tejidos que había en la calle Real, donde me daban tres pesetas por ayudar al dependiente.

Me gustaba mucho trajinar las telas, oler ese tufo que echan las piezas y que embalsama los almacenes de tejidos. El de Marcelino era penumbroso y hondo, y el aire remansaba el olor de los paños que era una delicia.

Cuando yo ayudaba a Bonifacio, el dependiente, a extender un retal de cretona o de rayadillo sobre el mostrador, bruñido por el roce de tantas manos sucias, o a medir una pana oscura o un percal alegre, era casi feliz. Porque a mí las telas me suenan músicas y cada una canta su propia algarabía y me la mete dentro del cuerpo y del corazón. Y me dan también calores y fríos, y amargos y dulces en el paladar.

Porque, vamos a ver: ¿Se siente lo mismo al alisar con la mano un hermoso paño azul de Béjar, duro, severo y exigente, que al estirar un percal caprichoso, alegre y tolerante con todos los disparates? ¿Puede haber alguna mujer a quien le dé igual alborotar su vista en una animada cretona o apaciguarla en la blancura majestuosa de una tela «Aro de oro» para sábanas?

¡Ay!, estas sábanas. Parecen incapaces de inspirar otra cosa que los más altos pensamientos, que los más nobles goces y, sin embargo, fueron siempre la perdición de tantas mujeres honradas. Porque despiertan en muchas de nosotras tal ansia de posesión, tal sed de amparo conyugal, que una no puede resistir el deseo de arramplar con ellas, de atesorarlas en el fondo de cualquier armario, o en el lío gaditano del pobre vagabundo.

Yo, la verdad, *apañé* en la tienda un corte de preciosa tela y la escondí en la buhardilla de mi casa. Después fueron dos cortes más y, al fin, una pieza entera, hasta que me echaron sin pruebas, pero con justificadas sospechas, porque aquella blancura y aquel tacto me extasiaban el alma de tal modo que no podía disimular mi afición.

Así me vi de nuevo en la calle y apretando bien el hambre en la portería, porque los españoles andábamos ya en guerra y los hombres se mataban con una prisa que daba miedo, sin saber por qué, pero más encorajinados que nunca. Sin embargo, en lugar de bajar las cosas y haber más tajadas que llevarse a la boca, cuantas más muertes se hacían menos teníamos todos que comer y más subían los precios. Por eso yo me coloqué otra vez de niñera, para suprimir así un estómago en la portería.

Mi madre, que no era tonta, buscó la colocación con mucha vista. Pues el amo de

la casa era empleado de la fábrica de azúcar La Esperanza, industria que cumplía más que su nombre, pues no todo quedaba en esperar, sino que de allí venían muy buenos kilos de azúcar, género que ya escaseaba y que con la guerra se hizo talismán que abría todos los corazones.

Era el tío un cuarentón guapo y bien plantado. O, al menos, a mí me lo pareció, lo que ya fue mucho, pues, como dije en otro lugar, no suelo fijarme demasiado en la guapeza de los hombres y, hoy en día, puedo asegurar que más bien me molestan los bien parecidos, sobre todo si pretenden sacarle partido a su buena estampa.

Estaba el hombre casado con una hija del dueño de la fábrica, que, por cierto, no tenía nada de azucarada, sino un genio de vinagre. Y, al parecer, los dineros que el tipo fue a buscar con la boda se quedaron en un carguito en la empresa que le hacía trabajar bien el sueldo, pues el suegro era un rico que había sudado su fortuna y que no estaba dispuesto a soltar la mosca sin ganársela.

Con todo ello, había mucho ceño y muchas voces en la casa y tres criaturas endemoniadas que cayeron en mis manos, y digo manos porque se las ponía a todas horas en el culo y en la cara, para domarlos.

Pero ¡comía, comía! Y esto del comer se hizo muy difícil durante la dichosa guerra. Yo me di muy pronto cuenta de ello y comprendí que, si la cosa duraba, no íbamos a tener por aquellas tierras nada que llevarnos a la boca, porque todo andaba embarullado y hasta los pescadores dejaban la mar para buscarse un palacio y repantigarse en la silla de algún comité.

La Esperanza estaba controlada por los obreros, pero mi amo era un cuco que se cuidó bien de colocar a un compadre de responsable, para repartirse el azúcar, por lo cual no nos faltaba nada y aun yo lograba que sobrara algo para mi madre, que me recibía siempre con la boca hecha un agua, de hambre que tenía la pobre.

La verdad fue que aquella colocación nos salvó la pelleja a los de la portería, pero a mí me perdió lo que sólo se pierde una vez. Porque una tarde, al volver de la fábrica con el amo, en su bicicleta, el hombre se empeñó tanto, en que le diera lo único que podía darle, que se lo di al amparo de unas pitas, orilla de la carretera.

Yo le llevaba la comida todos los días a la fábrica, que estaba en las afueras, y me venía después para casa. Pero llovió mucho aquella mañana y me quedé en La Esperanza, para volver con él en la bici, por la tarde. Lo digo, porque los años me han convencido de que las tonterías de la vida son las que mandan y no es uno quien lleva las riendas del suceder. Si aquella mañana no hubiera llovido cuando llegó la hora de tornar a Almería, seguramente todo habría cambiado para mí.

Entonces iba a cumplir diecisiete años. Era preciosa, pero no poseía aún esta «radiante belleza que enciende el aire a tu lado», según dice Juan. Y entre aquel hombre y yo no había pasado nunca nada que anunciara aquello. Pero él insistió, insistió tanto... que yo me vi sin azúcar, aborrecida por mi madre, maldita por mis hermanos de portería y, a lo mejor, tirada en la cárcel, porque el tío era un *mandamás* de cuidado.

Por eso me entregué. Pero por mi madre verdadera, la que no he conocido nunca, que a mí el asunto me fastidió bastante, aunque la verdad sea dicha, el hombre no me disgustaba.

XI

El lío duró cuatro meses. Ya dije que el tipo era un cuarentón guapo y bien plantado que sabía trajinar a las mujeres. Pero yo le enlugué con mi magia y lo que empezó por pasar el rato con una niñera se le hizo pasión y necesidad de hombre.

Muy pronto se armó bronca en la casa, pues ninguno de los dos nos molestábamos en guardar bien las apariencias. Entonces él me puso de pensión en Casa Paca, para que, al menos, su mujer no tuviera que tragarme a todas horas. No me faltaba nada y el azúcar hacía cada semana más prodigios.

Yo, en medio de todo, era una inocentona. Ahora, cuando me recuerdo tan viva y esperanzada, tan joven y generosa como era, me entra pena, angustia de haberme hallado así, tan indefensa y tan sola por el mundo. Pero entonces, con el calor de los pocos años, no le tenía miedo a nada y andaba siempre más alegre que unas Pascuas. Incluso cuando me quedé preñada y la cosa se desbarató, conservé el buen humor.

Pero el tío empezaba a cansarme. Porque perdía brusquedad y dureza y se iba ablandando, acaramelando, del gusto que yo le daba. Hasta que me di cuenta de que lo tenía más atado que a cualquiera de aquellas monas que fueron conmigo cuando lo de el Cuchiyiyas y la Bermeja, y me harté de sus baboserías. Por eso me dispuse a sacarle bien los cuartos para marcharme a Cartagena con buena ropa.

Este viaje me lo metió la Encarna en la cabeza.

La Encarna estaba entretenida por un viejo comerciante de Murcia, que la venía a visitar con frecuencia, porque andaba con miedo a la tarasca de su mujer y escondía el lío en nuestra ciudad. Ella y yo simpatizamos mucho en la pensión, pues estábamos casi todo el día encerradas allí, por temor a que los celos de nuestros novios cortaran la guita que nos mantenía.

Era una chica de Alora, dos años mayor que yo, rubia, de ojos verdes, un poco gruesa, pero guapísima. Parecía una belleza extranjera y todos la tomaban por inglesa mientras tenía cerrado el pico, porque, como dije, nació en Alora y hablaba un andaluz cerrado.

La Encarna y yo platicábamos todo el día nuestras cosas y, al fin, decidimos dejar a nuestros hombres y largarnos a Cartagena, después de arañarles bien el bolsillo, lo que nos fue fácil, pues los teníamos ya bien enganchados a los dos.

Según la Encarna, que tenía un chulo cartagenero, en Cartagena había estupendas probabilidades de mejorar aún más de fortuna y, sobre todo, de vivir a gusto, pues a las dos nos reventaba aquello de pasarnos la vida en Casa Paca sin otro aliciente que el de ponerles algún cuerno que otro a nuestros respectivos novios.

Arreglada la cuestión económica favorablemente, mediante un buen trabajo de tira y afloja con nuestros hombres, nos largamos a Cartagena, ya contratadas como taxistas en el Shanghai, un salón de baile muy jaranero. Muy jaranero, sí, pero nada productivo, porque ahora sé que los hombres que mucho bailan no son los que se encandilan a fondo con las mujeres.

Entonces yo era una infeliz y sabía muy poco de la vida. No decía ya jamás una palabra de verdad a nadie, ni aun cuando hubieran de matarme, pero urdía mal mis mentiras.

Andaba Cartagena muy revuelta por lo de la guerra y nosotras comíamos mucho menos que en Almería. Con eso y con el trajín del baile, que era algo serio, nos sentíamos flojas, y yo espigué asombradamente mis diecisiete años, crujiéndome el pecho por las noches una tos que no me gustaba nada, hasta que la Encarna, que siempre fue muy cariñosa conmigo, me llevó a un médico amigo suyo, pues, según ella, el que teníamos para nuestras cosas no sabía nada del pecho. El doctor me dio unas inyecciones muy dolorosas y me aconsejó andar con tiento por la vida, pues lo que tenía de guapa lo tenía también de endeblez, hasta el punto de que, según él, no habría de contar muchos años si no me cuidaba.

El médico me encogió el corazón para todo el día, pero a la mañana siguiente no me acordaba ya de sus palabras y con la mejoría que noté con las inyecciones me puse otra vez muy animada y loca.

Vivíamos la Encarna y yo en una pensión muy arregladita, en la calle de los Balcones Azules. Nos llevábamos muy bien y partíamos siempre el dinero. Incluso cuando yo le sacaba los cuartos a mi hombre de Almería, llamándole por teléfono y jurándole que se los pedía para volver a su lado.

Recuerdo que empecé a comprender el enorme provecho que podía conseguirse de la idiotez de los hombres. Porque tienen una facilidad para creerse lo que quieren creer que asombra. Entonces, al ver que el de Almería tragaba repetidamente mis embustes y me giraba para el viaje de aquella vuelta, que nunca fue, la verdad, lo pensé tonto. Pero después he visto que esa tontería suele ser en ellos general e independiente de su listeza para otras cosas.

La Encarna y yo lo pasamos bien aquella temporada. Teníamos libertad para todo y eso es lo que más vale. A mí, al menos, mucho oro tienen que echarme encima para que me resigne a perderla.

Yo, además, tuve en Cartagena un novio que se quería casar conmigo. Era un marino norteamericano, capitán del *Kansas*, un vapor de carga que a mí me pareció grande y maravilloso. Navegaba la mar hasta Crimea y a su llegada me traía siempre algún regalo, pues el capitán gastaba bien los cuartos.

El hombre no era viejo, aunque pasada ya la buena edad, y parecía dispuesto al matrimonio si me iba para siempre con él a una ciudad que llamaba Frisco. Pero, después de pensarlo mucho, y desoyendo los consejos de la Encarna, me quedé en Cartagena, pues no veía yo el casorio tan seguro y a mí me gusta trotar mi propia tierra, no esos países de habla tan rara y dificultosa en los que habría de serme muy difícil trajinar mis artes.

En esto nunca estuve de acuerdo con la Encarna, que siempre aseguraba que una buena mujer tiene todas las lenguas en la boca, porque el idioma de la guapeza es universal. No digo que no lo sea, pero desde hace mucho tiempo creo que este don

tan asombroso que tengo yo para la caza del chorlito se debe a algo más que a mi belleza, con ser extraordinaria y única. Porque, a mi entender, lo que vale es el conjunto de la persona. El moverse, el mirar y, sobre todo, el hablar a tiempo y con gracia para enredar bien las cosas. Y si me quitan mi labia creo que habría de ser como una fierecilla sin garras.

Me aproveché, pues, lo que pude del capitán y seguí en Cartagena, trabajando lo que salía.

La vida se nos complicó un poco, pues la Encarna tuvo un mal parto. Había venido ya preñada de Almería, de cuatro meses, y, al parecer, del cartagenero que tanto nos animara al viaje. Y, como era una mujer perdida por el sentimiento, no quiso deshacer el asunto y tuvo que retirarse en los últimos meses del Shanghai y vivir de lo que le pasaba el supuesto padre de la criatura, que era un capitán de los que llamábamos *del dedo*, porque como no sabía ni escribir, firmaba con él los papeles.

El hombre, aunque muy bruto, no era de lo peor y sacaba algunos cuartos para ella, hasta que tuvo que ir al frente de Baza y dejó su dedo descansando para siempre.

Coincidió su muerte con el parto y la Encarna se quedó deshecha y madre de la criatura más llorona que han escuchado mis orejas.

Yo, la verdad, estuve a punto de separarme entonces de la Encarna. Ella no servía para nada y la niña no me dejaba dormir el día. Pero como siempre fuera muy cariñosa y buena conmigo, decidí aguardar un mes, a ver si variaban las cosas mientras estirábamos las pesetas que le dejó el muerto capitán cartagenero. Además, debo confesar que yo no estaba todavía muy práctica en la vida y era una de esas chicas que tanto se parecen a la Guardia Civil, porque no saben trabajar solas, sino siempre emparejadas.

Aguanté la mala racha y me alegré de ello, pues la Encarna se puso muy pronto como una rosa y la niña quedó para la crianza en casa de unos traperos, que prometieron a la madre cuidarla muy bien, si no dejaba de enviarles todos los meses los sesenta duros convenidos. Así terminan casi siempre estas alegrías sentimentales: en unos traperos.

Como lo de Cartagena no marchaba demasiado bien y, además, se aseguraba que iban a bombardear de firme la ciudad, nosotras, que ya cogimos miedo a las primeras bombas de los trimotores, decidimos emprender el vuelo una vez más, antes de que aquello se pusiera feo.

Teníamos un amigo que andaba con el conjunto de Alady y logramos entrar en él, con tanto éxito, que, a poco, la Encarna, que, como dije, era guapísima y algo mayor que yo, llegó a *veddette*.

Echábamos *La horchatera valenciana*. Yo salía de gitana en el conjunto, encendía una candela bajo un puente y cantaba con las chicas aquello de:

*Horchatera valenciana,
son tus ojos sol y grana;*

*horchata yo no la quiero,
prefiero, primero,
morirme de sed.*

Ganaba la Encarna treinta pesetas diarias de jornal, y yo quince. Pero seguimos repartiendo la caja común durante toda nuestra gira por las provincias de Murcia y Alicante.

Yo tuve siempre una oreja muy mala, que destroza todas las piezas. Y como mi único defecto son mis piernas, que no están todo lo derechas que debieran, aun cuando, por lo demás, son muy monas, y sentada resultan estupendas, la verdad es que no tuve grandes éxitos en las tablas y que en Elche me tiraron un día hasta dátiles. En cambio, la Encarna estaba estupenda y hacía bramar al patio desde la escena.

Sin embargo, una vez que se acababa la farsa del teatro y se apagaban sus luces, en la vida de la realidad era yo la de los éxitos y ella la de los fracasos. Porque, como queda dicho, tuve siempre un don especial para la caza del chorlito, es decir, del viejo, y ella tenía que resignarse a ir con hombres más jóvenes, de los que no dan más que disgustos.

Yo siempre fui muy serena y reflexiva en mis cosas, y cuando me salió otro pretendiente serio en Alicante tampoco me decidí.

Era un comandante de Carabineros, tropa muy bien comida y no menos pagada por aquellas fechas. Y lo enamoré en una función que echamos en el hospital, a beneficio de los heridos.

Estaba tuerto, pues la metralla le había vaciado un ojo, pero con el otro me había visto demasiado bien, para su desgracia. Pues se puso loco por mí y hasta su madre tuvo que venir a verme para lograr mi consentimiento.

Pensé mi conveniencia y no lo di, por muchas razones. Primero, porque yo no tenía deseos de encadenarme a ningún hombre, ni aunque fuera un carabinero de postín, y segundo, porque, para mí, boda que no se haga en la iglesia no será nunca boda, sino mancebía. Con lo cual, y como por entonces mataban a los curas y las iglesias estaban convertidas en cuarteles, pensé que aquello tendría todos los engorros del matrimonio sin ninguna de sus seguridades.

Le di, pues, calabazas, y el hombre, que andaba con la neurastenia por lo del ojo, se quiso suicidar y se puso histérico. Tanto, que vino otra vez a mí la madre y se me echó a los pies. Pero yo me mantuve firme y salí de Alicante con la compañía.

En Murcia se deshizo lo de Alady y nos fuimos con Melgarejo, que había formado un buen conjunto de opereta. Echábamos *Soleá la cantaora* y yo tenía que salir en una cola de pan, de niña boba, papel que me disgustó lo mío, pero del que saqué mucho partido, pues aproveché la tontería para enseñar más que las otras y el personal de los pueblos se encalabrínaba de firme al ver mis cosas, y ya no me tiraba nadie nada, porque lo que querían era cogérmelo todo.

Dimos funciones en Onteniente, Alcoy, Elda, Orihuela y otros pueblos que no

recuerdo ya. Era una vida alegre, animada por toda clase de broncas y follones, siempre de viaje, en tren o en autobús, y sin dar tiempo ninguno al aburrimiento, pues no dormíamos dos noches en la misma cama. Pero en Villena, un pueblo muy grandote, destartalado y rico, donde un zapatero me regaló el par más precioso que han calzado mis pies, me puse muy mala, de unos helados que tomé y que, con la calor de setiembre, me revolviéron las tripas.

La Encarna, al verme así, tan sin aliento, más blanca que el papel, por unos flujos que se llevaban toda la rojez de mi sangre, se asustó mucho y dejó lo de Melgarejo para cuidarme, pues yo no podía ni moverme.

Paramos casi un mes allí, en Villena, de fonda en Casa Nenet, un vejete de Monóvar que se cobró bien los gastos con la Encarna. Y me vio incluso un doctor de mucha fama en el pueblo, don Bernardo creo que se llamaba, quien me dijo que mi anemia y mi endeblez debían preocuparme seriamente, porque acabarían dándome un disgusto, si no lo remediaba.

Por eso, durante aquel mes, me di la gran vida. Y no hice otra cosa que comer y dormir a costa del Nenet de la Encarna, a más de mi zapatero, a quien, con aquella enfermedad mía tan interesante, le pude sacar, por nada, algunos cuartos.

Con este reposo, leyendo todo el día en la cama los papeles y alguna novela rosa que me enviaba el zapatero, me puse muy buena, tanto que ya me fastidiaba aquel encierro. De modo que dejamos Villena y nos fuimos para Albacete, ciudad entonces de muchas posibilidades, por los extranjeros que allí habían venido al calor de la guerra.

Yo andaba siempre atemorizada, pues no había cumplido aún los dieciocho años y era una menor. Cierto es que no estaban las cosas para preocuparse por estas bobadas y que hasta las niñas hacían entonces lo que les daba la gana. Pero, a lo peor, te salía un mala sangre que tomaba en serio las leyes del Gobierno y te armaba un lío.

Por eso, procuraba yo hacer mis cosas sin escándalo y sin que nadie pudiera llamarme la atención, pues siempre tuve, además, una carita muy fina y un cuerpo aniñado que me fingía aún más joven de lo que era. Y como no ignoraba que nunca falta una mala voluntad que trate de complicarte la vida, si has hecho algún desprecio o si te has negado a complacer cualquier porquería, procuraba tener mucho cuidado con estos trotes tan difíciles y complicados que llevamos las mujeres que hemos de vivir del vicio de los hombres.

Pero en Albacete perdí toda prudencia y me junté con un militar de las Brigadas, que era polaco, y que vivía en el Hotel Stalin. Al tío daba miedo verlo. Era más feo que el culo de una mona y más asqueroso que un pequinés. Pero como a estas cualidades unía la de ser un cabroncete, tuve que vivir con él, porque creo que era casi un general, y me vi tendida una madrugada por las afueras de Albacete, que estaban muy sucias y embarradas, si contrariaba sus deseos.

Aquella temporada sufrí lo mío y renegué todos los días de mi cochina suerte. Pues aunque a mí todo me tenga sin cuidado y sólo me interese el dinero, me

asqueaba aquel tío y me jorobaban todos sus amigos de las Brigadas, porque se pasaban el día echando pestes de los españoles, tanto de los enemigos como de los que andaban con ellos por allí.

La Encarna tuvo mejor suerte. Se prendó de ella un coronel, que la sacó en seguida de las garras de los internacionales y que le dio una vida de princesa, de la que yo también me aproveché algo.

Mi situación se hizo cada día peor, pues mi general bebía más y más, y sus amigos pretendían turnarse la novia a placer, con un consentimiento de perfectos cornudos. Hasta que, una noche, no pude aguantarlos y me escapé a casa de la Encarna, decidida a no volver al Hotel Stalin ni aunque me mataran. Pero el coronel de la Encarna, que le tenía miedo a mi general, me prometió que, si volvía junto a él y disimulaba bien un par de días, me sacaría de allí.

Efectivamente, a la semana siguiente, con toda clase de precauciones y disfrazada, me llevó un coche a Chinchilla, donde viví unos días del dinero de la Encarna. Ella misma se me juntó poco después, ya que tanto los del Stalin como su propio coronel se largaron muy pronto para Barcelona, sin decírselo a nadie, en vista del rumbo de la guerra, que andaba ya en los últimos meses.

Todavía muchas noches doy voces soñando con aquellas malditas jornadas de Albacete. Y aun cuando Chinchilla sea el lugar más espeluznante y raro que han visto mis ojos, pues allí todo parecen planos de una película de miedo, a mí se me antojó el paraíso. Pero a la Encarna, que tenía una tonta inclinación a enamorarse, le dio melancolía y se pasaba las horas llorando el abandono de su coronel, que la había encaprichado más de la cuenta. Tanto que, la muy boba, subía por el monte hacia el penal y desde allí miraba la larga recta de la carretera de Albacete, pues aún creía que su galán iba a venir a buscarla en cualquier momento para llevársela al extranjero, si se ponían peor las cosas.

Yo me asusté con aquella chaladura, pues bien me di cuenta de que los tíos se las piraban para siempre en busca de no sé qué frontera, pero ella no escuchaba razones. Así se pasó cerca de diez días, en aquel monte desolado y maldito, sin que la echaran de su observatorio ni las nieves ni los más huracanados cierzos de febrero que han abierto mis pobrecitas carnes.

Yo siempre fui muy friolera y desde hace algún tiempo necesito mucho mimo, mucho calor. Por eso, una noche que le hablé un poco de esto a Juan, me entraron espeluznos y escalofríos, hasta que puse las plantas de mis pies sobre sus riñones y me calenté un poco. Él se divirtió con mi miedo, pero yo pasé una mala noche, pues no me gusta hablar de mis cosas y, de verdad, sólo con él hago alguna pequeña excepción. Mas no porque ande encaprichada, ya que a mí no me encapricha nadie, ni probablemente porque lo merezca el hombre, que es, más o menos, como todos. Sino porque me ha dado por ahí con él; tal vez porque me entiende. Y pienso que, como ya lo he nombrado varias veces, no estaría de más dejar aquí memoria de cómo y dónde lo conocí, no vaya a pasárase la cosa.

XII

Nos conocimos hace más de un año. Lo recuerdo bien porque entonces el litro de aceite andaba por las veinticinco pesetas y, ese invierno, convencí a Luis Rico —rico de nombre y avaro en hechos— a que me llevara en su coche hasta más allá de Talavera para comprar cincuenta litros, que conseguí muy arregladitos, a diez pesetas, pero que a él le costaron un ojo de la cara, pues se le estropeó el auto en una curva por hacer tonterías conmigo, y hubo de remolcárselo hasta Madrid una grúa, a más de un disgusto que le dio su mujer a la vuelta, barruntándose mi compañía en el viaje.

Yo iba mucho ese año a Casablanca, porque se me antojaba, entonces, el salón de más categoría de Madrid, decorado a lo moruno y animado por Tomás Ríos y su orquesta, según la propaganda, pero por mi estupenda persona en realidad.

Tenía allí, y tengo, si aún quisiera, mesa gratis, y la mejor del salón. Al fondo, un poco a la derecha, según se entra, sobre una especie de estrado, para que se me viera más distinguida y misteriosa en la media luz del *fox*, y para enseñar mejor las piernas.

Después de cenar donde Dios quisiera, unas veces en las tascas, en compañía, y otras, más sola, en mi pensión de la calle de la Reina, me tomaba un cafelito en La Elipta o en El Abra, porque yo nunca frecuenté Cóctel, quede esto bien claro, pues a mí no me gusta alternar con un género tan puerco y trabajado como el que anda por allí; y, ya calentadas las tripas, me iba a Casablanca y me sentaba muy seriecita en mi mesa, hasta que, al poco rato, cien ojos empezaban a merodear mi persona y ningún hombre se sentía ya a gusto con su pareja.

Recuerdo que aquella noche estaba sola y que había cenado en la pensión muy medianamente, pues yo soy muy delicada para el comer y no tolero gato por liebre, porque para eso pago como la mejor.

Andaba algo cabreada por culpa de Perico que, inesperadamente, se había largado a Bilbao con viento fresco dejándome tirada como a una rata. La verdad es que tuvo sus motivos, porque lo atrapé en Pasapoga con una tía y salió señalado en la cara con una cuchilla de afeitar. Pero me tenía mucha ley y no le creía tan rencoroso. No dijo ni pío, y, después de vivir dos meses conmigo, en el piso que me arregló el Espichao, se las *piró* por las buenas. Mas no adelantemos las cosas.

Esa noche estaba hecha una monada, con el vestidito negro, de encaje, muy escotado, la cintura más fina que nunca y mi pelo castaño, naturalmente, castaño, ¡eh!, derramándose por mi espalda como una cascada llameante de aguas encendidas, porque tira un poco a rojizo.

Bebía una copita de Marie Brizard y fumaba un pitillo tras otro, sin responder a ninguna de las rabiosas miradas que me sitiaban. Porque ésta es mi manera de ser y mi caza es siempre caza mayor; por eso sigo mi sistema, muy bien estudiado, que he ido aprendiendo con los años.

Primero, me hago ver así, misteriosa y altiva, sin hacerle caso a nadie, para que se fijen bien en mi belleza, les entre el hambre y sepan que no tengo prisa. Y si alguno,

más decidido, me saca inmediatamente a bailar, le digo que con mucho gusto, pero que dentro de un rato, porque, en ese momento, me encuentro un poco fatigada... un poco, nada más, y esto dicho con viveza y con mimo, porque los hay tan recelosos que a escape se figuran que acabo de salir de los brazos de otro que me ha dejado exhausta y huyen, los muy bobos. ¡Vamos, hombre! No ha nacido aún el tío capaz de cansarme, porque yo... Pero ¡bueno!, dejemos eso.

La noche de marras, como digo, estaba hecha una princesa y nadie se atrevía a acercárseme, porque todavía los ánimos andaban muy serenos y los bolsillos sólidamente cerrados. Y todo el mundo sabe que soy mujer muy cara.

Por si las moscas, y porque atravesaba una mala temporada, comencé a abandonar ya un poco mi indiferencia y me permití sonreír ligeramente ante algunas necias muecas. Entonces vi a un hombre, más o menos como todos los hombres hechos, de buen ver, que me rondaba a distancia. De treinta a cuarenta años, bien vestido, moreno, alto y delgado. Generalmente rehuyo los delgados, aunque con la máxima cortesía, porque son elementos difíciles, que pueden traer líos. En cambio, los gorditos, con sus carnes bonachonas y felices y su humor fácil, suelen ser más provechosos compañeros.

El tipo, sin embargo, llamó mi atención. Dicen que es muy guapo, y no lo discuto, pero a mí esas cosas me tienen sin cuidado. Me fijé en él porque me observaba arrebatadamente, pero sin ablandarse; más bien con dureza. Yo me entiendo, aunque tal vez no puedan entenderme los demás.

Andaba de aquí para allá, huyendo compañías y mirándome desde todos los sitios, como si soñara. Yo, que no soy ninguna idiota, llegué a figurarme que le recordaba, acaso, a una persona muerta, o algo así, pues su mirar no era un mirar sano.

Desde luego su admiración me halagó, aunque ya se sabe que estoy muy acostumbrada a ella, pero, como dije, huyo de estos sujetos que se complican la vida y no van al grano sencillamente, llamando a las cosas por su nombre. Por eso, si bien es verdad que acentué la belleza de mi actitud con todo cuidado y procuré que la luz rosada de mi amplio escote iluminara esta cara tan preciosa que tengo, no le concedí ni una sola mirada.

Después vinieron algunos conocidos y bailé y alterné toda la noche, mientras el hombre seguía allí, a una cierta distancia, soñándome. Confieso que pensé si sería algún tipo comprometido, que evitaba mostrarse acompañado, pero el muy loco, al verme jaleada, convidó a varias niñas, y después de una copa y un baile con cada una, y sin dejar de mirarme, las licenciaba a escape.

Como yo me sentía esa noche más rara que nunca y de mal humor, me reventó tanta lejanía y también despaché a los míos, arriesgándolo todo, a ver si se decidía ya de una vez. Al fin, cuando terminó el baile y la gente, después de varios apagones de luz dedicados a los pelmazos, se arremolinaban ya en la salida del local, vino hacia mi mesa, mientras yo recogía mis cosas, acompañada por otra chica que se me había

acercado para salir juntas, pues llevábamos el mismo camino y el peligro del campo de Oropesa acechaba la soledad callejera, perseguida por la Policía.

—Buenas noches —saludó.

—Muy buenas —respondí, alzándole unos ojitos sorprendidos y levantándome, porque era muy alto.

—No, no, ¡por favor!; no te molestes.

—Es que ya me voy.

—Espera un momento.

—¡Bueno...! Oye, no te conozco, ¿verdad?

—Para eso vengo: para que me conozcas.

—Pues, mira, ya nos conocemos.

—Sí. Y de cerca eres aún más asombrosa.

—Soy muy mona, ¿no es cierto?

—Algo serio.

—Gracias... tú dirás...

—Oye: vámonos de aquí.

—De acuerdo, pero...

—Anda. No te quejarás, chica.

—Seguramente. Pero es que necesito ahora mismo quinientas pesetas para pagar mañana la pensión. Y debo dárselas aquí, a mi hermana.

—¡Ah! ¿Esta otra es tu hermana?

—Sí. No puedo ir contigo si no me las das.

—Vamos a discutirlo a solas, ¿quieres?

Nos separamos un momento de la otra, que sólo era hermana de trajines, y nos sentamos en un rincón, casi a oscuras, bajo una falsa palmera de escayola, junto al mono disecado que, sobre una de sus ramas, se come un coco que dura ya varios años.

—Eres muy cara.

—Puedo serlo. Fíjate bien en mí.

—Me he fijado toda la noche.

—Pues todavía no has visto lo mejor.

—Quinientas pesetas son muchas pesetas, preciosa.

—Para ti no; estoy segura.

—Te equivocas. Tú mereces más, no lo dudo. Dártelo todo y sin hablar de ello — siguió con entusiasmo—. Pero yo no tengo las quinientas pesetas esta noche.

—Te lo dejo en cuatrocientas.

—No puedo.

—¿Trescientas?

—No.

—Aquel viejo que está allí sentado, haciéndose el remolón, por si no nos arreglamos, me ha ofrecido cuatrocientas. Pero yo todavía puedo darme el gusto de

elegir y tú eres un hombre muy guapo —aseguré, aunque realmente no le había mirado bien a la cara.

—No se nota.

—Voy a hacer una locura. Dame doscientas y nos vamos.

—Gracias. Eres muy amable. ¡Anda ya!

—Debes darme antes el dinero.

—¿Eh?

—Sí, ahora, es mejor.

—¿Tengo aspecto de hacerte una faena?

—No es posible fiarse ya de nadie, ¿sabes? Cuanto más postín, más coche, más champaña y más de todo..., pues más riesgo de que te den el embarque.

—Yo, por ahora, no he necesitado estafar a ninguna mujer —se encrespó él.

—¡Oh!, no te enfades, hombre. Me gustas mucho...

—Con pago adelantado.

—Hay que vivir.

—Toma.

—Gracias, machote.

—Eres realmente extraordinaria.

—No hay otra como yo, ¿verdad?

—Es la primera vez que me sucede esto. Os estáis haciendo escandalosamente comerciales.

—No digas tonterías. Y, ahora, perdóname un momento. Tengo que darle un recado a mi hermana.

—Muy bien. Pero mucho cuidado, porque ya me perteneces.

—Soy una chica muy seria, mi vida.

Le entregué a mi amiga cien pesetas que me había prestado y le di un recado para el viejo, citándolo para el día siguiente, pues era hombre que aguantaba. Después, volví junto a mi galán.

Estaba canturreando, no sé si con intención, el huapango.

*Qué lindo tu cascabel,
mira tú quien te lo dio...*

*A mí no me lo dio nadie,
mi dinero me costó.*

*El que quiera un cascabel
que lo compre como yo.*

—Ya era hora, guapa —se interrumpió al aproximarme.

—Me gusta esa impaciencia.

—¿Sí?

—Sí. Mi amigo se ha marchado hace unos días y tenía ganas de estar con un buen hombre.

—Deja esas bobadas.

—Como quieras. ¿Nos vamos, amor mío?

—¡Caray! ¿Ya soy tu amor?

—Sí, *chatiti*.

—Eso de *chatiti* suprimido, ¿eh?

—¿Por qué?

—No me gusta.

—Tú mandas, amor mío.

—Me has dejado helado con tus adelantos, ¡caray!

—¿Qué cosas dices, *chatiti*!

—¿Otra vez?

—Perdona, amor mío.

—Así suena mejor.

—Amor mío, amor mío —repetí, rodeándolo con mi luz—. Tu pequeña Lola te va a querer mucho.

—¿Quién es mi pequeña Lola?

—Yo, amor mío, yo.

Salimos juntos de Casablanca.

Me dijo que lo llamara Juan.

Estuvo hablador, frío, lejano.

Como todos, se enamoró de mí.

Pero, al separarnos, le noté un poco rabioso, porque volvió a canturrear:

*Pues como era de oropel,
muy pronto se me rompió.
Yo tenía un cascabel,
mi dinero me costó.*

XIII

Volviendo a la horrible Chinchilla, seguiré diciendo que no sé si los fríos o los desengaños quebraron la terquedad de la Encarna que, cuando se obstinaba, era más tozuda que una mula. Y yo, aprovechando un momento suyo de cordura, me la llevé otra vez a Cartagena, porque, la verdad, no sabía adónde ir.

Nos colocamos de nuevo como taxistas, esta vez en Bolero, *trajinando* lo que salía, que no era mucho, pues los finales de la guerra traían preocupada a la gente y las caras tornaban el gesto.

Un nuevo lío de la Encarna nos obligó a salir huidas de Cartagena, después del follón que armó la mujer de un amigo suyo, con el que se la vio demasiado, como sucedía siempre. Porque no se contentaba con recibirlo en nuestra pensión de la calle de Cuatro Santos, sino que se enseñaba con él por todas partes, provocando a la otra, que, al fin y al cabo, era su mujer.

Éste era uno de los grandes defectos de la Encarna, a la que, por lo demás, ya no quiero regatear ninguna alabanza, pues fue guapa como pocas y con un corazón como ninguna. Pero era también una de esas mujeres que cuando se arriman a un hombre casado, en lugar de darse cuenta de su papel y de ir tan sólo a lo suyo, mezclan orgullos y vanidades, tratando de separar al hombre de su mujer legítima, lo cual es torpeza y disparate. Porque ya es bien sabido que la mayor parte de los maridos vuelven siempre a los brazos de su mujer, como borregos desamparados, en cuanto se les apagan los fuegos de la novedad y una les muestra los dientes. Y si alguno no vuelve, peor que peor, porque ya no hay quien te lo quite de encima y tienes que aguantar sus balidos.

Esa conducta, pues, sólo trae disgustos y yo tan sólo me la explico cuando los dineros del tío valgan mucho la pena y haya seguridad en su constancia, seguridad que a mí me parece imposible de tener. Por eso, yo siempre obro contrariamente y halago a todos los casados poniendo por las nubes a sus mujeres, con lo cual se hinchan como pavos orgullosos y cuido mejor mi conveniencia.

De Cartagena pasamos a Alicante, porque estaba cerca y teníamos allí algunas amistades, aun cuando, como es natural, yo me enteré antes de que el carabinero de marras había pasado a mejor vida, en la última ocasión que intentó quitársela.

Comenzaba marzo y decían que iba a dar fin la guerra. El hambre apretaba más que nunca y aunque el dinero corría abundante, porque se sabía que, con la paz, no iba a valer nada, no podías emplearlo a tu gusto. El que algo tenía lo guardaba y tú te amargabas viendo que los billetes amañados con tu trabajo no te servían para llevarte buenas tajadas a la boca, o para comprarte ropa fina o alguna joya de ocasión. Aquello era un asco y muchos estábamos deseando que diera las últimas boqueadas de una vez.

Pero, al mismo tiempo, había miedo en Alicante. Porque los que tenían encima alguna barbaridad corrían toda clase de bulos sobre los nacionales, para espantar a la

gente.

Tanto se dijo y tanto te aseguraban saber de muy buena tinta, que yo, que no me asusto fácilmente con estas tonterías, comencé a preocuparme, aunque bien sabe Dios que siempre fui a lo mío y que jamás me metí en política para nada, porque es asunto que me da asco y nunca pude comprender cómo encandila a los hombres, a no ser que vayan tras los cuartos. Pero cuando pensábamos ya en irnos a Elda, lugar más tranquilo, donde teníamos un conocido, yo me puse otra vez mala y, como andábamos muy mal de dineros, porque todo costaba un ojo de la cara, tuve que ingresar en el hospital.

Mi endeblez terminó por picarme los pulmones y tuvieron que pinchármelos por la espalda, para que saliera la pus.

Lo pasé muy mal y creo que desvariaba por las noches. Pero un médico joven, simpático y muy bueno, me salvó la vida. Me metió calcio y vitaminas por las venas para enderezar mi debilidad. Y, además, se enamoró como un loco de mí.

La verdad, no lo recuerdo bien, porque los hombres se me juntan todos en el recuerdo y sus caras se me derriten, como la cera, en una especie de rostro común. Pero creo que era un chico muy guapo, aun cuando empalagoso y romántico.

Sé que no debería decir estas cosas de él, porque me salvó la vida; pero le di todo lo que deseaba y, por eso, creo que estamos en paz. Porque nunca fui suya, y ésa es la mayor ilusión que puede entregársele a un hombre enamorado como él lo estaba, con dulzuras y dengues sentimentales.

En cuanto despabilé un poco mi calentura y mi mal, lo vi venir al hombre. Y adivinando sus gustos y lo que deseaba de mí, se lo empecé a dar, contándole una bonita historia, que le emocionó.

Le dije que, por una serie de casualidades que no son del caso detallar ahora, me veía sola y abandonada en la zona roja, sin otra compañía que la de una prima hermana que se ganaba la vida de animadora en el Olympia y que era la Encarna. Mis padres estaban en Sevilla, al otro lado del frente, y la familia que teníamos en Valencia había muerto en un bombardeo. Era un bonito cuento, no lo niego, pero durante la guerra había muchas historias como ésta que eran pura verdad.

Todo se perfiló cuidadosamente, casamos a la Encarna con un marino joven que se ganó en Alicante y el médico se tragó la píldora.

Fueron unos amores de comedia. Pues el hombre era un inocentón y sudaba tinta hasta para pagarme las cosas que necesitaba, que eran muchas. Cierto es que yo bordé mi papel, tanto que el amigo de la Encarna aseguraba que era mejor actriz que la Greta Garbo.

Estaba yo entonces más mona que nunca. Pues la debilidad y la palidez afinaban aún más mi belleza, que, según el médico, era fantástica, irreal y con un no sé qué que cautivaba. Tenía el pelo larguísimo, brillante y ondulado, y me lo colocaba de modo que sus reflejos cobrizos me animaran un poco la cara, sobre la almohada, y un escote que dejaba siempre un poco entreabierto. Otros días, cuando pude

incorporarme ya algo, me recogía el pelo en unas trencitas muy monas y daba gusto verme.

Además, suspiraba mucho, y cada uno de mis suspiros le entraba como un viento huracanado por el corazón al médico. Hablaba poco, con desmayo y misteriosamente, para enloquecerlo bien. Y remilgaba tanto con sus obsequios que, como dije, se sofocaba para hacérmelos.

Mejoré muy pronto con tantas atenciones y regalos. Nos hicimos novios y comenzamos a salir.

La Encarna, entonces, hizo la última de las tonterías que yo conozca, porque me figuro que habrá seguido haciendo otras muchas más. Pues se largó de Alicante para Orán con el marino que, al parecer, era más bien marinero y tenía alguna cuenta atrasada que pagar a los nacionales. Y no he vuelto a saber más de ella hasta la fecha.

Sentí mucho aquella locura y la falta de su compañía. Sobre todo en aquel momento en que me estaba haciendo ropa nueva, pues ella cortaba y cosía primorosamente. Menos mal que, antes de marcharse, me había hecho ya tres trajecitos preciosos y alguna ropa interior, a cuenta de mi médico.

Como yo, aunque mejorada, no estaba buena, mi novio me sacó del hospital, que se había puesto imposible con los barullos finales de la guerra, y me metió en un sanatorio de pago. Corría ya con todos mis gastos, aun cuando nunca me dio dinero, a no ser pequeñas cantidades para mi bolsillo.

Me presentó a su madre, pues según decía llevaba intenciones de conducirme un día al altar y era muy respetuoso conmigo, y también conocí a una hermana suya casada con un comandante, que vino de Córdoba con la paz.

Era una gente buena y simpática, pero la situación comenzaba a hacérseme muy difícil. Porque mis patrañas iban a descubrirse y mi novio no merecía un desengaño tal. Además, el hombre no me gustaba nada, y le había exprimido el bolsillo todo lo posible. Y, por otra parte, aun cuando le durara su pasión y no mudara la idea de casarse conmigo, yo no estaba dispuesta a conformarme con ser la encantadora mujercita de un mediquillo cursi de provincias.

Lo pensé bien y decidí rápidamente. Sin una sola palabra, sin una sola explicación, porque estorban en estas ocasiones, me marché a Sevilla. Llevaba el billete y cinco duros cuando subí al tren. Pero iba muy bien vestida.

XIV

Creí que iba a ser un viaje sencillo, pero di más tumbos que un vagón de ganado. Porque el tren iba lleno de tropas con permiso y a los soldados, con los humos de la victoria, se les figuraba que todo el monte era orégano. Hasta que me di cuenta de que había que agarrarse a los oficiales para poder seguir mi camino.

Así, con mis cinco duros, conseguí llegar, después de muchas paradas y empalmes, a Granada, donde un capitán me consiguió un salvoconducto para seguir a Sevilla. Pero antes de dar fin al viaje se me acabaron los cuartos y me asusté un poco, porque me vi perdida y arrastrada por todo aquel jaleo de unos trenes que parecían tan pronto enloquecidos por la velocidad como pasmados por el cansancio.

Se estropeó la máquina en Antequera y pasé un día sin comer, pues no me atreví a arrimarme descaradamente a nadie, porque comprendía que no estábamos en Albacete y no olvidaba que yo era una menor, de dieciocho años recién cumplidos. Pero, al fin, un camarero de la fonda me buscó cama para pasar la noche y un filete con que entretener el hambre. Y me vi de nuevo en el tren camino de Sevilla.

Antes de llegar, por Marchena creo, empecé a sentir aprensión de andar por aquella zona de España, tan sola y sin dinero. Pues había pasado toda la guerra en el otro lado y no sé por qué se me antojó que me iban a meter en la cárcel, si me descuidaba. Comprendí que había hecho una locura al abandonar tan pronto a mi novio y me di cuenta de que ya no estaban las cosas, ni yo tampoco, para corretear por las carreteras como en aquellos tiempos pasados. Era una mujer, una mujer de bandera, y llamaba demasiado la atención.

Por primera vez en mi vida me sentí sola, débil, y lloré un poco. Después, en Utrera, me dio un soponcio, pues no estaba aún buena y las apreturas del tren eran como para sofocar a cualquiera.

Creo que me mareé y me puse primero muy arrebatada de manos y cara, y que después me quedé más blanca que el papel. Con este motivo conocí a Dieguito, que iba en el mismo vagón para Sevilla.

Era un malagueño bajo y regordete, aunque no de mal ver y bastante simpático. Andaba por los treinta y no hablaba con la z insoportable de Málaga, sino con la graciosa s de Sevilla.

Se me ofreció, al volver en mí, y, en cuanto supe que tenía una fábrica de mantones y chales, acepté su ofrecimiento. Fue una de las pocas veces que me junté a un hombre con gusto, y cuando me apoyé en su brazo, en la estación de Sevilla, me pareció un tío estupendo, aun cuando lo mirara un poco por encima del hombro, pues era algo más bajo que yo, que soy de una estatura mediana y muy bien proporcionada.

Dieguito me puso muy pronto un piso en la calle Palacio Malaver, cerca de La Europa. Se gastó más de cinco mil duros en un dormitorio niquelado, con lunas de bisel, un comedor sevillano y un saloncito con una turca, que yo llené de muñecas de

fantasía, pues, desde entonces, me dio por coleccionarlas y actualmente tengo un cuarto lleno.

Viví con él cerca de un año. Con la edad aprendí que es cierto lo del valer más un pájaro en mano que ciento volando, y el Diego era un pajarito tan lleno como un tordo.

En Sevilla me hice muy amiga de una chica que había trabajado en el Martín de Madrid. Se llamaba Tina y la entretenía un tal Manolo, amigo de mi hombre, pues los dos se dedicaban al comercio de ropas. Manolo tenía una especie de galerías o almacenes de ropas hechas, confeccionadas y bisutería.

Salíamos con frecuencia los cuatro juntos, en el coche de Manolo, y, por el día, mientras los hombres trabajaban, la Tina y yo montábamos en bici y nos íbamos por los alrededores de Sevilla o a distraernos un rato en los columpios de la Venta de la Conejera.

En el invierno volví a caer enferma. Y me vi peor que nunca. Porque una noche, cuando Dieguito y yo estábamos en un cine viendo *La tonta del bote*, comencé a echar sangre. Por la nariz, por la boca y por otras partes que no deben nombrarse entre gente bien, educada.

Me vieron en consulta varios doctores, pues mi amigo no regateó ni ciencia ni botica para curarme. Y debía estar muy grave, porque hubieron de taponarme todos mis agujeros para cerrar las salidas a esta sangre mía tan huidiza, y me colocaron en la cama en una postura muy difícil, con las piernas por alto y la cabeza baja.

Creí que me iba y, la verdad, no me importaba demasiado, pues no tenía fuerzas ni para asustarme. Pero con onda corta, transfusiones y aceite alcanforado, me sacaron aquellas eminencias sevillanas adelante.

Después, cuando pude dejar la cama, Dieguito me llevó a un sanatorio de Aracena, un lugar precioso, alegre y serrano, donde me puse como nueva aquella primavera.

Pescaba en el río, andaba con los pastores y llegué a correr los campos completamente desnuda, loca al encontrar otra vez la tierra, siempre que unos dolores terribles que tenía en los ovarios, desde mi última enfermedad, me dejaban disfrutar de ella.

Mejoré mucho, pero... ¡bah!, no lo ocultaré. Me habían puesto morfina, por los dolores, y cuando volví a Sevilla con Dieguito no pude acabar con ella. Desde entonces me llamaron *La muñeca morfinómana*. Dieguito se enfadó pero, al fin, me dejó pincharme. ¡Que igual da vivir un poco más o un poco menos! Lo que importa es vivir de prisa cuando se vive como yo vivo.

XV

Antes del verano reñí con Dieguito. Estábamos una noche en Las siete puertas y se me puso tonto.

—No mires más a ésa —le dije.

—¿A quién?

—A la bailaora. No te hagas el idiota.

—Te aseguro que no me gusta, nena.

—Pues no la mires.

—Tanto como eso...

—Soy la chica más mona de Sevilla y no te aguantaré este desprecio, Diego.

—No es desprecio, mujer. Es que me gusta como baila.

—Te digo que no la mires.

—No te encrespes así chiquilla, por una tontería.

—Que no la mires.

—Miro su baile.

—Te va a salir caro.

—La morfina te está poniendo un poco...

—¿Un poco qué...?

—Algo pesada, nena.

Le di una bofetada. Sonó como un tiro en su carrillo abundante y prieto. Y me marché de allí.

Al día siguiente vino Manolo al piso, a tantear el terreno.

—Anda, no seas tonta, mujer.

—Yo no le tolero a un hombre esas cosas, Manuel.

—Está muy enfadado.

—Pues que se enfade.

—Dice que has echado muy mal genio.

—Hay a quien le gusta. Mira, Manolo: ¿tú no crees que soy la mejor chica de Sevilla?

—Siempre lo he creído, Lola.

—Pues la verdad, no lo parece.

—No me provoques, mujer, que siempre me has gustado mucho.

—¿Más que la Tina?

—Más.

Nos fuimos a comer y a torear un becerro a la Venta de Guadaira. Bebimos mucho por la tarde y, cenando, me dijo que Dieguito andaba ya con otra mujer.

Pasamos la noche juntos, en la pensión que tenía la Trini en la calle de La Línea.

Por la tarde, cuando me vi sola en mi piso, me entró miedo del Diego, pues aunque era bueno y sin hiel, nunca puede una confiar en los hombres. Y llamé a Pepín, mi manicuro, que podía darme un buen consejo, pues me tenía ley y era

marica.

Hablamos y me aconsejó esperar unos días, a ver qué pasaba, pero sin salir con Manolo, pues eso no me lo perdonarían ni Dieguito ni la Tina, con lo cual tendría un disgusto por partida doble.

Esperé unos días, pero Diego no vino. Tal vez le dijeran lo de Manolo, tal vez anduviera ya prendido a la novedad de una tía cualquiera.

Entonces decidí vender el piso y el manicuro me trajo una mujer que se dedicaba a esta compraventa y que, después de muchas idas y venidas y no menos regateos, me puso en la mano siete mil pesetas. Recogí mis cosas, despedí a la chica que me atendía, llamé a la portera y le di la llave, para que se la entregara al Diego, si volvía por allí.

Después nos fuimos Pepín y yo a celebrar la venta.

Cenamos en Casa La Viuda y cogimos una de alivio. Nos llevamos una cesta de frutas y las repartimos por la calle, armando un buen escándalo. Yo me había puesto de tiros largos aquella noche, con un precioso turbantito azul sujetándome el pelo y los hombres se me comían con los ojos.

Estaba Sevilla en ferias y la gente zumbaba por todas partes. El manicuro se encontró a unos clientes, una pareja de mediana edad, y nos fuimos los cuatro a la caseta 77, de los socios del Círculo Mercantil, que se alborotó toda con mi llegada.

Bebí más, y fastidiada por las tonterías del marido, que no me quitaba la vista de encima y que detrás de los ojos me ponía las manos en toda ocasión, le dije que no presumiera tanto de mujer, pues sabía yo que aquella hembra era una tía de Las siete puertas y nada más. Ella andaba muy melosa con el marica, no sé para qué, y empezó a insultarme, pues eran matrimonio legítimo.

Se armó la bronca, se jaraneó bien la caseta a nuestra costa, y Pepín y yo nos fuimos a El Barranco, a comer pescado frito, seguidos por varios hombres, que no me perdían de vista en toda la noche.

En El Barranco bebimos vino tinto y cañas con el pescado calentito y sabroso.

El manicuro empezó a maniobrar con destreza, pues era un tío listo, como casi todos los maricas. Se acercó a los que me seguían, me los presentó, bebimos juntos, y, apartándose con ellos separadamente, me alcaheteó con todos. Eran gente rica, señores de categoría, y a cada uno le fue sacando dinero en prenda de que al final de la juerga iba yo a ser para él.

Trincamos bien y nos divertimos mucho con toda aquella guasa. Después, convenidos Pepín y yo en un momento, y advirtiéndolo por separado a mis galanes que yo era una chica entretenida por un amigo encumbrado y celoso, lo que me obligaba a mucha discreción y misterio, salía de El Barranco y entraba en el coche de alguno de ellos, ansioso ya al volante, para escaparme por la otra puerta del auto y repetir la trampa en otro coche, hasta que se armó el natural zipizape entre ellos, al darse cuenta de la burla, y hubimos de tirarnos Pepín y yo por el barranco abajo y correr lo nuestro, para poner un buen trecho por medio.

Sacamos de la broma cerca de mil pesetas, que yo me llevé bien sujetas en la liga, y Pepín dijo que ya se las arreglaría él con aquellos tipos si se los encontraba algún día, echándole la culpa a mi morfina, pues la gente conocía mi vicio y, a cuenta de él, me hacía la loca cuando no había otro remedio.

Viví dos días con el manicuro, en Casa Juanito, una pensión de la plaza del Pan. La verdad, por amor propio, traté de sacarlo de sus gustos, pero él, muy finamente, me pidió que no lo molestara.

Después, el muy asqueroso, me suplicó lo ayudara en un difícil asuntillo de amores que se traía entre manos y que terminó con la presencia en la pensión de dos guardias, que fueron a buscarlo.

Asustada, les di a todos esquinazo y me vine a Madrid con un salvoconducto y los cuartos que me quedaban, unas cinco mil pesetas, pues yo siempre fui muy gastadora y nunca pude sujetar el dinero en mis manos.

XVI

Paré unos días en el Hotel Inglés, porque en Sevilla oí hablar de él a la Tina como de un lugar muy distinguido. Mas con aquellos huéspedes tan pasmados no hubo forma de sacar ni un mal flete.

Eché mis cuentas y vi que, si no entraba pronto algo, las pesetas iban a tomar la del humo rápidamente, porque, además, todo se me antojaba y me compré unos vestiditos preciosos, ropa interior de calidad y un reloj Cyma con pulsera de oro.

Cuando recuerdo aquellos días me da entre pena y risa, al comprender ahora lo despistada que andaba. Porque me sentía tan orgullosa de hallarme en Madrid que, en lugar de empequeñecerme con mi soledad, me sentía capaz de conquistarlo todo y verme, más adelante, reina de esta ciudad tan difícil.

Por eso, además de vestirme mejor que nunca y de alhajarme un poquito, me dediqué a estudiar la población, que no me gustó demasiado, pues siempre la encontré áspera y esquiva.

Paseé estos paseos madrileños, abrasados por el sol de junio, recorrí estas calles tan urgentes y ariscas, y conocí bares, bailes, teatros y cines, mas algunos otros lugares propios de la vida.

Salía algunas, veces por la noche, precipitadamente y con mucho miedo, pues ya me habían iniciado en los peligros de la callejera soledad nocturna.

Madrid, de noche, no se parecía entonces nada a lo que yo viera por Andalucía y Levante. Parejas encandiladas, grupos de hombres sin rumbo, al acecho de lo que salga, si sale barato; mujeres de la vida, recelosas y rápidas, bramando una bronca carantoña que no confunde a nadie, y ese paseante solitario que da una vueltecita sin prisa después de cenar en su modesta pensión, un tipo en el que una mujer avisada no debe confiar nunca, nunca.

Todos hormigueaban por el centro de la ciudad sorteando un laberinto de hoyos, de calas, de zanjas, de montones de tierra y de adoquines, que alternaban con los más imprevistos caños de agua fresca y espumosa, con ensortijados cables, que a mí me daba mucho miedo pisar, no fuera a achicharrarme la electricidad y me quedara allí mismo hecha una pavesita.

Yo perdía la cabeza con el pedorreo antipático de las máquinas taladradoras, que hurgan los empedrados como los patos el cieno cuándo buscan lombrices. Y me cegaba el lívido resplandor de la soldadura autógena abrasando los carriles.

Pero, muy pronto, me di cuenta de que a la mayor parte de los madrileños este revolverle las tripas a su Madrid en el verano se les hace simpático y que casi presumen de ello, pues las sangrientas críticas y las burlonas chanzas que suelen dedicar a su Ayuntamiento están llenas, a la vez, de un orgullo semejante al de muchos padres cuando aseguran que sus hijos son de la piel del diablo.

Asustada al verme un día con poco más de dos mil *leandras*, me fui a una pensión de la calle de la Montera, Casa Balbina, que me llevaba veinte pesetas. Tenía,

entonces, el pelo platino, peinado con la raya a un lado y dos trencitas con su lazo, que me daban un aire extranjero y fino. Estaba preciosa, delgadita, pero con los pechos más duros y mejor puestos que nunca. Y, algunas veces, llevaba en la cabeza un sombrero rarísimo que me había costado un ojo de la cara, pero que, al parecer, era muy elegante, aunque a mí me encogía un poco al verme con aquello encima.

En Casa Balbina conocí a Juanjo, un perfumista alcahuete. Surtía de perfumes, lápices para los labios, polvos y colorete, y aun otras cosas, a muchas chicas de la vida. Pero, sobre todo, andaba siempre llevando y trayendo recados y negociando el trato. Era más bien marica, aunque no despreciaba una buena mujer, si le salía gratis. Tenía sus cincuenta años y, por todo ello, su experiencia era muy grande.

En cuanto me vio sola se informó de mí por la dueña de la pensión y, al saber que mi soledad era verdadera, me pidió permiso para sentarse a mi mesa y pasar así las pocas tajadas de la comida en grata compañía. Yo le acepté porque, aunque vi muy pronto adónde iba, me pareció que el tal Juanjo podía serme de utilidad en aquel momento.

Por ello admití un frasquito de Scandal y sus consejos. Ahora comprendo que no fueron malos.

Me dijo que, ante todo, debía guardar el sombrero cuidadosamente. Porque tal vez fuera muy elegante y caro, pero espantaba las moscas que habíamos de cazar. Después, convinimos también en que dejaría un poco mi gesto de reina ofendida y que me movería con más naturalidad. Pero, eso sí, siempre con un aire misterioso y distraído que me iba muy bien, pues él mismo reconocía que se veían en Madrid muy pocas mujeres como yo, que resultaba más interesante y original que ninguna aunque, conociéndome, era como todas. Para evitarlo, hablaría poco y sonreiría mucho, porque la sonrisa acentuaba la gracia de mis pómulos y achinaba aún más mis ojos. Sobre ellos dijo que, realmente, jamás había visto un brillo semejante, tanto que pensaba si tendría algún secreto mejunje para iluminármelos con tal resplandor.

Le aseguré que no, porque tan sólo me los he pintado siempre un poco, y quedamos en salir juntos a la caza del chorlito, figurando él como mi tío.

Fuimos al bar del Palace, al Abra, a La Elipa, al bar del Capitol, a Suevia, a Gavina y al Fuyma. Y, algunas veces, nos poníamos de tiros largos y nos íbamos a bailar a La Galera y a Tokio, porque, entonces, no se podía ir a Larré.

Yo me enseñaba bien en todas partes y en seguida me clavaban los ojos por docenas. Escogíamos con cuidado, generalmente a hombres maduros y serios, y mi tío Juanjo buscaba contacto con el viejales o me lo hacía buscar a mí, según los casos.

¡Qué bendición de las mujeres son esos tocadores un poquito retirados del bullicio, donde siempre hay una florista amable, una vieja con la mano tendida o un botones que te ronda a ver que pasa!

Fuera Juanjo en la barra o yo en el tocador, la amistad se iniciaba y con ella la más fiera socaliña del galán. Comenzaban, pues los convites, las excursiones nocturnas, los paseos en coche hasta El Tropezón por un lado o hasta El Mesón por el

otro. Y venga de miradas, de arrullos, de sonrisitas, de *fox* lentos y arrimados, siempre con mi tío de cuerpo presente, aunque más vivo que nadie.

Yo maniobraba así, tranquila y a gusto, amparada por la dignidad de Juanjo, que no tenía mal aspecto y que no me sacaba nada, aunque comía y bebía por veinte y me figuro que les sangraba bien el bolsillo a mis enamorados con algunos inteligentes préstamos, pues mi jornal pasaba íntegro a mi bolsillo.

Esta sociedad familiar se mantuvo durante todo el verano y me sacó de apuros, aunque no me permitió el menor ahorro, pues lo que no me era preciso para mi vida me lo echaba encima en caprichos y lujos. Así me gané un *chevalier* precioso, muy de moda, y una pulsera de eslabones de oro que pesa setenta y cinco gramos. Pero todo acabó mal, por culpa de Juanjo. Porque los condenados maricas tienen siempre esta inseguridad: se les cruza un capricho y son capaces de echarlo todo a perder. Aquí fue un italiano lánguido y prometedor, pero no del todo zape, que lo llevó a la cárcel, porque el pobre Juanjo: no pudo pagarle lo que el tipo pedía por no denunciarlo, y yo, naturalmente, me negué a sacarlo del apuro. Bien se me tiró el Juanjo a los pies, diciendo que aquello era su ruina, pues estaba muy enfermo y la cárcel lo mataría. Pero yo no estaba dispuesta a gastarme ni una perra por un marica más o menos en el mundo y rompí con él. Había ya pensado cambiar de rumbo y entrar de pupila en una casa de mucha categoría.

XVII

Comprendo bien que, hasta aquí, mi vida no fue nada original, sino una de tantas existencias femeninas que cruzan estos años alborotados y difíciles. Aunque yo sí lo era. Porque al peinarme este pelo larguísimo que tengo, un poco cobrizo, si no me lo aclaro, y siempre sedoso, limpio y brillante, a pesar de los tintes, yo misma me asombro muchas veces de mi rara belleza y me enamoro de mis gestos y monadas ante el espejo, ya que, como dice Juan, cualquier actitud mía, por estúpida que sea, resulta una obra de arte natural.

No olvido que todos nos creemos estupendos y perfectos sin serlo, y he visto cada caso de vanidad que metía miedo. Pero, en el mío, sé perfectamente que no es ni soberbia ni engaño idiota el creerme así, porque el espejo de los hombres no falla nunca y el fervor de sus carteras menos. Y a mí se me han abierto arrebatadamente los corazones más duros, más embotados por el humo acre de la vida, y los bolsillos más avaros y difíciles.

Por supuesto, que yo no doy la menor importancia a las palabras de los hombres, pero si anotara aquí las que he oído... Y conste que no me refiero a las movidas por el deseo, porque, en este caso, precisamente, carecen de valor alguno y pueden ser inspiradas por la mujer más vulgar en cualquier momento.

Conmigo no ocurre nada semejante y la emoción que provoco va por otro camino. Porque, al envolver a los hombres con el resplandor de mi presencia, yo me doy perfecta cuenta de que su voluntariosa y falsa fiereza se les endulza y ablanda lánguidamente, y que una atmósfera de ensueño y de claro de luna, un verdear repentino de todas sus mustias esperanzas los debilita y transporta, produciéndoles una suave y deliciosa amargura, como una droga consoladora y eficaz que aleja todos los dolores, aun cuando los deje vivir en una presencia honda y amordazada, que hace más intenso aún el consuelo de su distancia.

No ignoro, no, todo lo que de irreal tiene mi apariencia. Los torpes, los que no saben de palabras, dicen que soy muy rara, que tengo un no sé qué asombroso, algo que no puede explicarse. Los que tienen más labia, más cuento, hablan y hablan, con palabras que suenan como músicas y que a mí me gusta escuchar, porque las siento caer sobre mi vanidad como una fresca ducha de perlas preciosas.

Pero, en el fondo, todos sienten lo mismo, aun cuando lo expresen cada uno a su manera y según sus medios. Por eso, hace ya mucho tiempo que yo sé que puedo tratar mal a los hombres, que debo tratarlos mal; porque hay algo que los une a mí, que los adhiere a mí con una facilidad cara, viciosa, pero con vicios y perezas del alma, que termina siempre en la desesperada amargura, pues yo, la verdad, no me oculto demasiado tras la máscara de mi apariencia y coceo con frecuencia. Pero ¡cuántas veces he ensayado victoriosamente mi poder y cuántos rostros encrespados por la ira de la humillación, por la fiebre de unos celos bien fundados o por el dolor del más escandaloso desprecio, he visto suavizarse, abrirse lentamente al enfrentarles

la belleza delicada de mi cara, sin necesidad de una sola palabra de amor, de excusa o de compasión!

Por el contrario, en el momento en que esta especie de música irreal que de mí nace los embarga más vivamente, me gusta pedirles dinero o darles una buena coz que les recuerde que yo no soy otra cosa que una mujer. Una mujer de la vida.

Les duele, sé que les duele como nada puede dolerles. Como algo monstruoso, deforme, infame; como un sucio error de la Naturaleza. Pero me callo, les enfrento mi cara y las músicas vuelven a sonar otra vez.

Por todo esto he despreciado siempre a esas pobres hembras que sólo triunfan en el lecho caluroso y urgente del deseo.

Mi imperio es un imperio de esperanzas frustradas que aletean, de purezas crucificadas por el asco de la vida, de emociones que se abren, que se abren siempre, primero con recelosa timidez, después con impotente desesperación. Hasta que yo, una vez conseguido mi lucro, surjo tras el amparo fiel de mi apariencia y cierro todas las puertas con un brusco y cruel portazo. Nunca, lo sabe Dios, me dio pena de ninguno.

XVIII

Quiero pasar rápidamente sobre aquello. No porque me avergüence de nada, pues era la mujer cara de la casa, sino porque fueron casi dos años monótonos y perezosos los que pasé allí. Hasta que un día supe claramente que, si continuaba quemándome la sangre con aquella vida, ya no podría recuperar ni mi alegría ni mi juventud y que los buenos cuartos que juntara no me habrían de servir para pasarlo bien, sino para que alguien se aprovechara un día de mi cartilla de la Caja de Ahorros del Monte de Piedad.

Más que por ambición de dinero, entré en la casa por miedo, pues tenía diecinueve años y el campo de Oropesa estaba a la orden del día. Porque, además, la mayor parte de las pesetas que sudaba una allí con su trabajo se quedaban entre las uñas de las alcahuetas del cubil. Que si la mitad para la dueña; que si un tanto por ciento de lo nuestro para el servicio; que si regalitos por aquí; que si finezas por allá, para que te enseñaran a los hombres de postín. ¡Aquello era de miedo! Pero yo aprendí mucho, no lo puedo negar.

Cuando salí de allí, en la primavera del 42, había cumplido los veintiún años y tenía ya apañada una cédula falsa de mi hermana de portería, en la que figuraba una edad de veinticuatro, recurso que antes me había resultado imposible, pues mi aspecto aniñado lo desmentía escandalosamente.

Había vivido estos años de pupilaje como sumergida en un pasmo inexplicable. Ni estuve triste ni alegre, ni dulce ni rabiosa, ni simpática ni antipática. Trabajaba, trabajaba, trabajaba. Y cada sábana de mil que, prendían mis manos avarientas, o cada pulsera que sonaban mis alhajados brazos, me hundían más y más en aquel sopor dorado que, según me dijo un día el loco de Juan, me había teñido para siempre el corazón de amarillo.

Era, como he dicho, la mujer más cara de la casa, y la dueña me enseñaba con mucho teatro y con gran misterio a los clientes de categoría o a los que iniciaban ya la marcha, fracasada la ilusión. Porque aseguraba que yo era de una familia muy distinguida y que si iba allí a lo mío, siendo menor, era para salvar de la cárcel a mi padre, un personaje muy importante que había hecho un desfalco. ¡Como si a los estafadores de importancia los metieran alguna vez en la cárcel! Pero los hombres se lo creen todo, cuando andan mujeres bonitas por medio, y las más escandalosas trapacerías pasan como verdad para la mayoría de ellos.

Allí aprendí bien lo que es la envidia, la ruindad y el vicio. Para olvidarlo me gastaba gran parte de los cuartos en morfina y cocaína, aunque esta última me sienta peor, pues me da una tiritera muy desagradable y me amorata mucho las manos.

Hasta que una noche un hombre me pegó. No quise complacer sus porquerías y me dio una bofetada. Yo le aticé con un sifón en la cabeza. Y él me tapó la boca con su mano asquerosa, para que no chillara; me amordazó, me ató a una silla y me estuvo pegando toda la noche, sin que nadie se diera cuenta de mi situación.

Era un hombre sucio y feo que había corrido varias guerras y que llevaba siempre mucho dinero encima. Yo nunca quise subir con él, pues me daba grima el tener que aguantarlo tantas horas, pero insistió y pagó. Pagó mucho, como siempre se pagaba por mí.

Pero, después, estuvo atizándome a conciencia durante toda la noche. Porque me pegaba en la cara, me coceaba los muslos y las espinillas y dormía un ratito hasta volver a empezar la faena con renovada ilusión. Así hasta que, a las diez de la mañana, después de una dura despedida, se marchó diciendo a las criadas que no me despertaran, que estaba durmiendo en el cuarto como un angelito. ¡Maldita sea su estampa! Porque lo que estaba era casi privada del sentido por tantos golpes.

Después quise vengarme y busqué al marrano por todo Madrid, pero no lo he vuelto a ver más. Si lo encuentro, juro por mi madre que me las pagará.

Cuando saqué mis maletas de aquella casa había olores de primavera en la calle. Es un sitio céntrico, muy a mano para todos, y la fachada del edificio, cegada, sucia y tristonera, oculta los fabulosos lujos del interior. Ascensores, alfombras de nudo, maderas olorosas y riquísimas, espejos a todo pastó, y sobre todo, aquellos cuartos de baño negros, rosas, verdes, azules y amarillos que son el orgullo del negocio.

Yo, desde mi taxi, miré a la casa, jurándome que sería por última vez. Y después, mondándome bien la garganta, escupí el gargajo sobre la acera, ante su puerta, en una justa despedida. Porque era casi rica, pero lo había pagado bien.

SEGUNDA PARTE

I

Me he sentido un poco reacia a continuar mi historia. La voluntad y la paciencia se me fueron durante unos meses y, además, el tiempo me vino corto para secarle los bolsillos a un asturiano estraperlista que anduvo loco por mis huesos hasta que se le acabó la guita. Pero el asqueroso de Juan me ha provocado, diciendo que lo que tengo es miedo a seguir adelante, porque no me atrevo a poner aquí ciertas cosas. Anda el hombre equivocado y voy a demostrárselo, porque yo no tengo, gracias a Dios, nada de qué avergonzarme y me sobra sangre para atreverme con todo.

Lo que sucede es que, hasta ahora, casi me divertía recordar mis tiempos de inocente inexperiencia, mis años de bobalicona y alegre juventud, en los que cualquier punto se aprovechaba, por cuatro melindres, de mi palmito. En cambio, dejar aquí las huellas de lo que ha sido mi vida desde que saliera de Casa Amparo hasta este otoño del 47, en el que vuelvo a coger la pluma, va a resultar más duro y desagradable. Porque hay cosas que son de una sola y que no gusta decir a nadie.

Por ejemplo, no me gusta traer a palabras esa afición mía a los enfermos y a los pobres. Y creo que el día en que Juan, que es el único que sabe algo de ello, me sonsacó el asunto, yo andaba algo borracha y no pude tapar la brecha de alguna salvajada suya.

—Eres la furcia más furcia que he conocido —me dijo el tío, aunque con otra palabra peor, cuyas cuatro letras no escribo por dignidad.

—¡Qué cosas dices!

—Eres la ramera cien por cien —continuó pesado, observándome con admiración, porque sea yo lo que sea él me admira.

—¡Déjame en paz!

—Todas las ramera fallan su ramería cuando menos se piensa —siguió obstinado—. Tú, no.

—¿Tú que sabes?

—Tú no te has enamorado nunca. Tú no has saqueado jamás.

—Eso es verdad.

—Tú no has sentido en ningún momento compasión por un hombre hecho trizas a tus pies. A tus pies de ramera.

—No; nunca.

—Tú no has sentido la necesidad de darte, de entregar algo tuyo a la vida —aseguró, bebiéndose una copa.

—Te lo dices todo, Juan.

—Porque lo sé, Lola.

—Puedes equivocarte.

—No.

—Pues te equivocas —salté, porque no estaba serena y el vino era champaña seco de lo bueno, que me exalta mucho.

—No bebas más y calla.

—Me fastidias con tus sandeces. Siempre crees que estás al cabo de la calle.

—Y lo estoy.

Lo miré un momento. Se hallaba reclinado sobre un diván, bebiendo despacio y contemplándome con sus ojos de cazador. Eran horas de madrugada. Habíamos pasado parte de la noche juntos y, antes de que me llevara a casa, entramos en Riscal a echarnos algo al estómago.

Yo me sentía rara, transportada, aquella noche, y escuchaba a todas mis lágrimas muertas gritar su ira. ¿Estaría provocándome para hacerme hablar? Porque con este hombre nunca se siente una segura de nada y yo tengo la impresión de que no es a mí a quien él quiere, a quien admira, sino a mis sombras. A unas sombras oscuras que están detrás de mí que no son yo misma, aunque vengan siempre conmigo. Debí callarme, pero no pude. Y quise estrellarlo contra un fracaso de sabelotodo.

—¡Idiota! ¿Qué sabes tú de mis pobres, di? ¿Qué sabes tú de mis enfermos, so chulo? —exploté, rabiosa.

—¿De qué? —se precipitó con una luz ávida en los ojos—. No, Lola. De eso no sé nada —confesó muy serio.

—¡Anda! Paga y vámonos —corté, levantándome como pude.

Nos fuimos a dar una vuelta por las calles de Madrid y se me antojó comer churros en Lavapiés. En la churrería, el tufo del aceite frito que manaban las enormes sartenes pareció serenarme un poco. Comimos porras, buñuelos y churritos ardiendo. No se veía con el humo y la gente olía mal. A Juan, los hombres lo miraron con malos ojos, porque iba muy elegante con su sombrero negro y su abrigo azul oscuro, y yo apretaba mi capa de zorros plateados con temor. Había allí chulos, maricas, tías de dos duros y mujeres con cestas que iban por los churros, malhumoradas y legañosas. Estuvimos un rato, comiendo de pie, y a Juan se le durmió sobre la amplia espalda un viejo cabezudo, rapado y pálido, a quien le metimos un billete en el bolsillo, mientras las primeras luces de la mañana mordían las malas caras.

Después, según supe otro día, anduvimos rodando con el coche y le pedí a Juan que me matara. Se rió el tío y junto a la plaza del Progreso nos besamos con locura, hasta que nos gritaron desde un tranvía. Lloré un rato, sí, lo confieso. Lloré lágrimas ácidas que me caían por las mejillas sin maquillar y que Juan besaba, estrechándome a la vez entre sus fuertes brazos.

Cuando me serené un poco me preguntó lo de mis pobres, lo de mis enfermos, y yo le confíe algo de mi otra vida, a borbotones y con pena, pues de esas cosas no se debe hablar con nadie y menos con un hombre, con un cochino hombre, aunque Juan sea de los menos cochinos, la verdad.

Después, ya en otras ocasiones, he tenido que decírselo todo, porque de sobra sé que las palabras no pueden dejarse a medias y, aunque yo tratara de echarle la culpa al vino, bueno es el hombre para no barruntarse las verdades, por extrañas y raras que parezcan.

Y, ahora, dice que si no adelanto mi historia es porque temo enseñar estas debilidades. Repito que se equivoca, pues yo soy una mujer muy orgullosa. Lo que no niego es que me fastidia el traerlas a palabras, porque hay cosas que no pueden explicarse bien y se estropean trajinándolas.

Pero no olvido que al principio de estas escrituras prometí ser sincera y lo seré. Hubiera preferido dejar esto, pero ya es tarde y mejor será no darle más vueltas a la cosa. Cuando llegue su hora se hablará de ello, aunque me disguste. Mas antes debo dedicarme a el Espichao.

II

Le conocí en Pasapoga. Entró una noche allí, con un grupo de amigos, dispuesto a todo. Y, en seguida me di cuenta de que venían de cenar juntos y de que se habían divertido bastante en la cena hablando de mujeres. Porque sé muy bien que los hombres como realmente se divierten es juntándose y diciendo tonterías a costa nuestra. Así lo pasan en grande, soltando tontas risotadas y palmeándose unos a otros la espalda. Pero en cuanto nos metemos mujeres por medio empiezan a ponerse agrios, a embroncarse y, en realidad, sufren. Sí; ellos solos se crecen unos con otros y se sienten capaces de comerse el mundo, pero después se achican, porque la mayoría son más bien tímidos, aunque escandalicen mucho.

Venían así aquella noche los del grupito, pisando fuerte y mirando a las mujeres con aire de jaquetones. Buscaron mesa y se sentaron cerca de la mía, que ocupaba yo con Charito, una chica bastante monilla que me había echado de compañera.

A uno de ellos me pareció conocerlo de algo, ¡cualquiera sabe de qué! Nos saludamos y me sacó a bailar. Después me llevó a su mesa, donde ya había varias mujeres sentadas con los otros.

Estuvimos alternando un rato, bailé con varios de ellos y, ya escamada, presenté la cuestión de confianza al que conocía. Le dije lo de siempre: que yo era una chica cara que necesitaba vivir mi vida y que no podía estar perdiendo el tiempo con ellos, si no se comprometía alguno conmigo.

Estas cosas tan claras irritan mucho a los hombres, lo sé. Porque quieren engañarse, los pobres, olvidándose de que una va con ellos por el dinero que puedan pagar. Cierto es que hay otras mujeres que, bien porque andan mal de cuartos, bien porque les gusta la jarana, aunque sea gratuita, se unen a estos grupos a la caza de un flete dudoso, que se hace esperar toda la noche y que, generalmente, se evapora con las últimas copas de la madrugada. Pero yo soy otra cosa.

Yo tengo siempre posibilidades a la vista, y aquella misma noche veía ya asomar varios pañolitos de a cien por los ojos de dos o tres hombres, que esperaban la ocasión, ansiosos de mi compañía. Por eso hablé; ¡por eso puedo hablar siempre! Mas creo que aunque tuviera que morirme de hambre, aunque me viera abandonada por todos los hombres menos por uno, le hablaría también así. Porque hay que machacarles los cuernos con esta verdad, con esta verdad que tanto les hiere y desespera. Que me tienen porque me pagan y que si no me pagan no me tienen.

Se lo dije al hombre y se cabreó.

—Mira, Lola, ¡vete a paseo!

—Ahora mismito me voy —aseguré, alzándome y echándome sobre los hombros mi capa de postín.

—Pero ¿qué pasa, hombre? No os pongáis así —intervino uno del grupo.

—¡Caray! ¿Qué le has hecho? —terció otro todavía, dejando un momento tranquila a su pareja.

—¿Yo...? Nada. Que Lola es una puta y no puede perder el tiempo con nosotros.

—Sin insultar, hombre, sin insultar —pidió excitado otro de los amigos, un tipejo desmedrado y canijo—. Tiene razón la chica.

—Muchas gracias —dije con monada—. Pero este señor está en lo cierto —continué, encarando fijamente al primero—. Claro que soy una puta, porque, si no lo fuera, no estaría aquí con ustedes —acabé, rebozándoles bien los morros. Y me fui de la mesa, acentuando más que nunca mis aires de reina, pensando que las chicas que estaban con ellos me lo agradecerían, aunque me pusieran verde, porque así habría ya menos competencia.

Volví a sentarme con Charito y no habrían pasado diez minutos cuando ya estaba comprometida con uno. Mientras, me di cuenta de que los ojos del tipejo que saliera a mi defensa me devoraban con desesperación, desde el rostro más nervioso y feílo que vi en la vida. Curiosa, me dirigí al tocador, dejando un momento a mi compañero de noche con Charito, que era de fiar; el tipejo me cortó inmediatamente el camino.

—Quiero estar con usted..., contigo —titubeó.

—Estoy comprometida ya...

—Tienes que arreglarlo. Inventa algo, cualquier cosa. Te lo suplico —pidió, agitado.

—No me gusta dejar plantado a nadie. Soy una chica cara, pero muy seria —le advertí, echándole encima toda la luz de mis ojos.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Y mis amigos se han portado cochinemente contigo. Perdóname la parte que me corresponde en el ultraje —solicitó con emoción.

—No tengo nada que perdonar, porque es verdad que soy una mujer de la vida —aclaré gravemente, con monada.

—No, no —protestó desesperado—. Tú no puedes ser eso, aunque lo parezcas. Tú eres una mujer extraordinaria, más elegante y más fina que nadie. Tú eres una señorita.

—¿Tú crees? —pregunté con mimo.

—Estoy seguro, absolutamente seguro —repitió muy excitado.

—Gracias.

—¡Anda!, vámonos. Dile cualquier cosa a ese tío que te acompaña, por favor.

Lo miré con más atención. Era un tipo esmirriado, con dos ojitos nerviosos y vivos espiritando una carilla de mono joven. Iba hecho una facha, mal vestido y, probablemente, sería un mediocre empleado con muchas ilusiones y escasas realidades. Pero, de todos modos, nunca debe una fiarse de la apariencia, pues hay cada figurín...

—No sé..., no puedo hacerlo; compréndelo —dudé, para probarlo.

—¡Por favor...!

—Tan solo...

—¿Qué, qué? —se animó ansiosamente.

—La verdad; estoy en un apuro y si tú pudieras sacarme de él...

—Comprendo tu delicadeza, tu desagrado al hablar de estas cosas —cortó con ternura—. Porque no es éste tu sitio. Perdóname si te pregunto cuánto necesitas...

—Mil pesetas —pedí, pues el que me esperaba me había ofrecido ya quinientas y no iba a plantarlo por un tipejo así, a no ser que diera el doble.

—¡Mil pesetas! —se alarmó.

—Sí; me harían falta ahora mismito, para entregárselas a mi hermana.

—No las llevo encima —se apagó tristemente.

—Lo siento —me despedí tendiéndole la mano—. Tal vez otro día...

—Un momento, por favor —suplicó de nuevo, al ver que me iba—. Sí... Voy a buscarlas. Volveré en seguida. Necesito estar hoy contigo. ¿Es que no lo comprendes?

—¿No te arrepentirás en el camino? —temí, arrimándome mucho a su desgraciado cuerpo—. Mira, dame ya lo que tengas y así vamos arreglando la cosa, ¿quieres?

Me dio cuatrocientas pesetas, con disimulo y vergüenza, y como me pareció que iba de veras, despedí al otro, que se enfadó lo suyo. Mientras mi galán volvía, Charito y yo nos reímos mucho y le pusimos de mote *el Espichao*.

Para su desgracia, lo he nombrado así algo más de un año.

III

Comprendo que todo esto va saliendo sin orden ni concierto, y me temo que cuanto más adelante mi historia más desordenada va a parecer. Preocupada, hablé de ello con Juan, que como ya se sabe, es el culpable de haberme metido en este fregado y le dije que yo me sentía incapaz de poner aquí las cosas en su sitio y que, a la vez, quisiera esforzarme en que todo aparentara un fiel remedo de lo ocurrido. Pero que, al ocurrir, las cosas ocurren mezcladas, embarulladas, y no como se leen en los libros. Hablamos un poco de las complicaciones de mi vida y le confesé que no sabía cómo seguir.

Se rió mucho de mis dudas y de verme metida en estos graves problemas. Y me aconsejó que escribiera las cosas como me vinieran a las mientes y como me diera la gana, según el humor del momento. Porque la vida tampoco suele tener ni orden ni concierto, y aun cuando esta historia mía habrá de salirme muy distinta de la realidad, que nunca puede copiarse, lo mejor será que la escriba lo más naturalmente posible.

Yo, la verdad, he tomado regusto otra vez a la pluma y quisiera hacerlo bien, como todas las cosas en que me empeño. Y, por eso, pienso que lo mejor va a ser que siga con el Espichao, que fue mi hombre más importante en esa temporada, pero sin olvidar los otros enredos que iban entremezclándose a su graciosa aventura.

Tenía el pobre bonito tan sólo el nombre, Rodolfo, y yo se lo quité, llamándole el Espichao, para no dejarle nada. Pero se enamoró de mí a lo borrego, con una tierna debilidad, que no ha perdido ni aun ahora que no le dejo arrimárseme, porque anda ya sin cuartos.

Juan lo defiende siempre y se pone de su parte; dice que es un hombre bueno y que yo me he portado con él como lo que soy. Y, cosa curiosa, cuando hablamos de lo sucedido con ese tipo, se pone Juan un poco triste y me mira como desde muy lejos. Desde tan lejos, que me estremece las carnes, porque no me gusta ese mirar suyo.

Mi galán volvió con el dinero la noche de marras. Y yo me lo llevé a una tasca de la calle de Válgame Dios, que cerraba en falso y abría a los conocidos que pagan bien. Allí me tomé unas salchichas calientes con un buen pan blanco y un *pepito*, regado con Diamante, porque no le había echado nada al estómago de cenar aquella noche. Él no probó bocado, pues andaba nervioso y gesticaba mucho con unas manos inquietas y agitadas que acompañaban a casi todas sus palabras, hasta marearte. Pero se bebió varios vasos de sifón con hielo y coñac, para darse ánimos y refrescarse un poco, ya que el calor y yo le sacábamos hartos sudores.

Hablamos mucho, pues era un tipo palabrero, de esos que intentan ocultar su timidez tras el humo de las frases.

—Me gustas mucho, muñeca —aseguró.

—¿Sí?

—Y hace ya tiempo que andaba tras de ti.

—Pues no recuerdo haberte visto nunca.

—Es natural. No soy ningún conquistador.

—¡Qué cosas dices! —dije yo, porque es lo que digo cuando no hay nada que decir.

—Frecuento poco estos lugares de diversión; los encuentro ridículos, con su falsa alegría y su animación idiota. Pero soy lo suficiente tolerante para ir cuando mis amigos lo desean. Y, una vez, hace algunos meses te vi en Casablanca.

—¿Hace unos meses? No puede ser, porque me ha tenido retirada más de un año un conde italiano, un hombre riquísimo y muy guapo, que me trataba como una reina —mentí, como siempre.

—Pues estoy seguro de haberte visto —se obstinó.

—Tal vez en alguna noche de vacaciones, cuando él salía de viaje —admití, ya que el tipo parecía muy seguro.

—Me impresionaste mucho, muñeca, y no te pude olvidar. Aunque, para un hombre como yo, más valiera no haberte vuelto a ver —gimió.

—Todavía estás a tiempo. Yo no retengo a nadie —me amosqué.

—Perdóname, nena. Estoy un poco emocionado y no sé bien... Tú no puedes comprender lo que ya significas para mí —se enterneció.

—Pues una de tantas —provoqué.

—No, no, protesto enérgicamente —se exaltó, botando como un pelele sobre su silla y agitando sus pequeños brazos con bruscos gestos de autómatas—. Tú eres ya para mí una mujer extraordinaria, una mujer a quien no le va esta vida; permíteme que te lo diga con toda franqueza.

—En eso tienes razón —admití, para ver de sonsacarle algo más concreto.

—Estoy seguro de que algún drama familiar, alguna injusticia social, te han empujado a esto, amparándose en la inconsciencia de tu juventud y en la repugnante inmoralidad de estos desgraciados tiempos que nos toca vivir. Porque no hay más que mirarte a la cara, contemplar tus ojos, para darse uno cuenta de lo buena que eres.

—Pareces un tío muy listo y no pueden ocultársete algunas cosas —le halagué, pues, la verdad, me había dado mil pesetas y podía perder un rato hablando con él.

—¡Oh, no! —protestó—. En este caso no hace falta ser un lince para comprender que el ambiente que te rodea no te va, que se te despega por completo.

—Es cierto. A veces siente una tanta necesidad de cariño... —suspiré.

—¿De verdad, nena? —se precipitó, devorándome con sus inquietos ojos.

—Quisiera estar en el rincón más alejado del mundo —afirmé, entristeciendo mi rostro con un gesto romántico y desesperanzado.

—Te comprendo perfectamente, muñeca. Porque yo también, yo también deseo lo mismo. ¡Ah!, si algún día se arreglaran las cosas y pudiéramos coincidir en ese lugar... —suspiró—. En ese lugar de paz, de tranquilidad.

—Todo es proponérselo, hombre.

—Tienes razón. Hay que luchar —exaltó—. Hay que luchar por ti. Sí; vales la pena.

—¿Tú crees...? —coqueteé, cogiéndole una mano, inclinándome un poco sobre él y ofreciéndole mi hondo, mi nacarado escote, porque ya me cansaba tanta plática y quería acabar de una vez.

—Sí, lo creo. Lo creo como no he creído nunca nada —aseguró con violencia—. Porque si tu cara, si tu presencia entera no correspondiera a esa seguridad, serías la más monstruosa, la más infame de las estafas de la Naturaleza.

—¡Cómo me gusta oírte, nenito! No hablas como los demás —añadí, porque era cierto—. Oye, ¿qué eres?

—Pues, mira, muchas cosas. Muchas cosas, muñeca —se sobresaltó.

—Anda, dímelo, *chati*... ¿Qué cosas?

—Por lo pronto, un hombre muy feo, incapaz de conquistar a nadie.

—Tú que sabes de eso. Me gustan los hombres feos.

—Además, soy... lo que somos casi todos los españoles: abogado.

—¡Ya...! —comprendí, figurándomelo todo.

—No puedo quejarme, la verdad, no puedo quejarme —repitió, hinchándose un poco—. Pues tengo un par de asesorías jurídicas importantes. Asuntos de grandes empresas de electricidad, ¿comprendes?, a más de algún enchufillo oficial que vale la pena. No, no puedo quejarme. ¡Ah!, pero me lo tengo bien ganado —advirtió—, porque he sufrido mucho durante la guerra.

—Pobrecito mío —lo mimé, comprendiendo que valía la pena enterarse a fondo de aquel flete.

—Si tú quisieras ayudarme... —solicitó de pronto, cobardemente.

—¿Yo...? ¿A qué?

—A luchar por ti. A trabajar para sacarte de esta vida, para que seas mía, sólo mía...

—Eso es cosa de hombres —desprecié con asco, porque no estoy acostumbrada a tener que ayudar a la gente a otra cosa que no sea a gastarse bien los cuartos.

—Tienes razón. Siempre tienes razón —admitió humildemente—. Pero, dime, dime la verdad, muñeca; porque ésta es una hora solemne, que puede variar por completo el rumbo de mi vida, y quiero preguntarte una cosa. Si algún día, si pudiera algún día tenerte para mí, para mí solo, ¿me querrías un poco?; ¿podrías aceptar mi amor? ¡Por Dios!, dime la verdad.

—Creo que sí.

—Gracias.

—Me eres muy simpático, chico.

—Ninguna mujer me comprende como tú —saltó el tío.

—Has sido muy sincero conmigo y yo te lo agradezco. ¡Oh!, los hombres sois unos asquerosos; siempre vais detrás de lo mismo —desprecié, tanteándolo.

—Yo no, yo no —protestó con viveza—. A mí me interesa algo más que..., que tu cuerpo —se sofocó.

—Pues lo tengo muy bonito, ¿sabes?

—Lo adivino, lo sé —aseguró, enlazándose la cintura—. Pero tú y yo no podemos..., no podemos irnos ahora, así... como los demás.

—¿Por qué?

—Porque te quiero. Te quiero ya mucho, muñeca.

—Oye... Yo voy a ser también franca contigo —le advertí.

—Te lo agradeceré de todo corazón.

—Has adivinado muchas cosas mías. Cosas que nadie sabe. Porque yo pertenezco a una familia muy buena y la soledad de mi vida me ha empujado hasta hacerme lo que ahora soy.

—Tú serás para mí lo que tú quieras ser.

—Pero tampoco yo puedo quejarme. Porque los hombres se vuelven locos por mí y me han tratado siempre como a nadie. He tenido y tengo todo lo que quiero, a pesar de haber tirado el dinero a espuestas y de haber hecho locuras... Pero, en el fondo, me aburro y ya nada me interesa. Además, creo que voy a morirme muy pronto —acabé lánguidamente.

—¡Dios santo! No, eso no. Aquí estoy yo para cuidarte, para mimarte, para protegerte contra todas las miserias de la vida; te lo aseguro, nena, cielo mío —se emocionó, arrimándose su cara arrugada, inquieta, y besándome una mejilla.

—Gracias, tesoro. No he de molestarte mucho.

—Pero ¿qué tienes?; ¿qué te pasa? —se angustió, recelando algo.

—¡Oh, nada de eso!; nada de neos ni de bismutos. Es el corazón. Lo tengo un poco fatigado. Porque soy muy delicada, muy endeble, y comprendo que me moriré cualquier día, acabadita por tanto sufrir.

—No, mi vida, no. Eso no puede ser —protestó con lágrimas en los ojos—. Porque yo te adoro.

—Ahora mismito tengo como un ahogo, como una debilidad que...

—¡Oh!, perdóname mi egoísmo. Es muy tarde y te estoy fatigando con mis tonterías —se excusó—. Anda, vámonos ya. Te conviene dormir, descansar todo lo posible... Ya nos veremos mañana. Sí, mañana mismo, por la tarde, porque tenemos que hablar mucho, muchísimo, los dos.

Tomamos un taxi y me dejó en el portal de mi pensión de la calle de la Reina. Nos besamos detrás de la puerta y yo fingí subir al piso en el ascensor. Pero, cuando el hombrecillo se marchó, bajé de nuevo, cogí un taxi y me fui a Riscal, donde recuperé al tipo que había abandonado en Pasapoga. Bebimos unas copas y, con una buena moña, nos fuimos a pasar la noche a un piso de soltero que el hombre tenía en la calle de Pardiñas. Volví a la pensión a las dos de la tarde y, al entrar en el portal, me reí recordando el beso imbécil que me diera el pobre Espichao la noche anterior en el mismo lugar.

IV

Naturalmente, cayó en el garlito. Si alguna vez he visto a un hombre enredarse así, día a día, en mi tela de araña —una tela preciosa, de finísimos hilos de seda—, ha sido a este majadero.

Comenzamos a vernos con frecuencia y él comenzó también a sufrir. Porque yo le seguí la corriente en su empalago cursilón y romántico, y el tío se veía negro hasta para tocarme.

Salíamos juntos casi todas las tardes. Me llamaba por teléfono a la pensión y nos encontrábamos en la terraza de El Abra o en la de La Elipa, que estaba más aireada y recibía los soplos ardientes de la calle de Alcalá y de la Gran Vía.

Generalmente, yo me echaba encima una blusita mona, de manga corta, y una falda fresca y alegre que combinaran bien. Adornaba mis brazos con todo el oro pulseril que sudara mi cuerpo y me derramaba el pelo en cascada sobre los hombros. La verdad, no tenía entonces muchas joyas, pues todo se reducía a un relojito Omega y a un buen *chevalier* de rubíes, oro y brillantitos que me adornaba un dedo, y a la estupenda pulsera de setenta y cinco gramos. No era mucho, no, pero, en cambio, mi pelo cobrizo, perfumado y limpio, caía hasta media espalda, ondulándose como un agua alucinante y fatal. Porque yo he sabido peinarme siempre muy bien y encuadrarme la frente y el óvalo de la cara a la perfección, alegrándolos con algunos ricillos vaporosos y más claros que nacen de las sienes.

Por la noche íbamos al jardín de Abascal, al Club Universitario, al Retiro o a la terraza de Riscal. Y alguna noche de bolsillo más generoso a la Villa Rosa de Chamartín, porque el Espichao no tenía coche y había que soltar treinta duritos de taxi, más alguna consumición para el chófer, gasto que le encogía lo suyo el corazón.

Me arreglaba entonces mucho más y me vestía de otra manera que por la tarde. Para ir a La Elipa, o El Abra o a cualquier otra terraza semejante, procuraba acentuar mi aspecto infantil, casi de chica *topolino*. Porque me maquillaba poco y me gustaba mostrar a la luz del día este cutis que tengo, una asombrosa pasta de porcelana ligeramente sonrosada y como un nácar. En mi cara, ya es hora de que lo diga, no hubo nunca ni una arruga, ni una aspereza o barrillo, ni el más pequeño grano o enrojecimiento de la piel. Todos mis poros están cerrados, y ni siquiera en las aletas de la nariz, donde se unen el labio y las mejillas, puede hallarse la más pequeña imperfección en mi piel. Parece como si mi cutis y, en general, toda la piel de mi cuerpo, hubieran sido pulidos, trabajados hasta lograr la perfección. Tan sólo tengo dos lunares, que me alegran muchísimo la cara: uno sobre un pómulos y el otro en la barbilla, no lejos de la boca. Todo esto, unido a la expresiva finura de mis facciones y a la luz de mis ojos, es lo que hace decir a Juan que en mi cara se contempla una provocación de la Naturaleza, que se complace en demostrar sus asombrosas posibilidades, concediéndolas a nuestra contemplación para que ya no nos resignemos nunca a lo feo, encendiéndonos así el ansia de belleza. ¡Qué tío más loco!

Me vestía, pues, con mucho cuidado, para salir de noche. Al fin y al cabo, yo he comprendido siempre que mi única obligación con los hombres es entregarles el espectáculo incomparable de mi belleza, y que, dándosela, puedo ya exigirles todo sin estafarles nunca en el trato. Éstas son también palabras de Juan, que sabe mucho de esto.

Me arreglaba entonces, como siempre, muy bien, y llevaba varios modelitos que quitaban el hipo. Me contentaba con la Bastida, Rodríguez o la Brígida, y algún que otro Balenciaga. Pero recuerdo que aquel verano tenía un vestido de gasa y encaje negros, que me hacía parecer una vaporosa mariposilla llena de misterio. Otro modelo era rosa, de batista perforada, y me iba muy bien a la cara. Y tenía, además, un trajecito de seda natural que me volvía a los dieciocho abriles.

El pobre Espichao se mareaba al verme y ya no daba pie con bola. Porque bien fuera por la tarde, con mi aspecto aniñado y con mi carita de no romper un plato, o bien por la noche, maquillada como una estrella de la pantalla y más imponente que nadie, los ojos de los hombres me devoraban siempre, buscándome con pasión, y el tío que se hallara a mi lado sufría sobresaltos al sentir aquel ansia, este deseo y embriaguez que mi presencia despierta siempre.

Por cierto que al único hombre que he visto a mi lado perfectamente tranquilo ha sido a Juan. En algunas ocasiones hasta me ha dejado sola un momento, demasiado largo para su conveniencia, y, más de una vez, se entretiene el muy cabrito mirando a otras mucho menos guapas que yo, lo que me pone loca. Pero así es el hombre y no hay nada que hacer con él.

En cambio, el Espichao estaba siempre sobre ascuas, temiendo que alguien le diera dos bofetadas y se me llevara por las buenas. Como todos los hombres menudos y feos, era quisquilloso e irritable, pero hay que reconocerle que se echaba para delante y no se rajaba en las broncas que tuvo por mi culpa, aunque llevara siempre las de perder.

Bailábamos un poco y sobre todo charlábamos, es decir, charlaba él, soltándome un disco siempre parecido, que comenzaba reprochándome algo con gran irritación, nerviosidad y gesto de manitas airadas, para acabar, tras un intermedio de serias reflexiones sobre la vida y de bucólicas esperanzas tocantes a nuestro futuro común, en un arrebatado de amor que el tío creía puro, mas que era tan pringoso como un merengue de miel.

Pero le sacaba bastante dinero. Un dinero vergonzoso, cobarde, que me enviaba con un ordenanza de su oficina en un sobre cerrado cuidadosamente y en el que añadía a mi dirección «Personal y urgente», como si yo fuera jefe de algún asqueroso negociado burocrático. Y nunca conseguí, aunque me lo propuse varias veces, que me entregara un billete mano a mano. Porque aseguraba que esto le dolía mucho y que yo era para él algo sagrado y frágil, que se exigía a sí mismo respetar. Todo lo contrario de Juan, que cuando me da algo, siempre muy poco, porque se ve que el hombre no está acostumbrado a pagar así a las mujeres, saca la cartera, cuenta escandalosamente

los billetes, y me los pone encima diciendo siempre: «Toma, para alfileres». Hasta que un día en que yo estaba de mala sangre se los tiré a la cara, no sé por qué. Pero él los volvió a coger tranquilamente y, tras contarlos de nuevo, los metió en mi bolso riendo y preguntándome si acaso me encontraba enferma, pues me desconocía, ante tanto desprendimiento.

A el Espichao lo puse a ración y presión. A ración en lo que se refiere a mí, pues apenas me probaba. A presión, en cuanto a su trabajo, ya que no era tonto, tenía muy buenas relaciones y le dije que había que sacar partido de todo ello, pues la vida andaba muy cara, yo me sentía muy acabada y enfermita, y necesitaba dinero para poner piso y quitarme así las pejugueras de estar en una pensión.

El piso sería nuestro nido de amor y lo pondríamos los dos juntos, con la ilusión de unos enamorados. Y, para revelarle un poco la felicidad de nuestra futura luna de miel, me dejé llevar unos días a Salamanca, en pos de ese paraíso de paz y de tranquilidad que siempre me ofrecía y que allí se convirtió en una continua lección sobre los monumentos de aquella aburrida y pazguata ciudad, ciencia aprendida en una guía que no abandonaba ni a sol ni a sombra. Hasta que a mí se me indigestó tanta sabiduría y nos volvimos a Madrid, a lo del piso, que era lo mío.

Ahora, y aunque tal vez no venga a cuento, recuerdo que también con Juan he visto algunos monumentos por las ciudades de esta tierra. Pero el hombre no me explicaba nunca nada, aunque yo sé que él sabe de eso más que muchos. Solamente dice: «Aquello es como tú: bello. Aquello otro, no; hay muchos de estos fracasos por el mundo». Y después se desentiende de mí, contestando con mal humor a mis preguntas, que yo comprendo que son estúpidas muchas veces, pero que debiera soportar con más paciencia, pues a mí me gusta que me entere él de las cosas.

V

Vida mía: Seguramente pensarás que resulta estúpido escribirte cuando apenas hace tres horas que nos hemos separado. Pero, debido a un especial estado de ánimo, necesito charlar contigo, aunque sea de esta forma tan extraña.

Acabo de salir del despacho y estoy sentado en nuestro rincón, en El Abra. A mi lado tengo una pareja de novios y te confieso que los envidio. Porque hay demasiada soledad en mi vida para no sentirla. Y aquí, en este lugar que me trae tu presencia, es donde busco amparo para mis debilidades y consuelo para mis desesperaciones.

Quiero, ahora, explicarte un proyecto que tengo y que han madurado mis esperanzas esta tarde. Sí muñeca mía, es preciso que nos compenetremos más, que seamos más el uno del otro, porque las cosas se van arreglando y tal vez en un futuro muy próximo pueda ofrecerte lo que tú mereces: un hogar, unos hijos, que esto es muy superior a un montón de billetes y a cualquiera de esos hombres que parecen quererte, pero que lo que quieren es, tan sólo, exhibirse con una mujer bonita.

Necesito estar contigo, mi vida, en un lugar donde no te encuentres con ninguna cara conocida; un lugar como fue Salamanca en aquellos inolvidables días del año pasado. Un sitio que te permita ser de nuevo esa maravillosa mujer que hay dentro de ti y que sólo conozco yo, que sólo es mía, mía. ¿Verdad, muñeca? En una palabra, que seas María Dolores, mi María Dolores, y no Lola, esa Lola de todos.

Creo que encontré el sitio perfecto para pasar unos días de auténtica felicidad a tu lado.

A unos veinticinco kilómetros de Calatayud se encuentra el famoso Monasterio de Piedra. Por un amigo mío que lo conoce, sé que es un lugar de ensueño, una especie de paraíso, donde el agua juega inverosímiles espumas y los árboles tejen densos tapices verdes y umbrosos con sus frondas. Al parecer, hay allí instalada, en el mismo antiquísimo edificio del monasterio, una hospedería muy confortable y bien provista de víveres. Y muy buenas comunicaciones diarias de autobuses con Calatayud y Alhama.

Como tengo que moverme por Aragón, especialmente por la provincia de Zaragoza, para un asunto jurídico, muy importante y complicado, de una de mis asesorías, la de Energía Alcarreña, podríamos establecer en el monasterio nuestra base de operaciones y reponer a la vez tu salud, que me parece requiere serios cuidados. Piensa, muñeco mío, que si tú desaparecieras un día, lo que Dios no permitirá, yo nada tendría ya que hacer en este mundo. Porque, mi vida, debes de saber que tú lo eres todo para mí y que estoy convencido de que, entre tanta estúpida con faldas que anda por el mundo, tú eres la única que vale la pena. Esto es independiente de que seas más o menos bonita.

Ya sé que hay demasiados majaderos que se creen que este mirlo blanco va a ser para ellos. Ignoran que una persona que no sabe casi bailar, un tipo feo y que anda ya escaso de pelo (en fin, una verdadera birria de hombre), te quiere demasiado para

tolerarlo. Sí, porque lucha por ti, sólo por ti y para ti, vida mía, vale la pena.

Ha pasado un año desde que Dios ha querido que te encuentre y sólo he de decirte que te agradezco con toda mi alma la inmensa felicidad que te debo. Porque sí, cariño mío, hoy es el aniversario de nuestro primer encuentro, que sucedió exactamente a las veintitrés y diez (las once y diez minutos) de esta noche.

Espero, amor mío, que ya que no podremos pasar esta hora solemne juntos, según me dijiste esta tarde, pensarás en mí un ratito por la noche y decidirás concederme este viaje que tanto necesitamos los dos. Sí, estoy seguro de ello, porque, además, Dios me ayudará. Él conoce bien la angustia y la soledad de mi vida.

Creo que, por una vez, serás buena conmigo y que no me dejarás marcharme solo a Zaragoza. Ya sabes que sólo te tengo a ti en el mundo y que deseo que dejes este asqueroso campo de concentración que me resulta Madrid. Te necesito más que nunca, nenita mía, porque estoy convencido de que lo único auténtico, la única verdad de mi vida, eres tú, y aunque ya sé que no merezco tu cariño, lo cierto es que te quiero mucho, muchísimo más de lo que tú puedes pensar.

Nunca podrás imaginarte la ilusión con que he esperado esta oportunidad de estar a tu lado fuera de Madrid. Sí, ¡veinte días!, tal vez. Que me pertenezcas una temporada, para que no tenga que soportar que, yendo a mi lado, alguien se permita el lujo de pararte para charlar contigo en plena calle, como si yo no existiera. Y perdóname esta alusión a lo ocurrido el martes en la calle de Alcalá, porque, aunque ya sé que no fue tuya la culpa, la verdad, no me hizo ninguna gracia que el pollo aquél te parara yendo conmigo. Debí comprender que era una verdadera impertinencia y una falta de educación por su parte. En fin, el mal rato ya pasó; no hablemos de ello.

Poco más puedo contarte, pues tengo un trabajo endiablado y en mi mesa crecen los papeles en forma desesperante. Hoy he tenido una larga conversación con el Director Gerente, que cada día está más satisfecho de mis servicios y al que no hay más remedio que aguantar algún tostón. Es un coleccionista de sellos y cuando le da por hablar de su manía...

Esta noche no pienso salir, amor mío, estate tranquila, porque tu recuerdo me satisface mucho más que todas las realidades, por guapas que sean. Estoy muy contento de tener que ir a este viaje, porque la idea de marcharme ya a La Granja me aterraba. Siempre me fue aquello muy antipático en verano, por la excesiva cantidad de tontería que hay entre tanto veraneante con delirio de grandezas.

Desde que pienso que vas a acompañarme estoy como loco. Porque sé, muñeca mía, que tú también deseas venir, y esto es lo importante, pues deseándolo tú no hay problema; ¿vendrás, verdad? Me dolería mucho, mucho, que no me acompañaras.

Te quiere más que nunca,

Rodolfo.

Así me matraqueaba el Espichao. Ordenanzas, botones y enlaces llamaban a todas horas a la puerta de mi piso, trayéndome sus larguísimas cartas, siempre débiles, siempre quejumbrosas, que yo ni leía, pero que Paulina y la Lirio recorrían con regocijo, sin comerse ni una sola letra. Ahora he pasado aquí, a estas escrituras mías, la primera epístola que encontré en el fondo de un arca tallada de Ronda que tengo en el recibimiento, entre un montón de esquelas y papeles que he de quemar cualquier día.

Sí; había pasado un año, un año justo, y ya tenía un piso. El mismo que tengo ahora, sólo que entonces no estaba tan bien puesto. Vivía en él con Paulina, una vieja intrigante y alcahueta, prima de la dueña de mi antigua pensión en la calle de la Reina, que me traje conmigo cuando vi que se arreglaba lo de el Espichao, para que hiciera de tía. También, por ayudarme algo y manejarle mejor, recogí en casa a la Lirio, una compañera de pupilaje que no se portó mal entonces conmigo y que me pagaba cinco duros diarios por la pensión. Andaba ya con un amigo fijo, de Alcalá de Henares, y no me faltaban sus dineros a fin de mes, porque es una chica muy arregladita.

El piso y los muebles habían salido de los bolsillos de el Espichao y de alguna otra ayudilla mañosamente trajinada. Estaba ya muy enamorado y con la chaveta tan perdida que se tragaba todas mis patrañas.

Lo hacía trabajar como un burro y daba asco verlo, pues todo el dinero lo ahorra para mí, que no me satisfacía nunca y que le tenía seco, imaginando sin cesar nuevas necesidades. Pero yo lo trataba muy mal, porque aquel tipejo me dio siempre como grima y, la verdad, no sé por qué, pues tíos mucho más feos han pasado por mi cuerpo sin producir tamaña desazón.

Por eso no me fui con él ni a ese viaje, que tanto suplicaba en su carta, ni a ningún otro. Con lo de Salamanca tuve bastante y lo toreé bien, para evitar toda ocasión. El hombre se me cabreaba unos días, pero, después, venía a mí otra vez, más manso que un borrego, asegurando que quería enseñarme las maravillas de Granada, la catedral de León o el papamoscas de Burgos, pues, por lo visto, esperaba conseguirme a fuerza de enseñanza. Aseguraba, el pobre, que hay emociones que no se pueden olvidar nunca y que unen a las almas mejor que nada. Pero a mí ya se sabe que lo único que me une a un hombre son los buenos cuartos.

En cambio, sin duda para adorar al santo por la peana, el Espichao se entendía muy bien con Paulina, mi falsa tía. Y se pasaba las horas de plática y cotilleo, porque él empezaba a temer que yo me las pirara en cuanto se le acabaran sus ahorros o llegara un galán más poderoso, y andaba ya maquinando ciertos proyectos en combinación con la vieja.

Esta Paulina es una mujer cincuentona, alcahueta y liosa, que había arrimado los últimos fuegos de sus carnes a un viejo condestable de la Armada, ya retirado, y a

quien le daba por las antigüedades, después de haberle ceñido tres veces la cincha al mundo.

Paulina y la Lirio vivían en mi piso, y don Octavio, el condestable, en una pensión de la calle de la Ballesta. Pero se pasaba siempre las tardes en mi casa y a mí me agradaba la presencia de aquel hombre.

Era ya muy viejecito, pues no cumpliría los setenta, y sabía mucho; y lo sabía al revés que el Espichao. De por sí, ¡vamos! Yo me entiendo. Viudo por dos veces, se había liado con Paulina hacía ya más de diez años y ella lo mangoneaba. Porque parecía tenerle todo sin cuidado y no se abroncaba jamás.

Resignado, apacible y serio, con mucho pelo blanco, fuerte y crespo, sobre una pequeña y bonita cabeza, fumaba su pipa tomando el fresco junto a mi balcón en el verano, o calentándose los pies frente a la salamandra del salón, que yo encendía en el invierno. Tenía los ojos muy azules, un poco neblinosos, por la edad, y la gente lo creía algo chiflado y majareta.

—¿Qué hay, don Octavio? —le pinchaba yo, al verlo allí sentadito, tan tranquilo.

—Pues ya ves, niña.

—Recordando sus cosas, ¿eh? Porque a mí no me engaña usted y se me figura que ha sido un buen peine.

—Si tuviera menos años te lo demostraría ahora mismo —murmuraba entre dientes, sacándose un momento la pipa.

—Por mí puede demostrármelo cuando quiera. Porque me gusta usted más que muchos hombres, don Octavio.

—Eres muy traviesa, niña.

—¿Usted cree? —dije con mi vocecita, por ver si lo encandilaba y reírme un poco.

—Un viejo es una cosa fea, Lolita —aseguró sosegadamente—. Y a tu lado, peor.

—Pues usted es todavía un hombre muy guapo.

—Fui un buen hombre, niña. Al menos, eso decían las mujeres.

—Lo que le pasa a usted es que nos ha puesto los cuernos a todas con las antigüedades.

—Son más agradecidas... ¡Ah!, ya verás. Tengo que traerte una figurita preciosa, de un ajedrez chino. Un jinete de marfil pintado de rojo, que da gloria mirarlo.

—No se moleste, don Octavio.

—Aquí, a tu lado, estará mejor que en ningún sitio —insistió—. Porque es como tú Lolita.

—¿Como yo?

—¡Oh!, sí. Fina, preciosa, ligera... Y también dura y fría; como tú, niña.

—Pues yo sé que usted me quiere, a pesar de todo, don Octavio —afirmé sentándome frente a él, solos junto al balcón, buscando el pobre soplo de un aire que nos traía los ruidos sofocados de un callejero atardecer de julio.

—Los viejos no queremos a nadie, hija. Estamos demasiado pendientes de lo que

aquí dentro falta y se estropea para querer a nadie —afirmó golpeándose su huesudo pecho—. Pero la hermosura nos calma, nos consuela un poco. Porque uno piensa: «Por lo menos, ahí queda eso».

—¿Verdad que soy muy mona, don Octavio?

—¿Mona...?

—Muy guapa, vamos.

—Eres preciosa, niña. Mira, me recuerdas a una pintura de Lippi y a una Venus de Tintoretto. Y también a una caracola de nácar que tenía yo cuando lo de El Mercante, mi tienda de El Grao.

—¿Verdad que sí?

—Pero a mí no me engañas tú tampoco, niña. Ya sabes que para los viejos el pecho de los jóvenes es de cristal.

—El mío es de carne. Y muy bonito, don Octavio. ¿Quiere verlo? A usted se lo enseñaré gratis.

—Gracias, hija. Me basta con ver tu cara.

—¡Bueno!, ¡allá usted!

—Tú eres una joya. Pero una joya rota y deslenguada.

—¡Qué tontería!

—La verdad, niña; la verdad.

—Soy una mujer de la vida, don Octavio.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Está bien, como tú quieras —cedió, dándole una larga chupada a la pipa, porque cedía siempre cuando la plática llegaba a una encrucijada.

—Pero ¿por qué lo duda? —reclé.

—Yo no dudo nada —se esquivó.

—Ande, dígalo.

—Hace unos días vino un nuevo huésped a mi pensión, Lolita.

—Y a mí, ¿qué?

—¡Oh!, nada, nada. No te sofoques así, niña. Que me habló mucho de una mujer.

—Siga ya, ¿quiere?

—Es otro viejo como yo. Pero se morirá antes que yo, pues bebe como un cachalote para limarle los dientes a un cáncer que le muerde las entrañas. Algunas veces habla de una mujer que le...

—¡Bah!, tonterías.

—Que le cuidó como un ángel en un hospital, el año pasado...

—¡Bueno! ¿Y qué...?

—Era una mujer rara, niña. Porque no se cansaba nunca de cuidar a los viejos asquerosos, a los más miserables enfermos.

—Alguna idiota sería.

—Tal vez, pequeña, tal vez... Pero cuando me habla de ella, no sé por qué, pues

me acuerdo de ti; de esta joya tan linda, tan linda... y rota.

—Mire, don Octavio. No ande con bobadas y no le dé más vueltas a la cabeza. Y sepa que no me gusta que metan las narices en mis cosas.

—¡Ah!, ¿en tus cosas, niña?

—Sí, en mis cosas —afirmé decididamente.

—Eres una chica valiente, pequeña. ¡Qué lástima que suenes tantas voces, como aquella mi caracola de nácar! ¡Qué lástima!, ¡qué lástima! —se quejó, mientras se levantaba y se iba silenciosamente a la calle, sin una palabra más, porque era un hombre raro y apacible, incapaz de molestar a nadie con un consejo.

Murió unos meses después, de un ataque al corazón que le dio una tarde en mi piso. Lo acostamos y yo lo cuidé un par de días. Pero cuando el médico dijo que se moría a chorros, sin remedio, la Paulina se empeñó en sacarlo de aquí, para que se acabara en su pensión.

Estaba la mujer muy encrespada y nerviosa, con miedo de algo. Yo no quise que se llevaran al viejo, pero ella, aprovechando una de mis acostumbradas ausencias, lo sacó, ya de noche, del piso y se lo llevó en un taxi con la Loren, su prima, que vino a ayudarla. Según me dijeron después, no les dio tiempo ni a meterlo en su cama, pues se les acabó mientras lo subían a su pensión, un segundo piso en la calle de la Ballesta.

Paulina y la Loren lo dejaron allí, dijeron que le había dado el ataque en la calle, yendo con ellas, y se fueron aquella misma noche a ver a Lola Flores, porque ya tenían sacadas las entradas.

VI

Cumplí, pues, mis veintidós abriles dueña ya de un pisito amplio y agradecido, que aún no he abandonado. Porque, aunque por discreción callo donde lo tengo, la verdad es que el lugar resulta pintiparado, pues siempre fue cierto lo de que casa con dos puertas resulta difícil de guardar, y aquí sucede muchas veces que mientras un hombre me aguarda por una salida del pasaje yo salgo por la otra, mejor acompañada.

Queda mi casa muy a mano para todo y, a la vez, su portal se abre en un callejón sombrío y misterioso, lleno de parejas apretadas y de perros meones. Enfrente hay un garaje y, como mi piso es alto, el sol llega por las tardes a mis balcones y los sana de la miseria callejera.

La casa, como todas las de la calle, es muy vieja y desahogada y aunque no tengo ni ascensor ni calefacción, no me importa, pues dispongo de ocho hermosas habitaciones.

Nos costó muchas idas y venidas, a el Espichao y a mí, encontrar el piso, y el hombre hubo de pagar un traspaso de diez mil pesetas, porque yo, nada más verlo, comprendí sus ventajas. Y, desde el primer momento, quedó el contrato a mi nombre, por si las moscas, ya que nunca pensé en aguantar durante mucho tiempo a mi galán.

Pusimos primero el dormitorio, pues la cama es siempre lo que más interesa a los hombres; después de mucho visiteo al Rastro compramos una de matrimonio estupenda, muy elegante, que queda preciosa con su colcha colorada, de moaré; un armario grandísimo, de tres lunas, y dos mesitas de noche, todo de roble americano y a la última moda.

Puse, además, dos apliques con pantallitas rosas, un timbrecito monísimo del mismo color y, por sonrosarlo todo aún más, hice pintar las paredes también de rosa.

Da gusto ver el cuarto y mucha gente se sorprende al entrar en él por primera vez, pues todo es suave, dulce y acogedor. Tan sólo el marrajo de Juan, que tiene muy mala sangre, gruñe un poco y apaga a escape las luces, pues dice que le empalaga tanto merengue. Es un maniático y hay que dejarlo, por imposible.

El Espichao lloraba casi de gusto al acabar nuestra instalación y daba saltos sobre la cama, como un conejo pelado en su madriguera. Pero muy pronto le hice comprender que aquello era para mí y que él no tenía derecho alguno a compartir la cama nada más que cuando a mí me diera la gana, que iba a ser muy pocas veces.

Como yo tengo mucha mano izquierda, conseguí que, a pesar de lo del pisito y su dormitorio, nuestra vida no se hiciera más apretada, más íntima. Pues le prohibí que subiera a casa sin avisarme y me las arreglaba para no verle durante varios días, con el melindre de mis enfermedades y dolencias, que le traían al tío a mal traer. Porque estaba tan chalado conmigo que todo lo aceptaba, con tal de no perderme.

La verdad es que le sequé bien el bolsillo, que es lo único que me interesó secarle. Tenía el hombre unos ahorrillos, creo que unos treinta mil duros, que había ido reuniendo penosamente para casarse, el día que encontrara a su media naranja y, en

cuanto lo supe, comencé a trajinárselos, pues no eran mal flete. La cosa no me fue difícil, debo confesarlo, ya que el pobre hombre decía: «Todo para ti, amor mío; todo para ti», y, como ya queda dicho, ahorraba trajes, zapatos, camisas, ropa interior, y hasta tabaco y diversiones para poder enviarme más cuartos en aquellos famosos sobres, «Personal y en propia mano», que me mandaba a casa.

Así pasamos casi un año más, hasta la primavera del 1944, que me trajo mis veintitrés marzos hecha una preciosidad por fuera, aunque por dentro no anduvieron mis cosas demasiado bien y don Jacobo, mi médico, me alarmara un poco. Pero me puso un plan, muchas inyecciones, el peligro pasó una vez más y se me curó el eccema del dedo, que llevaba siempre vendado, por las malas lenguas.

Tenía ya puesto todo el piso, aunque no tan bien como ahora, y tuve que ayudarme bastante, no sólo con los otros fletes que me salían a espaldas de el Espichao, sino con mi propia cartilla del Monte. Porque estaba decidida a tener mi casa; un sitio mío donde nadie metiera las narices nada más que cuando yo las dejara meter y donde yo fuera reina y señora.

Compré varios muebles españoles, de Ronda, preciosamente tallados, con unas cabezas en madera, a lo antiguo, que parecen totalmente de verdad; una sillería tapizada de raso rojo y una araña de cinco brazos para el comedor. Y tuve que destinar un cuartito entero para mis niñas, mis muñecas, pues tengo un montón de ellas, aunque las preferidas sean una Mariquita Pérez y una Gisela vestida con un trajecito monísimo para jugar al tenis.

Por entonces, es decir, hace unos dos años, más o menos, el Espichao, viendo que se evaporaban sus recursos y que yo andaba cada día más suelta, comenzó a declarar sus proyectos, apoyado por la Paulina, que continuaba haciendo de tía. Acababa de morir don Octavio y a la vieja le sobraba tiempo para urdir trapacerías con el hombre, pues la Lirio nunca quiso meterse en mis asuntos, dedicándose tan sólo a su amigo el alcarreño.

Las cosas se tejieron poco a poco, porque a mí que no me vengan con que suceden de pronto. Lo que ocurre es que las pasiones se van incubando en silencio, como los pollos en el huevo, y la gente no las ve más que cuando rompen el cascarón.

El de el Espichao empezaba ya a resquebrajarse, amenazando saltar un día de mala manera.

—Mira, Dolores, esto no puede seguir así —afirmó una noche, cuando tomábamos el fresco sentados en la terraza del Gijón, en Recoletos. Era una noche preciosa y la luna saltaba a la comba con las ramas nuevas de los árboles. Olían las acacias y yo me mareaba pensando en el hombre que no encontré nunca, mientras, para distraer el tostón, me timaba con un grupo de muchachos que me habían venido siguiendo desde la Gran Vía, sentándose en la mesa de al lado, para verme mejor.

—No empieces otra vez, Dolfo —supliqué ahogando un bostezo.

—Sí; es preciso que empiece todas las veces que haga falta. Y te advierto que no terminaré hasta que me hagas caso —aseguró irritadillo, gesticando con aquellas

manos tuyas que crispaban mis nervios—. Porque debo hablarte muy en serio.

—Estoy aviada contigo, hijo —me resigné, dispuesta a no escucharlo y pensando que tal vez alguno de los del grupo valiera la pena de buscarle las vueltas a el Espichao al fin de la serenata.

—Eres más que mi vida, muñeca. Y significas todo para mí —siguió el *andoba*, dale que dale con su tema.

—Ya lo sé, hombre, ya lo sé. Me lo dices a todas horas.

—Pues parece que no te enteras.

—Anda, Dolfo, no me des la lata. Que está una noche muy hermosa —supliqué.

—Mi cariño, mi amor, me obligan a dártela —sostuvo con un gesto heroico—. Es preciso que me atiendas, porque si no...

—Si no, ¿qué...? Ya sabes, Dolfo, que no te obligo a nada...

—No se trata de eso, mujer; no se trata de eso, muñeca —se asustó—. Comprende que me tienes muy preocupado.

—Pues no te preocupes tanto por mí, hombre; que ya soy mayorcita.

—Oye, Dolores. No voy a hablarte de mí, ni voy a decirte, una vez más, que te quiero, aunque seas la única preocupación de mi vida. Por desgracia, me parece que nada de esto, nada de lo que a mí se refiere, te interesa —siguió el hombre, adivinando la verdad, pero sin creérsela, como sucede con frecuencia en estos casos.

—¡Qué cosas dices! —protesté, por cortesía, lanzando una mirada tierna al grupo de al lado, que estaba ya derretido.

—No se trata de mí —se exaltó generoso el Espichao—. Se trata de ti, Dolores; de tu vida, que, en definitiva, tiene para mí más importancia que ninguna otra cosa. Hablemos, pues, de ti —decidió solemnemente.

—Veo que no hay más remedio. Parece mentira que, con una noche así, no te pongas más romántico.

—No cambies de tema, Dolores; no conseguirás nada. Cuando yo me decido...

—Está bien —acepté, eligiendo a uno del grupo para ponerle los cuernos aquella misma noche con él.

—Te observo mucho, muñeca, aunque no lo creas.

—Lo creo... ¿Cómo no lo voy a creer?

—Y vas perdiendo la salud demasiado rápidamente. Cuarenta y seis kilos de peso son muy pocos kilos; la amenaza de la tisis es inmediata y puede presentarse en el momento menos pensado.

—Es que yo soy muy delicadita, ya lo sabes. Pero no me riñas —rogué con un mimo dedicado a los de al lado.

—Mira, muñeca mía. Tú tienes derecho a todo, hasta a insultarme, si ése es tu deseo. Pero hay algo que no puedes hacer: destrozar tu vida —negó gravemente—. Porque nadie posee el derecho al suicidio y lo que tú estás haciendo es una forma, más o menos disimulada, de suicidio. Por eso estoy decidido a cortar esta situación, antes de que sea demasiado tarde, amor mío.

—¿Y qué piensas hacer? —pregunté, por curiosidad.

—Mis cosas, muñeca, se van arreglando mejor de lo que merezco, pues Dios ayuda siempre a quien se conduce honradamente en la vida. Ésta es la razón de que me atreva a pedirte que te preocupes de cuidar un poco la tuya. Te lo pido porque es igual que si yo cuidara la mía en peligro, ya que tu vida es, en definitiva, lo único que me interesa en este mundo.

—Ya lo sé, ya lo sé...

—He pensado que, de momento, pases una temporada reposando estos calores en la sierra. Después...

—Sigue, hombre, sigue.

—Creo que tengo medios para ofrecer a tu vida la paz y la tranquilidad que tú mereces —siguió el tío, cada vez más solemne y agitado—. No te pido ni siquiera tu cariño, a pesar de quererte coa locura. Solamente aspiro a lograr tu felicidad y, si algún día quisieras... —vaciló otra vez.

—¿Qué...? ¡Anda ya, de una vez!

—Puedes casarte, casarte conmigo. ¡Oh!, muñeca —se emocionó, cogiéndome una mano y echándose encima—; me consideraría el más feliz de los hombres.

—¡Por favor, Dolfo! No me hagas reír...

—Estoy hablando completamente en serio.

—Pero ¿qué iba a decir tu familia?

—Una mujer, que venero como a una santa, sueña con tener una hija más —continuó, cada vez más exaltado—. Y, sin conocerte aún, te quiere ya.

—Creo que exageras.

—Piensa también en mí, muñeca. En esta vida mía tan destrozada, que en tu mano está arreglar.

—Eres muy bueno, Dolfo —aseguré, para ganar tiempo—. Pero...

—No, ¡por Dios!, no hay pero que valga.

—No seas loco, hombre. Eso de casarse es una cosa muy seria. Además, tú sabes que yo soy una mujer enferma, muy enfermita.

—Te curaré, muñeca...

—Y que tengo muchas necesidades...

—No te faltará nada, amor mío.

—Y creo que te equivocas en lo de tu familia.

—No, no. He tanteado ya el terreno y me ven tan preocupado, tan entristecido... Porque, escucha, mi vida. No he querido decírtelo, pero apenas como, casi no duermo pensando en ti...

—Eres muy bueno.

—Sí, estoy seguro. Ellos acabarán alegrándose mucho de verme casado. Y cuando te conozcan, amor mío, te querrán todo lo que tú mereces. Porque tú eres también muy buena, muy buena. Lo que sucede es que la vida te ha zarandeado un poco y que la gente es muy venenosa, muy mala.

—Eso es bien cierto...

—Pero, ya verás, todo se arreglará. Ahora a la sierra, y en el otoño, boda.

—No sé, no sé... Esas cosas hay que pensarlas mucho.

—¡Cómo estarás tú en traje de novia! ¡Qué maravilla!

—Eso sí, Dolfo; eso sí. Como ninguna, ¿verdad? —me entusiasmé.

—Como nadie, amor mío; como nadie, ya lo verás...

Seguimos así un rato. A mí lo del traje de novia me encandiló un poco. Pero, después, volví a la realidad, porque pensé que lo llevaría a él al lado. Discutimos media hora más y yo dejé las cosas en el aire, no fuera a convenirme la boda después de algún tiempo.

Nos fuimos paseando despacito por Recoletos hasta la Cibeles, subimos por Alcalá y entramos por Barquillo, cogidos del brazo, él más bajo que yo, pero entusiasmado con lo del casorio.

Nos despedimos antes de llegar al portal, pues no me gustan las escenas delante del sereno, que es un asturiano guasón. Y, al fin, se marchó el hombre, brincando aceras de nervioso que estaba.

Entré en el portal y esperé unos minutos. Después salí. El muchacho del grupo me había seguido y yo sabía que acechaba en la esquina.

Nos juntamos. Era un chicarrón alto, fuertote, moreno. Tomamos un taxi y fuimos a bailar a Villa Rosa. Bebimos bien. Después pasamos juntos el resto de la noche.

El día siguiente me quedé descansando en la cama y me entretuve leyendo dos cartas que me mandó el Espichao, acompañando dos mil pesetas, que me vinieron de perlas, pues andaba algo apretada de dineros.

Así es la vida.

VII

Muñeca mía: Todavía estoy en Ateca, porque, al final, el trabajo se me ha complicado un poco y la gente, por desgracia, no sabe dónde tiene la mano derecha.

Sigo muy bien y este cambio de ambiente me prueba, pues el exceso de preocupaciones me producía últimamente en Madrid una falta de sueño que me tenía hecho polvo. Sin embargo, querida Dolores, y como no hay nunca felicidad completa, te echo demasiado de menos. Pero dicen que la obligación es antes que la devoción y debo resignarme todavía unos cuantos días a no verte a mi lado.

Por otra parte, confieso que necesitaba un poco de soledad. Porque ya sabes que Madrid me resulta un verdadero infierno, donde todo me saca de quicio. Aquí ni leo periódicos, ni oigo la radio, ni me entero de lo que pasa en el mundo, que, desgraciadamente, no será nada bueno. Tan sólo me preocupas tú y todo lo que a ti se refiere.

Voy a contarte en líneas generales lo que hago, para que conozcas mi vida y te sientas más cerca de mí. Trabajo para la Energía Alcarreña por las mañanas y, poco a poco, voy desembrollando los asuntos con sus filiales en esta región. Después, duermo un rato la siesta y, cuando despierto, me doy un buen paseo por el campo, que me serena los nervios y me sienta muy bien. Ceno más tarde, leo un rato en la cama y duermo, al fin, como un bendito. Pero me faltas tú, muñeca, me faltas tú.

Ya puedes prepararte a contarme punto por punto tu vida durante estos días de mi ausencia. No te perdonaré ni el más insignificante detalle y, sobre todo, necesito saber si me has recordado esos cinco minutos diarios que te pedí con todo mi corazón. ¡Oh!, amor mío: Te quiero tanto, tanto, que algunas veces, creo que incluso me resignaría a verte con otro hombre, si él te proporcionara la felicidad que tú mereces. Me refiero a un marido, naturalmente.

Os recuerdo hoy mucho a las dos, a tu tía Paulina y a ti, pues no olvido que hace seis meses que murió el pobre don Octavio (q. e. p. d.). Cuida a tu querida tía, Dolores. No la abandones a su pena; procura animarla y consigue que se sienta consolada con tu cariño. No sé para qué te digo esto, pues conozco él magnífico corazón que tienes y sé que te ocuparás de ella con verdadera generosidad.

Hoy me siento, sin saber por qué, un poco tristón. Me pesa el alma, amor mío. Y quisiera que estuviéramos unidos para siempre por el matrimonio. Pero me anima saber que una muchacha, por cuyo cariño vale la pena luchar, me trae tan loco.

Ya sé que yo soy el único hombre que, al parecer, no merece tu amor; pero algún día te convencerás de que te quiero y de que te seguiré queriendo toda mi vida, pase lo que pase. A cambio de esto sólo te pido una cosa: que te portes siempre, cariño mío, de forma que yo me sienta orgulloso de quererte como te quiero.

Bueno, muñeca, voy a perder el correo y sentiría que no llegara mañana esta carta.

Mi afecto a tía Paulina y para ti todo mi cariño.

P. D. Tengo un día negro. Y, para colmo, he perdido la pluma estilográfica, la «atómica» de oro que me regalaron este invierno. Pero te quiero con toda mi alma y nada me importan estas minucias.

Sí: ya éramos novios. Pero unos novios muy raros. Novios a mi conveniencia, la verdad.

El Espichao hacía muy buenos regalos a la Paulina y procuraba mimarla siempre. Además, le prometió que, si le ayudaba en lo del casorio, viviría con nosotros como si fuera mi madre, con lo cual tendría asegurada su tranquilidad para toda la vida.

¡Había que verlos a los dos juntos, de cháchara en el pasillo de mi casa! Ella, una celestina consumida y renegra, se las daba de gran dama y se las apañaba para aparentarlo, siempre vestida de oscuro, hablando con mucha dignidad y aplomo de lo mal que iba el mundo y criticando sus pompas y vanidades. Él, todo espiritado, adulándola sin cesar y pensando que adoraba así al santo por la peana. ¡Valiente besugo!

Tanta matraca me dieron una temporada entre los dos, que le di el sí, aun cuando sin admitir fecha alguna para la boda y conviniendo que tenía que ganar más cuartos antes, con lo cual el hombre redoblaba sus trabajos y se encogía como una pasa.

Para comprometerme más, el tío, que no era lerdo, me aproximó a su familia. Primero me presentó a una prima huérfana que se había criado en su casa y a la que adoraba como a una hermana. Después al novio de la prima, que estaba a punto de casarse. Y un día, de refilón en Aranjuez, a sus padres.

Eran todos de muy buena familia y me acogieron bien, sobre todo Charito, la prima, que me hizo confidencias y simpatizó conmigo.

Quería la chica mucho a su primo y me dijo que era muy bueno, aunque andaba algo despistado. Que le preocupaban sus manías, la afición a la soledad y su manera de ser huraña y apartada de los demás.

Según ella, lo que el pobre necesitaba era una mujer que lo quisiera un poco y que, a la vez, lo entendiera bien, alegrándole la vida y haciéndolo feliz. Tenía razón, no cabe duda, pero daba la casualidad que ella se había buscado como novio a un hombre guapo, a quien debía resultar muy agradable alegrar la vida y hacer feliz, olvidando a el Espichao, que, probablemente, se hubiera consolado a gusto con ella, pues era una chica muy mona y vestía bastante bien.

Un día, cansada de sus rollos, se lo dije y se escandalizó mucho, diciendo que ellos se habían querido siempre como hermanos. ¡Quisiera yo haberlos visto, si el tío no hubiera sido tan feo! Porque a mí me hacen mucha gracia estas personas que todo se lo arreglan a los demás, como si ellas no anduvieran también trajinando el teatrillo de la vida.

El novio era un muchacho muy serio, médico, que parecía enamorado de ella.

Porque yo, por curiosidad, le enseñé, en más de una ocasión, mis piernas y mi escote, mirándolo como yo sé mirar. El hombre se sofocaba un poco, apretaba los dientes y rehuía toda proximidad conmigo, mirándome con admiración y antipatía a la vez. Después, supe que siempre le aconsejó a el Espichao hacer un esfuerzo de hombre y olvidarme, porque yo no le parecía trigo limpio. Y la verdad es que no lo soy.

Los padres formaban una pareja anticuada y absurda, aunque, al parecer, de muchos pergaminos. El viejo era magistrado, usaba bigotes blancos muy largos y caídos, cuello de pajarita y vestía siempre de negro. La madre estaba muy pálida y delicada y llevaba demasiados encajes encima. El viejo me miró con recelo desde el fondo de unos ojillos sagaces, mucho más inteligentes que los de su hijo. La madre se emocionó un poco y se puso muy sentimental, tanto que parecía que iba a darle un desmayo. Me dijo, en un aparte, que quería mucho a su hijo, que era toda su vida y que pedía a Dios que yo lo hiciera muy feliz.

No me gustaron nada, sobre todo la vieja con sus chochees. Sin embargo, este trato con una familia tan distinguida me halagó. Lo pensé bien y comprendí que, para una temporadita, lo mejor era seguirle la corriente. Porque así, con tan buenas relaciones, podría darme postín con mucha gente y cotizarme mejor en el futuro. Sí, a pocas mujeres de la vida les salen las bodas como a mí.

VIII

Creo que fue por entonces cuando conocí a Perico, que me cayó muy simpático desde el primer momento. Y, si no me equivoco, me lo presentó el mismísimo Espichao, una noche que nos encontramos y estuvimos tomando unas cañas en El Fénix.

Perico es un madrileño muy castizo y jaranero, que siempre andaba de guasa y que tenía mucha mandanga. Resultaba más bien feo, aunque era un chico joven, pues no había cumplido entonces los treinta. Moreno, con el pelo rizado, de media estatura y muy baja, Perico era un tío divertido y trompeta.

Andaba de capitán jurídico, o algo así, y recuerdo que se colocaba siempre la gorra muy ladeada cuando iba de uniforme; tanto que, más de una vez, le llamaron en la calle la atención los jefes; me figuro que por envidia y coraje de verme a mí a su lado hecha una monada.

Nos hicimos en seguida muy amigos, a espaldas de el Espichao, y él me preguntaba que cómo le podía resistir, pues era el tío más *posma* de todo Madrid.

Urdimos muy pronto un cuento trapacero y nos fuimos a pasar diez días al Hotel Atlántico de Cádiz, ciudad donde recordé mi trajinada juventud, pues, aunque sólo tuviera entonces veintitrés años, me pesaban ya un poco algunas veces.

El viaje fue épico, de esos que a mí me gustan. El coche de Perico era un DKW muy rodado y hubo pinchazos, reventones y hasta la rotura de un palier, un trasto que yo no sé ni cómo es, pero que si se rompe te joroba, porque tienen que llevarte a remolque.

Tardamos seis días en llegar a Cádiz y otros cuatro en volver, con lo cual el Espichao estaba en Madrid que echaba las muelas. La verdad es que se escamó mucho, pues hay hombres que huelen el cabrito, y me costó dos días tranquilizarlo. Lo conseguí gracias a la complicidad de mi familia, a quien cargaba yo todas las culpas, y que mandaba telegramas, según mis oportunas órdenes, desde el pueblo de Mojácar, que es donde entonces vivían.

Pasamos, Perico y yo, una corta pero simpática luna de miel en el Hotel Atlántico, de donde por poco nos echan, pues lo alborotamos demasiado con nuestras locuras. Él se enamoró de mí, pero, como tenía mucho cuento, me aconsejó que me casara con el Espichao, para seguirnos viendo. ¡En fin!, a los hombres hay que tomarlos como son y yo comprendí en seguida que Perico sería siempre así: un aprovechado. Por lo demás, se portó bien conmigo y gastó bien los cuartos en el viaje, pues a más de comprarme unos pares de medias de las caras y una blusita de encaje muy mona, me dio mil quinientas pesetas sin gruñir apenas.

Cuando volví, el Espichao estaba borrascoso y apretaba en lo del casorio. Yo, la verdad, andaba de mal humor y no hice nada para quitarle el nublado. Al contrario, nos peleábamos todos los días y, con el pretexto de que estaba enfadada y no podía verle, salí algunas veces con Perico. El hombre me escribía después cartas como ésta,

que encuentro aún en el fondo del arca y que voy a copiar aquí, antes de quemarla en la candela de la cocina.

Querido muñeca: Puedes suponerte lo preocupado que me dejaste el pasado lunes, al saber la triste noticia de que estabas enferma, sufriendo mucho en la cama.

El martes, por la tarde, a las cinco, te envié unas líneas por medio de un botones del Fuyma y quedé muy sorprendido al decirme el muchacho que, después de estar llamando al timbre de tu puerta largo rato, salió de su casa una vecina y le dijo que te habías marchado a las doce de la mañana y que no había nadie en el piso. Me imagino que habrás pasado un estupendo día de campo con el perro y con... ¿Qué has hecho, por Dios, Dolores? ¿Qué has hecho?

Por la noche estuve en el jardín de Abascal y no te vi. Sabe Dios dónde estarías.

Estoy muy triste y muy preocupado. Sufro, Dolores, sufro. Esto nuestro no puede continuar así, porque yo me vuelvo loco.

A pesar de todo, te quiero más que nunca; te quiero infinito, muñeca mía.

Rodolfo.

No soy ni un histérico ni un loco. Y no puedo pensar que seas un ser que no merezca mi cariño.

Así seguimos unos días. El Espichao hablaba y hablaba, de lo divino y de lo humano, moviendo mecánicamente aquellos sus bracitos tan desesperados y nerviosos. Reproches, consideraciones, amenazas incluso, resbalaban sobre mi indiferente letargo. Pero, alguna vez, cualquier frase más certera, entre tantas torpes tonterías, me alcanzaba y movía la lengua, que es de abrigo. Pero el hombre, en lugar de darme dos buenas bofetadas o de marcharse, al menos, de mi lado, aguantaba el chaparrón y se quedaba tan manso como un borrego. Después quieren que a una le gusten esos tipos...

Por entonces, y seguramente por indicación suya, su prima me escribió desde Santander una carta que quiero pasar también a estas escrituras, porque no sé si la chica era una despistada o, por el contrario, se pasaba de lista y quería tomarme el pelo. Decía así, porque ya fue también quemada y tiradas sus cenizas a la basura:

Querida María Dolores: Cojo la pluma para escribirte, aunque esto que hago ahora debí hacerlo hace un montón de días. Perdóname y sabe que uno de mis infinitos defectos es él de la pereza y que pensando siempre en escribirte «mañana», lo he ido dejando hasta hoy, que me he propuesto no pase ya ni un día más.

Aquí me tienes, mi querida María Dolores, dispuesta a charlar un ratito contigo y a contarte lo poco que hago, lo poco que supone mi vida en estos momentos de

soledad absoluta. Porque no está ÉL, ¿sabes?; y ya, con esta sencilla frase, comprenderás lo vacíos que están y cómo pasan los días para mí. Estoy deseando verme de nuevo en Madrid, cambiar impresiones contigo y que me cuentes toda esa cantidad de cosas que, a buen seguro, tienes que contarme. ¿Me equivoco? ¿Hay algo nuevo? Me refiero, ya sabes, a tus asuntos particulares y amorosos.

Ya sé que te encuentras en Madrid y que seguirás en ésa unos días más, pues tienes que quedarte para pasar con nosotros el día de la boda. Como verás, te envío ya la invitación, así que prepárate, ponte bien guapa —aunque no te hace falta, pues siempre lo estás— y, del brazo de tu caballero, me verás hacer y decir lo que muy pronto, si Dios quiere, te tocará hacer y decir a ti. ¿Estás contenta, María Dolores? Quisiera que me hablaras con sinceridad y que me cuentes muchas cosas. ¿No comprendes que todo eso me interesa muchísimo? ¿Y Rodolfo? ¿Qué tal sigue? Recibí hace unos días carta suya y estoy deseando verlos aparecer por aquí, a él y a su padre.

Perdóname, María Dolores, que te separe de Rodolfo por unos días. Pero te advierto que casi es preferible que así sea, ya que estas pequeñas separaciones nos hacen ver en qué consiste para nosotras la felicidad. ¿No dicen que solamente se conoce cuando se pierde? ¿Y qué es esto, esta ausencia, sino una pérdida momentánea?

Ojalá estuviera yo tan sólo tres días separada de Jaime, porque es terrible una ausencia tan larga y no creo que te rías si te digo que sufro mucho sin él. Pero ¡en fin!, pronto vendrá y esta vez lo tendré a mi lado para siempre.

Contéstame a vuelta de correo, pues quiero saber de ti. Me darás un alegrón si me cuentas todo, absolutamente todo lo que haces; si te diviertes, si eres feliz.

Compréndelo, María Dolores; lo que te pido es que me consideres como una buena amiga y que como a tal me escribas. ¿Es pedir demasiado?

Hasta muy pronto. Un abrazo muy fuerte de:

Charo.

La invitación era como son todas las invitaciones a las bodas. Con los nombres recrecidos de los padres y de los hijos que se casan y el anuncio del guateque final en un buen hotel, que creo era el Palace en esta ocasión.

Yo no fui a la boda, pues todos estos empalagos me revientan. Me esquiné esos días con el Espichao, le di un buen disgusto diciéndole que me gustaba Perico y me fui con éste al campo el día del casorio. ¿Qué iba yo hacer allí, entre tanta niña pitonga y tanta gente decente? Aunque todas ellas serán mucho peor que una. Pero así es este cochino mundo.

No fui, pues, y le tomé aún más asco al Espichao, que estaba quedándose en los huesos con los malos tragos que le hacía pasar. Pero aguantaba de firme, decía que yo debía estar enferma, que no era responsable de mis actos y me traía incluso el menú

del *lunch* matrimonial dedicado y firmado por los novios.

Corría ya el mes de setiembre y yo me había quedado muy delgada con los calores de Madrid. Mi endebles amenazaba darme otro disgusto y el médico me dijo que creía imprescindible que me fuera a pasar unos días a la sierra.

Se lo dije a Perico, para tantearlo, pero el hombre aseguró que andaba mal de cuartos. Por eso, y atontada ya por la matraca que me daba la Paulina, me arrimé otra vez a él Espichao, que se puso loco de contento y empezó a *estudiar* mi veraneo con ese horrible cuidado y seriedad con que tomaba todas las cosas.

Acabó mareándome. Tan pronto era a Cercedilla donde debía de ir, por ser el lugar más sano de la sierra, como, de pronto, le parecía mejor Miraflores, porque en Cercedilla se ponía muy pronto el sol y soplaba al anochecer un vientecillo muy frío, que podía dañar mis pulmones. Al fin, pareció decidirse por el Hoyo de Manzanares, pues de El Escorial no quería ni hablar; pero, a última hora se enteró de que estaba en el Hoyo la pandilla de los Pancho pasando unos días y no me dejó ir.

Cansada, le di un plazo de doce horas para decidir y, en vista de que sus angustias y vacilaciones aumentaban, le dije que si no me invitaba a pasar quince días en el Parador Ducal, junto a las Navas del Marqués, lo tendría por un cochino y no lo toleraría más a mi lado.

Asustado, cedió y yo comencé a preparar mis maletas. Mientras tanto, y con el pretexto de buscarme una buena habitación, cogió el tren eléctrico y se fue a las Navas, a ver la gente que había en el parador. Volvió encantado, poniendo aquello por las nubes, por lo que pensé que no habría allí otra cosa que recién casados, solteronas histéricas y viejos aburridos.

Intenté entonces darle el cambiazo por La Berzosa, que estaba más animada, pero el tío hizo intervenir al médico y éste dijo que era mucho más sano el parador, que está metido dentro de un pinar y más oxigenado. Entonces me enteré, por cierto, que el tufo de la resina es bueno para las picaduras del pecho y que eso que dicen del olor del estiércol no es verdad. Siempre se aprende algo, si sabe una escuchar con atención, como yo escucho. Al fin, después de cuatro días de lucha, recalé en el ya dicho Parador Ducal, con la Lirio, que se me pegó, pues no iba a estarme yo allí sola. Además, le dije a el Espichao que así cubriríamos mejor las formas, porque había que cuidar siempre mucho la moral y evitar el escándalo, que es el mayor pecado.

El tío se quedó espantado del gasto que se le venía encima, pues aquello costaba un ojo de la cara, pero tuvo que ceder, porque sus asuntos le impedían estar en el Parador todo el tiempo conmigo, y se convino que iría casi todas las noches y los días de fiesta a pasarlos allí. ¡Ay!, eso era lo peor, porque el hombre se emocionó mucho pensando que me iba a tener para él varias noches. Pero ya me las arreglaría yo para evitarlo y ya me estrujaría bien el caletre que tengo, que no es lerdo ni mucho menos, para dejarle al tío con las ganas.

IX

Nuestra llegada causó sensación en el parador. Yo llevaba un modelo precioso de Rodríguez, de un rosa pálido, que me iba muy bien a la cara y al tono cobrizo de mi largo pelo. La Lirio no iba mal arreglada, pues sabe sacarle partido a sus pesetillas, y en cuanto a el Espichao daba pena verlo, porque a la luz del sol estaba más crudo y encanijado que nunca. Pero yo, nada más llegar, me las arreglé para confiarle reservadamente al administrador que mi marido era marqués y que debíamos ser tratados mejor que nadie, pues, además, habría buenas propinas para todos.

El administrador era un hombrecillo muy raro, algo tenebroso, calvo, con patillas y un ojo atravesado, que vestía de luto y andaba siempre con la cabeza baja, mirando los pies de la gente. Pero yo le solté cien pesetas a cuenta de el Espichao y se dignó alzar la mirada hasta mis rodillas.

Figuramos, pues, como matrimonio y la Lirio pasó por mi hermana. Por eso, aquella noche, me vi encerrada con el Espichao en una habitación de dos camas, pequeñita como un camarote y muy mona. Pero nada más acostarme, en cuanto el hombre comenzó a ponerse empalagoso, empecé yo a quejarme de mi dolor de ovarios y lo tuve dos horas poniéndome paños calientes en la barriga, pues no pudimos encontrar una bolsa de goma.

Se portó muy bien conmigo y, al verme sufrir así, se enternecía y me juraba que, pasara lo que pasara, me querría toda la vida y que le tendría siempre a mi lado para proteger mi delicadeza. Tan agotada me dejó el dolor que, a las tres de la mañana, cuando empezó a pasármeme, me quedé dormida de fatiga. Entonces él me besó en la frente y se fue a su cama, sin molestarme más.

Eran ya las doce del mediodía cuando abrí la ventana y eché una mirada a la terraza del parador. El Espichao había salido sigilosamente del cuarto a las nueve, para volver a Madrid en el tren de las nueve y media, dejándome una esquila en la que, después de jurarme que me quería más que nunca, aseguraba que su cariño era tan generoso que no había querido despertarme. Una vez más, me pedía que le recordara por lo menos cinco minutos y me anunciaba su vuelta, ¡ay!, para el día siguiente.

En seguida me di cuenta de que en el parador la gente andaba de mucho vestir y etiqueta, y me alegré de haber traído dos maletas bien llenas con varios vestidos y un modelito playero muy mono, de la Bastida, que le saqué a el Espichao.

Por lo pronto, me puse un traje de baño de piqué blanco, precioso, y, encima, una blusa de seda natural color carne y unos pantaloncitos azul marino, que iban muy bien con las alpargatas tanque, de lona azul, que compré en Casa Cimarra. Me peiné mejor que nunca mi pelo largo y ondulado, me arreglé la cara sin maquillarme apenas, avivándome los labios con el suave ciclamen de un lápiz Max Factor, que es, según dicen, el que usan las artistas de cine, y me perfumé ligeramente con Tabac Blond de Carón. Después, salí del cuarto y tuve que recorrer todo el pasillo hasta

llegar a la habitación de la Lirio, que dormía como una marmota, a pesar de ir a dar la una.

La desperté violentamente y la obligué a arreglarse de prisa, pues yo estaba allí para oxigenar mis pulmones y no para perder el tiempo con sus vagancias. Cuando estuvo aviada, bajamos y nos dimos una vuelta por los alrededores del edificio, a ver aquello.

El sitio me gustó. Había una hermosa terraza con fuentes, sombrillas y mesas, donde la gente desayunaba, tomaba el aperitivo, el té y jugaba al *bridge*. Un parque muy frondoso, con caminos y tumbonas estupendas para reposar más aquel reposo. Una piscina de cemento, muy fea, pero llena de un agua fresca y clara. Un lago en lo hondo, donde dejaban bañarse y remar en bote. Una especie de atalaya para ver la anchura del paisaje. Y un pinar grandísimo que olía a esa resina beneficiosa para despigar los pulmones, según dice mi médico.

Hecho así el inventario del lugar, la Lirio y yo nos fuimos a la piscina. Ella se metió en una caseta para cambiarse de ropa, pero yo me quité allí mismo la blusa y los *shorts*, ante las miradas curiosas de unas veinte personas de ambos sexos, que me contemplaron con envidia y admiración.

Después de nadar un rato nos fuimos muy serias a tomar un vermut a la terraza, antes de cambiarnos otra vez la ropa para almorzar. Y, ya más entonadas, subimos al cuarto a vestarnos.

Yo me arreglé un poco más la cara, pero muy poco, para que se viera bien el cutis tan bonito que tengo, y me puse un vestidito blanco perforado, con una manteleta con bodoques azules que le compré a la Brígida y que iba muy bien para el caso, cambiando mis alpargatas por unos zapatos *sport* blancos y azules, sin olvidar el bolso de *plexiglás* blanco que me trajo últimamente de América un amigo mío.

Almorzamos bien, pues la cocina no era mala, aunque yo le hice muchos remilgos a la comida, para que todo el mundo se diera cuenta de que tenía la boca fina. El comedor era gracioso y elegante y nos colocamos en su mesa más visible. Después de comer, nos exhibimos un momento, por la terraza, tomamos café y subimos a mi cuarto, a dormir las dos un ratito la siesta.

A eso de las siete de la tarde me desperté y me vi negra para espabilar a la Lirio, que, desde que anduvo en una casa de Ceuta, tenía el sueño atrasado. Pero, al fin, después de ponerle en la cara una toalla empapada en agua fría, la saqué de la cama y nos pusimos a discutir sobre cómo debíamos aviarnos para salir a esa hora del cuarto. Porque la muy burra de ella se emperraba en ponerse de tiros largos, creyendo que estábamos en el bar del Palace o en la parrilla del Rex. Pero yo, naturalmente, me opuse y me eché encima un trajecito de seda natural estampada, otro modelo de Rodríguez, que resultaba muy alegre y propio para el momento, combinado con un bolso y unos zapatos de charol rojos.

Ya abajo, decidimos observar lo que hacía la gente, para hacer nosotras lo mismo y no desentonar del conjunto. Por eso, y como no podíamos jugar a las cartas las dos

solas, matamos el tiempo tomándonos dos té completos, que, la verdad, resultaron muy incompletos y *desaboríos*.

Después, al caer ya la tarde, todo el mundo se levantó y se marcharon unos y otros, en grupos, al pinar y por la carretera. En vista de ello tuve una bronca con la Lirio, porque quería también dar una vuelta por allí y ella se negaba a mover las piernas más de un corto trecho. Pero la dominé, como siempre, y paseamos media horita, hasta que se negó a seguir adelante y hubo que volver hacia el parador.

Una vez allí, subimos al cuarto y a mí me pareció prudente dejarnos la misma ropa, pues al fin y al cabo estábamos en mitad del campo y no era cosa de hacer el ridículo componiéndonos como para ir a cenar al Ritz o a Casa Horcher. Por eso, después de arreglarme bien la cara para la luz artificial, pintándome un poco las cejas y los ojos y dándome una buena mano de polvos Rachel, bajamos al salón, a leer aparentemente los papeles que andaban por allí, mas, en verdad, a observarlo todo.

El salón estaba decorado a lo rústico y tenía una chimenea preciosa. Pero no había nadie en él. Por eso, escogimos el mejor sitio y yo me puse a ojear el *Ya* mientras la Lirio se dedicaba al *ABC*, pues su amigo alcarreño es un ricacho paleta muy monárquico que la ha convencido a sus ideas, porque, la verdad sea dicha, ella había sido siempre muy rojilla.

Seguimos así solas un rato, que se nos antojó muy largo, y ya nos preguntábamos por dónde diablos se habría metido la gente, cuando, de pronto, empezaron a bajar señoras vestidísimas, algunas con unos modelos preciosos.

Acoquinada y temiendo hacer el ridículo con mi traje estampado, me llevé a la Lirio arriba, para cambiarnos una vez más de ropa.

Yo me puse un vestido de raso negro, con un gran escote cuadrado y la espalda apenas velada por unas preciosas incrustaciones de tul. Un collar de oro fino al cuello y todas mis pulseras y sortijas en los brazos, a más de unas criollas de oro macizo en las orejas.

Me volví a peinar con más cuidado, me perfumé bien con Arpège, de Lanvin, me calcé unas sandalias de ante negro, y al verme así, tan estupenda, me entró el cuerpo en caja.

Pero el disgusto me lo dio, como siempre, la mula de la Lirio, que no se había traído un modelito de terciopelo negro que tenía, pensando que allí no le iba a hacer falta. Y, en vista de ello, se negaba terminantemente a bajar al comedor, diciendo que de ella no se reía ninguna de aquellas tías guarras, y otras burradas por el estilo, pues siempre tuvo una lengua muy basta, a pesar de la finura de su apariencia.

Nuevamente nos peleamos y nos dijimos las dos las verdades durante un rato, hasta que, al fin, y con la ayuda de una camarera, le arreglamos a la Lirio otro vestido mío de gasa morada, con el que no llamaba demasiado la atención. Pero la cosa se complicó tanto y la Lirio es tan pesada y terca en sus manías, que al bajar nosotras ya salía la gente del comedor.

X

Cuando a la noche siguiente volvió el Espichao, yo había estudiado muy bien el panorama y comprendido lo que podría dar de sí la gente que vivía en el parador. Por lo pronto, hice amistad con un pollo solitario, al que tiré de firme de la lengua, pues había allí un tío que me interesaba, porque desde que me vio me comía con los ojos. Era, según me informó con amargura el mocito, un hombre que tenía muchos negocios y que últimamente se había hecho muy rico vendiendo calzoncillos a los soldados de un ejercito en la guerra. Después se le acabó el mochuelo, pero, como era un vivo, había conseguido un apaño para traer mulas de Portugal pasándolas de noche por la frontera y se había vuelto a forrar el riñón. Tenía el tío un *haiga* que quitaba el hipo, largo como un buque y pintado de un color guinda precioso. Pero ¡ay!, tenía también una mujer al lado que no le dejaba ni a sol ni a sombra y que en cuanto me vio me miró con malos ojos.

Los demás huéspedes no valían la pena. Eran aristócratas lacios y aburridos, diplomáticos inconstantes y difíciles que reposaban allí con sus mujeres, estraperlistas emperrados con su dinero, algunas parejas de enamorados, una chica de la Scala, vienesa y rubia, entretenida por un tendero gordo y sudoroso, y más tonta y empingorotada que la princesa del guisante, y dos o tres mocitos de mal año, melancólicos y probablemente con el pulmón picado, a más de varias de esas familias numerosas —papas, niños y abuelitos— que no cuentan para una.

Pero el señor Pastor sí que contaba. Y mucho. Porque, como dijo el Espichao, a quien en alguna ocasión la hiel se le hacía graciosa, era un pastor que apacentaba los ricos rebaños de números de sus muchas cuentas corrientes. Me reí cuando lo dijo aquella noche, mientras charlábamos en la mesa y yo me timaba discretamente con el hombre. Pero mi risa era una risa rabiosa, porque el Espichao me estorbaba en aquella ocasión más que nunca, pues me daba cuenta del efecto que le había causado al ricacho y todo el cuerpo me vibraba de ansia por la caza de aquel gordo chorlito.

Sin embargo, como la vida es así, tan complicada, aquella noche estuve más cariñosa que nunca con el Espichao. Se me había antojado un pijama precioso, un pantalón azul oscuro fuerte, de tela californiana, y una chaqueta con manga corta, cuello camisero y vueltas de piqué blanco. Lo llevaba por las mañanas una chica muy mona, hija de un presidente de Cuba, y estaba decidida a sacárselo a el Espichao. Naturalmente, se lo saqué, porque yo sé hacerme irresistible, aunque me saliera muy caro, pues cada día me asqueaba más aquel hombre y cuando me ponía la mano encima los vellos se me erizaban y se me antojaba que las hormigas me corrían por el cuerpo. ¡Para que luego digan ciertas gentes que una...!

Se volvió a marchar el Espichao por la mañana y yo me dediqué a encandilar al señor Pastor. Y tan bien lo hice, que, a los dos días, me mandó una esquila escrita a máquina, como siempre hacen estos condenados casados, que decía así, más o menos:

Señorita: Ruégale disculpe mi atrevimiento, animado tan sólo por la simpatía que me parece observar en sus miradas. Es usted un bombón, una mujer de bandera. Supongo que eso se lo habrán dicho ya muchas veces, pero yo necesito repetírselo muchas más. Por eso, si fuera usted tan amable que bajara sola hacia el lago, mañana, a las ocho y media de la tarde, yo me las arreglaría para cruzarme en su camino.

Por si va, le anticipa las gracias su más rendido admirador.

Y dos iniciales falsas como firma.

«No hay duda de que es un tío ordinario —pensé al leer aquello—. Porque ningún hombre elegante le frota a una los morros con lo de la *simpatía de sus miradas*.»

Consulté el caso con la Lirio, quien me aconsejó que no me metiera en líos, pues la costilla del hombre podía armar la gorda, pero, aparte de que me consta que sus consejos andan siempre sendas de envidia, a mí, precisamente, me gustan los líos y me aburre la vida sosegada. Por eso decidí acudir al día siguiente a la cita.

A las siete ya estaba arreglándome en mi cuarto, después de un largo baño perfumado con unas sales inglesas muy buenas que tengo. Me puse una blusita de seda natural verde jade, unos pantalones largos de pana gris, sujetos a la cintura por una faja de seda roja, y me calcé mis alpargatas de lona verde. Peiné mi pelo con cuidado, dejándome caer hacia la cara algunos descuidados rizos y me pinté un poco, pensando que ya caía la luz viva de la tarde y que el pinar estaría penumbroso.

Cuando acabé y me di ante la estrecha luna del armario los últimos toques, me sentí satisfecha. Pues me veía justamente como quería que el señor Pastor me viera. Joven, monísima y entre inocente y audaz. Porque mi cara y mi tipo eran de una belleza ideal, pero, al mismo tiempo, lo que se adivinaba bajo mi blusa era capaz de marear al más frío y apacible de los hombres.

Eran ya las ocho y media, la hora fijada en la esquila por el señor Pastor para la cita. Pero me senté un poco a charlar con la Lirio, que estaba muy espiritada con la entrevista, porque siempre debe una hacer aguardar a un hombre que interese. Por eso eran ya cerca de las nueve cuando bajaba por el sendero que, a fuerza de vueltas y revueltas, atraviesa el pinar hasta el borde del lago.

El camino estaba más concurrido de lo que convenía a nuestros planes, porque varios grupos de huéspedes y de excursionistas de Las Navas lo subían trabajosamente. Sin embargo, en lugar de encogérseme el corazón, como le hubiera ocurrido a la Lirio, seguía bajando hasta hundirme más y más en lo hondo y llegar a una pequeña encrucijada, muy sombría. Allí me paré un momento, sin saber qué sendero seguir y pensando que tal vez lo más prudente sería dar la vuelta. Pero, de pronto, cruzieron unas ramas y, por entre los chaparros, asomó la calva bronceada del señor Pastor, quien, más ágilmente de lo que era de esperar, se abalanzó hacia mí algo

sofocado.

—¡Chist!, silencio, nena: ¡por favor! Pueden oírnos todavía —aseguró—. Por aquí, por aquí —repitió nervioso, cogiéndome la mano y conduciéndome por una de las sendas, más abajo.

Lo seguí un momento, pero después le advertí que estaba un poco cansada y que no pensaba continuar bajando, pues había que subir después aquella empinada cuesta.

—¡Bah!; eso no es nada —despreció el hombre, con ardor juvenil—. La subiré a usted en brazos, si es preciso.

—Se iba usted a cansar un poquito —advertí con mimo—. Porque peso cincuenta kilos —continué, para que conociera mi peso perfecto.

—Aunque pesara usted una tonelada la llevaría encima con mucho gusto, monada —afirmó galante.

—Muchas gracias... ¡Bueno!, ya me tiene usted aquí como quería... —corté, yendo al grano.

—¡Ah!, sí; agradecidísimo. ¿Le parece que nos sentemos un momento sobre esta peña? —propuso—. Hemos de hablar un poco.

—¿Ahí? ¡Uff!, ¿no habrá bichos? —remilgué.

—¿Bichos? ¡Oh!, no —rió—. Yo los mataré a todos, no se apure —aseguró heroicamente.

—En ese caso... —admití, sentándome.

Era ya casi de noche allí abajo, pero yo me sentía completamente tranquila. Lamentaba tan sólo que el señor Pastor no pudiera verme todo lo bien que yo deseaba, pero después pensé que aquella media luz debía favorecerme mucho. Sin embargo, para encandilarlo más, solté otro botón al escote de mi blusa y le pedí fuego, inclinándome un poco. El efecto fue tremendo, porque a la luz de la llama que encendía mi Chesterfield vi al señor Pastor temblar de deseo.

Yo también lo miré a él mientras prendía su pitillo y, la verdad, era un cincuentón calvo, gordo y bastante feo, con unos grandes ojos saltones y una boca babosa muy desagradable. Los baños de sol no disimulaban su fealdad, porque su piel, en lugar de broncearse vigorosamente como ocurre en las caras jóvenes, se había arrebolado y empañado con grandes manchas, especialmente en la calva, despellejada e inmunda.

—No quiero entretenerla mucho —afirmó, porque el que temía entretenerse era él—. Pero deseaba manifestarle el interés que tengo en que seamos amigos..., muy amigos —insistió con malicia bobalicona.

—Es usted muy impaciente —advertí para ganar tiempo, pues yo no tenía ninguna prisa.

—Creo que lo natural a su lado es sentirse... bastante impaciente, digamos —aseguró, con una risa temblona que le salía del vientre.

—¿Es usted catalán?

—¿Catalán? Pues sí... ¿Por qué? —preguntó desorientado.

—Por nada... Porque me gustan los catalanes —aclaré, aunque la verdad es que

mi inclinación se refiere a las carteras catalanas exclusivamente.

—Pues entonces soy de Tarrasa, ¡vaya! —se animó, librando su acento, aprisionado hasta aquel momento—. A usted no hay que preguntarle de dónde es...

—¿De dónde cree?

—De la tierra de María Santísima, *noya*...

—Pues soy de Ceuta, ya ve... —mentí por mentir.

—¿Es posible?

—Y tanto.

—¡Vaya, es igual! —cortó impaciente—. Sea de donde sea me tiene usted loco.

—No hay que exagerar, hombre.

—No exagero y usted lo sabe.

—Tal vez le guste a usted un poco...

—¿Un poco? —protestó agitadamente—. Desde que la he visto no tengo un momento de descanso. Y eso, a mis años, puede ser muy peligroso.

—Usted es el que parece andaluz. No será tanto.

—Se lo aseguro. Porque es usted un bombón, la mujer que he esperado toda mi vida —afirmó, pasándome un brazo explorador por la cintura.

—Quieto, hombre, quieto —le advertí, deshaciendo el abrazo sin prisa—. Pues lo malo es que tanto usted como yo estamos ya comprometidos. Y, además, tiene usted una mujer muy guapa.

—¡Bah!, eso no tiene nada que ver —se escurrió, como hacen siempre los casados.

—Y yo...

—Ese hombre, ¿es su marido?

—¿Mi marido? —dudé un momento—. No; no es mi marido. Pero va a serlo muy pronto: antes de dos meses.

—¡Ah! —respiró el tío—. Creo que nos entenderemos bien. A no ser que esté usted enamorada.

—¿Enamorada yo...? No me haga reír, hombre.

—Me da usted una alegría.

—Pues puede alegrarse de firme, hijo. Porque todavía no ha nacido de madre el hombre que me enamore.

—Así me gusta, *noya* —se entusiasmó, volviendo a enlazarme con el brazo y apretándome contra él.

—Pues no le guste a usted tanto —le advertí de nuevo, dejándole un momento el calor de mi cuerpo sobre el suyo, antes de apartarme de él.

—Me enloquece usted —suspiró.

—Ya, ya lo veo... Pero ¿qué va a decir su mujer?

—¡Bah!, no se preocupe por eso —presumió como presumen siempre todos los casados—. Aunque, realmente —se intranquilizó, observando la esfera luminosa de su estupendo reloj—, y como que es un poco tarde, ¿quiere que vayamos subiendo

despacito la cuesta? ¡Ah!, pero si encontramos a alguien ya lo sabe... Yo me esfumaré, ¿eh?

—Como quiera —admití con asco, porque todos los casados son unos cobardes, y los casados catalanes mucho más.

Subimos la cuesta sin prisa y yo me apoyé en él varias veces, mientras sus manos ansiosas me exploraban el cuerpo. Pero no le dejé besarme, ni arrimarme su cara de pez en celo.

Antes de llegar arriba oímos voces y él se tiró bajo unas matas, muerto de miedo. Yo continué y entré sola en el parador. Pero ya habíamos convenido que, al día siguiente, yo cogería el tren de la mañana para Ávila, esperándole en la estación. Allí acudiría él, para pasar todo el día juntos.

La Lirio protestó mucho del plan, pues, naturalmente, habría de acompañarme, por si las moscas. Dijo que la mujer del señor Pastor se lo barruntaría todo y que iba a dar un escándalo, pues le parecía una chulapa de armas tomar. Pero yo porfié un rato con ella y cuando, en el tren de las once de la noche, llegó el Espichao, ya la había convencido.

XI

Cuando llegamos a la estación de Ávila en el eléctrico, el señor Pastor bramaba paseando por el andén. Habíamos perdido el tren de las diez y la verdad era que el reloj de la estación marcaba más de la una y media.

Al verme se calmó un poco, porque yo iba hecha un sol, pero inmediatamente comprendí que le había sentado como un tiro la presencia de la Lirio. ¡Hay que ver el ansia de soledad que sufren todos los hombres en cuanto les gustas un poco! Todo les estorba y no desean otra cosa que buscar un sitio solitario para ponerse empalagosos y sobones. Debían conformarse, y ya está bien, con lo que saben que una les va a dar y no ponerse tan pelmazos en los preparativos. Que si vamos a ver esto, que si vamos a ver lo otro; que si «está una noche estupenda»; que si «qué fox tan bonito»; que, «¡vaya una luna preciosa!»; que, «cuánto te quiero»; que, «eres la única mujer de mi vida»; que, «yo soy un hombre muy corrido»; que, «yo he viajado mucho»; que, «estoy acostumbrado a que las mujeres me quieran»; que, «a mí no me la da nadie, porque tengo muchas horas de vuelo»; que si «cuando estuve allí, una morena...»; que si «cuando estuve allí, una rubia...»; que, «me estoy enamorando de ti»; que, «debías quererme un poquito, un poquito nada más»; que, «yo te comprendo mejor que nadie»; qué, «tú eres una mujer muy inteligente y te habrás dado cuenta de que yo no soy un hombre vulgar»; que, «¡anda, sé buena!»; que, «¡no seas así, tan arisca, mujer!»; que, «realmente no soy ya un pollo, pero por eso mismo puedo gozar más de la vida»; que, «últimamente no me van mal los negocios...». Y así hasta el infinito, como dice el Espichao. Y todo para acabar siempre igual, horriblemente igual, tan alejados de una, tan secos todos como un rastrojo bien espigado.

—Oye, ¿qué le has dicho a tu mujer? —le pregunté, con mala sangre, mientras tomábamos café en el restaurante.

—¿A mi mujer...? —se sobresaltó el señor Pastor.

—Como se lo barrunte tendremos bollo —remachó la Lirio, que no se andaba por las ramas.

—¡Oh!, no; no hay cuidado —despreció el hombre.

—Pero ¿qué le has dicho? —repetí tozudamente.

—Pues... nada; ¿qué voy a decirle? —se engalló el tío—. Mira, *noya*, yo vivo mi vida. Sin dar explicaciones; ¿comprendes?

Y yo comprendí inmediatamente que aquel hombre estaba dominado por su mujer.

Era bastante guapa y mucho más joven que él. Vestía muy bien, llevaba el pelo suelto y ondulado, sin aclararse su color castaño oscuro, y presumía lo suyo. Tenía siempre un aire lánguido, lejano y fatigado, que le iba muy bien, y miraba con unos grandes ojos tristes y dulzones. Realmente, parecía bastante inofensiva, pero a la Lirio se le antojó, desde el primer momento, que era una tía de cuidado.

—¡Qué sinvergüenzas sois los hombres! —dije, terminando en voz alta mi

pensamiento.

—¿Sinvergüenzas? ¿Por qué...? —se interesó el señor Pastor.

—Por nada, hombre, por nada.

El señor Pastor tenía dos niñas. Yo no sé si serían tuyas o no lo serían, pero el caso es que el hombre se pasaba el día con ellas, llevándolas de la mano y presumiendo mucho de hijas. Porque eran muy pequeñas y muy monas. Y toda la gente del parador estaba encantada con las criaturas, porque, como andaban algo aburridos con aquella vida tan saludable y tan tranquila, les reían a coro todas las gracias, hasta el punto de que a mí las niñas me daban ya cien patadas en la barriga.

—Son tuyas las dos nenas, ¿no? —le pregunté, porque me sentía agria y de mal humor aquel día.

—¡Caray!, que yo sepa... —rió cabreado el tío.

—No lo decía por eso, hombre. Podrían ser tus sobrinas o...

—O mis nietas, ¿no es eso? No soy tan viejo, guapa —se abroncó el señor Pastor.

—Hombre, te diré. Los cuarenta no hay quien te los quite —advertí, comprendiendo que iba a estropear el flete con mi mal humor.

—¡Los cuarenta! —se sorprendió agradablemente—. Los cincuenta, *noya*, los cincuenta...

—No, no —rechacé vivamente—; eso no es posible.

—¡Caray! No los llevo mal, es cierto —se hinchó—. Como que procuro darme la mejor vida, dentro de lo que me permiten mis muchos, mis importantes negocios.

Seguimos así un rato. El hombre, comprendiendo ya el terreno que pisaba, pues con la Lirio al lado resultaba difícil engañar a nadie, trató de maniobrar para continuar la tarde conmigo, sin otras compañías. Pero yo me propuse clavarle bien el deseo de mi cuerpo, porque sabía que era el único deseo que por mí sentía, y lo tuve toda la tarde bailando a mi gusto en la cuerda floja.

Así fuimos en su Packard color guinda a merendar a Gredos, parando varias veces para retozar por unos prados preciosos que hay por allí junto al Tormes. Yo me mojé los pies a gusto, me comí unas cerrajas y un ajo puerro que crecían cerca del agua y me sentí muy alegre, recordando mis tiempos de gitanilla caminera. Tanto, que me dio hasta un poco de lástima de aquel hombre que llevaba al lado y que, seguramente, trataba de calentar junto a mí el frío de sus fracasos y de sus desilusiones.

Estuve francamente simpática el resto de la tarde. Y cuando regresábamos ya hacia Ávila le dije a la Lirio, en un rápido aparte, que se hiciera la dormida en el coche. Pues iba a colocarme en los asientos de delante con el señor Pastor y dejar que el hombre se pusiera tierno conmigo.

Se puso tierno y algo más, pero yo me sentía tan generosa que llegué hasta a inclinar mi cabeza sobre su hombro, halago que no prodigo, la verdad. Pero, en aquel anochecer tan bello, con las sierras encendidas en mil colores crepusculares sobre un cielo de limón y de naranja, yo conocía otra vez la bondad de la tierra, su ancha voz materna, sintiendo que tal vez el hombro de aquel tío sobón podría convertirse algún

día en otra cosa, en algo sin nombre y sin rostro todavía, en algo nacido también de la verdad dura y auténtica de la tierra.

Fui así, soñando, todo el viaje, entre pitillo y pitillo, sin sentir siquiera las manos temblorosas del señor Pastor sobre mi carne. Pero cuando paramos el *haiga* junto a la estación de Ávila y me despedí del hombre, volví a mi realidad y me di cuenta de que, en aquel momento, el tren de mi vida se movía entre dos falsas estaciones. Allí, a mi lado, el señor Pastor, con su risa bobalicona y sus manos enormes, monstruosas, deformadas por mi repentino asco. Y, al otro extremo de la vía de aquel instante, el Espichao esperándome ya, con su amor insoportable, su maldita ternura y aquella odiosa capacidad para aguantarlo todo. Todo. Hasta el peso angustioso del rencor que yo sentía nacer otra vez en mí, bronco, revuelto en una marejada de espumarajos vivos, de esperanzas quebradas en los atajos ambiciosos de mi vida.

XII

Lo del señor Pastor continuó como continúan siempre estas cosas, que son muy poco variadas. Primero hubo entre los dos una fuerte competencia por demostrarle el uno al otro lo que valía. Yo hablaba a todas horas de mis éxitos, de mi belleza, de los hombres que había despreciado y que andaban locos por mis huesos y de la gran fortuna que poseía el Espichao, mi futuro marido. Y como el señor Pastor parecía tener algunas dudas respecto al casorio, le enseñé las cartas, para convencerlo definitivamente, ganando así la primera batalla.

El hombre, por su parte, presumía de inteligente, de trabajador, de mujeriego y de bien conservado, a pesar de sus cincuenta para arriba. Porque nadaba, escalaba y, según él, vivía intensamente.

Yo, la verdad, dudo de que alguien pueda vivir intensamente, pues a mí todos los días me parecen iguales, aunque cambie la fecha del calendario y el hombre que tengo al lado. Tan sólo junto a Juan he sentido, sí, ese sobresalto estupendo de no saber lo que va a pasar, lo que va a traerme el cuarto de hora siguiente, pues, como ya he dicho, es un hombre raro, que sale muchas veces por los cerros de Úbeda. Aunque otras, cierto es que no sucede nada, absolutamente nada, pero, sin embargo, no por eso me aburro a su lado ni pierdo esa tensión que me produce. Ese ansia temerosa de sentir que, en cualquier momento, en el momento menos pensado, va a desnudarme, a dejarme en cueros el corazón. Pero el muy burro yo creo que ni se da cuenta, aunque a mí se me vaya el color debajo del maquillaje y se me queden las manos frías.

La Lirio dice que esa vergüenza ansiosa que entonces me come es la que sienten las mujeres enteras cuando van a entregarse a un hombre. Y que si yo la siento en el corazón es porque he desnudado el cuerpo demasiadas veces y ya esos cueros no son cueros para mí, sino vestido muy usado. ¡Bah!, bobadas suyas.

Siguiendo con el señor Pastor, debo decir que allí no hubo novedad alguna, a no ser el final del flete, que me dio un buen sofoco.

Casi todos los días pasaba un rato con él, prometiéndole mucho, no dándole apenas nada y sacándole bastante, aunque no tanto como pensara, pues era perro viejo y roñoso como todos los ricos. Íbamos a comer a El Escorial, a merendar a la Venta del Obispo y hasta a los toros de Salamanca, pues el *haiga* color guinda devoraba las carreteras. Y el señor Pastor temblaba, temblaba todo de deseo. De un deseo siempre insatisfecho, coceado a todas horas por mis desdenes. ¡Ya era bastante que a sus años llevara a una mujer como yo al lado! Porque, eso sí, cada día me arreglaba más y el sol fundía sobre el tono sonrosado de mi piel un ligero tinte acaramelado, produciendo una mezcla que era la admiración de los hombres y la envidia de las mujeres, que, a fuerza de tostarse, no conseguían otra cosa que ponerse morenas renegridas o rojas como un cangrejo. Lo mío es otra cosa, y Juan, al verme así un día, me dijo que en mi piel se unían los tonos como en las obras de los buenos pintores. Porque debajo de una ligera y transparente capa caoba se adivinaba, como tras una

veladura, el nácar sonrosado de mi tez. Yo no entiendo de eso; sólo sé que estaba preciosa.

Mientras yo encandilaba así al señor Pastor comenzaron a cotillearse nuestras simultáneas ausencias y, especialmente, el extraño despegue del hombre para con sus dos niñas. Pues como andaba todo el día pendiente de mis movimientos y sin separar la mirada de mi cuerpo, se le distraía mucho el cariño.

La mujer, por su parte, había decidido, en su grandeza elegante, ignorarme, aun cuando tragara más que nadie. Muchos me ponían verde, por envidia, pero más de una estaba encantada de ver en ridículo todos los días a una mujer tan guapa y presumida como era la del señor Pastor.

Por las noches cambiaba las idioteces del viejo por las ternuras merengadas del joven, que no se daba cuenta de nada, porque yo quería comer a dos carrillos y me parecía más seguro chorlito el último que el primero.

Por eso, cuando el Espichao se quedaba a pasar el domingo, yo me ponía muy seria a encandilar al señor Pastor a distancia, enterneciéndome, en público, nada más que en público, con mi futuro marido, que, por cierto, con los calores del verano y con las exigencias de mis caprichos estaba más seco que nunca.

Así pasamos quince días, que me sentaron muy bien, pues engordé tres kilos y me sentía muy mejorada de mi endebles. Pero a el Espichao comenzó a enmurriársele el bolsillo y se atrevió a murmurar algo sobre las gastos, tanto que tuve que hacerle una escena, recordándole que siempre me había ofrecido la paz y la tranquilidad» necesarias para mi salud, y echándole en cara que ahora que, al fin, por primera vez en mi vida, las tenía junto a él, anduviera con esas miserias, como si el dinero significara algo al lado del verdadero cariño y de la alegría que debía sentir al verme tan mejorada. Como era de esperar, cedió y yo seguí en el parador. Por cierto, que después supe que había vendido una Leica estupenda que tenía, para poder seguir pagándonos a las dos el hotel, privándose así de su manía fotográfica, que resultaba un poco pesada algunas veces.

Con estos pequeños dimes y diretes, y como coincidieran dos días de fiesta con un fin de semana, el viejo bramaba de impaciencia al verme a todas horas pegada al Espichao. Tanto, que tuvo una discusión con él a propósito del Gobierno, pues, como todos los ricos, siempre estaba quejándose de la marcha de las cosas. En cambio, a el Espichao, como había padecido lo suyo en Barcelona durante nuestra guerra, todo le parecía bien, con tal de no volver a ella.

Se enzarzaron, pues, y se dieron algunas voces que, como suele ocurrir siempre entre esta clase de hombres, sólo quedaron en eso. Pero, desde entonces, se miraron con coraje, porque los hombres siempre huelen el cabrito, aun cuando mi futuro marido continuó en la higuera hasta que pasaron aquellas breves vacaciones.

Cuando, al fin, se marchó el Espichao a comerse los papeles de sus asesorías y se despejó la situación, quise hacerle rabiarse un poco al señor Pastor, porque trataba de sacarle una sortija de diez mil pesetas, y me encerré todo un día en mi habitación, a

leer, tumbada en la cama, *Nada*, una novela escrita por una chica, que me trajo el Espichao de Madrid, porque los papeles hablaban mucho de ella y yo tenía curiosidad por conocerla.

El viejo, que andaba ya loco por mí, me mandó durante mi encierro tres esquelas, siempre escritas a máquina y sin firma, hasta que lo cité para la tarde del día siguiente en lo hondo del pinar, junto al lago.

XIII

Esa tarde me pedía el cuerpo agua y decidí bañarme en el lago, pues era un día muy caluroso y ni un soplo de aire movía las agujas de los pinos.

Me puse, pues, una blusita de seda natural azul pastel y mis *shorts* oscuros, llevándome en un bolsón de paja otro bañador, de raso verde, que le costó a el Espichao setecientas pesetas, y que me hacía un tipo de locura.

Abajo estaba el viejo, mordiendo unas hojillas de acacia para desahogar la impaciencia. En cuanto me vio, se me echó encima como una fiera y me dijo que no podían seguir así las cosas y que estaba dispuesto a todo por mí.

—¿A todo? —dudé.

—Sí, a todo; absolutamente a todo, mi vida.

—Mira, amor mío —aclaré—; yo soy una mujer muy cara y también muy rara. Que no se conforma con repartir su hombre con nadie. ¿Comprendes?

—Sí.

—¿Y lo dejarías todo por mí?

—Todo, mujer, todo —aceptó desesperado.

—¿Hasta las niñas? —apreté, para probar mi poder.

—¡Ah!, no; eso no.

—Está bien. Comprendo que no merezco tu cariño, que me tomas por una cualquiera. A mí, a mí, que sería capaz de dejar mi matrimonio por marcharme contigo para siempre, a donde tú quieras.

—Eres mi amor, nena. Te lo juro —aseguró, besándome y apretándome contra el balón de su barriga—. Y sabré demostrarte mi cariño.

—Entonces —insistí—, ¿lo dejarías todo por mí? Yo te entregaría mi vida entera.

—Sí, lo dejaría todo —mintió el muy baboso—; pero no me martirices más, tesoro.

—Si tú supieras el cariño que te he cogido en estos días, mi cielo...

—Yo estoy loco, completamente loco por ti, *noya*.

—Estate quieto, hombre, que puede vernos alguien.

—Que nos vea —bramó—. Ya no resisto más.

—No resistes más, no resistes más... Lo que tú eres es un egoísta. ¿A que no te has acordado de traerme aquello?

—¿Cuál?

—¿Ves? Ya ni te acuerdas.

—¡Ah!, sí... la sortija.

—Eso es, la sortija —me enfurruñé, rizando el morrito en un melindre—. Es un capricho, el deseo de tener un recuerdo tuyo, de estos ratos tan agradables que he pasado a tu lado. Nada más. Y si te figuras otra cosa no volveremos a hablar nunca más de ello —aseguré, abriendo su abrazo con mal humor.

—Que tonta eres... *Ascolta, noya*; ¿cuánto costaba la sortija?

—¡Oh!, poca cosa. Es francamente barata. Una ocasión que me proporciona doña Amparo, la vendedora. Un apurillo de una chica, ¿comprendes? Ya te di las señas, hombre, para que la vieses.

—Sabes muy bien que no he ido a Madrid durante estos últimos días.

—Pues podías haber ido, en lugar de estarme mirando tan descaradamente todo el tiempo.

—Encima eso —se amoscó—. No sabes cuánto he sufrido, cariño.

—Eres un egoísta, te lo repito.

—No, no lo soy. Y voy a demostrártelo ahora mismo —aseguró el tío—. ¿Cuánto cuesta la joya?

—Ya te lo dije, mi vida —gruñí malhumorada.

—No recuerdo, la verdad. Eran ocho, ¿no?

—¿Ocho? —me escandalicé—. Ni hablar. Diez hijo, diez, aunque valga más de quince. De no ser así no me la pondría yo en mis dedos.

—Estoy seguro de que es muy cara —protestó todavía el hombre—. Pero como que no quiero discutir hoy contigo estas pequeñeces...

—Tú veras.

—Voy a dártelas ahora mismo. Las pesetas, ¡vaya! Me fastidia que pienses que soy un tacaño —y sacó la cartera.

—Pero ¿llevas tanto dinero encima? —me escandalicé.

—No, guapa, no —rió—. Llevo un cheque en blanco.

—¿Un cheque? Me gusta más el dinero contante y sonante, ¿sabes?

—Bueno, bueno —se enfurruñó—. Si no lo quieres, nada.

—Está bien, dámelo. Pero, como me engañes, ya me las pagarás —le amenacé con mimo—. Ya verás, ya verás.

—No tengo miedo de eso, porque no acostumbro a dar bromas de mal gusto a las personas que me interesan —aseguró el tío, poniéndose serio mientras firmaba el cheque.

—Ya lo sé, cariño, ya lo sé. No hay más que verte para darse una cuenta de que eres todo un señor.

—Aquí tienes; toma.

—Muchas gracias, cielo mío. Me alargó el cheque un poco bruscamente. Yo lo cogí y, mientras lo guardaba en mi billetero, vi que era del Banco Hispano Americano y que parecía estar en regla. Después alcé los ojos y miré al señor Pastor, que esperaba, haciéndose un poco el interesante. Y ahora mismo, mientras escribo, me parece verle todavía frente a mí, con su traje claro de gabardina cara, su camisa de seda, con el cuello desabrochado y sin corbata. Un cinturón de piel de cerdo trataba de sostener unos pantalones que se le escurrían por la curva del vientre abajo. Calzaba sus pies, enormes y algo planos, con unos zapatos de piel blanca y suela gruesa de *crepé*, muy americanos, comprados en Portugal. Y, en aquel momento, se quitaba unas gafas ahumadas estupendas, para verme mejor.

Me sonrió y me cogió la mano. Su cabeza tenía mucho, muchísimo, de esa cabeza estúpida y grotesca que tienen las tortugas y hasta un gesto que hacía con el cuello semejaba el mete y saca que se traen esos bichos bajo su concha. Yo le sonreí también, sabiendo lo que vendría ahora, lo que ya no era honrado evitar. Pero vi en sus ojos redondos y saltones tal mirada de impaciente deseo, que comprendí que era capaz de cobrarse allí mismo.

—Anda, vamos a bañarnos —decidí, levantándome.

—¿Bañarnos ahora? Estás loca.

—¿Por qué? Si hace una tarde estupenda.

—Todavía no he debido terminar la digestión.

—Claro. Si no comieras tanto...

—Ven aquí, a mi lado, *noya*.

—Primero voy a darme un chapuzón. Me pide agua el cuerpo. Y tú no debes ser tan egoísta con tu nenita —dije, mimosa.

—Siempre hay que hacer lo que quieres.

—Oye, vamos a dar una vuelta en el bote. Ya verás cuánto te gusto con mi nuevo traje de baño.

—A mí me gustas siempre, ¡vaya!

—Si vienes, y como no hay nadie, me pondré el bañador allí mismo, en el bote —prometí—. Pero tienes que ser bueno, ¿eh?, cariño.

—*Está bé*; vamos —dijo levantándose, ya más animado con el programa.

Fuimos al embarcadero, un tablado medio podrido por la humedad de las aguas del lago. Desamarramos un pequeño bote, pusimos los remos y comenzamos a bogar animadamente. Pero nos cansamos los dos en seguida y yo volví a mi idea del baño.

—Oye, ten los remos firmes, que me voy a poner el traje.

—No sé si será bueno este sitio para bañarse. He oído algo sobre ciertas algas muy peligrosas —advirtió, preocupado.

—¿Algas aquí? Qué cosas dices...

—El agua está demasiado negra, ¿no te parece, nena?

—Lo que está es estupenda —probé, inclinándome desde la borda del bote y metiendo la mano—. Anda, hombre, no seas raro; báñate conmigo.

—No he traído el bañador.

—Vaya una tontería. Déjate los calzoncillos y ya está.

—Menuda pinta tendría.

—Con lo bien que tú nadas... Parece mentira que te sientas tan acobardado.

—Conseguirás que me tire al agua, aunque sea vestido.

—¿De veras?

Me puse el bañador, y, al cambiarme de ropa, hubo su jugueteo. Tanto, que por muy poco no volcamos el bote. Pero, como el viejo se puso ya pesado, me tiré al agua en un quite y, después de nadar un instante, lo llamé con mi vocecita más tierna.

—Anda, ven conmigo.

—Hay que hacer siempre lo que te da la gana —repitió.

—Amor mío, ven con tu nenita, a nadar juntos un rato.

—¡Qué condenada eres! Allá voy —decidió al fin—. ¡Ah!, pero no mires mientras me desnudo.

—Pues tú bien que has mirado, bribón.

—Tú eres una cosa preciosa y yo algo bastante feo...

—Bueno, no miraré —prometí, dando la vuelta y nadando un poco en dirección contraria al bote, bien ajena a que no iba a verlo más en la vida.

Debió desnudarse muy de prisa, pues al poco rato escuché un gran chapuzón, seguido de mucho alboroto bajo las aguas. Nadé hacia él, pero ya no lo vi. Al fin, salió del torbellino una mano desesperada y nadé con todas mis fuerzas. No salía, no salía, no salía...

Continuaban removiéndose las aguas oscuras, torvas, allí donde el hombre se había tirado, como si se librara abajo una lucha terrible, una lucha a vida o muerte. Yo nadaba, nadaba, llegaba ya. Pero, de pronto, comprendí. Comprendí y tuve miedo. Tuve miedo y dejé de nadar hacia aquello. Después, espantada, di un rodeo y llegué al bote con el corazón estallándome en el pecho, perdido el aliento por completo.

Tras un momento de respiro, remé un poco hacia donde ya las aguas se aquietaban otra vez en una tersura fría y cruel. Miré y hundí el remo desesperadamente. Y, sobre aquella sombra estremecedora y hosca del fondo, se me antojó ver una luz blanca aprisionada por las algas hambrientas. La pálida presencia del calzoncillo del pobre hombre.

Me quedé pasmada, sin saber qué hacer. Después, comprendí bien todo lo que había sucedido, todo lo que podría suceder. Y remé como una loca hacia el embarcadero, sudando por todos los poros de mi cuerpo la angustia que sufría.

Ya en la orilla, pensé un momento con más tranquilidad. Y volví a entrar en el bote, para ver si me había dejado algo que delatara mi presencia. Sí, caído sobre el fondo, estaba el pañuelo que llevaba en la cabeza.

Lo recogí y guardé todo en el bolso de paja. Después, empujé el bote hacia donde se había hundido el señor Pastor. Y miré a ver si había algo mío junto a la orilla, por donde estuvimos retozando antes de ir al embarcadero. Encontré dos colillas manchadas por el rojo de mis labios, que también recogí.

Cada vez más despierta, anduve un rato hacia otro lugar de la orilla, bastante alejado del sitio donde ocurriera todo. Me senté un momento, encendí un pitillo, dejé todas mis cosas sobre el suelo y empecé a gritar.

Nadie me respondió. Se alborotó una bandada de cuervos, dos palomas torcaces salieron disparadas de la copa de un árbol, pero nadie contestó.

Volví a gritar otra vez. Nada. Tan sólo las aves acusaban mis gritos.

Me vestí con prisa, pero con cuidado. La blusa, los *shorts*, las alpargatas. No me había mojado apenas el pelo y me lo arreglé un poco, colocándome otra vez el pañuelo. Guardé el bañador en el bolso, comprobé que tenía el cheque en el billetero,

me di polvos y me pinté los labios. Saqué mi espejo y me miré. Estaba como siempre, algo más sofocada la piel y con una luz aún más viva en los ojos.

Dejé un pañuelito sobre el suelo y tiré allí también la colilla y el paquete de Chesterfield. Después comencé a subir la cuesta del pinar hacia el parador, gritando de vez en vez.

Al fin me oyeron. Dos muchachos, con aire de oficinistas madrileños, y dos chicas del pueblo de Las Navas, que bajaban a bañarse.

Muy descompuesta, les dije que cuando yo iba a meterme en el agua oí voces de un hombre que pedía socorro hacia el otro lado del lago, hacia donde estaba el bote. Pero que no había visto nada y que, asustada, buscaba gente que me acompañara.

Bajamos corriendo hacia el embarcadero y los chicos se tiraron al agua, buceando el lugar, mientras una de las muchachas, que era del pueblo, decía que no sería aquél el primer hombre que se ahogara allí, apresado por las algas. Porque, hacía dos años, un veraneante se había hundido también para siempre en el lago.

Al fin, uno de los chicos, auxiliándose con un remo, encontró al señor Pastor. Pero no pudieron sacarlo. Y con ese aire protector y solemne que suelen tomar los hombres en estas graves ocasiones, decidieron llevarnos a las mujeres arriba, pues no era espectáculo para nosotras, y bajar de nuevo con más gente a sacar el cuerpo, por si se podía hacer algo.

Subimos todos con prisa, y yo, a media cuesta, dije que me sentía muy mareada, sin duda por tanta sofocación y ajeteo. Y entonces, los chicos me llevaron medio desmayada hasta el Parador, encantados de sentirme en sus brazos. Al llegar, perdí el sentido casi por completó, me subieron al cuarto y así me evité el primer golpe del jaleo que allí se armó.

Encerrada en mi habitación, supe, por la Lirio, que salía a cada momento a fisgar, que a la mujer del señor Pastor no la dejaron bajar al lago, y que estaba también medio accidentada en su cuarto, pero sin echar ni una sola lágrima. Todo el mundo andaba muy excitado y esperaban que me repusiera un poco, para acosarme a preguntas.

Al cabo de un rato, ya casi de noche, vi, mirando por una rendija que abrí en mi ventana, que subían al señor Pastor en una silla tumbona, haciendo de parihuelas, lo que me dio muy mala espina. Y en seguida entró la Lirio a decirme que, según el médico, el pobre hombre estaba muerto y requetemuerto.

La Lirio y yo hablamos del asunto un rato, pero no le dije una palabra sobre el cheque, porque en esta vida no hay que fiarse de nadie. Ella quería que hiciéramos las maletas para marcharnos inmediatamente. Pero yo decidí esperar la llegada de el Espichao, que no podía tardar mucho, y que, al fin y al cabo, era un hombre.

Cuando llegó, me eché en sus brazos y le dije que me sentía tan malita que no dudaba que me iba a perder para siempre. Él se emocionó mucho, estuvo muy cariñoso y me pidió que le contara tranquilamente lo que había pasado, pues estaba dispuesto a dar la cara por mí en el asunto.

Repetí, una vez más, mi relato. Dije que, con tanta calor, aquella tarde me pedía el cuerpo agua y que bajé a bañarme. Que la Lirio se quedó arriba leyendo muy emperrada una novela de Pérez y Pérez, sin querer acompañarme. Que yo, una vez abajo, me puse mi traje de baño y entré en el agua. Pero que, nada más mojarme, oí voces de hombre que pedían socorro, algo lejos. Que yo miré bien hacia allí y que no vi a nadie. Que, como las voces no volvieron a sonar, me asusté mucho y salí corriendo, después de cambiarme de ropa rápidamente. Que yo también pedí socorro muchas veces. Y que, al fin, a media cuesta, encontré al grupo de Las Navas que bajaba a bañarse. Buscamos al hombre y yo los llevé junto al bote, que es hacia donde habían sonado las voces. Que encontraron el cuerpo después de muchos trabajos y que subimos todos hacia el parador. Pero que, antes de llegar, yo me puse muy mala, con tanta agitación y sofoco. Y que me sentía todavía muy mal, muy encogidito el corazón por tanto susto.

El Espichao se quedó muy serio cuando acabé mi cuento y me miró fijamente un rato.

—Escucha, muñeca; dime la verdad —pidió, al fin.

—Te juro por la memoria de mi madre, Dolfo, que todo lo que te he dicho es la mismísima verdad —juré en falso, porque era aquél un mal momento y no me fiaba tampoco del hombre—. Parece mentira que no creas a tu chiquitita —dije, echándome a llorar.

—Te creo, te creo, muñeca mía —aseguró ya, arrebatándose, comiéndome a besos, sentado en mi cama—. Pero recuerda todo; te lo pido por tu propio bien.

—Es la pura verdad.

—Pero ¿no le viste ni un momento?

—No, Dolfo, no.

—¿Ni te lo encontraste al bajar?

—No, no.

—Entonces, ¿no viste al señor Pastor en toda la tarde, desde que saliste del parador para ir a bañarte?

—No —repetí con firmeza.

—Pues descansa, muñeca mía, que yo me ocuparé de todo, para que no te moleste nadie con tonterías —aseguró, encantado con su papel de hombre protector.

Bajó al salón y estuvo hablando largo rato con la gente, que para eso era el hombre abogado. Pero la mujer del señor Pastor insistió en que deseaba hablar conmigo un momento.

A mí, la verdad, se me abrieron un poco las carnes cuando supe su deseo. Pero, después, pensé que sería preciso marcharse de allí a la mañana siguiente, a cobrar cuanto antes el cheque en Madrid, y que, para que me dejaran irme, lo mejor iba a ser despejar la situación definitivamente. Se trató, pues, de la entrevista y hubo muchas idas y venidas, ya que ninguna de las dos queríamos ir al cuarto de la otra. Al fin, se decidió que bajáramos un momento al salón y que nos viéramos allí.

Yo me arreglé un poco y bajé del brazo de el Espichao, haciendo muchos aspavientos, elegantísima con mi bata de raso negro, que me hacía más alta y aclaraba más el rubio rojizo de mis largos cabellos. Me recliné muy finamente en un sofá, dejando asomar un poco la seda natural rosa de mi camisón, y me dispuse a estar muy en mi sitio.

La mujer del señor Pastor entró en el salón inmediatamente. Venía sola, vestida de tarde y sin señales de haber llorado, aunque tenía la cara algo desencajada. Saludó a el Espichao, que le besó la mano, muy fino, y rogó que nos dejaran un momento solas.

Entonces yo empecé a quejarme del corazón y me agarré a la mano de el Espichao desesperadamente. Ella me miró con desprecio, se sentó y esperó sin decir ni pío. Hasta que yo comprendí que estaba dispuesta a esperar toda la noche, a esperar todo el día siguiente, a esperar toda la vida, para poder decirme lo que tenía que decirme. Y, deseando acabar de una vez, dije a el Espichao que ya se me había pasado un poco el soponcio y que nos dejara solas.

—Supongo que querrá que le cuente a usted todo —comencé, decidida, pero haciendo un gesto de displicente fatiga.

—Se equivoca usted por completo —aseguró con una voz muy honda, cargada de odio.

—Pues entonces, señora, no me explico...

—Quiero decirle varias cosas.

—Si supiera usted qué impresionada estoy.

—Le quería usted mucho, ¿verdad? —mordió de pronto, con una risa mala.

—No la comprendo a usted.

—¡Claro!, ¡pobrecita, se ha impresionado usted tanto...!

—¡Oh!, sí; estas cosas de muertes me hacen mucho daño —aseguré, acentuando mi languidez.

—¡Canalla! —insultó, de pronto, sin alzar la voz.

—Está usted muy excitada, señora —lamenté con dignidad, pero decidida a evitar la bronca.

—¡Bueno!, no se trata ahora de eso —cortó con un brusco gesto de repugnancia.

—¿De qué se trata, pues...?

—Primero, de que no piense usted que me ha engañado. Porque usted salía con él; porque usted se estaba bañando con él esta tarde cuando...

—Señora, ¡por Dios!, no diga usted disparates.

—No, no crea que vamos a discutirlo.

—¿Entonces...?

—Lo que quiero saber es a cuánto asciende el cheque.

—¿Qué...? ¿Qué cheque? —balbucí espantada.

—El cheque en blanco que llevaba mi marido en la cartera esta tarde cuando salió del parador y que tiene usted guardado en su cuarto...

—Señora, no puedo..., no puedo tolerar...

—Siga, siga... —repitió con desdén.

—Está usted trastornada por su desgracia y...

—Y me lo va usted a decir ahora mismo —aseguró, con una seguridad que me dio escalofríos—. Porque es el precio que voy a cobrarle para no llamar a la Policía.

—¿La Policía? No me explico...

—Oiga; no deseo prolongar esta conversación innecesariamente. Me resulta usted muy desagradable, ¿comprende?

—Creo que se equivoca, señora.

—No, no me equivoco. Porque estuvimos a punto de utilizar ese cheque esta tarde, antes de que saliera de aquí, y sé que lo llevaba en la cartera —afirmó—. Ahora, si lo que usted desea es que avise al Banco y que lo busque la Policía, usted verá...

Comprendí que el asunto se ponía feo. Porque mis diez mil pesetas, aquellas diez mil pesetas tan trabajadas, tan afanosamente conseguidas, amenazaban evaporarse. El Banco, la Policía... Menudo lío.

—Si usted se pone en ese plan, señora... —tanteé con cautela.

—Estoy absolutamente puesta y... tengo prisa. Debo volver arriba..., junto a él, ¿comprende?

—¿Y qué garantía tendría yo de que...?

—La de que a mí no me falta dinero que, para usted, debe ser la principal.

—¡Bueno!, pues usted dirá, señora...

—¿Cuánto?

—Diez.

—¿Diez mil? No puedo creerlo —se sorprendió.

—Pues créalo, señora, créalo —aseguré muy ofendida—. La verdad, no me parece que sea tanto; ¿usted me ha mirado bien?

—¿Tanto? —rió otra vez con su risa mala—. Pero si es una miseria. Generalmente no hacía regalos así por menos de cincuenta mil. ¡Bah! —despreció, levantándose—. Se ve que la tenía a usted clasificada en la última categoría. Quédese con esa limosna, se la regalo yo también. Al fin y al cabo no ha sido caro el precio de su asesinato...

Y se marchó muy tiesa y envarada, sin mirarme más y sin darme tiempo para contestarle como merecía. Pero después me alegré de no haber liado la bronca, porque, a la mañana siguiente, nos marchamos del parador, cobré el cheque en el Banco y no tuve más molestias con este fastidioso asunto.

¡Ah!, si el señor Pastor no se hubiera ahogado tan inoportunamente ya le hubiera dicho yo a su señora, ya...

XIV

Después de aquellos días del parador que beneficiaron mi salud y mi bolsillo, aunque me costaron, también, un buen sofoco, mi vida se complicó mucho, y con mala complicación.

Mi hermana de portería, Magdalena de nombre, cayó enferma en Mojácar, y, según decía la madre, se moría a chorros. Pues andaba hacía tiempo con los pulmones picados y la chica no valía un pimiento.

Yo les mandaba todos los meses, desde que vine a lo de la vida en Madrid, unas mil pesetillas, según mis posibilidades; más que nada por mi madre, la portera, que siempre me tuvo ley y fue buena conmigo. Con estos cuartos, asistiendo a los ricos del pueblo, y con lo que le daba un rebaño de cabras que yo iba aumentando poco a poco con mis ahorros, la madre se defendía e iba sacando los hijos adelante. Hasta que la Magdalena, que, como dije, fue siempre aún más endeble que yo, cayó enferma del pecho y, según me decían, manaba con frecuencia sangre por la boca.

Cuando me enteré de todo, bien sabe Dios que me llevé un buen berrinche y que hablé en seguida con Perico, pues quería que me llevara a Mojácar, a ver a mi gente. No quise que me acompañara el Espichao, porque no tenía coche, y aunque sabía que con tal de acompañarme sería capaz de alquilar un gran turismo, era mejor no sacarle rápidamente los últimos dineros, ya que podrían hacerme falta en la mala temporada que se me venía encima. En cambio, Perico tenía coche y para él no era costoso hacer el viaje.

Todo esto se discutió mucho en mi piso, con la Lirio y con Paulina. La primera dijo que lo que ocurría era que a mí me gustaba Perico y nada más. La vieja aseguró, muy malhumorada, que acabaría echando a perder lo del casorio con el Espichao. Yo las oí como quien oye llover y ahora comprendo que tenían las dos razón. Pero, como decía el pobre señor Pastor (q. e. p. d.), siempre hice lo que me dio la gana.

Cogimos, pues, el coche, y allá nos fuimos, a Mojácar, Perico y yo, más contentos que unas Pascuas, la verdad, pues a los dos nos gustaban mucho los viajes por carretera. En Almería paramos en el Hotel Simón y, por el qué dirán, tomamos dos habitaciones comunicadas interiormente, pues yo no quería coger mala fama en aquella tierra mía.

Mi madre estaba muy vieja y acabada, pues siempre había llevado la pobre muy mala vida, trabajando como una mula. El chaval era ya casi un mocito y se sacaba algunas pesetas en lo que saliera. Pero a la que encontré fatal fue a la Magdalena.

Era una morenilla muy delicada y floja, con una carita preciosa, de Virgen, como es muy corriente ver por Almería. Pero ahora sus facciones se habían adelgazado tanto que parecía talmente una Dolorosa, la pobre chica.

Mi llegada al pueblo fue un verdadero acontecimiento, pues mi familia decía en toda ocasión que yo trabajaba en Madrid, como artista, para no dar ocupación a las malas lenguas. Y hasta el alcalde se presentó a ofrecerme sus servicios.

Por eso, la enfermedad de la Magdalena se trató con mucho calor una tarde en Casa Bartolo, el café del pueblo. Asistieron el alcalde, el médico, el sargento de la Guardia civil, el maestro y el secretario del Ayuntamiento, que fue el que más habló. El cura no vino, porque, al parecer, barruntó lo de Perico, que figuraba como mi novio y galán de una película que yo estaba haciendo en los estudios de Chamartín.

Después de unas cuantas horas de darle vueltas a lo mismo, pues lo que querían los tíos no era otra cosa que pasar el rato conmigo, para alegrar así un poco aquel horrible aburrimiento de Mojácar, un pueblo moruno, que trepa hasta el cabezo de un pelado monte, se quedó en llevarla a Almería, para consultar con un especialista de mucha fama.

La llevamos, pues, a la pobre, y, en el camino, le volvió a manar sangre el pecho. Tanta, que era una pena, y hasta Perico se asustó mucho. Tal vez por ello, el especialista nos dio muy pocas esperanzas y nos dijo que tan sólo un cambio de clima y un largo tratamiento podrían curar aquellas picaduras tan hondas de su pulmón.

Yo, entonces, hablé cara a cara con Perico y le pedí que nos la lleváramos con nosotros en el coche a Madrid. Y, como se mostró dispuesto, aquí nos vinimos los tres, en un viaje terrible, que, como decía el hombre, un poco fastidiado, no fue ciertamente de luna de miel.

Pero la Magdalena llegó a Madrid viva y, después de reposarla durante unos días en mi piso, la metí en un sanatorio de la Ciudad Lineal, donde la trataban bien, pero que me salla, con análisis, inyecciones, rayos y demás, en unos treinta duros diarios, por lo menos.

Este gasto hizo tambalear mi presupuesto y me obligó a pensar un poco. Porque mis cuentas han sido siempre bastante liadas; por eso creo que aciertan las gentes que estudian la cuestión y que dicen que todo depende, chispa más o menos, de la economía, es decir, de los cuartos, en cristiano.

Antes de arrimarme a el Espichao yo sacaba más, pero tenía que aguantar lo mío. Reunía alrededor de las quince mil pesetas todos los meses, pues ya se sabe que siempre fui una mujer de mucha categoría y podía esperar, casi todas las noches, sin prisa, la buena ocasión. Por eso, mis conocidos tenían ya bien sabido que había que pagarme hasta el aire que respiraba. Y si se me juntaba algún despistado, o entraba a escape por el aro o lo despachaba al instante.

Con estos ingresos de mi trabajo me pagaba todos mis gastos —casa, criada, medico, manicura, masajista, modista y peluquería—, mandaba las mil del ala a mi familia y, casi todos los meses, metía cuatro o cinco mil pesetas en mi cartilla del Monte.

Cuando me junté a el Espichao salí perdiendo en lo de disponer de dinero contante y sonante y ahorré muy poco esa temporada. Pero, en cambio, me vi dueña de un piso, que amueblado como estaba, podría valer un buen traspaso, si así convenía en alguna ocasión. También aumentó mucho mi ajuar, pues tenía siempre más de diez modelos al uso y hasta veinte pares de zapatos. Y no dejó de caer alguna

joya; creo, si no recuerdo mal, que un par de buenas pulseras, un collar muy mono y un relojito Longines, todo de ese oro de ley que tanto me marea.

Con el Espichao, pues, y con los fletes que durante esos meses me salieron, no aumentó mi capital en dinero, pero me vi dueña de muchas cosas de valor. Y, sobre todo, no tenía que salir por las noches a la caza del chorlito, que es una caza muy poco deportiva.

Nadie sabe lo que tiene que aguantar una; que si te echan una copa encima; que si te queman un traje; que tajadas y broncas por aquí, que caprichos por allá. En fin, la locura. Y, para colmo, la angustia del Wassermann todos los meses y el horror del neo y del bismuto amenazándote siempre tras cada análisis.

El Espichao era un tío feo y, a su lado, mi cartilla no criaba números. Pero yo vivía a mi gusto y el médico me pasaba muy pocas cuentas, a pesar de mi endeblez, pues entonces, lo que tuve fue más mimo que otra cosa. Por eso, cuando fui a ver a mi familia, me encontraron todos mucho más llenita y repuesta. Los aires del parador y la resina del pinar de las Navas apretaban ahora mis carnes, hasta el punto de que empecé a preocuparme y a comer un poco menos, pues yo no puedo permitirme el lujo de engordar como esas zánganas de mujeres acomodadas que se pasan la vida rascándose la barriga.

Las seis o siete mil pesetas que le sacaba a mi hombre en dinero, aparte de las otras cosas, y las dos o tres mil que apañaba yo a sus espaldas, no iban a bastarme. Pues precisaba más de cuatro para mi hermana, cuatro o cinco para la casa y, además, lo otro. Lo otro es un gasto muy antiguo, desde que entré como pupila en la mala casa aquella. Lo otro es algo que le conté, encrespada y rabiosa, a Juan, aquella noche que terminé llorando en la plaza del Progreso.

No, no me gusta hablar de ello; me da como coraje y vergüenza a la vez, porque hay cosas que deben de quedar para una, acabarse con una; acabarse con una y nada más. Eran, como digo, dos o tres mil pesetas al mes, según las ocasiones, y, por ahora, no he de dar más detalles.

Tuve, pues, que sacar dinero de la cartilla, porque no podía suprimir gastos. Ni de la casa, ni de los de mi hermana, ni de lo otro, porque eso fue para mí siempre sagrado, más sagrado que el comer caliente todos los días. Si alguien se entera alguna vez, a más de Juan, que ya lo sabe, dirán que soy una loca. ¡Allá ellos! Pero esos gastos continuarán: lo juro por la memoria de mi madre verdadera, de la que nunca conocí.

Por cierto: ¿qué dijo Juan cuando se lo confesé aquella noche? No recuerdo ya bien; ¡parece mentira, cómo se olvidan las cosas! Decir, creo que no dijo nada, no. Pero sé que desde entonces me quiere un poco, un poquito. Lo que él es capaz.

Yo sé muy bien, desde hace varios años, lo que hay en los besos de los hombres. Porque los besos engañan mucho menos que las palabras y estoy por decir que también menos que los hechos. Un hombre puede decir muchas cosas, puede incluso hacerlas, engañando, enseñando tan sólo el forro de su intención. Pero un beso no

engaña jamás. Al menos si se recibe como yo suelo recibirlos, es decir, pensando en las musarañas.

Juan es un hombre casi cuarentón. Sé que quiere mucho a su mujer y a sus hijos. Y, sin embargo, algunas veces se me acerca y me besa la cara, sin pensar en otra cosa. ¿Por qué? ¿Por qué me querrá a mí este hombre a quien no parece faltarle nada?

No está enamorado, ¡cualquiera lo enamora a este tío!, sé que le gustan otras puercas mujeres más que yo, hace siempre lo que le da la gana y no he conseguido nunca pringarlo conmigo. ¿Por qué me quiere, entonces, como si fuera algo suyo? Algo raro, disparatado, que desprecia y admira a la vez; pero que le sorprende un poco, que le atrae y divierte sin duda. ¿Le gustará jugar con fuego? Pues que ande con ojo. Porque voy a poner mis cinco sentidos en pescarlo y, como lo consiga, va a ir dado el caradura. Como a un perro faldero lo voy a traer, esperándome con la lengua fuera por todas las esquinas. Balandando como un borrego manso, mientras yo me río en sus mismísimos cuernos. Sí, es preciso, es necesario que lo consiga, y, entonces, ya verá...

XV

Mis ahorros disminuyeron en cantidades alarmantes después de pagarle dos meses los gastos a mi hermana. Porque, además, la pobre chica andaba tan desganada que casi todos los días tenía que llevarle para comer algo bueno, que le hiciera boca. Filetes de solomillo, pasteles y fruta, a la que era muy aficionada. Y no es que yo vaya a decir que la comida del sanatorio fuera mala, no; pero todos tenemos muchos dengues y los enfermos mucho más.

Aquello no podía continuar; pero, a la vez, yo, como soy más terca que una mula, me había propuesto sacar a la Magdalena adelante de su enfermedad: sí, la sacaría.

Confié mi situación a Perico. Ya dije, en su lugar, que es un muchacho algo loco y cuentista, pero bueno. Además, en aquel momento estaba enamorado de mí.

Perico me prometió ayudarme en todo lo posible, que no era mucho, pero aconsejándome que no abandonara lo de el Espichao, sino que le diera largas al asunto, hasta ver qué rumbo tomaban las cosas. Fue un buen consejo, aunque me dolió el comprender que Perico no estaba dispuesto, ni mucho menos, a dar el pecho por mí.

Estreché, por lo tanto, mis relaciones con él, jugándole las vueltas a el Espichao, y me procuré algún que otro chorlito de categoría, a espaldas de los dos, con lo cual logré defenderme mejor y no sacar ni un céntimo de la cartilla.

Mi vida se repartió entonces entre estos dos hombres y mi hermana, además, de lo otro, claro está, a lo que dedico muchas mañanas, con gran escándalo y curiosidad de todos mis conocidos, empezando por Paulina y por la Lirio, que sospechaban me veía con un chulo a esas disparatadas horas.

¡Chulos a mí! ¡Qué asco! ¡Mis chulos eran pobres viejos enfermos, hombres que habían perdido ya toda su hombría, basuras podridas que recogíamos en el hospital! Allí era yo la señorita Dolores, la buena, la santa, la que no se contentaba con costear cuatro camas permanentes, sino que casi todas las mañanas iba a cuidar a sus enfermos bajo las órdenes del doctor Villalba, más divina que un ángel, con mi batita y mi toca blancas sobre unos cabellos recogidos y discretos.

La cara la llevaba apenas empolvada, los labios sin rojo alguno y el cuerpo oliendo nada más que a jabón y al agua fría de la ducha que me daba todas las mañanas, donde despertara, para quitarme el calor de la cama que acababa de abandonar, el olor de un hombre que nunca era otra cosa que el pasajero nocturno de mi cuerpo.

Algunos querían acompañarme; otros intentaban seguirme. Pero ninguno logró saber nada, nada concreto, aun cuando aquella huida mañanera, fiel y constante, me costara muchas broncas, muchas desconfianzas y disgustos, porque todos mis galanes creían ver, tras la puerta de aquel misterio, el rostro idiota de otro hombre como ellos. Tan sólo Juan ha llegado hasta a... ¡Bueno! Ya lo iremos diciendo todo.

Volviendo a mis líos, añadiré que la mujer propone y el hombre lo dispone todo.

Porque aquel favorable equilibrio que yo había conseguido, a fuerza de maña, entre Perico y el Espichao, se fastidió con los celos de este último.

Yo no sé si Paulina le soplaría algo, pero la cosa fue que comenzó a apretarme con lo del casorio y a ponerse tan pegajoso conmigo que, un día, exasperada ya por sus bobadas, le dije muy en serio que me gustaba Perico.

El hombre se quedó lívido y temblaba de rabia, sin querérselo creer, pero yo soy muy burra y mantuve mis palabras. Recuerdo muy bien que estábamos sentados en la salita de mi piso, junto a una estupenda estufa eléctrica que acababa de regalarme, porque es una casa antigua, sin calefacción, y corría ya el mes de enero de un año más.

—Dolores, María Dolores, no me gastes esas bromas —bramaba el tío.

—No son bromas, Dolfo; es la pura verdad —repetía yo, muy tranquila.

—Entonces, ¿no me quieres, Dolores? —se espantó.

—Te quiero mucho. Ya lo sabes, pero...

—Como hombre, como hombre —gritó desesperado—. Me refiero a si me quieres como hombre.

—Dejemos eso, Dolfo. Ya sabes que soy muy rara.

—Lo que eres es una...

—Dilo, anda; dilo ya.

—No, no. No puedo decirlo; no puedo pensarlo siquiera —aseguró desesperado, ocultando su carita arrugada entre sus manos, en un gesto que yo le vi una vez a Antonio Vico, no recuerdo en qué función.

—Por mi parte puedes pensar lo que quieras —admití fríamente—. Ya sabes que yo no oculto mi vida a nadie...

—Pero ¿es posible, Dolores? —se espantó—. ¿Es posible que tú, que mi futura esposa, que la mujer que yo más quiero, me diga estas cosas? Vamos, muñeca; dime que estoy soñando. Dime que te encuentras mal, que estás muy nerviosa, que no sabes lo que dices.

—Te digo, Dolfo, que me gusta Perico.

—¡Dolores! —amenazó, aproximándose.

—Como lo oyes —mantuve, enfrentándole todo el hondo hervidero de mi rencor.

—Está bien, mujer —aceptó, con una falsa risa, cambiando bruscamente de actitud—; está bien. Quieres hacerme rabiar un poco; vengarte de algo, de algo... —pensó—. No sé de qué, la verdad.

—De nada —respondí amargamente.

—¡Anda ya! ¡Déjate de tonterías! —quiso acabar—. Y vámonos a cenar a La Argentina.

—¿Es que no puedes admitir que yo me enamore de otro?

—Creí que...

—Que estaba enamorada de ti, ¿no es cierto?

—¡Por favor!, Dolores. Todo esto es muy triste, muy ridículo.

—Pues yo no te he dicho nunca, bien lo sabes, que te quisiera como se debe querer a un hombre.

—Sí, es cierto; no te enfades, ¡por Dios!

—Y si he admitido tus obsequios y hasta tus manías de boda ha sido porque tú te has empeñado. Nada más.

—Me vuelves loco. Y me siento mal, muy mal, en este momento, te lo aseguro — se dolió el hombre.

—Creo que debes irte a descansar.

—Después de esto, ¿verdad? —saltó—. Después de martirizarme así. No; ya no podré pegar los ojos en toda la noche. ¡Parece mentira!; con lo que mañana tengo que trabajar.

—¿Es que tienes algo que decir en contra de Perico? —provoqué.

—¡Oh!, no, de ninguna manera —rechazó con esa curiosa dignidad justiciera tras la que los hombres suelen ocultar la violencia de su odio—. Precisamente creo que es un buen chico. Pero nunca te lo aconsejaría.

—¿Por qué?

—Ya sabes cómo es. Un tarambana.

—Me gusta.

—En ese caso, Dolores —se decidió, haciendo un tremendo esfuerzo—, pues... me voy. Sí; es mejor que me vaya.

—Has sido muy bueno, muy generoso conmigo.

¡Bah! No vale la pena hablar de eso...

—Pues no hablaré...

—De eso no, pero de otra cosa sí. Es preciso que hablemos mucho, María Dolores —decidió enérgicamente—. Porque yo no pude resignarme a perderte así, de este modo tan miserable, después de haber pasado juntos tantas horas maravillosas...

—Si vieras lo cansada que estoy, Dolfo. Anda, déjalo por hoy, por favor.

—Como quieras. Pero no te digo adiós, sino hasta mañana. Mejor dicho: hasta siempre —corrigió, con un gesto trágico y decisivo, abandonando el cuarto y tratando inútilmente de pisar pisadas dominantes y enérgicas.

Cuando me quedé sola empecé a arreglarme, pues iba a cenar con Perico a Chipén, pensando ya en la horrible carta que me amenazaba. Llegó dos horas después, con un botones de Fuyma, y dice así:

Amiga María Dolores: Acabo de separarme de ti y ya estoy cogiendo la pluma para sentirme otra vez a tu lado, porque no puedo creer que tus horribles palabras sean sinceras, y me parece que, mientras Dios no disponga de tu vida, debes tenerme junto a ti, para protegerte en estos espantosos momentos en que tu razón parece abandonarte.

¿Te sientes mal, muñeca? Nunca sufrirás tanto como sufro yo; eso puedo

asegurártelo.

Me siento tan caído, tan solo otra vez en la algarabía de la vida, que estoy resignado con mi negra suerte y nada tengo que reprocharte. Porque sabes muy bien que deseo que seas feliz y, si al lado del hombre que has elegido crees que lo vas a ser, sólo me resta aceptar tu decisión.

Tu elegido puede hacerte dichosa y yo nada tengo que decirte en contra suya. Al contrario, me parece un buen muchacho y creo que posee las cualidades necesarias para hacer feliz a cualquier mujer. Tú mereces esa felicidad, aunque él estúpido mundo diga lo contrario.

No te preocupes de lo que va a ser de mí. Mi vida será necesariamente un verdadero infierno, pero espero disponer de las fuerzas necesarias para soportarlo con valor.

Debo pedirte algo: que me permitas verte mañana mismo para entregarte lo que tengo tuyo y para despedirme de ti, ya que tu actitud conmigo parece desearlo.

Por última vez, déjame decirte que te sigo queriendo como el primer día.

Rodolfo.

Al día siguiente, por la mañana, recibí otra misiva:

Vida mía, no interpretes mal mi carta de anoche, pues estaba enloquecido por mi desesperación.

No, yo no puedo abandonarte. No y no, repito. Porque estás enferma, muy enfermita, María Dolores, y necesitas tener al lado a alguien que te quiera.

Creo que sólo yo te quiero, Dolores, aunque tengas tantos éxitos, aunque, al parecer, no te interese mi cariño.

Porque los hombres que te rodean te usan, nada más, como una cosa agradable y bonita. Y tus amigas te odian, reconcomidas por la envidia. Sólo yo, sólo yo, Dolores, te lo aseguro, te quiero de verdad, desinteresadamente. Sólo yo puedo soportar tus nervios, tu aparente crueldad, porque sé que estás herida, que estás enferma y que te quiero.

Por eso creo que, ante todo, debes de calmar tu terrible estado de ánimo. Por eso si, como un hermano, sin otras esperanzas, ni compromiso alguno, me permites estar a tu lado, cuidarte como necesitas que se te cuide, te propongo que vayamos junto a la sierra, al Club Alpino, a La Barranca, a cualquier sitio sano que reponga rápidamente tu decaída salud. Porque, ahora puedo decírtelo, Dolores, vida mía: estás más delgada y pálida que nunca y tiemblo que un trágico desenlace siegue tu salud para siempre.

Podría dejarte, donde sea, bien alojada, hasta que te sientas mejor. Y, una vez repuesta, apartada por completo de este infierno de Madrid, que tanto daño te hace, a solas contigo misma, sin influencias de nadie y dejando hablar libremente a tu corazón, podrás decidir, con más garantía, cuál de los dos, él o yo, merece tu cariño.

Yo, por mi parte, mantengo mi compromiso hasta tu definitiva decisión. Porque sabes que mis ingresos van mejorando, gracias a Dios, y que puedo ofrecerte la vida de paz y tranquilidad que tú mereces, haciéndote mi mujer, uniéndonos para siempre en el matrimonio.

Ya sé que podrán decirte que todo esto son bobadas, que lo único que vale la pena en esta vida es divertirse y no tener ni una fe, ni una ilusión. Pero yo te ruego que, al leer esta carta, decidas tú sola, contemplando tu vida por dentro. Y piensa, amor mio, piensa en todo lo que hablamos en aquellos inolvidables días de Salamanca, que tanto nos unieron. Hemos pasado muchas horas felices juntos. Muchas horas que yo no puedo olvidar. ¿Las olvidarás tú?

Sigo ofreciéndote mi gran cariño, un hogar y tu felicidad que tú mereces.

Te quiero como ayer, como siempre.

Rodolfo.

P. D. Te mando un obsequio para tu niña. Respecto a lo del carbón para tu cocina, creo que esta misma tarde te lo llevarán, pues me estoy ocupando activamente de ello.

El obsequio para mi muñeca eran dos mil pesetas, que me vinieron de perlas. En cuanto a la felicidad que me ofrecía, ¿por qué se empeñarán todos los hombres en que una ha de ser feliz cuando ellos lo son?

No, no me casaría con él. Aun cuando pudiera comprarme con todo el oro del mundo, con toda la paz del mundo, con toda la felicidad del mundo. A su lado, no.

XVI

Después de pasar una semana bastante divertida con Perico, le permití al Espichao volver a verme, más que nada por la lata que me dio Paulina, que era su abogado defensor, pues la tenía comprada con sus regalos y atenciones, hasta tal punto que la vieja decía que el Espichao era el más fino y cariñoso de todos mis amigos.

Y, roto ya el hielo, volví a admitir su compañía, saliendo juntos algunas veces, pero ya sin compromiso de ninguna especie y sin dejarle ni mentar el casorio.

Por entonces, Perico venía a buscarme al caer la tarde y pasaba casi todas las noches en mi piso. Realmente, vivíamos juntos, aun cuando no me hubiera retirado, como el Espichao, pues no disponía de cuartos suficientes y yo tenía que buscarlos por otro lado, sin hablar mucho de ello, pero sin engañarlo tampoco, pues el hombre tragaba lo que fuera menester, comprendiendo mi situación y los grandes gastos que tenía entonces.

Por eso, las malas lenguas corrieron por Madrid, la voz de que yo, la Estraperlo, la mujer de más categoría de aquí, que es como decir de España entera, quitando Barcelona, había caído al fin con un chulo que me sacaba los ahorros conseguidos con tanto sudor y asco de mi cuerpo. Todo esto fueron mentiras infames para desacreditarme, pues bien sabido es que no hay cosa que más enfríe a los hombres que el recelar que sus cuartos pueden ir a parar a los bolsillos de otro, a través del cariño de una mujer.

Se habló, pues, como siempre, mucho de mí, pero, afortunadamente, ninguna persona seria se creyó el cuento. Porque ni yo me enamoré de Perico, ni él dejó nunca de darme lo que pudo, que fue bastante, aunque no todo lo que necesitaba.

Perico no es un chico guapo, ni mucho menos, aunque, eso sí, muy simpático y camelador. Salíamos juntos, cenábamos, bailábamos, íbamos los domingos de excursión al campo y, cuando el hombre cobraba, pues, según dije, era capitán jurídico, abogado defensor en las causas generales, o algo así, nos largábamos de viaje por unos días, en el coche, un DKW que le compró su madre, pues era hijo solo, de buena familia y muy mimado.

Como se comprenderá, yo llevaba una vida muy ocupada. Las mañanas, como siempre, en lo mío, a no ser alguna que me emperezaba en la cama, pues el cuerpo me pedía ya reposo, de tanto trajín y de que los años no pasan en balde. Iba a cumplir veinticuatro, y, aun cuando estaba más mona que nunca, los sentía ya en estas perezas que nunca tuviera de más joven. Almorzaba generalmente en mi piso, pues ya se sabe que en Madrid, a esa hora, no hay nada que hacer con los hombres. Las tardes las ocupaban la peluquería, el modista, un poco de palique con la Lirio y Paulina, más algún trapicheo que otro con las vendedoras de alhajas o algún viajecito al Rastro, que me entusiasma, y una visita casi diaria a la Magdalena, mi hermana. Al caer la noche aparecían Perico, el Espichao, cuando anda floreciente, pues cada día le subía

la tarifa: el alcalde de Zamarrón, un cateto que conocí por entonces, o algún buen chorlito. Y empezaba la cosa, lo de siempre, hasta la madrugada.

Ésta era mi vida por entonces y, como puede verse, no me sobraba tiempo para nada. Pero, sin embargo, no podía quejarme, pues quitando esas perezas de mi cuerpo, que me llenaban de un asco por todo y de un despego sin ilusión por las cosas de la vida, me encontraba bastante bien y, si no ahorra todavía, por lo menos no gastaba más de lo debido, pues Perico iba soltando más cuartos según se entusiasma conmigo y amplía sus manejos de bufete.

Pero como nada permanece quieto y todo cambia con los días, aquella tranquilidad, una tranquilidad que no era, ni mucho menos, como la ofrecida por el Espichao, sino mucho más movida y jaranera, se acabó pronto y la cuerda se rompió por donde tenía que romperse.

Ahora comprendo que yo no conocí bien a el Espichao. Porque le tenía por una especie de tonto, por un hombre lleno de mansedumbre y de resignación, incapaz de hacerle una faena a nadie y dispuesto a aguantarlo todo. Pero, como ya dije, nunca debe una fiarse de un hombre; yo me equivoqué al fiarme de él, como se verá.

El tío estaba cada día más acabado, más pálido. Pero no me reprochaba nada y parecía devorar su desesperación en un silencio torvo. Su humildad crecía por momentos, y, con tal de verme, con tal de estar unos minutos a mi lado, era capaz de todo. Hasta de acompañarme hacia donde me esperaba Perico, quien, cuando lo supo, me prohibió que le hiciera pasar ese mal rato.

Algunas tardes, después de recibir a lo mejor varias cartas quejumbrosas, lo citaba en el sanatorio, donde estaba mi hermana, pues cada día me espantaba más hallarme a solas con él. Y, después de convenir la cita, me alargaba más de lo pensado con Perico, con el alcalde o con cualquier otro hombre y no iba por allí hasta muy tarde o dejaba la visita para el día siguiente.

El Espichao esperaba hasta que lo echaban del sanatorio, hablando con la Magdalena, que le tomó mucho cariño, pues él la consolaba sus penas y hasta le secaba las lágrimas a la pobre chica cuando lloraba, porque sufría mucho con el neumotórax que le habían puesto los doctores. Un día, hablando él de mí y de lo que me quería, se emocionó tanto que, según me dijo después la Magdalena, echó unas lagrimitas y todo.

Hasta que una tarde, olvidándolo por completo, fui al sanatorio acompañada por el alcalde de Zamarrón, un tío muy corrido, ya viejo, que había agarrado últimamente y a quien andaba convenciendo para que me pusiera un negocio, pues había perdido la chaveta conmigo.

Antes de entrar en el cuarto de mi hermana, oí la voz de el Espichao que le hablaba tiernamente, como a una niña pequeña. La verdad, pude volverme con mi hombre y no entrar allí acompañada, no lo niego. Pero tenía interés en que el alcalde viera a Magdalena, que se impresionara con aquel cuadro, pues la pobre parecía un puro huesecito tumbado en la cama, para que se diera bien cuenta de mi buen corazón

y de mis grandes necesidades. Y como el Espichao estaba hecho una malva y lo aguantaba todo...

Cuando entré con el alcalde, se puso más blanco que la pared del cuarto. Y, al presentarlo, se guardó la mano en el bolsillo y no se la tendió al otro hombre, que se quedó muy sorprendido con la suya en el aire. Se pasmó un momento el Espichao, más callado que un muerto, mirándome con unos ojos encendidos y locos, y temblando su mezquino cuerpo como si lo agitara un viento interior. Después, sin despedirse de nadie, se marchó bufando, casi corriendo.

El alcalde se quedó asombrado y yo le dije que era un galán mío, medio loco, a quien yo nunca hiciera caso. Pero mi hermana se enfadó mucho y reunió sus escasas fuerzas para prohibirme que fuera allí con otro cuando estuviera el Espichao acompañándola. Después se echó a llorar, porque estaba muy nerviosa y soltaba las lágrimas por cualquier tontería.

El de Zamarrón entonces, para consolarla un poco, le regaló cincuenta duros, diciéndola que se comprara con ellos cualquier tontería. Pero la muy boba no los quiso y tuve que quedarme yo con ellos, para mejor ocasión. En fin, que las memeces de el Espichao nos dieron la tarde.

Sin embargo, el que le descomponía más de mis hombres era Perico. Porque me lo había presentado él y porque era un chico joven, simpático y alegre que sabía camelar a las mujeres, aunque a mí cierto es que no me camela nadie.

Por eso, de Perico no quería ni hablar, y cuando se refería a él, echaba el veneno con mucho cuidado, entre alabanzas y llamándolo «el elegido de mi corazón», porque yo, enloquecida ya por sus tabarras, insistí en que me gustaba más que él, aun cuando mi elección perjudicara mis intereses.

Así las cosas, el uno aguantando mecha y el otro divirtiéndose conmigo, vino a verme una mañana Perico, muy sofocado, pues le habían puesto una denuncia y le habían encontrado un dinero sobre la mesa de su despacho oficial, bajo unos libros, dinero que no podía justificar.

Aquello fue un barullo endemoniado y yo no lo recuerdo bien. Pero haciendo memoria, creo que los hechos fueron éstos, chispa más o menos:

Perico andaba metido en enchufes de juzgado militar o algo parecido y no podía cobrar a los que defendía en las causas. Pero tenía otros asuntos particulares, en los que pasaba sus minutas como abogado, pues es un chico listo y trabajador, incapaz de hacerle daño a nadie, aunque le guste divertirse como al que más.

Una tarde recibió en su despacho la visita de dos señoras, familiares de un acusado, de los que tenía que defender por obligación. Estuvo encerrado con ellas un rato, informándose bien de las cosas, hasta que se marcharon las dos mujeres. Después, como esto ocurría un sábado, nos fuimos a pasar el fin de semana los dos juntos a la sierra, que estaba muy nevada, y allí nos divertimos mucho, aunque yo vine molida a golpes, pues aprendía entonces a esquiar.

Volvió el lunes Perico a su oficina y, nada más llegar, lo llamó el coronel y le dijo

que el sábado, después de salir de su despacho, habían hecho allí un registro y que, bajo unos libros, sobre su mesa, habían encontrado cinco mil pesetas, que, según un denunciante anónimo, le entregaron las dos señoras familiares del acusado, en ocasión de su visita.

Perico armó un follón de miedo, juró y perjuró que ignoraba de dónde había salido ese dinero, añadiendo que, si se lo hubieran dado, no lo hubiese dejado allí, sobre su mesa, sin guardarlo en ninguna parte, desde el sábado.

El coronel no quiso echar tierra al asunto y ordenó abrir un expediente, llamando a declarar a las mujeres. Éstas le confesaron a Perico que sí, que habían querido obsequiarlo con esa suma, pero que, no atreviéndose a dársela cara a cara, habían dejado los billetes sobre la mesa, para que los encontrara allí.

Eso le dijeron a Perico, pero, asustadas, no quisieron confesárselo al coronel, por si las metían en chirona o perjudicaban al pariente acusado con su declaración.

Además, y esto es lo que volvió loco a Perico, el mismo coronel había recibido, días antes, una denuncia anónima, acusándole de que aceptaba dinero de los familiares de sus defendidos; por eso le hicieron el registro en su despacho, después de salir de allí las dos mujeres.

El resultado de todo el jaleo fue que Perico se vio empapelado y que sus enemigos se alborotaron contra él, porque es un chico espabilado y sacaba ya muy buenos cuartos de su trabajo. En cuanto a la denuncia, aseguraba él que no le cabía la menor duda de que era obra de el Espichao, con el que, al parecer, había trabajado una temporada antes de conocerme.

Yo me llevé un disgusto muy grande, pues Perico quedó suspenso de empleo y sueldo, mientras no se aclarase el embrollo. Y descargué toda mi ira contra el majadero de el Espichao que, a mi ver, no sólo era el denunciante, sino que le había echado también las dos mujeres y las cinco mil del ala, para pillarle bien los dedos a su enemigo.

Por eso, cuando se atrevió a citarme, pocos días después de este lío, fui al Abra y, allí mismo, en la barra del bar, le puse de vuelta y media y le di dos bofetadas que fueron la admiración de unos cuantos borrachos.

Paulina me dijo que había hecho muy mal. Porque tal vez iba a necesitarlo, si Perico andaba falto de cuartos. Y que en cuanto a lo de la denuncia, tenía que reconocer lo que yo le había hecho tragar a el Espichao.

No andaba descaminada la vieja. Porque sabía más que yo y, efectivamente, pronto eché de menos aquellos sus sobres pudorosos, en los que escribía siempre *e. p. m.* (en propia mano) y que me entregaban el fruto de sus sudores.

Tal vez por ello, por echarlos de menos, la Paulina debió apuntarle algo al hombre, porque, a los pocos días, recibí otra carta suya, que aquí sigue:

Querida María Dolores: Me hago muy bien cargo de tu estado de ánimo y de las

horas amargas que estás pasando, que no pueden resultarme indiferentes, pues comparto tu sufrimiento.

Reconozco que yo puedo tener alguna culpa respecto a tu dolor, pero necesito también decirte todo lo que siento y que no me has dejado expresarte el último día en que te vi.

Ya sé que, para ti, las palabras de un hombre que es un farsante carecen de valor; pero a pesar de ello, quiero que sepas, una vez más, que tengo el deber de seguir luchando por mi felicidad hasta que Dios disponga de tu vida.

Desde el otro día parezco otro hombre. Porque estoy deshecho y creo vivir bajo la terrible impresión de que ha muerto de repente un ser muy querido, el más querido de todos, María Dolores, para mí. Te aseguro que estoy pasando los días peores de mi vida y que me siento como si me hubieran echado encima, de golpe y porrazo, veinte años más.

Pero ¿por qué tanta crueldad por tu parte? Me tratas como a tu peor enemigo y aunque sepa que acaso lo merezca, también sé que en la vida hay que tener generosidad, que hay que saber perdonar.

Confieso que ando detrás de ti todos los días, María Dolores. Al fin, él pasado martes te vi en Casablanca. Pero tuve que irme, porque no pude soportar el verte bailar y, sobre todo, el verte reír como reías. Por eso me marché antes de que la orquesta acabara de tocar.

Al fin y al cabo hubiera sido lo mismo, que me quedara allí o no. Porque, en dos ocasiones, me has negado el saludo. Te vi el miércoles pasado a las cinco y veinticinco en la calle de Sevilla, esquina a la de Arlaban, junto a la perfumería de Álvarez Gómez, y el jueves en la calle de Alcalá, frente a Hungría, a las seis y diez. Las dos veces has vuelto la cabeza, para no saludarme.

Ya sé que merezco todo esto, y acaso más, pero no puedo ocultarte que me has hecho daño, mucho daño.

Pocas cosas, mejor dicho ninguna, puedo contarte, ya que mi vida carece de interés. Hablo tan poco al cabo del día que, algunas veces, siento deseos de gritar como un loco.

¿Y tú? ¿Cómo sigues? La verdad es que tan sólo elogios he de hacer de tu vestido, el que llevabas la noche del martes. Sin embargo, veo que ha triunfado otra vez el copete en tu peinado. También me di cuenta de que estás muy delgada y con mala cara.

¿Tienes libre hoy un rato, a partir de las seis y media de la tarde? Si es así y quieres charlar con un pobre amigo tuyo, dime dónde puedo esperarte y a qué hora.

De todos modos y aunque hoy no me avises, quiero que sepas que te esperaré todos los días con locos deseos de verte, en El Abra y en Fuyma, a las tres y media y a las siete, respectivamente. O sea: en El Abra a las tres y media y en Fuyma a las siete. Y todos, absolutamente todos los días, ¿eh? ¡Que Dios me conceda la alegría de verte pronto!

Gracias por anticipo. Te quiere:

Rodolfo.

¿Por qué, por qué este hombre manejaba siempre tanto a Dios a su antojo para sus asuntos conmigo?

XVII

Me vi muy pronto apurada. Perico andaba algo apretado y con la amenaza de que lo destinaran a la Guinea, pues su asunto no pudo ponerse completamente en claro, porque de la calumnia siempre queda algo. Y como seguía con mis grandes gastos y necesidades, decidí arrimarme de nuevo a el Espichao, que era el hombre más seguro de todos, para sacarle los pocos cuartos que le quedaran.

Salimos, pues, de cuando en cuando nada más, nuevamente juntos, pero siguiéndome con Perico casi todos los días, mejor dicho, casi todas las noches, pues las pasaba en mi piso.

Este plan duró apenas dos meses y se acabó definitivamente poco después de cumplir mis veinticuatro años, el 23 de marzo del año pasado. Porque el Espichao, después de un alegre derroche de dineros, empezó a cerrar el bolsillo y supe que estaba comido de deudas y que ya no le quedaba ni un real de sus ahorros.

Volví a tratarlo a zapatazos y a ensañarme con él, según la Paulina, que por el amparo y calor que le daba parecía haberle parido. Tales cosas le hice y tales palabras me oyó, que andaba el hombre como loco, pero sin dejarme en paz de una vez.

Ya descaradamente, y hablando en plata, le prohibí verme, y hasta que me escribiera, mientras no lograra dinero. Se marchó muy abroncado cuando se lo dije y estuvo más de dos semanas sin dar señales de vida, hasta que un día, de pronto, me citó en Monterrey, acompañando su esquila con tres mil pesetas. Eran los principios del año pasado, del 1945, y tres mil pesetas significaban todavía algo.

Salimos juntos y me endulcé y todo un poco con él.

Volvieron a pasar unos días sin verle, hasta que llegó otra cita con cuatro mil pesetas de dote. Salimos de nuevo y casi me enternecí.

Esto se repitió tres o cuatro veces y, por mucho que le tiré de la lengua, no pude saber de dónde sacaba el dinero. Porque estaba el tío de un genio terrible, más nervioso que una pila eléctrica y mirándome con unos ojos hundidos y borrascosos que daban miedo. Yo me sentía muy molesta por su falta de confianza y les dije a la Lirio y a Paulina que el Espichao debía andar en malos pasos, pues aquel dinero tan misterioso me olía mal, muy mal.

Y tan mal que me olía. Como que era mi propio mal olor. Porque una noche me puse a revolver mi joyero y noté la falta de varias cosas.

Yo, la verdad, antes de conocer a Juan, iba siempre muy alhajada. Si podía, me echaba encima todo el oro que tengo, para relumbrarlo bien. Hasta que Juan me hizo ver que eso resulta muy ordinario y que las mujeres finas no lucen tanto su dinero.

Por entonces, cuando ocurrió todo, llevaba sobre mí casi todas mis buenas joyas. Pero como últimamente me habían regalado una sortija más y unos pendientes con brillantitos muy monos, tenía que elegir lo mejor y dejar algo en mi joyero. Separé, pues, algunas alhajas, las encerré en un cajón de mi armario y no me ocupé más de ellas durante unas semanas.

Yo soy siempre muy cuidadosa y desconfiada con mis cosas. Si salgo, jamás me separo del bolso, y cuando llega el momento de quitarme la ropa, esté donde esté y vaya con quien vaya, meto todas las joyas que llevo en un pañuelo, lo ato bien atado y lo dejo siempre al alcance de mi mano, en la mesilla de noche, debajo del colchón o de la almohada, pues no me fío de nadie. Hasta tal punto recelo, que Juan se encrespa siempre que me ve hacer la operación y, una noche, me robó el lío y me lo escondió, haciéndome pasar un mal rato, en castigo de mi desconfianza.

Siguiendo con lo de las joyas, digo que se me antojó una tarde ponerme los pendientes de brillantitos y que, con ese motivo, busqué el joyero donde guardaba todo lo retirado.

Lo encontré en su sitio, pero estaba vacío. Absolutamente vacío. Porque me habían robado hasta un aderezo de bisutería fina, con esmeraldas recompuestas, que no valía ni dos mil pesetas.

Confieso que me quedé fría. Pero, haciendo un esfuerzo, me contuve, cerré el cajoncito con calma y no dije ni pío, pues comprendí que el ladrón estaba en casa. Y, al día siguiente, avisé a el Espichao que deseaba verle.

Me lo llevé al Club Avenida y allí, en un rincón solitario, le apreté bien.

—Eres un sinvergüenza, un ladrón, Dolfo —rompí el fuego—. Parece mentira que seas de una buena familia.

—¿Qué dices...? ¿Te has vuelto loca? —se revolvió.

—Pues te aseguro que me vas a devolver con creces hasta la última perra —continué—. Por la memoria de mi madre, que es lo más sagrado para mí, te juro que...

—No comprendo. No sé a qué te refieres y no estoy dispuesto a tolerar que me insultes.

—¿Insultarte? Eso no es nada, hombre. Ya verás, ya verás...

—Eres mi único amor, María Dolores; lo que más quiero en el mundo, pero eso no te da derecho a tratarme así.

—Conque así, ¿eh? Pues voy a ponerte una denuncia que te va a llevar de cabeza a la cárcel.

—¿A mí...? ¿A la cárcel a mí? Habrás de saber, hija, que soy un hombre honrado y que mi reputación no está a merced de las palabras de una cualquiera.

—¿Una cualquiera, eh? Te voy a romper la boca aquí mismo, Dolfo. Porque eres un grosero.

—Tú me obligas a ello.

—A lo que te voy a obligar es a devolverme, en el plazo de veinticuatro horas, todo lo que me has robado. La pulsera, los pendientes, la sortija de rubíes y hasta el aderezo. Todo, absolutamente todo, ¿comprendes? Y, ahora, me voy, porque no quiero ver más tu condenada estampa —corté, separándome violentamente de su lado y dejándolo allí, hecho un ovillo, en el rincón.

Al día siguiente me lo confesó todo, pero no me trajo ninguna joya. Según él, fue

un enredo de Paulina, que le entregaba las alhajas, como tuyas, para su venta, pero yo no me chupo el dedo y comprendí que todo lo habían amañado los dos. Él, para retenerme con mis propios dineros, el muy canalla, y la vieja para hacer unos ahorrillos, ya que se le nublaban el porvenir desde que no admití el casorio con su protegido.

A la Paulina la puse de patitas en la calle, después de desahogar bien mi lengua. Y al tío le di un plazo de una semana para que me entregara quince mil pesetas, si no podía recuperar las joyas, que estaban ya vendidas.

Mas como no le vi muy decidido y como sabía que andaba mal de cuartos, fui, una mañana, a ver a su padre, el señor magistrado que me presentó en Aranjuez, cuando andábamos liados con lo de la boda.

El caballero me recibió en las Salesas, pues creo que era allí un figurón y, según decía su hijo, presidía una Sala, presidencia que se me antojaba algo rara y disparatada, pues siempre ignoré que los salones los presidiera alguien. Pero se veía que no andaba falto de poder, pues los ujieres se doblaban a su paso y uno de ellos me hizo entrar en un despacho que me encogió un poco el corazón, por lo vasto y umbroso que era.

Don Narciso, el padre de el Espichao, se alzó de un gran sillón frailuno, al verme, con un aire altivo, de obligada cortesía, pero no se adelantó hacia mi encuentro. Tampoco me tendió la mano, sino que me hizo un gesto breve y seco con la diestra, para que me sentara ante su gran mesa oscura.

La luz me daba en la cara, pues entraba por una alta ventana frente a mí. Pero la cabeza del viejo se hundía en la sombra y yo tan sólo veía claramente los trazos blanquecinos, lanosos, de sus bigotes caídos y la luz celeste de dos ojitos penetrantes y agudos, que me miraban con disgusto y curiosidad al mismo tiempo.

—Usted dirá, señorita.

—Pues verá usted, don Narciso —comencé, un poco nerviosa, porque no me hallaba a mi gusto en aquel ambiente—. Quería hablarle de Rodolfo, de su hijo. Pero temo que no me recuerde.

—Realmente...

—Yo..., yo era su novia cuando le conocí a usted.

—Ya; perfectamente. Recuerdo, recuerdo... Dígame. ¿Y después? ¿Qué ha sido usted después?

—¿Después...? No comprendo, don Narciso.

—Quiero decir... ¿Qué relaciones le han unido a mi hijo Rodolfo últimamente?

—Pues... ¡Oh!, ya sabe usted que deseaba casarse conmigo —respondí, algo cabreada.

—Comprendo, comprendo exactamente. ¡Hum! Usted es su querida. Porque eso es lo que suelen decirles los hombres débiles a sus queridas. Y mi hijo es un pobre hombre. Pero usted lo sabrá mejor que yo, ¿verdad, joven? —rió el viejo, con una risilla secante.

—Es igual, ¿sabe? Soy lo que usted quiera. Pero su hijo es algo que tal vez usted ignore —aseguré, rabiosa.

Me di cuenta de que el vejete era de cuidado. Menudo, consumido, como su hijo, no parecían faltarle, sin embargo, ni la mala intención ni una osadía hipocritona, envuelta en desprecios de varón de rango. Y con su cuello de pajarita, encorbatado y vestido de negro, replegado sobre el severo sillón, se me antojó un murciélago capaz de emprender inesperados vuelos nocturnos en pos de muchas sangres confiadas y calientes.

—¡Oh!, no lo creo. No lo creo, joven —repitió jugando con una plegadera de marfil, menos pálida que sus dedos—. Conozco muy bien a Rodolfo.

—Sabrá usted que su hijo me ha robado —exploté.

—Ya, ya...

—¿No lo cree, don Narciso?

—La gente joven posee tanta imaginación. Y usted es joven... y bonita. Muy bonita. Tanto que muy bien merece que roben por usted —acabó, con una leve inclinación de cabeza que me sentó muy mal.

—Gracias. Pero no se trata ahora de eso.

—Usted dirá...

—Rodolfo me ha robado unas joyas. Y en mi misma casa, ¿sabe?

—Tendrá usted pruebas, claro está, para sentar así una tan grave y decidida afirmación. Porque de no tenerlas, joven —siguió con una voz silbante, masticada por sus dientes postizos—, de no tenerlas, repito, la imprudencia sería mayúscula y podría perjudicar sus intereses en forma tal vez irreparable para su futura tranquilidad.

—Me las quitó del joyero una vieja trapacera que estaba a mi servicio y que lo amañó todo con él.

—Ya, ya... —silbó de nuevo el viejo.

—Pero su hijo ha medio confesado el apaño y yo...

—Y usted está dispuesta a todo, joven. ¿No es cierto?

—Pues sí, la verdad. Lamentándolo mucho por mi parte.

—Es usted una chica muy valiente. No creí que las mujeres de ahora tuvieran tanto arranque —aseguró de pronto, mirándome con una guasa fría que me dio miedo.

—No sé a qué viene eso, don Narciso. De verdad que no lo sé...

—Creo que debe usted seguir la cosa, joven. Acusarlo, iniciar el procedimiento —rió otra vez entre dientes—. La vida se nos hace a los viejos tan aburrida, tan monótona, que yo pienso distraer un poquito mis achaques con este asuntillo tan divertido, se lo aseguro.

—Pues sepa usted que estoy dispuesta a todo —me encrespé—. Y que su hijo me ha pedido perdón.

—Ya, ya...

—Pero yo preferiría evitar el escándalo, llegar a un arreglo.

—¿Conmigo? ¡Hum!, estoy ya un poco viejo, muy acabado y, a pesar de su apetitosa belleza, no sé si podría...

—Deje usted ya la guasa, don Narciso. ¿No le parece? Y entérese de que le he reclamado a Rodolfo quince mil pesetas.

—Bonita suma, joven; bonita suma.

—¡Bah!, una pequeñez.

—Para usted tal vez. Mas para un pobre magistrado como yo, joven, no resulta tan insignificante.

—Si no me las entrega pronto, pues..., pues lo denunciaré. Eso sí, sintiéndolo mucho, don Narciso, porque no me gustan los escándalos.

—Pues a mí sí, joven. A mí me entusiasman —aseguró el viejo cínico.

—Está bien. Veo que no hay nada que hacer con usted —corté—. Y, en vista de ello, le dejo con sus cosas.

—Con mis aburridas cosas —lamentó resignadamente—. Siento que se vaya usted tan pronto. Pero vuelva, vuelva por aquí cuando quiera. Me ha resultado usted muy simpática, muy inteligente —continuó, mientras pulsaba un timbre y entraba el ujier haciendo venias—. Roque, acompaña a esta joven, no se nos vaya a extraviar por estos lugares tan poco seguros —dijo. Y, atravesada la cara por una risa de conejo, se incorporó un poco y me hizo una ligera inclinación de cabeza como despedida, cortando así la audiencia.

Salí rabiosa de las Salesas y le puse una esquila a el Espichao diciéndole que estaba dispuesta a dar el escándalo si no me devolvía las joyas o me mandaba el dinero. Pero la Lirio opinó que no era por ahí por donde habría de cogerlo y que con estas bravatas no conseguiría nada. Porque el padre magistrado sabría llevar la justicia como le conviniera y que, a la postre, pagaría yo los vidrios rotos. Y que le diera varas a mi galán para amansarlo y sacarle el dinero por lo romántico, que era su flaco. Porque, según ella, a cada hombre hay que llamarlo de un modo, según su manera de atender.

XVIII

Estoy harta de el Espichao; ya me aburre seguir aquí con este hombre. Por eso quiero darle un golletazo al asunto y acabar de una vez con él, como acabó realmente para mí.

No le saqué, no, las quince mil pesetas. Pero, a fuerza de paciencia, de maña y de alguna lagrimita que otra, conseguí diez mil, más que el valor de lo robado, lo reconozco.

No me las entregó de una vez, sino poco a poco, acompañándolas siempre con larguísimas y quejumbrosas cartas y crispando mis nervios con todo ello. La última que recibí de él fue, por el contrario, muy breve. Está escrita a máquina, no lleva fecha, lugar ni firma y dice así:

Mi querida amiga: Siguen las dificultades para saldar mis cuentas contigo, a pesar de mi apremiante deseo por terminar este lamentable asunto. No obstante, te adjunto mil ochocientas pesetas (1800 ptas.), que sumadas a las ocho mil doscientas (8200) ya entregadas hacen un total de diez mil (10 000) pesetas.

Me encuentro enfermo de cierta gravedad; tengo los nervios hechos trizas y han tenido que trasladarme a un sanatorio, donde un amigo me escribe amablemente esta carta, porque yo no tengo fuerzas para ello.

Si en algún momento te acuerdas de este pobre amigo que se acaba y tus muchas ocupaciones te permiten abandonar Madrid, te suplico que vengas a verme, pues me darás una gran alegría.

Un fuerte abrazo.

Supongo que lo del sanatorio sería mentira y que deseaba hacerse el interesante conmigo, porque bien cuidaba él de no decirme dónde podría verle. Pero el hombre desapareció de Madrid varios meses y corrieron rumores de que se había metido en un convento, desesperado por mis desdenes.

Este final romántico convenía a mis intereses y por eso lo admití siempre, aunque la verdad es que no me consta que fuera cierto, pues nunca más he vuelto a conversar con él, aun cuando meses después de nuestra separación le viera, dos o tres veces y de lejos, cruzando alguna calle apresuradamente y hasta prendido del brazo, como un mono de una palmera, de alguna tía tan fea y escuchimizada como él.

XIX

Perico estaba ya con un pie en el estribo, pues como dije, su asunto no se desenredaba y el hombre temía que lo destinaran a la Guinea, una tierra tropical donde a mí me gustaría mucho ir. Y, para colmo, tuve un disgusto muy serio con él.

La verdad es que aquello me dolió mucho. Porque vivíamos casi juntos; él mandaba en mi piso como un amo y por el barrio se corría incluso la voz de que lo tenía de chulo. Esto no fue nunca cierto, pues buena soy yo, pero sí que no le saqué lo que a otros, porque no lo tenía.

Andaba, pues, de señor en mi piso y yo no llevé jamás allí a otro hombre mientras él estuvo a mi vera. Por cierto que la Lirio y la Basi, una criada que tomé para todo cuando eché a Paulina, le odiaban a muerte, pues, según ellas, su arrimo me estorbaba para sacar todos los dineros que merecía mi belleza.

La Lirio me vino una noche con cuentos de que Perico iba con otras cuando no me acompañaba. Y, la verdad, me pareció tan imposible la cosa, que no la creí. Pero los rumores y cotilleos se hicieron tan pesados, que tuve que hacerle una escena al pollo. Porque yo no le he tolerado jamás al hombre que se me junte de una manera estable que salga con otras. Si puede llevar a su lado a la mujer más bonita de Madrid, que es tanto como decir de España entera, ¿para qué ha de andar perdiendo tiempo y fama con cualquier perra asquerosa? Pues si es tan memo que se obstina en perderlos, me pierde a mí también. Así he pensado yo siempre y así seguiré pensando, diga lo que diga la Lirio, que tiene ideas más tolerantes y asegura que con nosotras, las mujeres de la vida, les pasa a los hombres lo mismo que con sus legítimas esposas: que cuando nos tienen algún tiempo se cansan y, aunque nos tomen bien el arrimo, buscan novedad y variación en otras peores. Es posible que eso le ocurra a ella, pero yo soy una belleza y no estoy dispuesta a admitirlo.

Perico se rió mucho de mi sofoco, me juró y perjuró que yo era la única mujer de su vida, pero no negó que echara alguna cana al aire con otras más feas que yo. Hasta que, ante mis amenazas, me prometió no salir más con ninguna mientras siguiera conmigo.

Confié en él, como confío en esta cuestión con todos los hombres. Porque siempre me parece imposible que se entretengan con mujeres que no sirven ni para descalzarme las zapatillas. Hasta que una noche vino la Lirio, toda alborozada, y me dijo que lo tenía en Pasapoga, entusiasmado con una tía. Yo me había quedado esa noche en la cama, algo malucha con mis cosas, y el hombre se me despidió a media tarde más cuentista y cariñoso que nunca. Pero echando chispas y deseando comprobar de una vez aquel desprecio, que sería la comidilla de todos mis enemigos, me puse un vestido encima y me fui corriendo a Pasapoga, para cogerle con las manos en la masa, es decir, en la tía.

—¡Vaya, vaya!, Lola; venimos hoy echando humo —me dijo con guasa Juanito, el portero, al ver que, con las prisas, me enredaba en esa condenada cortina que parte

en dos la escalera y donde más de un borracho se ha roto la crisma.

—Pues me parece que hay alguien que va a salir de aquí esta noche echando sangre —chuleé, mientras me encajaba el zapato, que se me había salido con el traspié.

—No será para tanto; no hay que exagerar —rió el portero.

Seguí bajando y llegué al primer piso, donde bailaban algunas parejas, de tapadillo. Allí no estaba Perico. Bajé al salón y tampoco lo vi, porque tocaban *Brasil* y habían puesto aquello a media luz.

Cada vez más impaciente, comprendí que tenía que agarrarlo en seguida, pues la Lirio me seguiría los pasos, asustada, avisaría al portero y al *maître* y me estorbarían la venganza. Por eso, di una rápida vuelta por el bar, volví al salón y me metí casi entre los que bailaban, causando la admiración de las gentes, pues iba con el pelo apenas recogido con un lacito y con la cara lavada. Pero estoy segura de que resultaba monísima, porque me vi de refilón en un espejo y me gusté.

Al fin, me topé con Perico. Estaba asquerosamente emboscado tras una columna, hundido en un sofá y hecho unas mieles con una morenaza indecente, con más escote que vergüenza.

Me fui a ellos y Perico se levantó al verme, espantado.

—Quieta, Lola, quieta, ¡por Dios! —suplicó, porque me conoce.

Se armó el follón. La morena se llevó una bofetada de alivio y al Perico le señalé la cara con una cuchilla de afeitar que me traje en el bolso, de casa. A mí me tiraron al suelo de un empujón, entre los dos, pero él no me puso la mano encima, a pesar de que la cara le manaba sangre. Me dejó allí tirada y se marchó con la morena escaleras arriba.

Era una mujer gorda, pringosa, que conseguía a los hombres a fuerza de escote. Eso fue lo que me dolió más, porque así no tienen mérito las cosas.

XX

Perico se largó a Bilbao, muy enfadado conmigo, y yo me quedé sola. ¡Vamos!, lo de sola es un decir, pues nunca me faltó un hombre al lado; pero yo me entiendo. Y aquella soledad me hizo pensar un poco en mis cosas.

Por eso, siguiendo los consejos de la Lirio y de Basi, que, al fin y al cabo, no eran muy interesados, decidí recuperar mi libertad y no arrimarme más a ningún hombre, a no ser que hubiera muchos cuartos de por medio.

Volví, pues, al trabajo, a esta vida dura de salir todos los días. Por las mañanas, a lo mío; por las tardes, a ver a la Magdalena, que había vuelto a echar sangre y estaba otra vez muy mala, y, por las noches, a la consabida caza del chorlito. En una de estas ocasiones, debía de ser por abril o mayo del año pasado, fue cuando conocí a Juan. Pero eso queda dicho en otro lugar y tal vez yo haya tratado aquí de este hombre más de la cuenta, pues no merece tanto la pena. Porque últimamente, como me lo prometí, he intentado sacarle de sus casillas, enredarlo en mi magia, ligarlo a mi de alguna manera; quiero pesarle, pesarle encima, como les he pesado a todos los hombres. Pero ¡nada!; no hay de qué. El tío hace lo que le da la gana y va a lo suyo.

Pero ¿qué es lo suyo? ¿Qué quiere de mí? ¿Qué busca en mí? No lo sé y me temo que no lo he de saber nunca. Tal vez este presentimiento es el que me movió a ponerle de mote *el Misterioso*, en los primeros días de nuestro conocimiento. Después lo llamé *el Hebreo*, porque tiene unos ojos grandes, un poco melancólicos y muy bonitos. Ahora lo llamo Juan, aunque no sé con seguridad si es su nombre. En cuanto a sus apellidos no he conseguido averiguarlos. Según él, lleva un coche que no está puesto a su nombre. Sale poco conmigo y nunca nos hemos encontrado a nadie que lo conozca; al menos, él se hace el tonto si es que topa con algún amigo.

Desde nuestro primer encuentro en Casablanca, cuando discutimos tanto la cuestión económica, yo lo he visto por ahí dos o tres veces, generalmente solo. Hasta que una noche que llevé a Villa Rosa al asturiano estraperlista nos dimos de narices, pues tuvimos que sentarnos en la mesa de al lado, porque no había otra libre. Él estaba con una extranjera elegantísima, bastante mona, que nadie conocía. Pero yo le di la noche, porque le estuve metiendo todo el tiempo mi escote por las narices y el tío ya no podía más, aunque lo disimulaba bien. Después me fui al tocador, para ver si venía detrás de mí, pero no vino. Furiosa, me puse a bailar con el asturiano, parándome casi ante su mesa. Pero él sonreía a su pareja, y nada más.

Fue una noche odiosa, pues me dio coraje verlo con una mujer tan fina y llevar yo a mi lado al mico más feo y más animal que parieran las Asturias. Pero así es este asco de vida que una lleva.

Algunas veces, ahora, por ejemplo, me aburren estas escrituras mías. Si este hombre no me quiere, y no me quiere como yo me he empeñado en que me quiera, ¿para qué escribo aquí tanta tontería? ¡Como no sea para que él se salga con la suya!

El otro día le amenacé con dejar de darle a la pluma y me dijo que bueno, que lo

dejara: que peor para mí. Porque me quedaría tiesa cualquier día o me iría poniendo hecha un pellejo y nadie se acordaría de mi persona. En cambio, que así, soltándolo yo aquí todo, él se encargaría después de hacerlo público, para escándalo y admiración, de los siglos. Volvió también a encrespame con lo de que yo ando acobardada con algunas de mis cosas, especialmente con mi asunto de por las mañanas, y que ésa es la razón que me quita las ganas de continuar.

Como siempre que se refiere a esto, me hizo saltar. Pues el muy burro parece desear que yo publique aquí mi buena vida y, ¡como hay Dios!, que no me da la gana, porque las cosas de una de una son. Además, la verdad, me entra como un sonrojo muy grande al mentar mis trajines en el hospital. Y llega incluso a parecerme que hago algo malo, algo que, de saberse, no me permitirían hacer estos condenados hombres que tengo que llevar al lado. Por eso lo celo tanto, porque, la verdad, me avergüenzo un poco de ello. Lola, *la bien pagada*, pagando; Lola, la mujer más interesada, desinteresándose por unos asquerosos viejos. ¡Qué barullo! Además, están el doctor Villalba, el padre Pablo, los enfermos, todos los de allí. ¡Qué dirían, sí, qué dirían ellos si conocieran a Lola!

Por otra parte, yo no sé qué diablos quiere Juan que escriba aquí de esa afición mía. Lo bueno no interesa a nadie y tan sólo divierte lo malo. Y si yo he armado todo ese tinglado, si pago las camas, si me encierro allí todas las mañanas a cuidar de unos pobres viejos, es porque siempre tuve, desde chica, esa manía y ahora tengo cuartos para darme el gusto de satisfacerla.

Ya en el Hospicio de Almería, la madre superiora me llevaba siempre consigo cuando iba al hospital del asilo. Porque me gustaban los enfermos y los viejos. Y si son viejos enfermos, mucho más.

Cuando los lavo, cuando los curo y los arropo bien, me entra el cuerpo en caja y un calorcillo me alegra las entrañas. Me gusta también ponerles mi mano sobre la frente arrugadita, acabada ya por los duros trajines de la vida, o cogerles una mano que tiembla siempre, siempre, como un pajarito asustado que ya no puede volar. También les cuento cosas, historias que invento en el momento, locuras que no he dicho nunca a nadie y que ellos oyen embobados, porque son siempre historias alegres, porque tratan de personas que se quieren y porque terminan bien.

Una mañana, Juan vino allí conmigo. Creo que fue pocos días después de aquella estúpida noche, acabada en la plaza del Progreso, cuando yo solté todas mis lágrimas atrasadas entre sus brazos. Después se puso tan pesado, tan pesado, que, como ya lo sabía todo, tuve que llevarlo conmigo, diciendo que era mi hermano, porque allí no quiero que suene jamás la palabra *novio*, ni nada parecido.

El hospital está en las afueras de Madrid, donde a nadie importa. Es un pequeño edificio, de propiedad particular, rodeado por un jardín pequeñito, pero muy bien cuidado y agradable. Como, en realidad, se trata de un Instituto, de una fundación hecha por unas cuantas personas bastante raras, aquello no tiene ninguna mala apariencia, sino que más bien semeja una casa de reposo para convalecientes, de esas

que tanto abundan por aquí, ya que en Madrid todos convalecemos siempre de algo.

Mi habitación tiene cuatro camas, dedicadas a viejos enfermos, no a viejas, ¡eh!, y está siempre más limpia que los chorros del oro. Y aunque hay en el hospitalillo varias enfermeras con título, a más de los dos médicos y del capellán, yo dedico las mañanas a cuidarlos, pues siempre tuve muy buenas manos para poner inyecciones, sondar vejigas, lavar estómagos, atender llagas y sajar toda suerte de bubones.

Juan me juró por sus hijos no decir nunca nada a nadie, mientras viva, que después ya nada me importa. Y no enredarme la cosa, bajo ningún pretexto, con sus curiosidades.

Por ahora lo ha cumplido, hay que reconocerlo. Y en cuanto a la mañana en cuestión, anduvo detrás mío como una sombra, saludando muy serio y sin decir ni oste ni moste mientras yo cumplía mis obligaciones, que aquel día fueron bastante apestosas, pues don Paquito, un viejo ochentón todo podrido, andaba ya en la agonía y se le iba el vientre a la sábana sin cesar.

A mí me jorobó bastante que Juan me viera así, pues pensé que iba a perder la ilusión que le inspiraba mi belleza. Porque es un hombre que jamás quiere verme a la luz del día, ni sin maquillar y, en muchas ocasiones, me obliga incluso a estar callada, sin dejarme abrir el pico durante un rato, para contemplarme a su gusto. Entonces es cuando me dan ganas de romperle al tío la cara, pues yo no soy ninguno de esos cuadros que él tanto admira, sino una mujer de carne y hueso, y vivita y coleando, para más señas.

Yo le observaba de reojo, mientras le hacíamos la cura a el Pildorillas, otro enfermo que tenía siempre los dedos metidos en la nariz y al que el cirujano le había mondado un brazo, por una mala sangre que se le había metido en él. La herida daba miedo, pues era enorme y estaba en carne viva, de un rojo encendido y rabioso. Y me di cuenta de que Juan se esforzaba en contenerse para no ser menos que yo, pues andaba más verde que una oliva y le venía un sudor tras otro, mientras duró aquello.

Me ensañé un poco con él, lo reconozco, porque, a veces, me encrespa ése su amor a la belleza, y le metí bien toda aquella basura por los ojos, hasta el punto de que, lleno de ascos, tuvo que marcharse a esperarme en el jardín, «para no estorbar tus generosas ocupaciones», según dijo, con su acostumbrada mala lengua. Yo, cuando lo vi salir del cuarto, llenando la puerta con su gran figura, lo di ya por perdido, pues sé que nunca olvidará aquella vergüenza.

No la ha olvidado, no. Y ha seguido conmigo, aunque mirándome, desde entonces, de una manera rara, muchas veces. Porque, de pronto, parece acordarse de algo y buscarlo mirándome, mirándome hasta no sé dónde, hasta donde no me ha mirado nadie, y con una mirada que no me gusta y que más de una vez ha conseguido subirme el pavo; a mí, que no hay tío que me sonroje.

Después se le pasa todo y me trata como siempre. Es decir, a su manera; una manera que me hace estar siempre anhelante, como si de pronto fuera a suceder algo tremendo, portentoso. Una de esas cosas emocionantes que cambian la vida y que

sólo suceden en las películas y en las novelas. Pero ¡claro!, no ocurre nada y, después de despedirse de mí muy finamente, nos separamos una vez más, y por muchos días, pues lo veo poco y sé muy bien que si me tuviera al lado unas cuantas semanas seguidas perdería la ilusión que me lo trae de vez en cuando.

Hasta ahora he sabido a qué atenerme con todos los hombres que he llevado al lado. A unos me los trae la vanidad, el orgullo satisfecho de que los vean con la mujer más bonita; a otros, el deseo, el ansia de tenerme durante unos minutos. Y, a los menos, el hastío, la vida fracasada, la ocasión, o el whisky del momento. Pero no sé lo que me trae a Juan. Porque tiene mujer, porque tiene hijos, porque tiene ilusiones, porque tiene trabajos, porque no tiene vicios, porque vive sin lujos, porque no se aburre, porque es muy listo y porque, por ahora, no le hace ascos ninguna mujer bonita.

No, no lo sé. Y esta ignorancia me reconcome, me desespera.

XXI

Poco después de conocer a Juan, y antes de emperrarme con sus tonterías, tuve un disgusto muy serio, pues me vi complicada en un lío de cuidado.

Por aquellos días, mejor dicho, por aquellas noches de verano, unos conocidos organizaron una juerguecita en el piso de dos chicas amigas tuyas. Eran cuatro hombres, y yo trataba algo a uno de ellos, un procurador que gana muchos cuartos.

El tío me resultaba muy poco simpático, pero lo tenía en reserva, como a tantos otros, para las jornadas flacas, que nunca faltan. Es un señor maduro, fachendoso, medio calvo, muy grande de tamaño y campanudo de voz.

Pienso yo que poner aquí estas cosas de cómo son las personas debe resultar completamente inútil, pues hay tantos hombres y mujeres parecidos en el mundo que estas señas no servirán nunca para hacerse idea de lo que puede ser cada uno. Por eso yo, generalmente, no me fijo en el aspecto de nadie, sino en el poso que me deja su presencia, es decir, en lo que yo siento cuando me los traigo a las mientes; al recuerdo, como diría Juan, que dice las cosas con menos palabras, pero con mucha menos gracias que yo.

Siempre que pienso en el procurador, aunque sea recién separado de él, me entra una especie de empalago, de asco pringoso y dulzón, como el que producen algunas golosinas, los perfumes cursis y todas las cosas excesivamente almibaradas y sin sal.

Por eso, cuando lo veo en mi memoria, tan amplio y tan presumido, se me ocurren cosas absurdas. Porque lo metería en un baño de zumo de limón o de vinagre, de algo ácido, agrio o amargo, para ver encogerse aquel corpachón tan maduro, aquellos ojos de besugo lánguido, aquel aire de sabelotodo y, más que nada, para oír rechinar de grima aquellas palabras tuyas tan redondas, tan escuchadas, tan importantes y siempre tan asombrosamente estúpidas.

Pero, como dije, gana muchos cuartos, y aunque Juan asegura que es un pobre majadero, dispuesto a todo tras ese aire majestuoso, a mí me conviene su amistad, aun teniendo que aguantar que su presencia me ponga la piel de gallina para toda la noche.

El procurador, cuyo nombre no viene al caso, porque es un trajinante de pleitos bien conocido por estos *Madriles*, me buscó para la juerguecita en cuestión con cierta insistencia, pues yo no soy aficionada a estas alegrías, que nunca cotizan bien y que me producen un aburrimiento insoportable. Pero él llegó, incluso, a venir a mi piso, visita que me hizo recelar inmediatamente una segunda intención, porque su entusiasmo no había llegado jamás a tamaña humildad y cortesía.

En vista de ello, me negué en redondo a ir, diciéndole que andaba cazando a un amigo millonario y que podría perjudicarme mucho este lío. Entonces cantó el gallo tapado y, después de prometerme que nadie se enteraría de lo que allí pasara, me ofreció dos mil pesetas de buenas a primeras. Me volví a negar, para aprovechar bien la ocasión, y, al fin, nos apalabramos en tres mil.

Cerrado el trato, me dijo que me pusiera más guapa y elegante que nunca, porque él iba a presentarme como su novia, no como una amistad pasajera. Y después me advirtió que admitiera graciosamente las varas que me pondría un señor abogado que andaba rastreándome desde que me vio una noche bailando en Pasapoga.

Después de saber todo esto, el papel que me tocaba desempeñar en escena, estuve por pedirle mil más, pero yo soy una chica seria y me libré de la tentación, aunque la merecía el tío, pues hay que tener mucho aguante para, con lo preciosa que yo soy, hacer el consentido teniéndome al lado.

Pero como el tipo me tiene sin cuidado, allá fui a la hora convenida, hecha una princesa, con mi vestido escotado de terciopelo negro, un último modelo de Rodríguez, para más señas, y dispuesta a ponerle al procurador los cuernos más grandes que soportara su grave y calva frente.

La orgía era en el piso de las chicas amigas de aquellos varones. Dos zorrillas camufladas tras un empleo de setecientas pesetas al mes en una empresa desconocida, creo que de esos seguros que lo aseguran todo menos la doncellez de sus empleadas.

En cambio, la tercera mujer, pues éramos cuatro parejitas enamoradas, me llamó la atención, porque aunque tal vez fuera otra tía más disimulada, la verdad es que lo disimulaba muy bien. Iba estupendamente vestida, muy sencilla y elegante, y daba gusto verla moverse y comer. Yo me fijo mucho en el modo de comer de la gente, porque, en cierta ocasión en que me incliné demasiado sobre un plato de caracoles en su salsa, Juan me dijo que alzara la cabeza, si no quería que el personal se diera cuenta de lo que yo era. Por cierto que me encrespé mucho con él, por aquel desprecio, pero desde entonces observo la manera de comer de la gente fina, para imitarla y quedar bien.

La tercera mujer comía muy airosa y segura, por lo que me olió mal. Me olió a algo venido a menos, la verdad, o a un lío de los gordos. Por eso, despreciando a las otras dos, que no eran de mi categoría, le dediqué mis gracias, sin conseguir ablandar su orgullo, lo que me enfadó mucho. Pues tenía como una altivez melancólica, que decidí imitar en alguna oportuna ocasión, y un aire de abochornado desprecio que le iban muy bien a su belleza, porque era casi tan guapa y tan interesante como yo. Con esto queda dicho todo.

La acompañaba un tipo que, desde el primer momento, me gustó lo que ya puede gustarme un hombre. Era un individuo de unos cuarenta años y como hombre podría valer lo que aquella mujer y yo valemos como mujeres, que ya es bastante. Pero lo que más me gustaba en él era la alegre seguridad que producía su presencia y un don especial para transportarla a una a un mundo donde nada parecía imposible. Por eso daba gusto verlo, daba gusto oírlo y debía dar mucho más gusto tenerlo; pero, a mi entender, y yo sé bastante de eso, me pareció imposible que mujer alguna lo tuviera mucho tiempo para ella sola, pues, a pesar de su apariencia, más bien callada y seria, se adivinaba en su interior esa terrible comezón que posee a ciertos hombres y que resulta un hueso para la mujer que se interese por uno de ellos.

En cuanto lo vi traté de enamorarlo, y la verdad fue que su compañera no estorbó para nada mis manejos durante toda la noche, pues aunque el procurador me presentó como la *señorita* de Vélez, maldito el caso que me hizo la muy orgullosa.

Los otros dos hombres, entre ellos el famoso abogado que debía conquistar al fin de la noche, eran dos sujetos tan insignificantes y vulgares que sólo recuerdo de ellos que hablaban también la jerga insoportable del procurador y que el abogado, que no era ni viejo ni feo, pero muy insípido, llevaba caspa en su sabia cabeza y sobre los no menos sabios hombros del traje oscuro que se había puesto aquella noche, para impresionarme más.

Nos sentamos las cuatro parejas en una salita, a tomar unos aperitivos que preparó el procurador, que hacía, no sé por qué, los honores del piso, un primero chiquitín, pero bastante bien amueblado. Al principio, como ocurre casi siempre en estos casos, los hombres estaban un poco violentos; nosotras no, pues las mujeres sabemos aceptar estas situaciones con mucha más naturalidad. Pero, poco a poco, y gracias a los Martinis del procurador, cargados de ginebra hasta la quemadura, fue rompiéndose el hielo y calentándose el ambiente.

Yo comencé a distraerme, la verdad. Llevada allí por uno, debía derretirme ante otro, mientras trataba de conquistar a un tercero. La noche, pues, se presentaba animada y mi deseo lleno de dificultades.

Empezamos a cenar ya mucho más animados, sobre todo las dos chicas del seguro, para quienes la animación consistía en soltar grandes risotadas por cualquier cosa y en menear mucho el culo a la más pequeña ocasión. El procurador vigilaba y yo compadecía su frente, porque la cornamenta iba a ser doble aquella noche, si yo lograba mi propósito. El abogado estaba soltando caspa por todos sus cuernos; y el hombre que me interesaba se había ya dado cuenta de mi predilección. En cuanto a su mujer o lo que fuera, pues allí todos llevaban alianzas de matrimonio, permanecía hermosa como una princesa, alejada de todo aquello y envenenada por la admiración discreta, pero insistente, que me dedicaba su compañero.

Nos dieron una cena fría, con buenos vinos, helada sangría y champaña francés, porque allí había dinero. Y, ya con la langosta, me di cuenta de algunas cosas.

Comprendí que el cuarto hombre no significaba nada, aunque en torno suyo chirriaban como estúpidas chicharras las chicas del seguro. Que el procurador estaba loco por la mujer guapa. Que ella lo despreciaba, pero que, por algún interés suyo, o de su hombre, tenía que estar amable con él y soportar sus amazotadas maneras. Que su hombre se sentía muy capaz de darle un disgusto conmigo, aunque, probablemente, sería un disgusto pasajero, pues parecía encariñado con ella. Y que el abogado estaba dispuesto a todo por mí... menos a soltar mucho dinero, porque tenía todas las trazas de ser un roñoso egoísta y, para colmo, presumía de otoñal guapo.

La cena fue muy larga y, con el helado, las dos del seguro comenzaron a ser sobadas por el cuarto hombre, que estaba ya perdido en una hermosa tajada y se daba una noche estupenda, con aquellas dos mujeres para él solo, pues los otros tres

estaban pendientes de nosotras dos. El abogado y el otro, de mí; y el procurador, de la altiva belleza.

Se sirvió el café en un pequeño saloncito. Y, durante un rato más, se siguió hablando de esas tonterías que, entre grandes risas, suelen decirse en estas ocasiones y que sólo sirven para tapar el aburrimiento o los ocultos deseos de cada uno.

Yo quedé sentada en un sofá, entre el abogado y el que yo trataba de hacer mío aquella noche. El procurador logró un frío y cortés aparte con su tormento y al borracho se lo llevaron dentro, a una alcoba, las del seguro.

Mi situación era muy difícil, porque aún no había cobrado las tres mil pesetas prometidas. El procurador era un tipo receloso y me adelantó sólo la mitad. Y el abogado y su caspa me asediaban más y más cada momento, apretándose contra mí, buscando mis ojos con los suyos, sagaces y escurridizos, dedicándome sus torpes gracias... mientras, al otro lado de mi cuerpo, sentía la presencia de mi deseo, de aquel hombre tan extraño, que apenas hablaba, pero que parecía prometerme tantas, tantas cosas inverosímiles, fantásticas, alejadas de toda esta miseria de la realidad.

Me incliné hacia él y sentí que se estremecía de emoción. Porque yo soy una de esas mujeres que emociona a los hombres con una emoción completa, que traspasa el deseo de la carne y que llega al corazón. Además, aquella noche, sintiéndome admirada por un hombre que valía la pena, se había exaltado más mi belleza, enriquecida por aureolas de misterioso silencio, primores de actitud y fulgores de mis ojos.

Me arreglé los ricitos rubios y vaporosos de mis sienes, que se destacaban alborotados sobre el tono denso y cobrizo del resto de mis cabellos y, en el espejo de la polvera, me vi más hermosa que nunca, teñida por el rosa de una ligera sofocación. Y me volví a inclinar sobre el hombre, desmayándome casi en sus brazos.

El abogado se levantó bruscamente, abandonando el sofá. Y el procurador me observó un momento, sin enfadarse demasiado, porque, a su vez, perdía la cabeza ante su momentánea compañera. Por eso comprendí en su mirada que, mientras las cosas siguieran así, podría hacer traición a su propósito primero, el abogado, siempre que el cambio de rumbo le proporcionara algún éxito con aquella mujer impasible y cruel que lo tenía babeando un asqueroso amor a sus lindos pies.

El abogado salió del saloncito sin explicación alguna, no sé si a airear un poco sus whiskies o a hacer pipí. Probablemente, a las dos cosas al mismo tiempo. Y, aprovechando la ocasión, le pedí un pitillo al hombre, envolviéndolo con el resplandor de mis ojos. Mientras encendíamos, tuvimos un diálogo ansioso, seco, casi murmurante, que la otra mujer observó, pero del que no pudo coger ni una sola palabra, porque para eso el aire de la pequeña habitación estaba lleno del bordoneo monótono y constante que sonaban las frases del procurador enamorado.

—Tu teléfono, por favor —me dijo, prendiendo mi pitillo con mano segura.

—Lo olvidarás —temí, sin rodeos.

—No; dímelo.

Y se lo di, repitiéndolo dos o tres veces, contrariada, porque no me gusta aplazar mis ilusiones.

—Llamaré mañana —siguió.

—¿Mañana? —reproché.

—Sí, después de almorzar —puntualizó.

—No me gusta dejar las cosas para mañana.

—A veces no hay otra solución.

—Depende del valor de cada uno —provoqué.

—Es que yo soy un cobarde —rió, perfectamente seguro de sí mismo.

—Ya, ya lo veo.

—No me gusta fastidiar a nadie.

—A ella, vamos —indiqué con un gesto.

—Sí, a ella —admitió con franqueza.

—Pero a mí puedes fastidiarme —me humillé.

—¡Bah!, pequeña, no será tanto —rió.

—Ni soy pequeña, ni tengo que dar explicaciones, porque soy una mujer muy mujer, ¿te enteras? —me encrespé, frenando la ira de mi voz.

—Me estoy enterando toda la noche —volvió a reír—. Y mañana...

—Déjalo ya, ¿quieres? Ese mañana está muy lejos, tan lejos que no llegará nunca. Hoy o nunca, ¿comprendes? —me obstiné, con un instinto profético.

Me observó un momento, un poco sorprendido. Después miró a su compañera, que tenía sus cinco sentidos puestos en nuestra conversación. La miró con cariño, con pena casi, como si se sintiera arrastrado inevitablemente hacia algo que no debiera suceder, pero que, arrollando todos los obstáculos, iba a suceder, como había sucedido siempre.

—Está bien. Hoy; esta noche. Pero va a ser muy difícil —admitió—. El famoso abogado anda...

—Eso es cuenta mía —corté—. Arregla tú lo tuyo.

—Sí; nos iremos. Nos iremos pronto... y volveré yo solo.

—De acuerdo —y le apreté una mano con la mía, escondidas las dos en el amparo del sofá.

—Eso no me basta —protestó.

—No puedo hacer otra cosa.

—Cobarde —provocó ahora él. Y se levantó del sofá, dejándome allí sola.

Le oí que llamaba a una de las chicas del seguro y que hablaba con ella, dentro del piso. La idiota se rió mucho y sentí celos. Pero en seguida volvió y se sentó otra vez a mi lado, mirándome con sorna, sonriéndome desde su seguridad.

Entonces se apagó la luz en todo el piso y sonaron otra vez los chirridos escandalosos de las chicharras, que se regocijaban por todo. Él me cogió, me estrechó con fuerza entre sus brazos y nos besamos con un beso corto y brutal. Después se levantó, le oí que se limpiaba mi *rouge* de su boca con un pañuelo y, chascando el

encendedor, se fue por el pasillo del piso a ver los plomos de la instalación eléctrica, que arregló en seguida, porque, según supe después, una de las chicas no había hecho otra cosa que aflojar un poco el tapón.

Cuando entró de nuevo se había lavado los labios y le acompañaba mi adorador, el abogado, más torvo y ceñudo que una borrasca de otoño. Pero como el hombre anunció en seguida que tenía que marcharse, la alegría amaneció de nuevo en aquella cara, tocándole ahora el mal rato al pobrecito procurador.

Hubo, pues, protestas sinceras y cumplidos hipócritas; de todo. Pero como la mujer estaba deseando marcharse, para quitármelo y descansar del procurador, se fueron, al fin, tras un pesado forcejeo. Él no dijo que pensaba volver, pero yo comprendí que era cierta, segura, su promesa.

Sí; tenía que apagarse de nuevo la luz, vencer definitivamente la noche en aquel piso. Y no para que yo pudiera besar a un hombre con un beso de mujer, sino para que no pudiera besarlo nunca.

XXII

Aproveché su ausencia para ultimar mi asunto con el abogado. Porque el procurador, con todos los hígados enverdeciéndole la cara, se esfumó a poco de quedarse solo, a meditar, en la soledad del cuarto de baño o de la cocina, sobre la liviandad de las cosas humanas.

Tanto y tan bien trabajé a mi hombre, que llegó a ofrecerme cinco mil pesetas, *en especie*, porque él no estaba acostumbrado a pagar a las mujeres. Pero lo mejor fue que, a la media hora, conseguí emborracharlo a mi gusto y que cuando me digné acompañarlo a una alcoba, el tío cayó de bruces sobre la cama y se quedó en el acto roque perdido.

Yo me fui al cuarto de baño, donde, por cierto, no estaba el procurador, y compuse un poco el estropicio que habían causado en mi belleza aquellas puercas manos del jurisconsulto, hábiles tan sólo para acariciar dictámenes, escrituras y minutas. Mientras tanto, pensé que allí ya el único peligroso era el procurador, que con la hiel agitada podría dar al traste con mis planes.

Me puse a buscarlo por toda la casa, hasta que lo encontré intentando hacerse una taza de manzanilla en la cocina.

Comprendí en seguida que tenía un mal vino y que se sentía harto fogueado aquella noche. Y, como me convenía su tolerancia, le cogí por mi cuenta, le hice a escape la tisana y lo cuidé un poco, aunque sin conseguir aclarar su borrascoso ceño.

—¡Vaya, vaya! La palomita anda enamoriscada —rió, con mala sangre—. Pues ten cuidado con el galán, hija.

—No digas tonterías, hombre. ¿Enamorada yo? No confundas las cosas.

—Es un imbécil, ¿comprendes? —explotó de pronto—. Uno de esos majaderos que andan revolviendo el mundo, sin saber nada de nada, sin seriedad ni fundamento alguno. Pero tiene suerte, mucha suerte, como todos los pícaros.

—Y tú, ¿no eres también un pícaro? —provoqué, jugándome en la frase las mil quinientas pesetas que faltaban.

—¿Un pícaro, un pícaro yo? —se engalló el tío—. Yo soy un hombre que ha dedicado su vida al trabajo, que sabe más que nadie de lo suyo. Un hombre importante, necesario, y que si hablara, si hablara, hija mía, podría arruinar muchas reputaciones, muchas bambollas y vanidades de algunas gentes que se creen con derecho a mirarme por encima del hombro.

—Pero, además, eres un pícaro. Un picarón de cuidado —aclaré, guiñándole un ojo con gracia.

—¡Bueno!, no digo que no sepa tomar la vida con alegría, adaptarme a ciertas situaciones, porque no soy ningún pelmazo; ¡eso no! —protestó, en una brusca transición.

—Pues a eso me refiero, hombre. A que, cuando descansas de tus importantes trabajos, resultas más pillín y más animado que la mayoría de los hombres,

incluyendo a los chicos de ahora, que son unos bobalicones —continuó—. ¡Ah!, si todos los hombres fueran como tú...

—Yo sé divertirme, hija —admitió—. Y conozco un poco a las mujeres; eso es todo. Porque ya sabes aquello de que «más sabe él Diablo por viejo que por Diablo» —siguió, con desgarbada coquetería.

—¡Qué gracia tienes! Con razón andaba ésa loquita por ti esta noche.

—¡Cómo! ¿Qué dices?

—Lo que oyes, hombre. Que a esa mujer le gustas.

—¡Caray!, pues no lo parece.

—No hay más que verlo.

—Somos muy buenos amigos; nada más.

—Lo que tú eres es un sinvergüenza.

—Que no, que no; que te aseguro que no hay nada —protestó, hinchado ya como un pavo.

—Pues será porque tú no quieres que lo haya. Porque lo que es ella...

—Sí; creo que me estima un poco, que me tiene alguna simpatía.

—¿Conque alguna simpatía, eh? Da asco ver lo idiotas que sois los hombres. Te digo que está loquita por ti.

—¿Por qué dices eso? Anda, explícate.

—Mira, hombre. Las mujeres no somos todas iguales y hay que entendernos a cada una de un modo. Ésa es una belleza orgullosa, que aunque ande loca por un hombre nunca se lo dará a entender; y menos si es un hombre tan importante y conquistador como tú. Pero hay gestos, miradas y un no sé qué que no podemos ocultar cuando nos interesa un tío. Detalles que nosotras comprendemos en seguida —afirmé, segura—. Por eso tú puedes pensar lo que quieras; pero yo te digo que a mí nadie ha de quitarme de la cabeza que a esa mujer le gustas.

—No sé qué decirte, no lo sé...

—Lo que sucede es que tú eres un sinvergüenza, un don Juan que anda siempre revoloteando de flor en flor y ella lo sabe y tendrá miedo. Porque, oye: ¿es su mujer, no? —pregunté, yendo, al fin, a lo mío.

—¿Su mujer? No, hija, no. ¡Si son casados los dos! Pero no han contraído entre sí vínculo matrimonial —advirtió el procurador.

—¡Vamos!, un buen lío, hablando en cristiano —comprendí—. Me lo figuraba.

—Ella dejó a su marido por este majadero y...

—¿Y qué?

—Te interesa mucho, ¿verdad? —receló de nuevo.

—Soy curiosa, hombre.

—Eres algo más que curiosa, Lola —sentenció—. Eres una mujer de mucho, de muchísimo cuidado. Empiezo a darme cuenta...

—¿Hasta ahora no te has enterado? —reí, con falsa alegría, pues la mala sangre del procurador me estaba encrespando el alma.

—Pero allá tú, hija; allá tú con tus cosas. Si tu gusto es meterte en la boca del lobo...

—A mí no me muerden los lobos, hombre.

—Es muy posible. Porque acaso reconozcan en ti su misma especie.

—Tú lo has dicho.

—Pero ése es un lobo de cuidado —siguió—. Y mucho más peligroso que tú, que, en el fondo, eres una pobre inocentona.

—¡Qué cosas dices! —porque ya se sabe que es lo que digo cuando no puedo decir ni una sola palabra de lo que quisiera contestar.

—Es un aventurero —continuó, al fin—. Un hombre que sabe mucho de esas cosas que no sirven para nada. De arte, de música y, según dicen, de teatro y de cine —despreció—. Le sacó todo el dinero a su mujer para sus locuras y ahora viene de América con unos proyectos fantásticos y mucho bombo y platillo en los periódicos. Revolverá un poco y, como no le faltan gitanería y mano izquierda, engañará a unos cuantos despistados para sacarles el dinero...

—Entonces él anda mal de cuartos, ¿no?

—Sí..., probablemente. Pero se las arregla siempre para darse la gran vida.

—Y para llevar una buena mujer a su lado.

—A las mujeres os gustan los aventureros, estos tipos mediocres, sin personalidad alguna, que viven como el camaleón, adaptándose al color del instante y devorando el aire de sus propias fantasías.

—¡Bah!, a mí me gustan los hombres que tienen dinero —corté, un poco rabiosa, porque aquel hombre merecía tenerlo y porque había alzado ya, en la fiebre de mi imaginación, una larga y lujosa aventura a su lado. Pero está visto que todo es incompleto en este cochino mundo y que allí faltaba una de las cosas más importantes para mi felicidad. Aunque había que enterarse bien, bien, con calma, y sin dejarse impresionar por las palabras claramente hostiles del odioso procurador—. Porque todavía no ha nacido el hombre que me haga comer con él pan y cebolla, ¿sabes? —concluí.

—No lo dudo, Lola. Eso sí que no lo dudo.

Había pasado ya más de media hora desde la marcha de la pareja y él no volvía. Probablemente, no vendría ya, cruzando aquella cena en el piso por su agitada vida como un momento vacío y sin interés. Yo era una mujer preciosa, pero los hombres tienen tan mal gusto que, a lo mejor, a él le gustaba más su actual compañera o cualquier otra mujer que se le pusiera a tiro, aun cuando no pudiera comparárseme.

Además, el procurador me debía mil quinientas pesetas. Cobrarlas era lo mío, lo verdaderamente mío. Porque tenía que girar quinientas a mi casa, a Mojácar; pagar la semana del sanatorio donde se acababa la pobre Magdalena; comprarme varios modelos de verano en la Brígida y, a primeros de mes, abonar las camas de la fundación. Había, pues, que dedicarse al procurador, olvidando aquellas tonterías de una noche recalentada por el mes de junio y por el alcohol.

Me senté, pues, en las rodillas del picapleitos y le pasé una mano cariñosa por la reluciente calva. Pero el hombre se echó un poco hacia atrás, sobre el respaldo de una pobre silla de cocina. Porque, sin duda, cruzaba aquella noche la calle de la Amargura y tenía metida en el alma la imagen de aquella otra mujer que lo enamorara. Por eso, su gesto me encrespó aún más de lo que ya estaba y me levanté de mi duro asiento como si me hubiera picado un alacrán.

—Anda, hombre; Vamos al salón. Porque aquí estamos haciendo el tonto.

—Como tú quieras —admitió con desgana—. Para la noche que estamos pasando.

—Parece mentira que me hagas ese desprecio —advertí.

—Si no lo digo por ti, Lola. Pero la verdad es que nos han dejado aquí solos y aburridos —se lamentó amargamente—. Porque el bobo ése se ha llevado a las dos chicas para que le espabilen la moña, y a tu admirador, el abogado, le has cargado excesivamente la mano.

—Es un tío pelmazo, ¿sabes? Si fuera como tú...

—¿No te gusta? —se animó.

—Nada.

—¡Bueno, bueno!; no me choca, aunque él se las da de guapo —admitió—. Pero, Lola, ya sabes tu papel...

—No lo olvido. Tampoco tú debes olvidarte de otra cosa.

—Las recibirás mañana, si todo va bien.

—Un momento —corté—. ¿A qué llamas tú que todo vaya bien?

—No te enfades. A que siga tan entusiasmado contigo. A que se le alegre así un poco el malhumor que tiene siempre, para que yo... ¡Hum! Creo que lo demás no debe interesarte lo más mínimo.

—Sólo me interesan las mil quinientas —aseguré—. Por cierto, hombre, que tu abogado ha insistido mucho en pedirme mi dirección, el teléfono y una entrevista a solas. Porque no hay duda de que te quiere adornar la frente, ¿sabes?

—Dejemos eso, Lola; no digas más tonterías —eludió—. Porque supongo que no le habrás dado nada.

—No... Por ahora, no...

—Me lo has prometido.

—Y he cumplido mi palabra —advertí—. Pero ando muy mal de cuartos y todo depende de...

—Él no te dará nunca nada. Porque más da una piedra que su mano, siempre cerrada.

—No, dinero no. Pero hay cosas que sin ser dinero pueden convertirse en dinero. Lo que él llama *especie*, ¿comprendes?

—¡Ah!, te ha dicho ya eso —se sorprendió—. ¡Vaya, vaya! La cosa marcha. Pero no te entusiasmes demasiado, Lola, porque sus *especies*, suelen ser recomendaciones, permisos de importación, cualquier cosa que a ti no te serviría para nada. Porque, eso sí, es un hombre de grandes influencias y... paga con ellas.

—Me veo con un *haiga* estupendo.

—¡Bueno!, mira; déjate de bobadas. Si tú me lo animas y sigues portándote bien, mañana mismo te mando dos mil pesetas.

—Dos mil quinientas, hombre.

¡Qué loba eres, Lola!

—¿Dos mil quinientas?

—Está bien. Pero ni señas, ni teléfono, ni citas —advirtió—. Yo siempre en medio, ¿comprendes?

—Lo comprendí desde el primer momento, ¿sabes? —aseguré, desinteresada en absoluto de sus puercos manejos—. Pero, ahora, vamos a echar un trago para cerrar el negocio.

—Se me infarta el hígado si bebo mucho —protestó el procurador—. Pero, tienes razón, esta noche hay que beber.

Nos sentamos en la salita, mano a mano, y nos pusimos a beber whisky tras whisky, después de hacerle una visita al abogado, que seguía soplando, de bruces sobre la cama. Y cuando sonó la carraca del timbre de la puerta del piso, el alcohol nos había hecho muy amigos... ¡Bueno!, ya se sabe que el whisky anima mucho las cosas.

Yo misma salí a abrir, tambaleándome por el pasillo, dejando al procurador derrumbado sobre un sofá hartito pequeño para su largo cuerpo. Y al abrir la puerta no me acordaba para nada de él, del otro hombre.

Me lo encontré allí, de pronto, cara a cara, y él me miró fijamente, observando mi estado. Yo me avergoncé un poco, como si hubiera hecho algo malo durante su ausencia; como si le hubiera faltado en algo. Por eso me reí, con una torpe risa de borracha, para tapar mi desconcierto.

Sonrió, dio la vuelta y, sin una sola palabra, comenzó a bajar la escalera. Me quedé un momento pasmada, como quien ve visiones; al espabíllame, cerré la puerta del piso con un furioso portazo. Pero, después la abrí con prisa, bajé como pude la escalera y caí materialmente en sus brazos, ya casi en el portal de la casa.

—Ven. Sube. Por lo que más quieras, sube.

—Te veo muy animada —dijo con guasa—. Será mejor dejarlo para mañana, para otro día.

—No, no, para mañana, no; para otro día, no, amor mío.

—No corras tanto. Eso del amor es una cosa muy seria, chica —corrigió.

—Anda, sube conmigo; ¡por favor!

—¡Bueno!; te llevaré hasta la puerta. Porque no puedes tenerte en pie.

Me cogió en brazos y sé que le gustó sentirme ligera y llena al mismo tiempo. Porque peso cincuenta kilos, pero tengo las carnes muy bien repartidas por mi esbelta y mediana estatura.

Me apreté contra él, como un cachorro mimoso. Después le eché los brazos al cuello y lo besé ansiosamente. «Mañana, no; mañana, no», repetía, con terquedad de

borracha.

Y el hombre entró en el piso y me llevó en sus brazos hasta dejarme ante el sofá, en el que se derramaba el largo y entristecido cuerpo del antipático procurador.

XXIII

Torció el gesto el procurador al verle, con una falsa sonrisa. Y, tras unas frases de obligada cortesía, volvió a extenderse groseramente sobre el breve sofá del saloncito.

Yo huí un momento al tocador del piso, para reparar allí, lo mejor posible, el desorden que adivinaba en mi apariencia. Me puse una toalla empapada en agua fría sobre la frente, las sienes y los ojos; me peiné un poco, sólo un poco, pues el alboroto de mis cabellos me iba muy bien; me empolvé y pinté los labios cuidadosamente y me perfumé las orejas, la nuca y el escote con Indiscret, de Lelong, que era el perfume que usaba esa temporada. Y, después, un poco más serena, volví con él.

Me senté a su lado y nos pusimos a charlar. Él me contemplaba otra vez con admiración, pero no atendía apenas mis palabras, como suelen hacer los hombres inteligentes con las mujeres de la vida. Y yo necesitaba sorprenderlo, interesarlo, atraérmelo de algún modo, para que aquello no terminara tan sólo en lo que suelen terminar estas cosas.

Creo que me excité mucho. Que hablé por los codos, con gracia y desgarro en mi lengua animada y alegre, mientras los ojos me brillaban con esa luz chispeante y propia que tienen algunas veces y mi carne se sonrosaba en transparencias de nácar.

—Eres una chica lista —concedió, riendo, al fin—. Pero no es preciso demostrarlo. A mí, al menos, me basta con tu belleza.

—Soy muy mona, ¿verdad?

—Eres una maravilla de criatura —aseguró, cogiéndome una mano con sereno entusiasmo.

—Pues tú me gustas mucho, también...

—Ya, ya... Ya lo he notado —rió con descaro—. Por cierto, que no creo que convenga a tus intereses manifestar así, tan claramente, tu entusiasmo por los hombres.

—Si tú supieras los humos que yo tengo...

—Entonces debo darte las gracias.

—Creo que sí.

El procurador soltó de pronto un bufido, desde su sofá. Se bebió un whisky de un solo trago, se levantó y se fue, murmurando disparates por el pasillo.

—¡Vaya!, ése se ha enfadado —dijo el hombre.

—Es lo mismo —desprecié.

—Creí que era tu amigo.

—Tengo muchos amigos —anuncié vagamente.

—Más vale así —concedió, sirviéndose una copa de coñac—. Pero a mí no creo que me lo perdone.

—¿Puede perjudicarte?

—Sí..., mucho —sonrió.

—¿Entonces...? —me sobresalté.

—Tú vales la pena, ¿no te parece?

—Sí. Creo que puedo valer muchas penas; muchísimas.

—Pues a la salud del procurador —bebió.

—Me han dicho que eres un hombre célebre.

—¡Bah!, no lo creas. Esas cosas las fabrican el dinero y unos cuantos amigos interesados —despreció—. Pero, claro, al lado de estas mierdas de pavo yo puedo resultar... pues una mierdecilla más pestilente —rió.

—No sé por qué, pero me gustaría conocerte.

—Pues a mí no; porque las cosas conocidas enfrían el corazón —rechazó—. En cambio, eso de ir quitando velo tras velo, hoja tras hoja al bulbo de la cebolla, ¿eh? ¡Para que después no haya nada interesante dentro y todo se reduzca a que le lloren a uno un poco los ojos!

—Eres un cínico.

—No, chiquilla, no. Te aseguro que no —negó, poniéndose muy serio—. Creo en muchísimas cosas. En Dios, en el Diablo, en la vida... En ti, por ejemplo, en este momento.

—Debes de ser muy aventurero.

—Es que no sé bien lo que quiero, ¿comprendes? Y, claro, ando buscándolo con bastante impaciencia, para encontrarlo a tiempo.

—Y, ahora, en este instante —me lancé—, ¿tampoco lo sabes?

—Ahora sí, chiquilla; ahora sí —aseguró, besándome—. Pero es que a mí no me bastan nunca los instantes, por bellos que sean —sonrió, galante.

Iba a decirle, ansiosamente, que a mí tampoco, cuando entraron en el saloncito el procurador, el abogado y una de las chicas inquilinas del piso. Porque el procurador, hecho una fiera y dispuesto a estropearme la noche, había reclamado su presencia, y zarandeando y duchando copiosamente al abogado entre los dos habían logrado recuperarle una apariencia de normalidad.

Se llenó, pues, de nuevo el saloncito y yo comprendí tristemente que; excepto el hombre, todos estábamos borrachos, muy borrachos. Sobre todo el procurador, que tenía un vino encharcado y agrio, que daba miedo. Cada momento más bilioso, encendió la radio y empezó a sonar música de baile. Después fue a buscar al hombre gordo, que andaba oculto con la otra chica del seguro, y los empujó, mareados y soñolientos, hasta el salón.

Entre copa y copa, nos pusimos a bailar, porque el procurador dio una orden general que nadie se atrevió a desobedecer. A mí me agarró el abogado y las otras dos chicas se enlazaron al gordito y al procurador. Al hombre lo dejaron groseramente solo, sentado en su butaca, como si estuviera de más.

Yo, entonces, me rebelé. Había bebido mucho, me sentía muy exaltada aquella noche y el asqueroso abogado se aprovechaba de mí de una manera que me ponía mala. Por eso, sin darme bien cuenta de lo que hacía, le di al tío un brusco empujón, que le hizo perder el equilibrio, y fui a sentarme junto al hombre, que fumaba su

pitillo sonriendo con desprecio.

Inmediatamente se armó la bronca y los dos leguleyos, el abogado y el procurador, cerraron contra él, mientras las chicas del seguro elevaban las notas de su chirrido a un tono insoportable y el tipo gordito huía, tambaleándose, del follón.

El hombre, insultado, se levantó de un salto y yo me dispuse a ayudarlo, porque a mí, a pesar de lo frágil y finita que parezco, no me asustan las broncas de estos cobardes marrajos.

Se pegaron un momento los tres, y él, ágil y despierto, supo tener a raya a los otros dos. Pero, entonces, el procurador, que debía tener segundas intenciones, reventó de un golpe las bombillas del cuarto, continuando un rato la batalla en la oscuridad.

Hubo un estrépito de cristalería rota, de botellas estrelladas. Golpes sordos de cuerpos sobre el suelo, jadeos y quejas sofocadas, mientras las dos chicas de la casa corrían chillando por el pasillo, tras esas cerillas que no aparecen jamás en los momentos precisos.

A mí me golpearon brutalmente una pierna con una silla y me dejaron coja para unos días. Pero yo pegué, arañé y mordí como una fiera, señalando bien a mis dos enemigos.

De pronto, antes de que las chicas trajeran luz alguna, se hizo una extraña calma en la noche sofocante del saloncito. Olía a sudor y a vino, con una acre y ácida violencia, pero allí ya no se pegaba nadie. Se oían, sí, los resuellos fatigados que trataban de recuperarse y se adivinaba el doloroso y torpe movimiento de dos cuerpos molidos a golpes. Pero dos, dos; nada más que dos.

Di un grito terrible, largo y angustiado, porque la negra noche del saloncito parecía mostrármelo todo. Y cuando, en ese justo momento, las espantadas chicas metían velas encendidas en el cuarto, ya estaba junto a él, porque había rastreado su cuerpo tendido, roto, en la oscuridad de mi espanto.

El procurador, al verlo sobre el suelo, pálido, horriblemente pálido e inmóvil, me separó de él con un salvaje empujón y, auxiliado por el abogado, colocó el cuerpo sobre el sofá. Después, sin decir una sola palabra, se fue en busca del gordo, que dormitaba otra vez sobre la cama de una alcoba, esperando sin prisas el final de la bronca, mientras yo recuperaba al hombre y, separando con asco la espantada curiosidad de las dos chicas, cogía la cabeza ensangrentada entre mis brazos y trataba de secarle inútilmente con mi pañuelo el arroyito rojo y brillante que le manaba una sien.

XXIV

El hombre estaba muerto. Cuando el tipo gordo volvió gruñendo otra vez al salón y echó una mirada sobre él, torció el gesto y comprendí que se espabilaba por completo.

Era, por lo visto, médico e inmediatamente lo reconoció con una mirada inteligente y ansiosa. Después tomó el mando y quiso echarnos a las mujeres de la habitación, diciendo que iba a hacerle una cura de urgencia y que aquello no era espectáculo para nosotras. Pero yo me le enfrenté y le grité en su misma cara que sabía que estaba muerto y que a mí no habrían de engañarme. El médico dijo que no, que aquello no era nada, pero que necesitaba un poco de calma para curarlo, antes de que volviera en sí. Y el procurador nos condujo a un cuarto, me amenazó muy seriamente y nos encerró allí a las tres, durante un largo rato.

Comprendo que lo que sucedió después puede parecer absurdo, inverosímil. Pero la vida está llena de hechos incomprensibles, disparatados, que algún día se revelan, como yo voy aquí ahora a revelar aquél, pero que pueden permanecer mucho tiempo ocultos, silenciados por un interés común, por un terror común.

Los tres hombres nos dejaron un buen rato encerradas en el cuarto. Desde allí, se les oía hablar en voz baja y pasear inquietamente, alzando con violencia el tono en una frase, para bajarlo de nuevo al cruzado murmullo de sus tres voces.

Excitada, furiosa, sin poder soportar ni un momento más la expresión de aquella angustia, exacerbada por los comentarios idiotas de las dos chicas del seguro, comencé a gritar y a golpear la puerta de la alcoba. Acudió el doctor y nos dijo que la cosa iba muy bien, que el hombre descansaba tranquilamente y que iban a buscar un coche para llevarlo a su casa, pues el golpe carecía de importancia.

Yo quise cuidarlo, mientras ellos salían, pero él insistió enérgicamente en que nosotras no teníamos nada que hacer en todo aquello y que lo mejor era dejarlo tranquilo. Entonces yo lo separé un momento de las otras dos y, calladamente, le dije que a mi no me engañaba, porque sabía que estaba muerto.

Me aseguró que me equivocaba y me prometió que iría con ellos a llevarlo a su casa, cuando volvieran con el coche. Pero que, mientras tanto, tenía que estarme allí; y que sería peor para mí si, armando un escándalo, complicaba más la cosa.

Estaba el médico muy sofocado, pero sereno. Se enjugaba continuamente con un pañuelo el sudor que le manaba del cuello, y se mostraba dispuesto a gobernar el asunto.

Decidí callar, con la esperanza de equivocarme, pero con la terrible seguridad de estar en lo cierto. Mas, de momento, tampoco me convenía a mí un escándalo que no habría de resucitármelo si estaba muerto. Y en cuanto a estos asesinos, ya me las pagarían, ya. Porque siempre he sido una mujer que sabe tomarse la justicia por su propia mano.

Me eché sobre la cama y esperé dos o tres horas terribles, insoportables,

sumergida en una especie de sopor impaciente que me partía la cabeza, escuchando rumores de pesadilla y el lloriqueo manso y nauseabundo de mis dos espantadas compañeras. Al fin, volvió el médico y me llevó al saloncito, a mí sola, pues, al parecer, los tres hombres querían hablar conmigo.

—¿Dónde está él? —me angustié, al no ver allí su cuerpo roto.

—¡Calma, joven, calma! —pidió gravemente el doctor—. Éstos señores y yo tenemos que hablar muy seriamente con usted, porque esta noche ha sucedido aquí algo muy grave.

—Estos dos asesinos han matado a un hombre —acusé sin ambages.

—¡Calma, por favor! —repitió el galeno—. Porque le aseguro a usted que se equivoca por completo.

—Está bien; como quieran —desprecié—. Pero díganme dónde está o armo un escándalo.

—De eso se trata, joven —siguió el médico—. Deseamos decírselo todo. Porque es usted una mujer inteligente y comprenderá que hay que echarle inmediatamente tierra a este lamentable y desgraciado accidente.

—Accidente, ¿eh? —rugí—. ¿Quién de estos dos lo mató?

El abogado y el procurador, que no habían abierto el pico hasta entonces, se miraron con espanto y lanzaron unas cuantas protestas sin vigor alguno. Comprendí que estaban arrugados por el miedo, achicados por el trágico fin de aquella bronca de borrachos. Pero ¿quien de los dos lo había matado con aquel mal golpe en la cabeza, quién? Quería saberlo, necesitaba saberlo a todo trance.

—¿Fuiste tú? —me encaré con el procurador.

—No digas tonterías, Lola —negó—. Y escucha al doctor.

—¿O tú? —me aproximé al abogado.

—Sus preguntas podrían salirle un poco caras, señorita, si no evitáramos complicar más este penoso accidente —amenazó el leguleyo, olvidando su anterior admiración y apeándome el tuteo.

—Porque los dos teníais esta noche algunos motivos para odiarlo, ¿eh? —acusé otra vez—. Pero ni ella ni yo, ¿entendéis?, ni ella ni yo seremos jamás, jamás, para ustedes —aseguré, dejándome caer sobre una butaca, porque al fin, era mujer, una pobre mujer, y empezaba a sentirme cansada, horriblemente cansada, mientras el abogado y el procurador hacían gestos desesperados sobre mi actitud.

—Sosiéguese usted un poco, hija mía —rogó melosamente, una vez más, el doctor—. Porque soy yo quien desea explicarle todo lo ocurrido, la tremenda desgracia de esta noche —se lamentó—. Yo, comprende usted; yo, que ni siquiera me hallaba en este cuarto cuando se produjo esa natural y desafortunada disputa entre unos hombres intoxicados por el alcohol.

—Está bien —accedí—. Diga lo que le dé la gana.

No voy a escribir aquí sus palabras. Fueron muchas y no las recuerdo exactamente. Porque habló largo rato, coreado por los otros cobardes, mientras la

noche se clareaba ya con las primeras luces del alba. Pero el resumen de todo era éste, chispa más, chispa menos:

Yo era una mujer muy lista, muy comprensiva y generosa. Allí se había producido una tonta disputa sin importancia y el hombre había recibido un pequeño golpe en la cabeza. El médico le había curado inmediatamente, sin apreciar gravedad alguna. Le habían dejado sobre el sofá, muy tranquilo, y habían salido los tres a buscar un coche, pues, como buenos hipócritas, no habían llevado los suyos. Cuando volvieron, no hallaron en el saloncito al herido. No; allí no estaba. Yo era una mujer muy inteligente, extraordinariamente inteligente y comprendería que...

—¿Dónde está? —corté, con las entrañas revueltas otra vez.

—¡Calma, por Dios! Un poco de calma —suplicó de nuevo el doctor.

—*Quiero saber dónde está* —insistí, alzándome de mi asiento, con un mal gesto.

—Abajo..., en el patio —murmuró el médico—. Durante nuestra ausencia se ha... se ha tirado por la ventana.

—Y, claro, ahora está muerto, ¿no es eso, canallas?

—Sí, ha tenido mala suerte el pobre muchacho —lamentó compungidamente el abogado.

Quise ir a verlo al patio, pero me agarraron entre los tres, y aunque mordí, arañé y coceé lo mío, todo terminó en que me eché a llorar como una Magdalena, con un hipo tremendo que me nacía del alma.

Ellos, los tres hombres, esperaron un rato, porque el médico les hacía señas a los otros dos para que me dejaran llorar tranquila. Pero el procurador y el abogado se mostraban impacientes y tascaban con dificultades el freno.

Yo, mientras dejaba correr mis lágrimas, pensé un poco, pues la pena iba ya desahogándose y me encontraba mejor.

Habían matado al hombre en la bronca, de un golpe, como yo me supuse. Y, ya, nada ni nadie me lo resucitaría. Sin duda, por eso yo había sentido aquella noche tanta prisa, una urgencia invencible por desbordarme en él, por romperme en él, como si adivinara que sus horas se acababan con descuidada seguridad. Estaba muerto y bien muerto. Lo supe en la oscuridad del saloncito, cuando jadeaba el resuello de sus dos enemigos, cuando el soplo viril de su pecho se había ahogado ya en lo oscuro. Nada, pues, nada me lo traería otra vez.

Pero ¿quién lo mató? ¿Fue el procurador o fue el abogado quien le rompió la cabeza? ¿Quién, quién? Estaba segura, absolutamente segura, de que ellos no lo sabían, de que, borrachos, golpearon al aire, estrellaban botellas, coceaban sillas y paredes. ¿Quién, quién? No; ellos no lo sabían y ése era uno de sus mayores espantos, el horror que iba a clavar sus días al crimen de aquella noche.

Me sentía desfallecer y tuve que pedir una copa de coñac, que me sirvió, solícito, el gordo doctor.

¿Y aquel hombre? ¿Por qué se complicaba en el lío? Miedo no era, no podía ser, porque él no había estado en el cuarto en el momento del golpe. ¿Amistad? No creo

en ella, cuando sucede algo tan grave. ¿Dinero? Eso era: dinero, dinero, dinero...

Y ésa sería también mi venganza: dinero, dinero, dinero...

Me encontraba muy mal, deshecha y agotada. Nada ni nadie me lo traería ya, porque había llegado el mañana, aquel mañana alegre y confiado que él no tenía, porque era ya posesión de la muerte. Pero estos hombres tenían que pagar y pagarían. Pagarían bien.

—No creo que nadie se trague ese cuento —advertí, más suavemente.

—La verdad triunfa siempre —aseguró asquerosamente el procurador.

—Además, señorita, eso es cosa nuestra —advirtió con cinismo el abogado.

—No creí que le hiciera a usted tanta falta el dinero —le dije al médico—. Pero supongo que se habrá vendido bastante caro, ¿no?

—Desvaría usted, joven; desvaría lamentablemente —eludió el doctor—. Mas hay que excusar sus palabras, fruto tan sólo de la excitación del instante y no de su razonable pensamiento.

—¡Bah!, lo digo porque yo soy una mujer muy cara —desprecié—. Y, francamente, creo que no tienen más que dos soluciones.

—Usted dirá —pidió ansiosamente el abogado.

—Pues pagar o... tirarme a mí también por la ventana —reí, con una risa seca.

Y pagaron. Pagaron mucho. Porque se produjo un regateo feroz, que yo mantuve fieramente, comprendiendo que cuanto más me pagaran a mí, más tendrían que pagar también al médico, que se había vendido muy barato, pero que ya alzaría la voz al saber mi precio. Un precio con seis graves cifras que, por delicadeza, no quiero dejar aquí.

XXV

Lo cobré al día siguiente y antes de hacer ninguna declaración, pues a mí no me la da ningún estúpido escribano. Y en unos enormes fajos de billetes de a mil que tuve escondidos en mi piso durante algún tiempo, sin atreverme a llevarlos a la cartilla del Monte.

El asunto debió salirle muy caro al procurador y al abogado. Porque aun cuando amañaron las cosas de la Justicia a su gusto, auxiliados por el médico, por mi silencio y por la ignorancia de las dos chicas, que también declararon de acuerdo —pesetas, muchas pesetas—, se armó un gran escándalo y aunque el «accidente» no salió en los papeles, la gente hablaba en todas partes de él y durante algún tiempo se les miró a los dos sinvergüenzas con cierto recelo. Sin embargo, estas cosas pasan pronto, porque como todos tienen siempre algo que echarse en cara...

Por mi parte cumplí lo prometido, es decir, no dije a nadie, ni a Juan, una palabra; pero creo que me he vengado bien. Porque me consta que los dos leguleyos han quedado entrampados, comidos por las deudas, pues el golpe les ha costado más, bastante más de los dos millones. Ahora quiero que quede aquí, en estas escrituras mías, la verdad del hecho, para escarnio y vergüenza de escribanos cobardes, porque un hombre con pantalones no hubiera negado la verdad.

Ellos, al parecer, estaban acostumbrados a negarla, a enredarla siempre en pleitos y particiones, hasta el punto de liarse a su vez en su trapacería, cuando les llegó la hora. Porque, además, nunca supieron quién fue el asesino y creo que cada uno le echará la culpa al otro para quitarse el mochuelo de encima.

El miedo, el miedo de verse donde ellos habían visto a tantos, los enloqueció aquella noche. Arrojaron al muerto por la ventana, y, aunque parezca mentira, se tragó la bola del accidente, pero criticándose mucho la juerga, pues todos son casados y gente de campanillas.

Yo encerré mi versión en muy pocas palabras: Salí del saloncito después de la bronca, me eché en una cama muy mareada, pero escuché el golpe, el terrible golpe blando del cuerpo que se estrellaba contra el suelo del patio. Nada más. Después dije también al procurador, a solas, que si me enteraba alguna vez de que andaba tras la mujer del muerto, diría toda la verdad, aunque me costara el estar una mala temporada a la sombra. Él me aseguró que trataba de olvidar tan enojoso asunto, que su salud y su posición habían sufrido un grave quebranto y que no quería ni vernos a nadie de los que estuvimos allí aquella noche, para no recordar el mal trago. Eso desearía él, pero ya nos verán, ya, los dos, procurador y abogado, cuando alguno de los que sellamos la boca andemos mal de cuartos. Porque el miedo de estos dos imbéciles puede ser una mina...

Por lo pronto, yo resolví por completo mi situación económica. Pero aquel montón de billetes que tenía escondido bajo una tabla del piso me comió la tranquilidad. Porque si salía de casa me angustiaba pensando que la Lirio o la Basi

husmearan el escondrijo y me lo robaran, y si me encerraba en el piso a guardarlo se me revolvía la sangre al no poder gozar de aquel dinero, ya que no me atrevía a cambiar ni uno de los muchos, de los muchísimos hermosos billetes de a mil que tenía, pues he leído varias novelas policíacas y sé que todos llevan un número distinto, por el que puede averiguarse de dónde vienen. Y porque, además, desde aquella noche, siempre me figuro a los dos criminales urdiendo alguna asechanza para librarse de mí, pues sé que me tienen miedo y que desearían borrarne del mapa.

Después de varios meses y cuando ya le había tomado alguna confianza a Juan, le inventé un cuento muy complicado, para pedirle que me aconsejara en la inversión de aquel dinero. El hombre se quedó un poco sorprendido de que yo lo tuviera, aunque lo reduje a la mitad en mis palabras. Después, me dijo que no creía aquella estúpida historia mía y que se figuraba que la fortunita olería bastante mal, pero que eso no era cuestión suya y que me presentaría a un amigo, agente de Bolsa, para comprar algunas acciones seguras a buen precio. Y así fue como aquella suma me hizo accionista de una inmobiliaria bastante acreditada.

Yo comprendí muy bien en aquella ocasión que, con mis confianzas, perdía todas las posibilidades de sacarle a Juan bien los cuartos y por eso dudé una temporada si declararle mi situación. Pero no podía continuar con aquella comezón de tener los billetes escondidos en el piso y, por otra parte, ya había comprendido que Juan no es uno de esos hombres que se dejan envolver por las mujeres y que no le sacaría más de lo que le diera la gana. Y, la verdad, creo que hice bien, pues no me ha vuelto a recordar aquello, aun cuando se permita mirarme y sonreír con guasa si alguna vez, olvidando mi compartido secreto, le hago la comedia y le aseguro que no tengo ni para comer al día siguiente, queja que ya le murmuran a una solitos los labios mientras se tiene distraída la imaginación en cualquier otro pensamiento.

Por aquellos meses del verano del año pasado Juan ocupó el primer plano de mi vida, pues aunque Perico había vuelto ya de Bilbao nos veíamos muy poco. Vino el hombre de muy mal humor y en seguida, como su asunto se resolvió satisfactoriamente, lo destinaron a la Guinea, desde donde me escribía unas cartas muy graciosas.

Me dediqué, pues, a Juan y al alcalde de Zamarrón, al que llegué a convencer de que me montara un negocio, comprándome el traspaso de una mercería en la calle de Fuencarral. Lo trabajé tan bien al hombre durante dos meses, que el asunto andaba ya poco menos que en escrituras cuando se estropeó; yo tenía incluso preparado un comprador, perdiendo algo, claro está, como ocurre siempre en estas ocasiones, porque el traspaso iba a costarle al viejo treinta y cinco mil duros y yo iba a volverlo a traspasar inmediatamente en veinticinco mil. Como se comprenderá yo no iba a meterme a mercera y la liquidación me dejaba un buen regalito, sin más complicaciones.

Sin embargo, se me estropeó el asunto, por culpa de una tía veneno que conoció el hombre en uno de sus viajes a Madrid y que le contó demasiadas cosas de mi

persona, haciéndole recelar lo suficiente para aplazar lo del traspaso, aunque no para quitarme la pensioncilla que desde que le conocí me pasaba todos los meses.

Por entonces, precisamente, murió mi madre, la portera, de una sangre que se le subió a la cabeza. Yo me fui en tren a Mojácar, pero llegué tarde; a la pobre mujer se le había acabado ya el aliento.

Lo sentí doblemente. Porque siempre me había tenido ley y porque se llevó a la tierra el secreto de mi nacimiento, que no quiso declararme nunca, pues aseguraba que era mejor que no lo supiera. Por eso, cuando volví a pasar por Almería, traté de ver a la madre superiora del hospicio, pero había muerto también. Y aunque me quedé dos o tres días allí, intentando averiguar algo sobre mis padres verdaderos y sobre los motivos que les obligaron a dejarme hospiciana, no hubo forma de aclarar la cosa, y el misterio de mi nacimiento parece haberse cerrado definitivamente, lo cual la verdad es que no me desagrada demasiado, pues así puedo imaginarme unos padres maravillosos, como no habrían de ser en realidad.

No perdí, sin embargo, el viaje. Porque después de enterrar a la madre y de convenir con la Magdalena —a la que había llevado ya para el pueblo asombrosamente mejorada— y con el mozo que me cuidara el rebaño de cabras, repartiendo ganancias, que era como regalárselo; después de arreglar así mis cosas, digo, conocí en el Hotel Simón de Almería a un tipo que iba de paso para Cartagena y que cambió de rumbo viniéndose conmigo a Madrid, donde yo le prometí arreglarle, por diez mil pesetas un asunto de un camión que tenía pendiente en el Ministerio de Industria. Y se lo arreglé tan bien que me quedé con las diez mil sin que el tío pudiera decir ni oste ni moste, pues cuando un hombre es bobo lo único que puede hacer es cerrar el pico y guardar la experiencia para otra ocasión.

Me vi, pues, con todas estas cosas, muy mejorada de fortuna. Ya era accionista de una importante inmobiliaria, dueña de un piso muy bien amueblado, de una cartilla muy maja en el Monte y de un rebaño de más de quinientas cabras en Mojácar, que, aunque no me sirviera para más, por lo menos me quitaba de encima los gastos de mis dos hermanos de portería, de la mejorada Magdalena y del mocito, que ya se sacaba también su jornal.

Pero mi ventajosa situación no se me subió a la cabeza, pues yo sé que el dinero no anda nunca quieto y que como viene se va. Y no olvido tampoco que, cuidándome mucho, me quedan, a lo más, cuatro o cinco años de belleza, hasta los treinta, años que hay que aprovechar a fondo para secarles los bolsillos a cuantos hombres me tropiece, pues yo necesito mucho, mucho dinero, para mi vejez. Porque quiero convertirme en una mujer de negocios que pueda, dentro de algún tiempo, rodar bien el mundo y emplear mi inteligencia en cazar algo más que estúpidos chorlitos.

Juan, cuando me oye estas cosas, que sólo a él le confío, me mira como suele mirarme, es decir, con una mezcla de guasa y de admiración. Porque, aunque se ría un poco de mí, sé que me cree muy capaz de triunfar en todo. Y triunfaré, ¡qué duda cabe! Primero será una peluquería, después un instituto de belleza, más adelante una

casa de modas... Ya veremos, ya veremos... Pero, hasta que yo no deje de ser mi mejor negocio, hay que esperar. Hay que esperar sin prisas ni espíritamientos, estudiándolo todo y aprendiendo lo que se pueda.

Por eso, hace un año que comencé a dar clase con un profesor que me buscó Juan y al que le paga nada menos que setecientas pesetas todos los meses por venir un rato al piso, a primera hora de la tarde, tres días en semana. Y, en este año, no sólo he mejorado muchísimo en lectura y escritura, de la que andaba muy mal, sino que ya sé un poquito de todo y estoy empezando, incluso, a aprender el inglés con un tío muy feo de aquellas islas. ¡Para que se vea cómo tomo yo las cosas!

TERCERA PARTE

I

Ya quedó escrito en su lugar cómo y dónde conocí a Juan. Y también muchas cosas más que a él se refieren, no sé si por ser quien me ha metido en estas escrituras o porque le tengo demasiado en mi imaginación.

Sin embargo, aunque parezca mentira, no puedo traerlo aquí como a todos los otros hombres con que he tropezado en mi vida. Es un tipo que, incluso para meterlo en estos papeles, se me escurre siempre y se me queda en algo que realmente no es él. Por eso lo he sacado a trozos y aunque ahora tenga que dedicarme un poco a su condenada estampa, mucho me temo que se me escape una vez más. Porque no debo tampoco negar que todos mis esfuerzos por agarrarlo bien, por enamorarlo bien, han fracasado escandalosamente. Y, a estas alturas, la verdad es que no sé todavía por qué anda conmigo.

Al principio, Juan no me resultaba simpático. Primero porque, como ya dije, me cargan los hombres delgados y guapos, que no traen más que disgustos y complicaciones. Y después, porque comprendí que él no iba más que a lo suyo. Pero, muy pronto, me empecé a dar cuenta de que no tenía ni idea de en qué consistía este ir a lo suyo y entonces me mordió la curiosidad.

—¿Quieres salir esta noche conmigo? —me preguntó una tarde, por teléfono, a poco de conocernos.

—¿Esta noche...? —dudé, para hacerlo rabiar.

—Nada, nada. Perdóname por haberte molestado —sonó una voz herida, al otro extremo del hilo—. Adiós.

—¡Pero oye, hombre! No te vayas así —grité, porque no quería perderlo—. Vaya genio que te gastas.

—No es genio, chica. Es que no me gusta molestar —dijo el tío y se calló—. ¿Oye?

—¿Qué?

—Creí que habías cortado.

—No; todavía no.

—¿Y dónde querías ir esta noche?

—Podemos salir un rato, después de cenar.

—¡Ah!, ¿entonces no piensas llevarme a cenar?

—No. No puedo.

—Tienes miedo a que te vean conmigo, ¿eh?

—Pues sí...

—Vaya un tío misterioso —desprecié—. Oye; ya sabes que yo no puedo perder el tiempo con nadie; porque tengo que vivir.

—No lo perderás.

—Está bien. ¿A qué hora vendrás a buscarme?

—A las once en la esquina de tu calle.

—Muy bien.

—Y ponte muy guapa, chica, que es lo que interesa.

—Eso no hace falta decírmelo, porque estoy hecha una preciosidad.

—Pues hasta luego.

—Adiós.

Fuimos a La Capitana, lo de Pastora, que estaba muy sosa aquella noche, y charlamos y bailamos un rato. Después, muy temprano todavía, volvimos a Madrid, hablando tonterías por el camino hasta que el hombre entró el coche por la calle de Alfonso XII y lo paró junto a la verja del Retiro. Cuando pensaba que iba a empezar lo que yo huyo siempre, porque me gusta ir al grano y no perder el tiempo en bobadas, me pidió que me callara un rato para escuchar los trinos de un ruiseñor enamorado. Al pronto, lo miré pasmada. Pero, después, me hizo gracia la cosa, porque, al menos, aquello no era lo de todas las noches. Y, callándome como él deseaba, me puse también a escuchar al pajarito.

Era una noche estupenda del mes de mayo, si no me equivoco. Hacía un calor agradable y había muy poca luna. Allí, junto a los grandes árboles oscuros del Retiro, olía muy bien. Y el pajarito cantaba, cantaba con trinos decididos y valientes, guardando a su hembra, que calentaba el nido.

Aquello me gustó. Y, mimosamente, me arrimé al hombre que tenía al lado. Él me miró un rato, con emoción, porque yo debía estar guapísima a la media luz de un lejano farol. Pero, después de contemplarme un momento, pareció sacudirse algo con un brusco gesto, sacó la cartera, me hizo un pequeño regalo, puso el coche en marcha y, sin hablar apenas, me dejó en la esquina de mi calle. Por cierto que, al entrar en mi portal, el reloj del Banco sonaba la una y media y pensé que hacía tiempo que no me retiraba tan temprano.

Desde entonces nos vimos de vez en cuando, a pesar de mis esfuerzos para atraérmelo en forma más segura. Pero él cortaba siempre en seco mis comedias, y una noche, poniéndose muy serio, me dijo que si no dejaba ya, de una vez para siempre, todas mis mentiras y arrumacos profesionales, no volvería a buscarme más. Si no recuerdo mal, creo que estábamos sentados en un puesto de la Castellana, refrescando el calor de la noche con unas heladas horchatas.

—Debíamos vernos más, amor mío —le propuse, recostándome en su hombro.

—¿Para qué, pequeña? —preguntó, poniéndome en su sitio la cabeza.

—Qué antipático eres, hombre. Para qué va a ser. ¿No estás enamorado de mí?

—Sí; un poco. Pero no como tú crees —rió.

—No hay más que una manera de enamorarse, me parece.

—No pensamos igual, chica.

—Pues a ver, explícame tu amor; porque estás majareta perdido.

—¡Uf!; sería muy largo, muy complicado y difícil... Y hace una noche tan hermosa que mejor será dejarlo para otra ocasión, ¿no te parece? —propuso.

—No, no. Que soy muy curiosa, muy impaciente —apreté—. Anda, dímelo. ¿Te

gusto mucho, amor mío?

—¿Gustarme tú...? No —aseguró con cinismo—. La verdad es que no me gustas nada.

—Pues entonces no sé a qué vienes conmigo —me encrespé.

—Porque estoy un poco enamorado de tu belleza; de tu asombrosa belleza —continuó muy serio.

—¿De veras?

—Sí.

—Entonces te daré una foto mía, para no molestarte tanto con mi presencia, chato —me irrité—. Si me la pagas bien, naturalmente.

—No me serviría para nada.

—¡Pues cualquiera te entiende, hombre!

—En eso tienes razón.

Me callé un rato, ofendida por la grosería del tío, dedicándome displicentemente a la horchata. Él me miraba sin cesar, sonriendo un poco, callado también. Hasta que su sonrisa me hizo saltar.

—Te vas a la mierda, ¿sabes? ¡Qué asco, cómo estáis los hombres!

—No tienes ningún motivo para enfadarte, pequeña.

—¿No? Si te parece...

—Hacía mucho tiempo, mucho, que no había visto una mujer tan guapa, tan asombrosamente bella como tú.

—Si me la pagas bien, soy capaz de mandarte mi cabeza, para que la diseques. Porque eso es lo que te gusta de mí, ¿no?

—Eres muy listija, chica —rió—. Me alegro de que lo hayas comprendido.

—Pues tengo un cuerpo precioso, ¿te enteras?

—Me he enterado ya, hija; y, la verdad, no puede ni compararse a tu cabeza.

—Nos ha salido artista el tío —lamenté.

—Pues sí; un poco.

—¿Eres pintor o qué?

—Eso quisiera.

—Hombre, me gustaría que un buen pintor hiciera mi retrato.

—Ya hablaremos, ya hablaremos de eso —admitió—. Pero serías un modelo difícil.

—¿Por qué?

—Tu color, la expresión de tu rostro, la luz de tus ojos; no, no creo que todo eso pudiera encerrarse en un trozo de lienzo. Porque, te lo digo, la hermosura de tu cabeza es realmente, incomparable.

—Gracias, amor mío —me amansé, ante la sinceridad de tus palabras—. Pero ¿no podría gustarte también un poco esta gatita tuya que tanto te quiere? —pedí, tratando de besarlo.

—No te conozco todavía —negó otra vez el tío, besándome sin calor—. Y,

además, nuestro primer encuentro no fue, por cierto, como para entusiasmarse contigo. Nadie, nadie —repitió con fuerza—, me habría tratado así.

—No sé a qué te refieres —aseguré, aun cuando recordara muy bien mi regateo, aquella noche en Casablanca.

—Más vale no acordarse de ello.

—Lo que te sucede, hombre, es que eres muy receloso —seguí, para tratar de sacarle aquella espina—. Porque yo tengo admiradores de sobra para no tener que salir contigo, si no me gustaras más de lo que tú te crees.

Lo dije por rutina, pero, de pronto, me di cuenta de que había un poco, un poco nada más, de verdad en mis palabras. Porque si por entonces no había cazado aún los dineros del procurador y del abogado, siempre me sobraban en aquel momento amigos más o menos generosos con quienes salir. Y éste era de los menos, porque se le veía poco acostumbrado a pagar a las mujeres y si te hacía un regalo de treinta duros era con el mismo gesto heroico con que otro hombre pudiera pagarte un abrigo de cinco mil pesetas. Sin embargo, aunque no me gustaba, me tenía curiosa con sus locuras y tampoco me desagradaba que la gente me viera a su lado, porque era un tío con buena estampa.

—No creo que te guste ningún hombre, peque —rechazó él—. Ya estás cansada de todos nosotros y, además, me parece que andas demasiado enamorada de ti misma.

—¡Qué cosas dices! —reí, tapando con mi frase la verdad de su descubrimiento. Porque para qué vamos a andar con tonterías; no he encontrado nunca a nadie que pueda comparármeme.

—Tú sabes perfectamente que es cierto lo que digo —continuó—. Y, además, me explico muy bien que así sea. Los hombres somos unas bestias estúpidas y feas y a ti, aunque también seas una alimaña bastante dañina, da gloria mirarte.

—Tú te lo dices todo.

—Es uno de mis defectos —admitió—. Veo demasiado claras las cosas. Y así se vive mal, muy mal, hija —se lamentó tristemente—. Resulta difícil que te engañen y más difícil aún engañarse a sí mismo, que es el engaño que va siempre unido a la felicidad.

—Eres un tío escamón y no debías ser así.

—No soy tan receloso, no creas. Pero he trajinado mucho el mundo y tengo alguna experiencia de mujeres; aunque te parezca mentira, he tenido bastante suerte con ellas.

—Lo creo, porqué, según dicen, eres un hombre muy guapo —admití, pensando que me había salido un coqueto.

—Según dicen, ¿no? —rió—. A ti no te gusto, ¿verdad?

—A mí no me gusta nadie —confesé—. Pero tú no me disgustas, que ya es bastante. Pareces un hombre inteligente y no voy a engañarte con tonterías.

—Era, precisamente, lo que iba a pedirte —siguió el tío, un poco amoscado—. Porque, ya que nos hemos metido en esta conversación tan seria, tan poco apropiada

al caso, quiero decirte que me interesa verte de vez en cuando, pero con una condición.

—Tú dirás.

—Que dejes de representar conmigo tu aburrido papel.

—Como quieras —concedí, pensando que era un hombre difícil y que lo mejor sería seguirle la corriente.

—Yo no voy a creerme nunca, ni aunque me sienta deslumbrado por tu belleza, la farsa a que te obliga tu..., tu trabajo —afirmó, tras una ligera duda en la palabra—. Pero me molestaría extraordinariamente que me trates como a un imbécil.

—Comprenderás que puedo enamorarme de ti —admití, por llevarle la contraria y porque ya me estaba irritando tanta claridad.

—No, guapa, no —negó enérgicamente—. Si hay una mujer en el mundo para quien resulte imposible enamorarse de mí, esa mujer eres tú.

—A lo mejor te equivocas —rechacé, no por cortesía, sino porque aquella seguridad me enfadaba.

—Estoy seguro de que no.

—¿Tan idiota te parezco?

—Gracias... Pero no es por eso.

—Pues, ¿por qué?

—Porque tú andas ya seca por dentro; porque tienes el corazón amarillo...

—Eso es verdad —le interrumpí, riendo.

—Y porque, aunque no lo tuvieras, yo no soy hombre para enamorarte.

—¿Tú qué sabes?

—Esas cosas se saben siempre si contiene uno un poco su vanidad.

—Eres un presumido, ¿te enteras? —salté—. Te crees más listo que nadie y tú te lo dices todo. Pero te aseguro que puedes equivocarte también, ¿sabes?

—En este caso sería una equivocación muy agradable —admitió con galantería—. Porque habrá que ver esa cara diciéndole a uno, de verdad, que le quieres. ¡Caray!, son cosas que no pueden pensarse con tranquilidad...

—Pues a lo mejor... —admití con mimo.

—No, dejemos esas tonterías —cortó en seco—. Deseo ser un buen amigo tuyo, Lola. ¿De acuerdo?

—Como quieras —concedí, pensando que valía la pena probar a un tío tan raro y esperar a ver por dónde asomaba la oreja. Porque, al fin, la asomaría; de eso no tenía yo la menor duda.

II

Debo confesar que si ha asomado la oreja yo no se la he visto. Porque aunque conozca muy bien a Juan en lo que se refiere a su manera de estar conmigo, ando completamente despistada sobre su modo de ser, y los informes que he logrado reunir son contradictorios. Pues hay gentes que lo piensan muy listo y otras que lo creen un majadero. Y para unos es un tío odioso, mientras que otros alaban su simpatía, únicamente parecen estar de acuerdo las mujeres guapas, pues las pocas que lo conocen presumen mucho con su conocimiento, que, ¡vamos!, no es para tanto.

Yo, por lo pronto, y algunos días después de la conversación que ya queda escrita, le endilgué al tío una bonita historia de mi vida, en la que, naturalmente, no había ni una sola palabra de verdad, pero que me hacía aparecer devorada por la desgracia y como una mujer muy interesante.

Creo que estábamos cenando en los jardines de Bolonia, porque allí daban antes un jamón serrano muy bueno que me gustaba mucho, de tapadillo en un frondoso cenador. El hombre pareció tragarse todo el cuento, escuchándome sin inmutarse y con gran atención. Pero, cuando acabé, bajando mis ojos y poniendo una preciosa cara de circunstancias, soltó la carcajada y me dijo que celebraba mucho mi divertida imaginación, añadiendo que esperaba merecer que le confiara algún día la verdadera historia de mi vida, porque estaba seguro de que sería mucho más interesante, como sucede siempre con la verdad.

A mí me pareció un majadero, pues decir la verdad es completamente estúpido y, además, muy aburrido, pero callé mis pensamientos, como suelo hacer siempre. Sin embargo, justo es reconocer que el tío habló tanto, que me dijo tales cosas aquella noche, que, al fin de ella, me di cuenta de que sabía ya muchas más verdades que nadie sobre mi persona. Porque él no estaría enamorado de mí, como aseguraba, pero cuando hablaba de mi belleza parecía sonar una música en sus palabras.

Y, además, iba siempre como delante de mi pensamiento, preparando sus pasos, llevándolo de la mano y dejándole siempre en cueros, en cueros vivos y sin nada con que tapar su desnudez.

Tanto me enfadó aquello que, después de reposar bien la mañana y despejado el sueño, decidí no volver a salir más con él. Porque, pensándolo bien, me pareció tonto arrimarme a su compañía.

Había muchas buenas razones para que yo pensara así. Y la más importante de todas ellas era la cuestión de los cuartos que, le escasearan o no al hombre, caían en mis manos como obligadas y escasas cortesías, nunca como justo pago. Pero, además, no conseguía sacarlo de sus casillas y tampoco lograba exhibirme en público con él, que hubiera sido otra manera de aprovecharme. Porque andaba siempre a escondidas y se veía que no sentía esa productiva vanidad que mueve a los hombres a presumir con las mujeres guapas que llevan al lado.

Por si fuera poco, no cabía la menor duda de que estaba comprometido. Y aunque

los casados suelen ser el mejor filón, aquél no lo era, como sucede siempre con los que se entienden bien con su mujer. Es fácil pescar en río revuelto y a mí que me den hombres fracasados en algo, especialmente en el matrimonio, porque son los más sustanciosos chorlitos. Pero nunca quise nada con estos tíos que, tras una pasajera cana al aire, vuelven de cabeza a los tiernos brazos de su mujer.

Además, el Misterioso o el Hebreo, como yo lo llamaba entonces, por ignorar su nombre, era un loco serio, que es la peor de las locuras, según mi entender. Decía los mayores disparates tranquilamente, con una seguridad pasmosa y sin apearse jamás del burro.

—Tú eres una buena chica —me soltó otra noche, creo que metidos entre las espesuras de Villa Rosa.

—¿Yo una buena chica, yo? —protesté, porque esto es lo que más me puede molestar.

—Sí, peque, sí —aseguró—. Un poco despistada, pero muy buena. A mí no me la das...

—Pues te equivocas, porque soy una mujer de cuidado.

Rió el hombre con ganas durante un buen rato, porque eso sí, siempre está muy alegre y charlatán conmigo. Y yo tuve que contener mis ganas de pegarle, de romperle aquella boca tan impertinente.

—Perdona, Lola, pero es que me haces mucha gracia.

—Pues cómprate una mona, ¿te enteras?

—Ninguna podría ser tan preciosa y tan simpática como tú.

—¿Simpática? No es eso lo que dice la gente —seguí—. Porque las mujeres me odian, comidas por la envidia, y a los hombres les escuece el precio que han de pagar por mí. Soy la mujer más cara de Madrid. Todo el mundo me conoce y me llaman la Estraperlo; ¿no lo sabías?

—Yo no; pero mi bolsillo se ha dado cuenta de ello.

—Tu bolsillo... ¡Qué cara dura tienes!

Se puso serio, de pronto, asomando tras la firme experiencia de su rostro una expresión de pesadumbre infantil.

—Lo siento, Lola. No quisiera haberte molestado —se excusó, con pena—. Aunque te parezca mentira, la verdad es que no tengo demasiada costumbre de... de estas cosas; de estos negocios femeninos. Y olvido, sí, lo olvido lamentablemente —se repitió—, que cuando sales con un hombre es para ganarte tu... jornal.

—Tengo que vivir.

—Hay muchos modos de vivir.

—Pero éste es el mío.

—Procuraré no olvidarlo más.

—Eso es lo que tienes que hacer —me animé—. Oye, ¿por que no me compras una sortijita muy mona? Una ocasión estupenda, mi vida.

—Porque no puedo.

—¿Y un modelito precioso que vi la otra tarde, un Rodríguez? Es un capricho, ¿sabes?

—¿Cuánto cuesta? —dudó.

—Dos mil quinientas por ser para mí.

—Imposible.

—Pueden dejármelo fiado y tú lo pagas cuando quieras —propuse, para agarrarlo de algún modo—. Ya verás que monísima estoy con él.

—Lo siento, pero no puede ser —negó otra vez.

Le eché encima una mala mirada. Estaba un poco fastidiado, sí, pero dispuesto a perderme si yo me emperraba. Por eso, conteniéndome el genio, me juré que habría de secarle algún día el bolsillo y que no uno, sino muchos, muchos vestidos tendría que regalarme para verme a su lado.

Mientras tanto, aguantaría un poco. Iría conociéndole, tejería mi red cuidadosamente, para envolverle por completo. Porque sabía muy bien que estas cerradas fortalezas se abren de pronto, desmoronándose ya para siempre.

Después de aquella conversación, el Misterioso desapareció durante algunas semanas. Y ya le creía perdido cuando volvió a llamarme por teléfono y quedamos en salir.

—Oye, Lola —me dijo, nada más verme—. ¿Quieres que dejemos esas tonterías?

—¿Qué tonterías? —me sorprendí, porque, la verdad, no voy a recordar todas las cosas que me dicen los hombres.

—Pues esas discusiones que nos traemos siempre —aclaró.

—¡Ah, vamos! Te refieres a la cuestión económica, ¿no? Pues sabrás que no es ninguna tontería, hombre.

—Lo comprendo, pero me quita toda la ilusión contigo, ¿sabes? —afirmó descaradamente—. Oye, vamos a aclarar esto de una vez —decidió con energía.

—Creo que, por desgracia, está ya demasiado claro, ¿no te parece?

—No lo está, no. Y quiero repetirte esto —advirtió muy serio, porque es hombre que no tiene términos medios—: yo no soy ningún buen asunto, porque, por ahora, piso firme en la vida. El matrimonio me ha salido bien y quiero a mi familia. Tampoco me siento resentido, ni fracasado, porque casi siempre he conseguido mis deseos. No he luchado demasiado por el dinero, aunque trabajo mucho en varias cosas. Vivo bastante bien, pero al día y sin sobrarme nada —afirmó el hombre—. Y puedes estar segura de que jamás perjudicaré a mi familia mermándoles ni un céntimo de lo que precisen sus necesidades. Por eso puedo darte muy poco, mucho menos de lo que tú mereces, pero mucho más, te lo aseguro, de lo que estoy acostumbrado. Pero... —sonrió irónicamente— acaso pueda ser, para ti, una buena inversión.

—¿Una buena inversión...? —desprecié.

—Me entusiasma tu belleza; me hace gracia; me diviertes, Lola —aseguró—. Y creo que podré pagarte todo esto algún día.

—¡Ah!, ya comprendo. Eres como esas acciones que están bajas, pero que pueden subir.

—Exactamente, Lola. Encanta observar lo espabilada que eres.

—Tengo muy buenos amigos y me gusta escuchar un poco lo que dicen, ¿sabes? —advertí—. Por cierto que sé de muy buena tinta que los Dragados van a subir lo tuyo. ¿Por qué no compras? —otorgué, generosamente.

—Gracias; no me gusta ese valor —rechazó enfadado—. Voy a comprar Navales.

—Pero si están tiradas...

—Como yo, como yo —rió el tío—. Pero van a subir también como yo —afirmó muy divertido.

—Si tú lo dices...

—Oye; ¿quieres comprar Navales o no...? Ya me entiendes...

—Bueno.

—Yo te daré lo poco que pueda y tú no hablarás nunca de ello, ¿quieres?

—Está bien.

—No dirás ni pío de nuestra... de nuestra amistad —siguió exigiendo— y te resignarás a que andemos por ahí un poco a escondidas.

—Tú mandas.

—Y si me ves con otras dejarás en paz tu amor propio, ¿eh?

—De eso puedes estar bien seguro.

—Por si acaso.

—¿Hay algo más todavía?

—Sí, creo que sí, peque —recordó tranquilamente el hombre—. Quiero verte siempre más arreglada y más guapa que una princesa. Pintada, perfumada, peinada y siempre de noche.

—Peor para ti, porque de día estoy hecha una monada —salté, ya rabiosa.

—Renuncio a ella.

—Muy bien —accedí, conteniéndome, para ver a dónde llegaba—. ¿Qué más?

—Mira, Lola —cortó poniéndose otra vez serio—. Necesito tu belleza; estoy enamorado de ella, ¿comprendes?

—Comprendo que eres un imbécil, hombre —reventé—. Y que estás más loco que una cabra.

—No me gustan las cabras, porque tienen cuernos.

—¡Ah!, pero también vas a pretender que no te los ponga —reí, porque la cosa se ponía ya graciosa.

—No podrás ponérmelos nunca —aseguró firmemente—. Porque no estoy enamorado de ti, no te necesito a ti para nada, sino a tu belleza. A tu asombrosa e inconmensurable belleza —repitió, emocionándose un poco—. Pero, si no estás de acuerdo en dármela alguna vez...

—Bueno, mira, vamos a bailar, porque te estás poniendo muy pesado —corté, pensando que lo mejor era mandarlo a paseo, después de bailar un rato.

Pero no bailamos tampoco, no. Porque el hombre aseguró que, junto a la pista, estaban sentados a una mesa unos amigos de su familia y no quería que lo vieran conmigo. Aquello fue el colmo y yo le dije que me llevara a casa.

Y volvimos por Chamartín, sin decir palabra, y con las caras más largas que teníamos. Hasta que, de pronto, por donde los nuevos ministerios, paró el coche a lo bruto y empezó a hablarme no de mí, sino de lo que significaba mi belleza.

Fueron las suyas palabras raras, pero que me sonaban cantos de primavera. Me entraban suavemente, refrescándome el alma, como si me llovieran dentro, como si me corrieran arroyos de agua viva por el seco de mis entrañas. Aquel hombre era un loco, un loco caradura, no había que dudarlo, pero era también un hombre nuevo. Porque me lavaba, me aniñaba y me hacía revivir la vida fresca, alegre y libre de mi infancia. Por eso le acompañé a escuchar otra vez el ruiseñor del Retiro y por eso también me besé idiotamente con él mientras el pajarito clavaba las flechas de sus firmes trinos en la clara y estrellada noche.

III

Salimos bastante durante aquel verano. Yo andaba de un humor torcido, porque me daba cuenta de que hacía muchas tonterías con él. Pero al hombre no le enfadaban mis bruscas coces, sino mis forzados empalagos que, poco a poco, dejé de emplear cuando estaba a su lado, pues no los toleraba. Íbamos a Villa Rosa, al Club Universitario, al Retiro o a refrescar por los puestos de la Castellana, según el temple de su bolsillo. Y hablábamos mucho, muchísimo, de cosas disparatadas y peleándonos con frecuencia, aunque la verdad era que lo pasábamos bien. Pero siempre estábamos en el mismo sitio y si una pretendía seguir adelante se daba de cabeza contra un muro sin puertas ni ventanas.

Algunas veces, pensando en ello, cuando despertaba sola en mi cama de matrimonio o cuando me resultaba insoportable el hombre que tenía al lado, se me envenenaba tanto la sangre que perdía hasta el apetito, pues todo el cuerpo parecía hervirme el coraje. Y me arreglaba más que nunca, inventándome peinados nuevos, maquillajes distintos y sacándole algún traje estupendo al idiota que la suerte cruzara en mi enrabiado camino.

Pero todo era inútil. Porque si todos los otros hombres se derretían como la cera junto al calor del fuego, al estar junto a mí, Juan parecía poseer una firmeza de granito, aunque se entusiasmaba con mi belleza más que nadie. Tal vez, precisamente, por ello.

Yo no soy tonta, ni mucho menos, y me doy muy bien cuenta de las cosas. Por eso comprendí que aquel hombre era un bicho raro y que no ablandaría nunca su voluntad, porque él andaba conmigo por razones muy distintas a las de los demás hombres que yo conocía, aunque, eso sí, puesto a cumplir como macho lo hiciera mejor que ninguno. Razones que yo no lograba comprender, que no entiendo claramente ni aún ahora, que he pasado más de un año tratando de conocerlas. Pero ahora, al menos, ya me he resignado un poco a darme de narices contra el telón de acero que defiende su misterio; antes, durante aquellas noches del verano pasado que conocieron nuestro absurdo idilio, no podía aceptar mi continua derrota y cada fracaso encorajinaba mi humor, hasta el punto de odiarlo como no he odiado jamás a nadie en mi trajinada vida.

—¿Sabes cómo te llamo? —le pregunté un día, para meterle, una vez más, los dedos en la boca.

—¡Vaya usted a saber...!

—Pues el Misterioso, hombre.

—Y, ¿por qué?

—Porque no he conocido en mi vida un hombre más misterioso y raro que tú.

—¿Que yo...? —se escandalizó el tío.

—No lo negarás, ¿eh?

—Pues claro que lo niego, Lola —afirmó, riendo—. Porque no encuentro mi

misterio por ninguna parte, por mucho que lo busque.

—¡Vaya, hombre, vaya!

—Y si te refieres a que no quiero exhibirme contigo, debes recordar que tengo un matrimonio feliz y que no quiero disgustos.

—Ése es otro cantar.

—Pues entonces, peque...

—Dime tu nombre, anda.

—¿Y para qué, hija?

—Para llamarte por él. Porque a una mujer le gusta llamar a su... vamos... a su novio, a su... lo que sea, por su nombre. ¿Te enteras? —salté, ya encrespada otra vez.

—Ya lo sé —rió—. Pero yo no soy tu novio, ni...

—Pues entonces, ¿qué eres? —le apreté, más herida que nunca—. Anda hombre, dilo ya de una vez.

—No te pongas así, guapa. Aunque enfadada estás preciosa —aseguró el muy asqueroso.

—Me pongo como me da la gana. Y te repito que lo digas de una vez.

—Bueno, hija, bueno —rió de nuevo—. Pues, la verdad, yo no creo ser nada tuyo. Nada.

—¿Nada?

—Nada.

—Vete a paseo, hombre. Eres un imbécil.

—Seguramente —admitió sin enfadarse.

—¿De manera que tú no eres nada para mí? —le pregunté, bajando la voz como la bajo siempre que ya no sé lo que digo—. ¿De manera que sin ser nada mío te estoy soportando a mi lado y perdiendo tantas ocasiones estupendas de sacarle los cuartos a algún chorlito? No merezco esto; no lo merezco, no —acabé, apretándome las lágrimas, para que no salieran de mis ojos, porque era preciso que aquel hombre no me viera llorar.

—No seas tonta, Lola —siguió, ya serio y cogiéndome una mano—. Aunque no sea nada tuyo, te quiero mucho. Puedes estar segura —repitió con calor.

—Gracias. Realmente no vale la pena hablar de ello —desprecié, más serena—. Porque, además, estarás figurándote que, con todo esto, trato de sacarte algún dinero.

—Sí, creo que sí —admitió el caradura—. Aunque tal vez no te des cuenta —rió—. Porque el sacar dinero del hombre que tienes al lado es para ti una función vegetativa; quiero decir algo así como el respirar.

—Eres un chulo indecente.

—Unas veces se trata del dinero por el dinero; otras no —siguió—. En este caso, no.

—¡Ah!, no —me sobresalté—. ¿Crees acaso que me sobra, eh?

—A ti no te sobrará nunca —rió otra vez—. Pero no lo digo por eso.

—¿Pues por qué?

—Porque aquí, conmigo, ¡vamos!, el sacarme el dinero que quieres sacarme significaría algo importante para ti.

—Dilo, dilo...

—Pues algo así como vencerme. Hacerme pedacitos; masticarme un poco con esos dientecitos tan monos, tan voraces, que tienes.

—Vaya, hombre. ¡Qué tonterías!

—No son tonterías; es la pura verdad.

—Lo que eres es un cobarde asqueroso —descubrí, de pronto—. Porque me tienes miedo, miedo, ¿te enteras?

—A ti, no, Lola. A tu belleza, tal vez —confesó muy serio.

—¿Pero qué monserga es ésta de yo y de mi belleza? —volví a encresparme—. No hay más que una mujer, una mujer preciosa. Yo; Lola. Me aburres, me cansas ya con esas tonterías.

—Es natural.

—Y si tú no eres nada para mí ni yo tampoco soy nada para ti, pues, entonces...

—Tú eres mucho, muchísimo, para mí.

—¿Qué me dices, hombre?

—Y sentiría perderte.

—Pues me parece que te voy a durar poco.

—Me lo temo.

—¿Te lo temes...? ¿Y qué más...?

—Pues nada más.

—Cobarde, cobarde, cobarde —le escupí en su cara, mientras se reía.

Aquella noche lo saqué un poco de sus casillas. Porque después de tomar el aperitivo en un puesto del final de la Castellana, me llevó a Villa Rosa y me sentó en una mesa, junto a la pista, donde había más gente.

Como siempre, causé sensación porque estaba divina con un vestido de seda natural granate, un modelo de Balenciaga que le había sacado al viejo asturiano últimamente.

—¿Te fijas cómo me miran? —le hice observar a mi hombre—. En este momento te odian todos.

—Pues yo a ellos no, guapa.

Los odiara o no, el muy asqueroso empezó a mirar a una tía fea que se nos sentó al lado, acompañada por un galán que no me quitó el ojo de encima desde que me vio.

—Podías tener la atención de no mirar tanto a ésa —le advertí yo al mío.

—¿A quién?

—A esa tía fea que tenemos al lado.

—¡Ah!, ya. ¿No pensarás que me gusta, eh?

—¡Cualquiera sabe!

—Es que a mí me interesan mucho las caras de la gente, ¿sabes? Aunque sean

feas.

—Pues si la miras, ya verás.

Y la miró.

Entonces yo empecé a timarme con el tipo que acompañaba a la mujer, hasta dejarlo pasmado por su éxito, pues, aunque joven, era muy feo, con una cara de garbanzo mal cocido. Tanto lo miré, que el pollo se arreglaba sin cesar el nudo de la corbata y hablaba fuerte, dedicándome sus gracias y animando su boca consumida, hundida entre la nariz y la barbilla, con una sonrisita maliciosa, llena de orgullo y de compasión desdeñosa hacia mi acompañante. Precisamente lo que yo deseaba.

—Creo que ya está bien, Lola —advirtió, de pronto, mi hombre, que llevaba un rato haciéndose el desentendido.

—¿Qué dices?

—Que ya está bien; ¿no crees?

—Perdona, pero no te entiendo.

—Si sigues mirando así a ese tío, te voy a dejar sola —amenazó, con la voz algo quebrada.

—Pero no me digas; ¿tienes celos, amor mío?

—Oye; déjate de tonterías —dijo, muy serio—. Celos o no celos, si no acabas el juego te vas a quedar aquí solita.

—No me faltarán acompañantes, puedes estar seguro.

—Lo estoy, lo estoy —repitió—. Pero prefiero que sean otros los que te acompañen si sigues así.

—Qué exigencias, hombre.

—No se trata de eso —aclaró, al vuelo—. Se trata de que me parece que estorbo; y no me gusta estorbar. Nada más.

Me callé y continué mirando al otro, con más disimulo, pero insistentemente, para jorobar bien a mi hombre, que pareció distraerse durante un rato, en el que bailamos un par de veces. Tanto, que cuando se levantó de la mesa y me dejó sola un momento, creí que iba al servicio y ni recordé su anterior amenaza. Hasta que, al poco rato, un guardacoches me trajo un papelito con una nota suya deseándome una noche feliz y advirtiéndome que, por si me fallaban mis admiradores, tenía un taxi pagado a la puerta del jardín, esperando mis órdenes.

Pero no me fallaron, no, porque había muchos y me pegué a uno de ellos. La noche resultó bastante movida; agarré una tajada de miedo y no volví a mi piso hasta dos días después.

IV

El Misterioso me llamó por teléfono, para salir conmigo, como si no hubiera ocurrido nada entre nosotros. Tuvimos unas palabras, mejor dicho, las tuve yo, y muchas, hasta el punto de que me negué a ir con él aquella noche. Pero volvió a llamarme otro día y salimos juntos, porque, las cosas claras, echaba de menos sus locuras. Y no se volvió a tratar del asunto de aquella noche, ni yo me atreví nunca más a mirar a ningún hombre estando a su lado, a no ser muy rápidamente, a hurtadillas, y siempre con el temor de que me deje plantada.

La verdad era que yo lo pasaba muy bien con él, y, en vista de ello, decidí no preocuparme con sus manías. Porque había que tomarlo tal como era o dejarlo de una vez. Pero siempre me di buena cuenta de que aquel hombre me sacaba lo que le daba la gana de mis cosas, sin soltar prenda sobre las suyas.

Yo soy muy charlatana y rajo lo mío cuando suelto a gusto la lengua. Pero con los hombres me hago la esfinge misteriosa y procuro hablar lo menos posible, pues así se interesan más y se enreda una menos, porque el palique trae siempre traidoras contradicciones, que terminan pillándote el embuste. Sin embargo, yo no sé qué diablos me ocurrió con Juan que no pude contener mi cháchara y muy pronto estuvo al corriente de todas mis cosas, sin otras fantasías que las naturales en una chica de tanta imaginación como la mía.

Él era muy hábil para sacármelo todo. No le daba importancia a ninguna de mis faenas, se reía siempre a tiempo y parecía interesarse mucho por mis trajines, pues me escuchaba como nadie. Tanto que yo, hablando y hablando, llegaba a olvidar que era un hombre, un mal enemigo, lo que tenía al lado. Y cuando, en una pausa, lo recordaba, ya era tarde, pues ya sabía él demasiado y exigía la continuación.

Además, su curiosidad me halagaba. Porque no se aburría nunca conmigo y mis cosas le hacían mucha gracia. Esto era un éxito nuevo para mí, pues siempre sujeté a los hombres de otra manera. Una manera desesperada, amarga, llena de rencor, por su parte. Como los amos sujetan a los esclavos, quiero decir. Por eso ellos, cuando no me necesitan, parecen despreciarme, no tenerme en cuenta. Hasta que, vencidos, tienen que volver a mí, arrastrándose, para tenerme otra vez, para iluminar con mi presencia sus cochinas vidas de hombre.

Con el Misterioso, con Juan, no sucedió jamás nada de esto. Era un tío loco, un caradura, pero se interesaba por mis andanzas, lo mismo durante una tierna cena que al separarnos después de una noche agitada. Y aunque su interés tenía un límite claro y tal vez poco profundo, no se modificaba mediante entusiasmos momentáneos o pasajeros hastíos, sino que era siempre el mismo.

Todo esto me sorprendió mucho, pues fue para mí una completa novedad, tanto que durante algún tiempo pensé que era una táctica del *indino* para soltar menos cuartos y lograme más barata que nadie, cosa que todavía recelo muchas veces, pues no me fío un pelo de hombre alguno. Pero cierta o no cierta mi desconfianza, yo tenía

que ir viviendo y él era ya, sin duda alguna, parte de mi vida en aquel momento.

Un día supe que también él me necesitaba. Me lo había dicho varias veces, pero se me figuraban falsas palabras. Hasta que una noche, mordisqueando en una triste tasca una perdiz escabechada, me di cuenta, de pronto, de que yo era también algo para él. Algo confuso, que no comprenderé nunca probablemente; pero algo al fin y al cabo.

Yo había salido con otro, aquella noche, porque necesitaba dinero y porque él no me había llamado por teléfono. Y cuando entró en Casablanca, a buscarme, yo bailaba una samba con mi galán, qué era un hombre joven y guapo, por más señas. Le saludé con un gesto, y él esperó un poco, dando algunas vueltas por el salón, más solo que un hongo, hasta que pude mandarle un recado por la florista, diciéndole que estaba comprometida y que me llamara al día siguiente, para salir juntos.

Como soy mujer, me alegró mucho, de momento, el dejarle plantado, sobre todo habiéndome visto en tan buena compañía. Pero cuando lo vi marcharse del salón temí que se hubiera enfadado y este temor me torció el gesto durante toda la noche.

El reloj del Banco sonaba las tres cuando volvía, acompañada por mi galán, hacia mi casa. Bajábamos una calle solitaria y nuestros pasos resonaban con esa emoción que ponen las películas buenas en los momentos dramáticos. Ni mi amigo ni yo hablábamos, aunque íbamos cogidos del brazo, como dos novios. No sé en qué pensaría él, pero yo iba de mal humor, comprendiendo lo estúpido que era aquel pobre hombre, tan lleno de juventud y de dinero.

En la esquina de la calle, bajo un farol vacilante, vi parado el coche de el Misterioso, un Lancia gris descapotable bastante mono. La sorpresa me hizo vacilar y mi acompañante me sujetó firmemente el brazo, creyendo que había dado un traspié. Porque yo no quería pasar con él por delante del coche, en la escandalosa soledad de la calle.

Me detuve y traté de despedir a mi hombre, con un pretexto cualquiera. Pero el tipo era un chico de esos que son capaces de todo menos de cometer una incorrección y se obstinó en acompañarme hasta mi portal. Discutimos un poco, hasta que comprendí que la cosa no tenía remedio y me solté de su brazo, poniendo un metro de desprecio entre los dos.

Así pasamos junto al coche. Yo volvía a casa desinteresada ya de toda apariencia; greñuda y despintada, marchita y sin brío, porque todo lo había vendido ya. Y cuando pasé junto al Lancia se me encendieron las mejillas, me sentí lo que era y no pude alzar la vista para mirar hacia el interior de aquella carrocería gris, donde brillarían tal vez dos ojos acerados por el coraje y la humillación.

Pero no: no debieron brillar así en aquel momento. Porque el Misterioso esperó tranquilamente a que mi amigo me dejara en el portal del pasaje y a que yo saliera otra vez de él, hacia su encuentro. Entonces me dijo que deseaba verme; y, como yo no había cenado aún, me llevó a una tasca del barrio, que abría a deshora, donde nos bebimos una botella de tinto y yo pedí una perdiz en escabeche, acompañada de una

ensalada de lechuga, olivas, tomates y cebollas.

Nos sentamos a la mesa en silencio, porque a los dos nos costaba trabajo hablar. Pero me miraba todo el tiempo, sin cansarse, observándome mientras comía, hasta que su mirada me hizo sentirme otra vez ajada, sucia y vendida.

¿Qué buscaba en mí aquel hombre? ¿Para qué me humillaba así? Entonces, mientras mordisqueaba una endurecida pata de la perdiz, supe que me necesitaba para algo, para algo oscuro, desconocido; porque de no haberme necesitado, a mí, a lo que yo era, una mujer, ajada, sucia y vendida, no me hubiera buscado, no me hubiera acompañado allí, a aquella tasca asquerosa y triste que envilecían las risotadas de dos parejas borrachas.

Excitada por mi descubrimiento bebí mucho, hablé por los codos y creo que terminé llorando en el coche, ya de madrugada. Él no me dijo ni una sola palabra dura, pero permanecía alejado de mí, rechazando obstinadamente mi contacto, hasta que, ya de día, me dejó en mi portal y me hizo acompañar hasta mi piso por el sereno, pues yo no estaba para subir sola la escalera.

Al día siguiente yo me puse seria, cosa que me sucede muy raras veces, porque no me gusta tomar las cosas por la tremenda.

—Oye: ¿por qué viniste a buscarme anoche?

—Porque quería verte.

—Ya te dije que estaba comprometida.

—Sí.

—Y debías haberte imaginado que no volvería a casa sola, ¿no?

—Pues, sí, lo pensé.

—Me hiciste pasar un sofoco, ¿sabes?

—¿Un sofoco tú? Vamos, Lola, no exageres.

—Pero ¿por quién me has tomado? Anda, dilo; dilo ya.

—Te he tomado por lo que eres. Por una chica muy guapa, muy simpática y muy divertida —se escurrió riendo, el muy cabrito.

—Bueno, mira, Misterioso —salté, ya cansada de sus tonterías—. O me dices por qué viniste anoche a esperarme allí o no me ves más el pelo.

—Pero si ya te lo he dicho, tonta. A verte.

—A verme con otro, ¿eh? —me encrespé—. A verme despeinada por un hombre, ajada por un hombre, emporcada por un hombre. A verme vendida a un hombre —seguí, perdiendo ya los estribos—. Y a frotarme bien toda esa vergüenza en los morros, ¿verdad?

Los ojos de el Misterioso brillaron de una manera rara, al escuchar mis palabras. Estábamos sentados en un puesto de Rosales, aliviando con unas horchatas el peso sofocante de la noche. La luz de un farol buscaba de refilón su cara y la sombra de una rama de acacia, que una ahogada brisa movía, le escamoteaba la frente, los ojos y más de media nariz. Pero mientras su boca sonreía una sonrisa cariñosa y cínica al mismo tiempo, a la luz del farol, sus grandes ojos, sus condenados ojos, hundidos ya

en la sombra de la rama, brillaron con un fulgor alegre y satisfecho.

—¡Ah! Te gusta ponerme así; sacarme de quicio, ¿verdad, asqueroso? Pues ya me van cansando tus misterios, ¿te enteras?

—Pero si no hay ningún misterio, Lola —protestó, riendo, el tío—. Si todo te lo armas tú, mujer.

—Dime a qué fuiste allí anoche; qué intención llevabas, y te creeré.

—Desde luego nada que pudiera herirte. Nada que pudiera humillarte, te lo aseguro —afirmó muy serio; porque eso sí, no lo puedo negar, siempre fue un caballero conmigo—. Quería verte, la verdad, y...

—Los hombres no vienen a verla a una así, después de... eso. Me figuro que estaría horrorosa.

—Tanto como horrorosa, no. Pero no estabas demasiado bien...

—¿Pero cómo iba a estar, so idiota? —salté otra vez—. Encima, esto; que le digan a una que no estaba guapa. Pues yo estoy siempre guapa, ¿te enteras?

—Anoche, no.

—¡Ah!, vamos; ya comprendo al señor —descubrí de pronto—. Se trataba de eso: de verme así, descompuesta, ajada, fea. Pues sabrás que estoy monísima con la cara lavada.

—Con la cara lavada, tal vez. Pero anoche no tenías la cara lavada —advirtió secamente.

—Ni me besó siquiera. Porque yo no me dejo besar por cualquier hombre, ¿sabes?

—No es eso, no es eso... —cortó malhumorado—. Anda, Lola, vamos a dejarlo ya.

—No, no y no —negué, excitada—. No lo vamos a dejar porque tenemos que hablar muy en serio tú y yo. Y ahora mismísimo.

—Con el calor que hace...

De pronto, mis palabras me trajeron a la memoria a el Espichao. Recordé cómo él tenía siempre que hablar muy en serio conmigo, incansablemente, rodeándome de complicaciones, de problemas que habían de aclararse con impaciencia, pero que no se despejaban jamás, porque sólo existían en su imaginación. Y recordé también cómo yo no compartía nunca sus prisas y cómo le suplicaba siempre que lo dejara ya, que no le diera más estúpidas vueltas a las cosas.

El recuerdo me avergonzó y me llenó de asco y de coraje. Por eso decidí no caer en lo mismo, no hablar como aquel pobre hombre, aunque tuviera que tragarme la lengua. Pero, callándomelo todo, tenía, sin embargo, que preguntarle a el Misterioso una cosa; una sola cosa y en aquel momento.

—Está bien —decidí—. Vamos a dejarlo. Pero vas a contestar la verdad. Fíjate: la verdad, a una pregunta.

—¿La verdad...? —gruñó—. Pues no pides poco, hija.

—¿Prometido?

—Bueno, por una vez —concedió el tío.

—Oye, Miste... Mira; no me da la gana de seguir llamándote así, ¿te enteras? — salté de nuevo—. O me dices tu nombre o me voy ahora mismo.

—Pues... pues llámame Juan.

—No es tu nombre, ¿verdad?

—No, pero podría serlo.

—Pues te vas a quedar con Juan para toda la vida.

—Como quieras.

—Mira, Juanillo, dime la verdad: ¿por qué andas conmigo?

—Porque me gustas.

—Has prometido decirme la verdad.

—¿Pero era eso, Lola? —rió—. ¡Caray! Me imaginaba algo más grave.

—Pues ya lo sabes... Juan. Quiero que me digas ahora mismito y en cristiano, por qué andas conmigo.

—A lo mejor, a lo mejor no puedo contestarte. Porque tal vez no lo sepa yo tampoco —advirtió.

—Tú lo sabes todo. Y, además, yo te refrescaré la memoria, no te apures.

—¿Es que vas a confesarme?

—Me lo has prometido.

—Pues nada, hija: a ello —se resignó.

—Las personas siempre se arriman por algo. ¿Por qué andas detrás de mí?

—¡Ah!, pero yo ando... ¡Caray! Pues es verdad que yo ando detrás de ti — advirtió con sorprendida sinceridad.

—Oye, no hagas más el idiota y contesta de una vez.

—Me gustas mucho, Lola. Ya te lo he dicho —se impacientó.

—Te gusta mi cara, ¿verdad?

—Es asombrosa.

—Y te hago gracia.

—Mucha.

—Además te resulto simpática y te divierto, ¿no?

—Pues, sí...

—Como mujer, tampoco soy ningún hueso, ¿eh?

—Ni mucho menos.

—Pero, vamos... quererme, lo que se llama querer a una mujer, no me quieres, ¿verdad?

—Preguntas demasiado —gruñó otra vez.

—Yo sé que no me quieres, Juan.

—Pues te equivocas, so tonta —protestó—. Vaya, no voy a tener más remedio que poner las cosas en su sitio, porque andas muy despistada conmigo, chica.

Se enderezó en su silla, con un gesto perezoso y a la vez decidido. Se arregló el nudo de la corbata y, antes de hablar, me miró un rato, asomando su sonrisa a la luz

del farol. Entonces pensé que no se podía negar que era un hombre bastante guapo; pero loco, más loco que una cabra.

—Hay cosas que son muy difíciles de explicar, Lola. Y, además, yo no creo en las explicaciones. Porque uno nunca dice lo que quiere decir y porque nadie te entiende como deseas hacerte entender —se lamentó—. Las palabras no sirven para comunicarnos con los demás, sino para enredar aún más las cosas.

—Déjate de monsergas, hombre. Lo que hay que hacer es llamar al pan, pan; y al vino, vino.

—Pues entonces, te quiero. Y no hablemos más —admitió, disponiéndose a repantigarse de nuevo en su silla.

—Sigue, sigue con tus locuras, que a mí también me divierten tus cosas —le animé.

—No me vas a entender.

—Anda ya.

—Todo está muy claro, guapa. Lo que sucede es que a ti te gusta buscarle tres pies al gato.

—Eres un desagradecido.

—No sé por qué.

—¿Que no sabes por qué? —me alboroté de nuevo—. ¿Pero es que no te das cuenta...? ¡Buena! Dime qué es lo que para ti está tan claro y nada más.

—¿Te acuerdas cómo te conocí?

—Lo recuerdo perfectamente.

—A mí tampoco se me olvida aquel regateo, ni aquel pago anticipado.

—Entonces tratas de vengarte, ¿no?

—Pero qué tonterías imagináis las mujeres.

—Pues me parece de mal gusto recordar ahora aquello.

—Si lo hago es para que sepas que desde el primer momento me pareciste una mujer interesante; una chica original.

—No me tomes el pelo, hombre.

—Estoy muy agradecido a las mujeres para tomárselo a cualquiera de ellas. Escúchame un momento, Lola —dijo, acercando su silla a la mía con un gesto impaciente—. Me has interesado siempre, desde el primer día.

—Pues a veces no lo parece.

—Primero, porque tu belleza es prodigiosa.

—Ya salió a relucir mi belleza —gruñí—. Conseguirás que me harte de ella.

—Tu belleza me hace feliz, porque yo soy uno de esos hombres desdichados que sólo se sienten felices ante lo bello, ante lo precioso. Y tu hermosura y tu gracia van recuperándome todos los momentos bellos de mi vida, sacándolos de la bruma torva de mi pasado y trayéndomelos aquí, al claro momento de tu presencia —dijo con emoción—. Eres tan bella, tan graciosamente bella, que yo te siento siempre como una fuente que murmura y sonrío un agua inagotable; un agua que refresca y calma

todos mis ardores.

—Menudo cuentista estás tú hecho —dije, por decir algo, porque sus locas palabras siempre me gustan.

—Por eso dudo, por eso no me atrevo.

—¿A qué, hombre? —pregunté rápidamente, muerta de curiosidad.

—Pues a tratar de apoderarme de este agua viva, que corre y corre, que no puede detener su caudal ni un momento, porque es clarísima fluidez.

—¡Vamos!; que me tienes miedo, ¿no?, hablando en cristiano. Creo que, si tú quisieras, me entendería bien contigo, Juan —aseguré, para animarlo un poco.

—Tal vez... —admitió, distraído.

—Te querría mucho, so loco, y... y hasta creo que no te engañaría con nadie.

—Pero ¿qué dices? —se sorprendió—. No me refería a eso —rió—. De todas formas, gracias por tu supuesta fidelidad. Aunque, chica, no me la creo.

—No tienes vergüenza.

—Quisiera fijar, aprisionar en cierto modo tu graciosa belleza. Dejarla para siempre en algo; en una obra que la haga incorruptible, inmortal —aclaró, si es que estas palabras tuyas aclaraban algo—. Pero dudo, dudo; porque el agua viva, el agua corriente se pudriría encerrada, detenida en su continuo y luminoso curso. Y, sin embargo, habrá que intentarlo, al menos. Intentarlo desesperadamente, angustiosamente, cualquier día, porque no puedes acabarte así, como una mujer más, vencida por los años.

—Oye, tú: que tengo sólo veinticuatro.

—Ya lo sé, Lola; pero, si los vives, tendrás algún día inevitablemente cuarenta. Y entonces...

—¡Bah!; no te preocupes —desprecié—. No pienso llegar a vieja.

—¿Por qué?

—Estoy bastante enferma.

—¿Enferma? —se sobresaltó—. ¿De qué?

—De endeblez; del corazón; del pecho... De todo menos de lo que tú estás temiendo en este momento.

—¿Seguro? —continuó alarmado.

—Segurísimo —repetí, envenenándome al comprobar, una vez más, el egoísmo atroz de los hombres. Porque no importa que esté una enferma, con tal de que sea del corazón, del pecho, del hígado, del riñón, de la cabeza o de las narices; sí, de todo el cuerpo al mismo tiempo, pero nunca de otra cosa. De otra cosa que pueda contagiárseles. Que una se pudra, que una se retuerza de dolor, que una eche los bofes y que una se muera como un perro, si es preciso. Pero que ellos sigan siempre sanos y rozagantes como asquerosos cochinos que son.

—¡Pobrecita mía! —dijo el hombre, tratando de endulzar la voz, ya más tranquilo—. Todas las cosas bellas son delicadas, frágiles. Aunque, a pesar de tu finura, tienes un aspecto muy bueno y estoy seguro de que exageras. Porque, vamos a ver: ¿en qué

consiste tu enfermedad?

—Pues ya te lo he dicho, hombre. Tengo endeblez.

—Eso no dice nada —se impacientó—. ¿Qué te ocurre cuando te sientes mal?

—¿Eres médico?

—No; de verdad que no.

—Pues entonces, ¿a ti qué te importa? Lo único que debe interesarte es que estoy muy sana en otras cosas —advertí, torcido ya el humor.

—Me interesa eso, no lo niego. Pero me interesa también todo lo otro —aseguró muy serio.

—¿De veras? —me sorprendí yo ahora.

—De veras, Lola.

—Pues creo que es del corazón, ¿sabes? Porque me dan soponcios y me siento muy débil.

—¿Te ha visto el médico?

—Sí; muchas veces.

—Y, ¿qué dice?

—Pues eso, hombre, no te pongas pesado: que mi endeblez arriba, que mi corazón abajo. Y que tengo que cuidarme.

—Pero tú no te cuidas.

—No, ¿para qué? —dije, aunque hubiera debido decir mejor: «¿Para quién?».

—Tenemos que ver eso —insistió, después de un corto silencio en el que debió adivinarme el pensamiento—. Porque tú eres una chica que puede hacer feliz a un hombre y no es posible que sigas descuidándote así. Nada, te llevaré a un buen médico, a ver qué te pasa.

—Los médicos cuestan mucho dinero —advertí.

—No importa.

—Pero ¿no dices que andas mal de cuartos?

—Para eso, no. Para eso los buscaré —aseguró con una decisión que me llenó el alma de calor.

—Eres un cielo, amor mío —dije arrojándome a él con la verdad en los labios.

—Soy un hombre; nada más que un hombre —advirtió, desconfiando claramente de mi arrebato.

—Y un asqueroso que no me cree ni una sola palabra —añadí—. Pero yo te quiero, te quiero, loquito mío, lo creas o no lo creas.

—He tenido bastante suerte con las mujeres, la verdad —presumió el muy caradura—. Pero me sorprendería tenerla contigo.

—No sé por qué.

—Tengo treinta y seis años, Lola. Demasiadas horas de vuelo, ¿comprendes? Y ando ya un poco de vuelta de todas las cosas.

—Y yo no, ¿eh?

—Sí, tú también, es cierto. Pero de otro modo. En el fondo tú eres muy

inocentona.

—¡Qué bobada!

—Eres estupenda. No lo sabes tú bien —aseguró con entusiasmo.

—Pues dímelo, hombre; porque siempre gusta oír esas cosas.

—Eres capaz de cargarte todo lo que se te ponga por delante —siguió—. Para ti no existen ni deberes, ni limitaciones de ninguna clase, porque tú vas a lo que tú crees que es lo tuyo, con una seguridad ciega y decidida. Y cualquier flaqueza de ánimo, cualquier flojera de la voluntad a tu lado significa la derrota, el seguro envilecimiento, la más triste noche interior.

—Me estás poniendo buena —reí.

—En circunstancias favorables robarás, si es que no has robado ya...

—Oye, tú... —protesté, por protestar.

—Y en circunstancias más seguras, absolutamente seguras, te creo capaz de matar, si te vale la pena.

—No. Eso sí que no —negué, ahora con más firmeza.

—Pero, a pesar de todo —continuó sin oírme—, eres una criatura estupenda: sonriente, bella y cruel como una fuerza libre, indomable, de la Naturaleza. Tan sonriente, tan libre y tan cruel que... que me temo que no tengas alma —terminó de pronto.

—Cada día estás más loco —reí.

—Por eso voy contigo, ¿sabes, Lola? —siguió, precipitándose como un torrente—. Tu belleza, tu belleza sola, no me serviría para nada, como no nos sirve la belleza de un mármol, la belleza de una pintura. Pero tu libertad, tu alegre y cruel libertad, y tu ciega fuerza natural tonifican; airean el alma y refrescan el cuerpo, purgando languideces y humores. Eres como la lluvia, como la brisa, como la nieve, como las flores y como las aves graciosas y bellas. Y, algunas veces, puedes ser también como una tierna puesta de sol, como una noche helada de invierno, como un mediodía ardiente de verano y hasta como una hermosa y arrasadora borrasca. En realidad, creo que puedes serlo todo. Todo menos una cosa.

—¿Qué cosa?

—Pues una mujer.

Se calló, de pronto. Chupó un momento por la paja de su vaso de horchata y se reclinó otra vez sobre el respaldo de su silla. Decididamente era un tío *chalo* y no había que soñar en agarrarlo. Porque estaba claro que no servía para hacer el chorlito, ni aun para arrimarse bien a una mujer, aunque se le quisiera y no se le sacaran demasiado los cuartos.

Lo estuve mirando un rato, sin hablar, distraída por los juegos de la sombra de la rama de acacia en su cara morena. ¿Me estaba tomando el pelo? ¿Me quería un poco a su loca manera? Lo único seguro era que diría aquellas cosas a todas las mujeres, que las alborotaría con sus locuras, que no estaba enamorado de mí y que, aunque le gustara mucho, no me necesitaba para otra cosa que para aquellas bobadas. Tonta de

mí, que, por un momento, había llegado a pensar que no podría vivir sin verme, que no podría olvidarme ya.

Era un tipo delgado, vivo y loco, incapaz de sacrificarse por una mujer. No me convenía nada; absolutamente nada. Por eso no saldría más con él. ¡Vamos, hombre!; decirme a mí, a mí, que no era una mujer.

V

Me llamó dos o tres veces por teléfono, pero yo me negué, porque tanto la Lirio como la Basi tenían orden de decirle que no estaba en casa. Y, como yo suponía, no volvió a ocuparse más de mí.

Así pasó, si no me falla la memoria, que es algo flaca, la mayor parte del verano y, aunque yo nunca lo olvidé del todo, los jaleos que tuve con el procurador y sus amigos durante esas semanas me lo alejaron de la imaginación. Porque, primero, anduve resabiada con aquella mala suerte y, después, mis dineros, ocultos en el piso, me tenían siempre ocupado el pensamiento, ya que no sabía qué hacer con ellos.

Hasta que una noche lo vi en Villa Rosa, escondido junto a la piscina con una mujer muy bien vestida. Andaban por allí, muy románticos y empalagosos, bailando los dos solos en la pequeña pista y haciendo tonterías a la luz de la luna.

Yo iba con el asturiano de marras, pues el dinero no se me había subido a la cabeza y traía entre manos con el tío un estraperlo muy interesante; y me sentó muy mal que me viera otra vez con un hombre tan feo. Pero, a pesar de ello, me las trajiné bien para observarlos a gusto, pues me puse romántica con mi chorlito y me dio por pasearme junto a la piscina, a mirar también la luna, y para mandarle un recado desde el tocador, con un chico, como si lo llamaran por teléfono, pues quería decirle dos palabras.

El Misterioso, Juan o como se llame el condenado, no vino; se lo figuró todo y le dijo al chico que ya me llamaría por teléfono. Y así lo hizo, con toda calma, dos o tres días después.

Yo, la verdad, había pensado mandarlo a paseo cuando me llamara, pero salí con él aquella misma noche, porque no había conseguido saber quién era la lagarta que lo acompañaba y la curiosidad no me dejaba vivir en paz.

Fuimos a cenar juntos a Samba, porque allí, a esas horas, había muy poca gente. Y, al final de la cena, la cara dura y el temple del tío me empezaron a poner muy nerviosa. Comprendo que me porté muy mal, porque hay cosas que no deben hacerse a un hombre, pero había pasado mucho últimamente y mis nervios no andaban demasiado bien. Además, no pude sacarle quién era aquella mujer tan vistosa que le acompañaba la noche de nuestro encuentro.

Dice la gente que cuando me pongo antipática no hay tampoco quien me gane, porque sé herir en lo más vivo. Y, aquella noche, debí superarme, pues me sentía más bronca y encrespada que nunca. Por eso, le hice una perfecta escena al hombre al acabar la cena, caldeada por un vinillo blanco que encendía las entrañas.

Primero estuvimos un rato hablando de cosas indiferentes, hasta que, como él no soltaba prenda, corté por lo sano mientras comíamos unos langostinos.

—¿Qué? ¿No tienes nada que decirme?

—Pues sí... Que cada día estás más guapa.

—No parece qué te interese mucho la belleza, hombre —reí venenosamente—.

Porque no te has vuelto a ocupar de mí para nada y sales con cada tía que no sé cómo no se te cae la cara de vergüenza...

—No me gusta molestar a la gente que no se me pone al teléfono, y en cuanto a la señora que iba conmigo la otra noche no está tan mal —rió con su eterna risa.

¡Ah! Era una señora. ¡Valiente cochina!

—Dejemos eso, ¿no te parece?

—Además creo que la conozco mucho, porque la he visto varias veces con un amigo mío, un viejo de mucho dinero...

—Me parece que estás equivocada.

—Es extranjera, ¿verdad?

—Creo que no.

—¡Ah, vamos!; ni siquiera lo sabes.

—Mira, Lola; yo no sé nunca nada de ninguna mujer cuando estoy con otra, ¿comprendes?

—A mí esa tía me tiene sin cuidado, ¿qué te has figurado, hombre? Lo que me interesa es el *parné*, ¿te enteras de una vez?

—Siempre estuve bien enterado de ello, guapa.

—Y quería verte para que me des algo, porque ando empeñada, ¿sabes?

—A buena parte vas, hija.

—Oye, Juan, o como te llames, que no me importa; dejemos ya las tonterías. Yo soy una mujer de la vida, y si salgo con los hombres es por dinero y nada más que por dinero.

—Ya lo sé, Lola, ya lo sé.

—Y como siempre me he portado muy bien contigo debes sacarme de este apuro, si es que quieres verme más.

—Me gustas mucho y me he acordado varias veces de ti, pero no tengo dinero.

—¿Y la de la otra noche?

—Con ella no se trata de eso.

—La muy asquerosa. Por algo te tirará los tejos, hombre.

—Seguramente.

—Lo que tú eres es un tío presumido, un sabelotodo insoportable y un avaro.

—¡Me estás poniendo bueno...!

—Ahí está tu coche; ahí está la buena vidorra que llevas —seguí, cada vez más rabiosa—; pero no tienes dos mil pesetas para dárselas a una mujer que ha sido generosa contigo y que las necesita en un momento de apuro.

—Pues no, no las tengo. Pero me figuro que aunque las tuviera no te las daría —advirtió muy serio.

—¿No te lo digo?

—Pero si te sirve lo que llevo encima o te puedo ayudar de alguna otra manera, lo haré encantado.

—Gracias.

—¿Es que estás enferma? Porque, ya lo sabes, en ese caso... —admitió con su puerca preocupación.

—No, no lo estoy —seguí, porque ya estaba demasiado embalsada para contenerme—. Estoy mejor que nunca, más sana que nunca, más guapa que nunca. Pero necesito dinero, mucho dinero, ¿te enteras? Dinero para joyas, dinero para vestidos, dinero para perfumes, dinero para drogas y dinero para mis chulos, si es que me da la gana de tenerlos.

—Me parece que has bebido demasiado —advirtió Juan—. Pero la verdad es que así estás más guapa que nunca. Sigue; anda sigue.

—Y quiero dos mil pesetas tuyas, dos mil pesetas avaras, sudadas, roñosas, para comprarme un bolso de cocodrilo que me gusta mucho.

—Pues te vas a quedar con las ganas, hija.

—¿Las tienes o no las tienes?

—Te he dicho ya que no.

—Soy la mujer más preciosa y más cara de Madrid, Juan; ¿no lo sabes?

—Es muy posible.

—Y si no me das el dinero no me verás más a tu lado. No, no podrás admirar esta belleza mía que tanto alabas, ni disfrutarás esta clara fuente que tanto te gusta —amenacé—. Pero, natural; como yo no soy una mujer, al fin y al cabo da lo mismo. Como yo soy la lluvia y el viento y el día y la noche y... las narices, pues no merezco nada, porque todo esto se encuentra gratis, sin tomarse otra molestia que la de salir de casa.

—Cállate ya, anda, no seas boba.

—No me da la gana.

—Si no te callas me voy.

—Pues vete.

Aquella vez no se fue, pero llamó al camarero y le pidió la cuenta. Mientras llegó, doblada astutamente sobre el plato para ocultar su exagerada cifra, callamos los dos. Pero yo sentía mi sangre encendida por una ira terrible, por una desesperación sin freno. Por eso, cuando el mozo trajo la nota, abrí mi bolso bruscamente y puse un billete de quinientas pesetas sobre el plato, antes de que Juan pudiera impedirlo.

—Cóbrese, por favor —dije—. El señor anda esta noche un poco mal de cuartos —aclaré con un gesto compasivo—. ¡Ah!, y la vuelta repártansela entre ustedes para vino, a mi salud, ¿eh?

—Gracias, gracias, señorita —se emocionó el camarero doblando el espinazo y llevándose a escape el billete, sin que Juan pudiera evitarlo.

La verdad fue que ni lo intentó siquiera. Se quedó un momento muy serio, pero en seguida se rió con una risa un poco falsa, eso sí es verdad, que no me gustó nada.

—Gracias, Lola —dijo—. Resulta emocionante que una mujer como tú convide tan generosamente.

Después nos fuimos a bailar un rato a Villa Rosa, que estaba muy bien de gente.

Estuvimos muy finos toda la noche el uno con el otro, con esa cortesía que suele emplearse para ocultar la ira interior. Y, cuando llegó la hora de pagar, también pagué yo, provocando otra vez la asquerosa risa de conejo del tío.

Al volver en el coche, por Chamartín, nos callamos los dos, en un silencio podrido. Y, al pronto, no me di cuenta de que, en lugar de entrar en Madrid por los Ministerios, tomamos la vuelta hacia los Cuatro Caminos y Tetuán, a toda marcha del Lancia.

Íbamos ya cara a Fuencarral, cuando le pregunté:

—¿A dónde vamos, hombre?

—A dar una vuelta.

—¡Vaya un humor que tienes!; ¡a estas horas!

Pero no dije más, porque no quería que pudiera pensar que le tenía miedo. Aunque me degollara, aunque me arrancara la piel a tiras, no habría de conseguir que le confesara mi miedo. Por eso, erguí la cabeza, observé lo hermosa que estaba la noche, una noche lunera de fines de verano, y volví a callarme.

Así, en silencio, cruzamos Fuencarral y nos metimos por la carretera de Miraflores, hacia El Mesón. Pensé que pararíamos allí, pero el tío aceleró aún más, cruzando Colmenar Viejo como un loco, sin duda para asustarme.

—¿Cuánto marca el cuentakilómetros?

—Noventa y cinco.

—¿Hasta cuánto puede llegar el coche?

—Hasta ciento diez.

—¡Qué lástima! Me gustaría ir a ciento treinta —añoré—. El otro día me llevaron en un *haiga*, era un Buick nuevo, y resulta estupendo sentir la velocidad.

Lo miré de reojo. La luz de la luna le daba un reflejo de agua fresca sobre el cobre ardoroso de su cara, quemada por el sol. Y seguía sonriendo, con esa sonrisilla suya, que puede ser triste, que puede ser alegre, que puede ser tierna y que puede ser irónica y cruel sin dejar de ser siempre sonrisa.

Había aflojado un poco el acelerador, para llevarme la contra, pero siguió carretera adelante, sin decir ni pío. Hasta que, después de cruzar unas casuchas, se metió por otra que bordeaba la charca de Santillana. Allí, junto al agua, paró con un brusco frenazo y se apeó del coche rápidamente.

—¿Qué haces?

—Anda; baja un momento.

—Estás loco, hombre —negué—. ¿Qué voy a hacer yo a estas horas paseándome por aquí?

—Parece que tienes miedo, ¿eh? —provocó con guasa.

—¿Miedo yo..., y de ti? Vamos, hombre —desprecié, bajando del auto—. Lo que tengo es sueño y aburrimiento.

—Pues dicen que es sano darse un paseíto antes de irse a la cama. Lo recomiendan mucho los médicos, sobre todo para calmar los nervios.

Me cogió firmemente del brazo y me llevó hacia la orilla del lago. Y, de pronto, me acordé del señor Pastor y del otro hombre muerto y pensé que quizá hubiera llegado también mi hora. Porque tal vez Juan fuera un loco, un loco criminal que me atara allí mismito una piedra al cuello y que me tirara al agua en venganza de la noche que le había hecho pasar; en venganza de sabía Dios qué oscuras ofensas amontonadas por los años en su corazón.

Todo esto era muy posible y aunque en la vida sucede tan sólo alguna vez, en las películas que ahora vemos ocurre casi siempre. ¿Qué sabía yo de aquel hombre que me conducía bien agarrada por el brazo hacia un agua plateada, fría y solitaria? Que ni siquiera se llamaba Juan. Sí; habíamos charlado juntos varias veces, habíamos cenado también en la misma mesa otras tantas, habíamos bailado en las consabidas pistas de baile y habíamos pasado más de un buen rato juntos, como es de rigor entre un hombre y una mujer que se apetecen. Pero también habíamos ido a escuchar el ruiseñor del Retiro y también habíamos librado broncas batallas interiores, que a mí me habían traído lágrimas ardientes a los ojos y a su boca la sonrisa más lejana.

Lo primero me sucedía, más o menos, con todos los hombres; lo segundo me había ocurrido sólo con él. Por eso se me antojaba un tipo raro, disparatado, que daba la impresión de usar la ironía para frenar un terrible desenfreno interior; algo que, una vez liberado, no debía conocer límite alguno a su violencia. Aquel hombre podía, pues, no estar en sus cabales y ahora, mientras con una apariencia malhumorada y displicente me dejaba conducir hacia la orilla del agua, sentía yo flaquear un poco mis rodillas, al repasar, con esa lucidez típica de los momentos angustiosos, todas las rarezas de Juan, todas sus originales manías.

Recuerdo muy bien que al cerciorarme de que algo malo iba a ocurrirme, de que había llegado tal vez mi última hora, me acometió una rabia terrible contra aquel imbécil que nunca supo entenderme; contra aquel asqueroso que hubiera podido hacerme feliz, de haberse tomado la molestia de recoger todo lo que yo sentía, todo lo que él había alborotado y revivido con sus sandeces. Pero, después, pensé que acaso fuera mejor acabar así, sin que se enterara de nada, porque yo no me sentía capaz de enterarlo, de explicarle lo que me trajinaba el corazón; ni yo misma lo comprendía. Y, entonces, me entró como un sosiego muy grande, una melancolía muy agradable y un deseo de que se consumara de una vez lo que yo me temía. De que precisamente fuera él, aquel hombre tan lejano y tan próximo a mí, al mismo tiempo, quien acabara con mi estúpida vida. Con esta vida idiota que él no quería, que no le servía para nada. Porque yo, bajo mi belleza, bajo la luz deslumbradora de mi belleza, me sentía algunas veces, y con él, precisamente con él, muy mujer. ¡Ah!, pero eso, después de lo que me había dicho aquella mala noche, no lo sabría nunca, nunca, el muy idiota.

Mientras yo iba dándole vueltas a todo esto en la cabeza, llegamos a la orilla. La luna jugaba con el agua, y la fresca brisa de la sierra rizaba aquella enorme lámina de plata. La miró de reojo, un instante, hacia las montañas que cerraban el paso a nuestra espalda, y un estremecimiento me cortó el cuerpo, pues la Pedriza tenía un color

cárdeno, como si le hubiera derramado encima un vinazo ensangrentado.

El hombre se detuvo en la orilla. Me soltó el brazo, se agachó, cogió una piedra y la arrojó, quebrando el agua brillante y plateada con grandes heridas negras que se cerraron lentamente. Después se acomodó sobre una peña, me hizo sentarme encima de él y me dio un beso salvaje, mientras yo decidía que, hiciera lo que hiciera conmigo, no habría de oponerle ninguna resistencia.

Siempre en silencio, separó bruscamente sus labios de los míos, me cogió por la cintura y, de un golpe, me colocó boca abajo sobre sus rodillas. Y, atenazándome bien con los brazos, me levantó la falda, bajó mis bragas y me dio de azotes, a su gusto, hasta que yo, más rabiosa que nunca, pude alcanzarle una pantorrilla y dejarle allí, bien señalado, el recuerdo de mis dientes.

Después, el tiempo pasó muy de prisa para mí. Cuando me soltó, yo solté también mi lengua y me la ensució con toda la basura que aprendiera en los días de mi mala vida, mientras el hombre sonreía plácidamente, como si le estuviera regalando los oídos. Cansada, tras una breve pausa, me eché a llorar como una Magdalena, pues este tío me saca siempre las lágrimas de las entrañas. Más tarde hablé, primero a borbotones, entre sollozos; después como un torrente, atropellando las palabras, de prisa que tenían por salirme del pecho.

No recuerdo bien lo que dije en aquella ocasión, ni tampoco todo lo que Juan me habló. Pero aunque pudiera traer aquí todas nuestras palabras no lo haría, porque, al fin y al cabo, se trató de cosas que hay que guardar sólo para sí y que no se deben enseñar a nadie, y más cuando la vida de una la ha obligado a enseñar mucho más de lo que debe enseñarse.

Ocurre, también, que el tiempo pasó vertiginosamente para mí aquella loca noche y que todo lo sucedido me dejó la memoria de un sueño emocionante, feliz y confuso. Sólo recuerdo que nuestras bodas cesaron, tan sólo, con la frescura del alba y que las anginas que me costó la noche fueron las únicas dichas que he sufrido en la vida, aunque él, por cierto, no viniera a verme ni una sola vez durante los cuatro días que sudé la fiebre en mi hermosa y solitaria cama.

VI

Reconozco que pasé unos días un poco enloquecida. Pues salimos varias noches juntos y me dio por decirle la verdad de mi vida. Al principio, mezclaba estas verdades con mil embustes, pero, después, poco a poco, les fui cogiendo tal gusto que me resulta casi imposible callarme nada, ni aunque sea una mala faena que pueda perjudicarme. Tanto que, si me sucede algo, no sosiego hasta que se lo desembucho todo al condenado Juan, quien, por cierto, no sé qué juicio forma sobre mis cosas, pues cuando creo que va a enfadarse y armarme una bronca resulta que se ríe, muy divertido, y cuando se me antoja que va a reírme la gracia se me queda más serio que un juez con dolor de estómago.

Lo que yo rajé durante aquellas noches fue para oído, no para dicho aquí. Pues una vez abierto el grifo de la verdad tenía prisa por soltarlo todo sin dejar nada dentro. Le conté lo que queda ya escrito de mi vida, adornándolo un poquito, cierto es, pero sin ocultarle nada. Y cuando al fin nos separábamos y mi lengua callaba, sentía como una fiebre que me encendía la sangre y me espantaba el sueño para toda la noche, pues temía que se me fuera, que se me fuera el hombre en cualquier momento, dejándome cortado aquel ansioso desahogo. Porque viene a cuento recordar ahora que, desde muy chica, yo no me había confesado con nadie, guardando todas mis cosas en un silencio podrido que me torcía las entrañas.

Mi excitación no me impedía observar a Juan. Tanto, que, en algunas ocasiones, me callaba, temerosa de cansarlo con mis palabras. Pero él, sonriendo con simpatía, me animaba a seguir vomitando todo aquello. Hasta que una noche me di cuenta de que lo sabía todo, de que ya no tenía ni un secreto para él, mientras continuaba ignorando hasta su verdadero nombre. Recuerdo que, entonces, me paré en seco y me quedé más pasmada que una mula recelosa.

—¿Qué te pasa, pequeña? —me preguntó en seguida, pues es un tío al que no se le escapa nada.

—Pues que no sé para qué te cuento todas mis cosas.

—Me las cuentas porque ya no podías más; porqué estabas estallando —aseguró riendo.

—Y... ¿por nada más?

—Probablemente por nada más.

—Mira, yo no te entiendo, Juan —me encrespé—, porque eres un presumido insoportable y, a la vez, un idiota que no quiere darse cuenta de las cosas.

—Anda, Lola, dejemos eso y sigue tus palabras, que me interesan mucho —pidió, saliéndose por la tangente.

—Te interesan, te interesan —gruñí—. Ya me está cargando tanto interés.

De pronto me di cuenta de algo, porque este algo se me clavó en un sitio doloroso. Sí, reparé inesperadamente en su gran interés, en su paciencia para escuchar mis palabras, en aquella curiosidad insaciable que le hacía enterarse de todo, como si

tomara nota en su memoria, como si estuviera observándome, como si... ¿como qué...? como si me estudiara, eso es, como si estudiara algo conmigo. Y un coraje terrible me encendió la sangre, porque aquello no era lo que yo necesitaba; no y no.

—Pues se acabó, ¿te enteras? —solté—. Porque yo no soy ningún bicho raro.

—No digas bobadas, Lola.

—No digas bobadas, Juan. Mientras yo estoy aquí desembuchándolo todo, confiándotelo todo, tú sigues haciéndote el misterioso y no sueltas prenda. ¡Vamos, que cuando pienso que no sé ni cómo te llamas! —recordé, echando chispas.

—Un nombre no quiere decir nada, Pero yo no puedo ser más que yo mismo, ¿sabes?

—¿Por qué no me das el número de algún teléfono donde pueda llamarte si lo necesito, si me ocurre algo? Anda, dilo, dilo de una vez —provoqué.

—Pues... pues creo que está muy claro, chica —dijo, riéndose otra vez—. Porque no quiero que me llames.

—¡Qué asqueroso! Por lo menos eres franco, hay que reconocerlo.

—Algunas veces, sí... Otras no lo soy, Lola. Con otras, vamos, con otras mujeres, quiero decir.

—Ya, ya sé que vas con otras, no es preciso que me lo recuerdes. Porque sé muy bien que yo no soy nada para ti. Que no me quieres. Eso es, que no me quieres nada; ni una pizquita, Juan.

—Te quiero mucho, Lola —aseguró, poniéndose serio.

—Gracias. Soy la mujer más cara de Madrid y no necesito tu limosna, ¿te enteras?

—Naturalmente.

—Oye, Juan: ¿por qué no ponemos las cartas boca arriba, quieres?

—Esos juegos suelen terminar siempre bastante mal. Pero si te empeñas...

—Claro que me empeño —decidí—. Porque aunque terminen mal, terminan, ¿comprendes?

—Comprendo muy bien que, seguramente, ya no me necesitas más.

—A ti no te he necesitado yo nunca, hombre. ¿Qué te has creído?

—Como quieras.

—Oye, vamos al grano.

—Los granos son muy feos y tú eres preciosa.

—Deja la guasa para mejor ocasión, que no está el horno para bollos y atiéndeme, Juan. Te lo pido por favor, hombre, y yo no le pido nunca nada a nadie —supliqué con mimo.

—¿Que no le pides nunca nada a nadie? Vamos, no hay que exagerar.

—No te hagas más el idiota —me encrespé otra vez—. Porque es cierto que pido y pido a todas horas; pero eso no es pedir, sino cobrarme lo que se me debe, ¿te enteras?

—Perdóname —se excusó cariñosamente—. Tienes razón. Pero, hija, es que me

gustan tan poco las conversaciones serias cuando estoy a tu lado...

—Oye, Juan: yo necesito saber por qué vienes conmigo.

—¿Pero otra vez andamos con esas tonterías?

—¿De verdad estás casado?

—¡Caray!, chica; de verdad —rió.

—Y, además, quieres a tu mujer. Estoy segura, completamente segura de ello, de manera que no me lo niegues —advertí, muy excitada.

—No pensaba negarlo, sino todo lo contrario. Porque la quiero mucho —confesó el muy caradura.

—Pero no creo que ella pueda comprenderte. No lo creo, la verdad.

—Pues nos entendemos muy bien, ¿sabes? Y somos un matrimonio feliz. Uno de los pocos que quedan en el mundo —añadió, muy satisfecho.

—Es posible, no lo discuto. Pero comprenderte, vamos, lo que se llama comprender a fondo a una persona, no creo que te comprenda —me obstiné.

—¿Tú qué sabes, Lola? —se irritó, de pronto—. ¿Tú qué sabes de esas cosas?

—Sé mucho más de lo que tú te figuras —aseguré decidida—. Y, por ejemplo, sé muy bien que comprenderte a ti es casi un imposible. Porque habría que haber pasado por todos los estercoleros de la vida y habría que ser al mismo tiempo más inocentona que un niño de teta para poder entenderte. Sí, Juan, sí; y tendría una que ser mala y buena, y simple y lista, y guapa y fea, a la vez, para comprenderte bien. Por eso ni ella, ni yo, ni nadie, ni tú mismo, seguramente, puede entenderte bien.

—El bicho raro soy yo, por lo visto —rió, con falsa risa—. Pero oye: ¿dónde has aprendido tú estas cosas?

—Horas de vuelo, hombre; horas de vuelo que tiene una.

—Cuando hablas en serio, siempre tienes razón —admitió sin reírse—. Y eso es una de las pocas cosas tuyas que me desagrada.

—No cambies de conversación, ¿quieres? Porque yo necesito saber qué es lo que pretendes hacer conmigo —insistí.

—Vaya una perra que has cogido, hija.

—Tú a mí no me la das, ¿comprendes? Tú no eres uno de esos hombres fracasados que buscan en una mujer como yo el olvido de otras cosas. Tú no tienes nada que olvidar conmigo.

—Eso es cierto. Pero puedo tener algo que aprender a tu lado —dijo muy serio.

—Sí, ya sé que andas tras ello. Hace tiempo que lo sé... Y no me gusta saberlo, te lo aseguro.

—Pues vales bien la pena, chica. Te lo digo con el corazón.

—No me interesa ese valor, ¿te enteras?

—Ya, ya... —pretendió adivinar maliciosamente—. A ti sólo te interesa...

—Eso es. El dinero o...

—¿O qué?

—Hay tantas cosas que pueden interesarle a una mujer; ¿no crees?

—Joyas, vestidos, comodidades, lujos... Dinero, siempre dinero. ¿No es eso, Lola?

—Eres un lince, Juan —admití, llena de ira.

—¿Están ya bien puestas las cartas boca arriba?

—Ni hablar; están más tapadas que nunca.

—Pues alcémoslas de una vez.

—Juan, ¿qué piensas hacer conmigo? —pregunté tras una breve pausa, en la que decidí jugármelo todo.

—¿Cómo...? —se sobresaltó—. Yo no pienso hacer nada contigo. ¡Dios me libre!

—Mira, Juan —le advertí, echándome encima de él más sofocada que nunca—. Vas a contestarme a unas cuantas preguntas, ¿quieres? Te lo suplico, te lo pido por..., por..., pues no sé por quién pedírtelo. Por algo que tú quieras mucho.

—Pues por Lola —dijo, galante—. Por lo que para mí significa Lola; es decir, por algo que yo respeto extraordinariamente.

—¿Respetar? No me parece esa palabra apropiada para mí, la verdad.

—Respetar, Lola —repitió enérgicamente—. Porque tú eres vida, vida vivísima, auténtica, bella y ciega como una fuerza, como un dramático fenómeno de la Naturaleza. Te contestaré a lo que quieras, te lo prometo.

—¿Eres rico?

—¡Caray...!, y cómo vas al grano, chica —rió—. Te interesa mucho saberlo, ¿no?

—Pues sí, la verdad. Siempre me interesa mucho saber si un hombre tiene o no tiene cuartos. Pero, en este caso, me interesa mucho más...

—¿Aún más? —se sobresaltó.

—Aún más, Juan.

—¿Y por qué?

—¡Uf! Sería muy larguito de explicar, y a lo mejor, a lo mejor, tampoco tú te enteras —desprecié—. Porque hay cosas de las que tú no te enteras, a pesar de ser tan listo.

—Lo creo, Lola, lo creo —repitió, un poco amoscado—. Pues, mira, hija, volviendo a lo tuyo: no soy rico.

—¿Me lo juras?

—Yo no juro por tonterías, guapa —negó, muy serio—. Pero te doy mi palabra de honor y basta.

—Está bien, hombre, no te enfades. ¿Pero a qué llamas tú no ser rico?

—Pues llamo no ser rico, a pasar los días yendo y viniendo por ahí con la lengua fuera; a aceptar todos los trabajos honrados que se vengan encima, aunque estén mal pagados y aunque no me gusten; a tener que morderte la lengua muchas veces para no decirles a algunas personas que son idiotas; a no poder emplear el tiempo en lo que a uno le gusta, en lo que uno se siente mejor, más fuerte y más hondo que los demás. Y todo ello para reunir, más o menos, generalmente menos, lo que necesitas gastar

haciendo muchas cuentas y privándote de muchas satisfacciones. A eso llamo yo vivir bastante bien, sin que te falte nada imprescindible, pero sin ser rico.

—¿Y tú vives así?

—Sí. Así vivo yo, Lola.

—¡Por favor!, júramelo.

—No quiero. Pero ya te he dado mi palabra.

Lo miré un momento. No mentía, no. No podía mentir con la cara tan abierta, tan leal, que tenía en aquel instante. ¡Pero es que yo he mentido tantas veces con una carita de ángel que...! Claro que yo soy una mujer de la vida y vivo de mentir y mentir a todas horas, pero él... No, no me mentía podía estar segura, completamente segura de ello.

Estábamos también en los jardines de Bolonia, escondidos tras un cenador, y nos llegaban los sonos de la orquesta apagados por los árboles y la distancia. Tocaban *Caravana* y yo me sentí triste y alegre a la vez al saber que aquel hombre no tenía dinero. Triste porque, de haberlo tenido, hubiera sido yo muy feliz con él y sólo con él; estaba cansada, muy cansada, de aquella vida y a su lado no me aburría nunca. Alegre, porque si me trataba como me trataba, si no me daba lo que me daban los demás, siempre menos de lo que yo merecía, era porque no lo tenía, porque andaba más bien mal de cuartos, no porque considerase que no valía la pena gastárselos alegremente conmigo. Y, al fin y al cabo, yo, aunque tampoco era rica, desde el asunto de la muerte de aquel desgraciado conocido del procurador tenía ya donde caerme muerta y podía darme el gustazo de desperdiciar algunas noches aceptando algún miserable billete que me tendiera la mano de Juan.

—¿Me crees o no? —preguntó, cortando bruscamente mi silencio.

—Pues... sí, te creo. Aunque tú sabrás si me engañas; porque bueno eres.

—Entonces sigue con tus preguntas.

—Tú no me quieres.

—Te aseguro que sí.

—Pero de... amor no, ¿verdad?

—¡Caray...! —rió otra vez—. No estoy loco por ti, pero...

—Oye, Juan: los hombres andáis con las mujeres por dos cosas. Quiero decir, con las mujeres de la vida —aclaré—. Porque os enamoráis como unos burros, sin poderlo remediar, a pesar vuestro, o tan sólo porque se os hace pasar un buen rato siempre que se os antoja pasarlo, ¿comprendes? Y a ti me parece que no te ocurre conmigo nada de eso. ¿Por qué no me dejas en paz, entonces?

—Tú no eres para mí una... una mujer de la vida, como tú dices, Lola —advirtió el hombre con la cara más seria que le he visto.

—Ya, ya comprendo —reí con rencor—. Porque no olvido que me confesaste en una maldita ocasión que yo no soy para ti ni siquiera una mujer.

—¡Qué espanto! Cómo se está nublando todo esto. Y con la hermosa noche que hace —se lamentó—. Anda, vamos a oír un rato al ruiseñor.

—En setiembre no cantan ya los ruiseñores.

—Cantan todo el año; todo el año, si uno es capaz de escuchar su cántico.

—Si no estás loco por mí; si no te traigo desesperado y ciego como a los otros, y si no soy para ti ni siquiera una mujer, ¿por qué me buscas, por que vienes conmigo?
—seguí exaltada.

—¡Caray! ¡Déjame ya en paz! —gruñó, malhumorado.

—Tienes que decírmelo —insistí.

—¿Y si no lo sé, Lola; y si no lo sé? —se desesperó.

—Entonces... —pensé, sintiendo una inesperada alegría interior—. Pero sí lo sabes; piensa un poquito y verás cómo sí lo sabes —afirmé, rechazando mi pensamiento.

—Creo que sí, que lo sé —admitió, pensativo—. Pero sería muy largo de explicar y a mí no me gusta soltarle discursos a nadie.

—Prueba a decirlo con pocas palabras: como deben decirse las cosas verdaderas.

—Oye, Lola —se animó bruscamente—. ¿Tú has visto alguna de esas películas en las que el protagonista, o la protagonista, poseen una especie de doble personalidad y viven como dos vidas diferentes?

—Voy muy poco al cine; pero algo he visto de eso, sí.

—Pues sin llegar a nada parecido, porque el cine exagera mucho las cosas, a mí me ocurre algo semejante —confesó con cierta satisfacción.

—¡Vaya, hombre, vaya! —reí, incrédula—. Entonces andas matando por ahí a la gente, cuando te entra la mala sangre, ¿no?

—No es eso, no es eso —se impacientó—. Te lo digo para que puedas comprender un poco lo que me ocurre, que me figuro será bastante vulgar.

—Sigue ya.

—Creo que vivo seriamente la realidad —afirmó—. Cumplo mis deberes y, además, me encuentro a gusto en la vida afectiva, ordenada y decente de la familia, del trabajo, del medio en que he nacido. Tan a gusto que no podría jamás prescindir de ella, lo confieso.

—¡Vamos! Hablando en plata, Juan —apresuré, nerviosa—. Que quieres a tu mujer, a tus hijos y que te gusta trabajar, vivir cómodamente, sin líos ni aventuras.

—Eso es.

—Eres un viejo comodón.

—En parte sí, no lo niego.

—¡Bueno!, pero tú, ¿a qué te dedicas?

—Pues a muchas cosas.

—Pero ¿qué eres, hombre? ¿Médico, ingeniero, abogado, estraperlista, o qué?

—Nada de eso, Lola; nada de eso —rió estruendosamente—. Tengo algunos negocios, algunos honrados negocios —aclaró, más bien con vergüenza—, que me dan mucho que hacer. Y, además...

—Además, ¿qué?

—Es que, además de todo eso, soy otro hombre completamente distinto — advirtió con resignado orgullo.

—¿Pero qué, qué? —grité—. ¿Un ladrón, un criminal o qué diablos eres? Dilo ya de una vez, que me estás poniendo negra.

—Pues..., pues, además, soy un poeta.

—¿Un poeta? —me pregunté, pasmada—. Lo que tú eres es un loco.

—Tal vez sea lo mismo —admitió el tío.

—Entonces haces versos... Ya podías hacerme uno bonito.

—Realmente, no; no hago nunca versos.

—¡Anda ya! No hay quien te entienda.

—Tú me vas a entender inmediatamente, peque. Porque por eso te busco; porque me entiendes, ya ves.

—No me vengas con gitanerías, que no estoy de humor, ¿sabes?

—Quiero decirte que además de ser un hombre honrado, trabajador y hasta serio si es preciso; un buen marido y un buen padre, pues soy también un hombre inquieto, aventurero y fantástico, que vive un mundo alucinante que me resulta tan necesario, tan real como el otro, como el de la vida corriente y moliente, ¿comprendes?

—Entonces yo...

—Te necesito —aseguró con emoción—. Necesito tu asombrosa belleza, tu espontánea gracia, tu cruel salud, tu fuerza viva, tu estupenda falta de complicaciones sentimentales, de escrúpulos, de problemas y encrucijadas —siguió exaltándose—. Te necesito porque eres el más bello, el más puro y hermoso animalito que he hallado en mi vida; en mi vida de poeta.

—¡Vamos!, que soy el ruseñor —comprendí de pronto.

—Pues sí, Lola —confesó—. Eres el ruseñor que canta y la gacela que salta, el patito recién nacido que pía y la gaviota que juega con el viento.

—Y la nube y la nieve, y la fuente que corre, y la tormenta que todo lo nubla. Lo soy todo, todo, ¿verdad, Juan?

—Todo, todo eso, Lola.

—Todo menos una mujer, ¿no es cierto?

—También eres una mujer, y una mujer estupenda, no faltaba más —concedió riendo.

—Pero por fuera, sólo por fuera. Por dentro no lo soy, ¿verdad? Tú me entiendes.

—Es difícil poseerlo todo —admitió—. Además, no es tuya la culpa.

—Pues algunas veces lo que tú eres es un imbécil.

—Un poeta, Lola.

—Un mamarracho. Y te vas a buscar otra para tus... para tus poesías, ¿te enteras?

—No va a serme fácil.

—Porque tú andas con otras mujeres, además, ¿verdad?

—Pues... pues sí; alguna que otra vez.

—¿Ves como eres un asqueroso? ¿Ves como no me quieres?

—Vamos a dejarlo ya... ¿Bailamos un poco? Parece que no hay nadie conocido.

—No, no quiero bailar, ¿sabes? Lo que quiero es beber, porque tengo una sed terrible.

Bebí lo mío aquella noche. Y, ya de madrugada, volví a llorar esas lágrimas ardientes y ácidas que me saca siempre este condenado hombre, para enjugármelas después cariñosamente con sus besos.

VII

No quiero que estas escrituras mías parezcan ahora una novela rosa con las complicaciones que trajo Juan a lo que llama siempre mi vida motorizada. Porque, además, mis relaciones con él no son nada empalagosas, sino todo lo contrario. Deseo dejar aquí tan sólo una breve memoria de nuestro trato, que es como decir de un lío que no tiene solución y al que es mejor no darle tantas vueltas.

Recuerdo muy bien que, después de coger aquella tajada, decidí no salir mucho con él, pero sí seguí tratándolo siempre como a un buen amigo, al que podía confiársele todo menos una cosa. Una cosa que yo no había sentido nunca y que ahora andaba molestándome, aun cuando, para decir toda la verdad, la olvidara también durante largos ratos.

Por lo pronto, terminé confiándole también el asunto del procurador y de sus amigos. Del dinero que tenía guardado ya dije que lo convertí casi todo en acciones de la inmobiliaria, dejando un pico importante en mi cartilla del Monte y mejorando las camas que pagaba en lo de mis viejos enfermos, asunto que no he olvidado nunca, aunque cada vez me gusta menos hablar de él.

Como ya aseguré en otro lugar, el dinero no se me subió a la cabeza, pues me di buena cuenta de que, aunque fuera una base para un momento dado, no me servía para vivir como estaba acostumbrada, gastando mucho todos los meses y comprándome cuantas cosas se me antojaban. Era, pues, una ayudilla y nada más.

Juan, que se portó muy bien en todo aquello, me dijo que no quería meterse en mis cosas y que tampoco le gustaba dar consejos a nadie, porque no servían nunca para nada. Pero que no podía resistir la tentación de darme uno. Que fue el de que escogiera mejor a mis amistades, si es que estaba decidida a continuar viviendo de ellas. Y, además, inesperadamente, se ofreció a buscarme y pagarme un buen maestro que mejorara en lo posible mi poca educación.

Esto lo dijo un poco fastidiado, deseando que yo me negara a ello, pues me aclaró que lo hacía como por obligación y no por gusto, ya que temía que yo, una vez educada, no le gustara tanto. Le acepté el regalo y durante este último año tomé lecciones de un señor muy serio, ya viejecito, que me mandó Juan, al que se unió hace unos meses el inglés que yo pago, porque quiero apabullar a la gente con un idioma extranjero y porque, la verdad, creo que los que hablan éste van a mangonear por unos años el mundo.

Referente al saber, debo decir que algunos conocimientos me gustan, porque soy muy curiosa y me entretiene mucho enterarme de las cosas que han pasado y pasan. Por eso prefiero las historias y las biografías, mejor si son noveladas y, con gran asombro de Juan, que dice que soy una mujer un poco sorprendente, le he tomado mucha ley a la gramática y a las matemáticas. Pero por más esfuerzos que hago no puedo complacerle y llegar a entender todas esas zarandajas del arte y de la literatura, porque creo que son cuentos con los que los hombres tratan de engañar su acedía y lo

amargo de la sangre. A mí me gustan las cosas claras y el chismorreo presente y pasado, que es lo único que vale. Aunque tengo que callarme alguna vez estas preferencias, porque Juan se excita mucho y me discurrea un rato, hasta que, de pronto, se calla, me mira como si se encontrara inesperadamente conmigo y se le pasa el mal humor. Yo sé que anda algo preocupado y, últimamente, incluso arrepentido de haberme metido en lecciones, pues, no hace mucho, me dijo que temía haberse equivocado y que estos estudios no añadirían la menor felicidad a mi vida, sino todo lo contrario. No acierta, porque yo les he tomado ley, pero nada más que para servirme de ellos luciéndolos con la gente, no para andar rumiando preocupaciones y locuras en la cabeza, como le ocurre a él, que cada día está más loco.

Volviendo a lo mío diré que este último año no me ha dejado apenas memoria, pues ha pasado rapidísimo, sin que se le sintiera. Porque cuando los hechos se aquietan y una se empuera con una idea, parece que los días huyen sin dejar el menor rastro y que se vive separado del tiempo, sin tener cuentas con él.

Yo, por fuera, he pasado estos meses alternando como siempre, más o menos, y ocupándome, en su ocasión, de mis camas del hospital. Pero por dentro debo confesar que me ha comido la rabia de no agarrar como quisiera a este loco Tenorio, que es como algunas veces llamo a Juan. Aunque también sé que me quiere y que me necesita mucho más de lo que él cree y mucho más también de lo que me imagino yo en mis días nublados.

La verdad, yo no sé cómo seguir esto, porque he perdido un poco la ilusión de mis escrituras y desde que me he hecho más leída me parecen menos importantes, porque sé que hay vidas tan agitadas como la mía, aunque cierto es que sus protagonistas nunca fueron tan guapas como yo. Esto, según dice Juan, son efectos de la cultura, que quita la seguridad a la gente. Pero, dejando estas bobadas, debo seguir, porque las cosas hay que acabarlas y porque todavía me gusta mucho tratar de las mías.

Vamos a ver: ¿Qué mujer de la vida ha tenido mis éxitos? ¿A cuántas les han propuesto casarse por la Iglesia tantas veces? Y, sobre todo, ¿quién es más guapa y más bonita que yo y quién tiene la carita que yo tengo por las mañanas, recién lavada y sin ni siquiera una mano de polvos? Ninguna; de eso estoy bien segura. Y aunque este loco de Juan no pique de una vez y pierda por mí el poco seso que le queda, no es razón para que me sienta a veces tan rabiosa y tan desgraciada.

Porque me siento así: desgraciada y requetedesgraciada. Reconcomida por dentro por una consumición que me chupa la cara y que no me deja vivir a gusto. Pero ya no me pongo tan rabiosa como antes, porque ahora sé que no hay nada que hacer.

VIII

Este verano conocí en San Sebastián a Ricardo Cienfuegos, a quien mejor le cuadraría el apellido de Cienvinos, porque está siempre con unas moñas que no ve. Por el mes de agosto, y como yo me barruntaba que Juan andaba por allí con su familia, me largué de estos calurosos *Madriles* y me fui a refrescar la sangre junto a la orilla del mar. Vi a Juan dos o tres veces, con muchos apuros, hasta que el tío marrajo cortó por lo sano y se fue a Biarritz, a emboscarse tras esa frontera que no hay medio de vencer. Y eso que, según él, anda muy mal de cuartos.

Como en todas partes, hice furor en San Sebastián, tanto que las pobres *topolinos* de Ondarreta y del Bar Vasco estaban desesperadas porque yo les birlaba las conquistas. Había que verme con mi bañador americano, una prenda divina, en azules, que me costó más de mil pesetas. Y había que verme también con mis batitas de Rango o con mis dos Balenciagas, porque eso sí, cada día le echo más nombre y más dinero al vestir.

Andaba siempre rodeada por los mejores hombres de San Sebastián, que es tanto como decir de España entera, ya que toda la gente que vale algo se va a pasar allí la Semana Grande. Porque decidí gastarme durante aquel mes algunos cuartos a gusto y hay que ver cómo le luce a una el dinero cuando se es joven y bonita. Pero la verdad es que yo no estaba tan contenta con mis éxitos como debiera; el recuerdo de aquel hombre que se me escapaba siempre me tenía emberrenchinada por dentro, y cuando se me venía a las mientes le soltaba una coz al tío que tenía al lado o me quedaba más pasmada que una gallina en corral ajeno durante unos momentos, hasta que el mal trago pasaba y volvía en mí otra vez.

Así, en este plan, conocí una noche en el tenis a Ricardo, que inmediatamente se enamoró de mí más de lo que suelen enamorarse los hombres. Y si a este exceso se le añade el que es un hombre todavía joven, aunque bajito y menudo de cuerpo, rico y de una estupenda familia, puede suponerse que sintiera el halago de mi conquista, pues, además, tiene una cierta fama con las mujeres.

Aquella noche, para calmar mi enfado, me había puesto preciosa, con un moñito pequeño y el Balenciaga estampado con grandes flores amarillas y verdes pintadas a mano en la tela. Era un modelo que redondeaba y ensanchaba un poco mis finas caderas, ciñéndome bien los muslos y señalando mis pechos bajo el pico del gran escote.

Iba acompañada por don Alfonso Tapia, un señor muy importante en cosas de cine; por Luis Arrigorrechabala, un naviero vasco ricacho y simpaticón, y por José Antonio Cortés, un pollo maduro, que va para los cincuenta, asegurado por sus muchos cuartos y por la ilusión de creerse en la edad de no soltarlos con las mujeres; en fin, un hombre de esos que tan sólo sirven para hacer bulto al lado de una y para llenar unos pantalones más.

El *maître* nos recibió con muchas reverencias y nos condujo a una mesa

estupenda, entre la pista y los soportales que dan a las canchas del tenis, pues Arrigorrechabala tiene mucha vara alta con la gente del club. En seguida, todos los hombres se pusieron a mirarme ansiosamente y los tres que me acompañaban se sintieron muy satisfechos, empezando a manifestarlo haciendo tonterías impropias de su edad, aunque tal vez muy justificadas por sus millones.

José Antonio Cortés, especialmente, se sintió muy juguetón, saludando a todo el mundo con un gesto alegre de la mano, bailando sin cesar y dedicándome una serie de risas y monadas propias de un pollo de diecinueve abriles. Tanto se agitó, que el señor Tapia, que es el que de los tres tiene más seso, se molestó un poco con él y lo llamó al orden bruscamente.

Yo, la verdad, me dejaba querer y bebí más de la cuenta, dándole también al baile, pues, por lo demás, la cena fue francamente mala y yo cada día me siento más remilgada con los bocados que me llevo a la boca.

Pero, ya avanzada la noche, se me torció el humor. Porque el tonto de Cortés empezó a presumir con un pase que tenía para ir a Francia, cosa que entonces era muy difícil, pues la raya estaba cerrada, y yo pregunté que hacia dónde caía Biarritz, precipitándose todos ellos a señalarme un punto a lo lejos, en lo negro del mar, y una ráfaga de luz que decían era el faro del puerto francés. Yo cerré el pico un rato y me quedé moraga, escuchando el ruido sordo de las olas bajo el alboroto de la orquesta de Kurt Dogan y pensando si en Biarritz cantarían también los ruseñores.

Para animarme pedí otra botella de champaña francés y me la dieron. Entonces, cuando el vino me había ya resucitado la alegría, se acercó a nuestra mesa Ricardo Cienfuegos, muy sonriente y garboso, aparentemente a saludar a mis hombres y en realidad a sacarme a bailar en seguida.

El tío me apretó lo suyo mientras tocaban *Cómo me gustas* y yo me reí un poco con él, pues tiene su gracia, quedando citada para más tarde, para cuando me dejaran los otros en mi hotel, que no sé por qué cochina querencia era el Biarritz.

Me costó bastante trabajo quitármelos de encima, pues el tal Cortés es un pelmazo de esos que se te pegan como moscas y que se creen que hay que aguantar sus sosadas, sus languideces y sus silencios porque tienen algunos millones, un chalet con piscina y un *haiga* negro. Me llevó en él al hotel y me propuso dar una vuelta por el Paseo Nuevo a ver el mar. Fuimos, me volvió a enseñar la luz del faro de Biarritz y comenzó a soltarme un rollo tal que tuve que fingir un mareo para que me llevara al hotel. Porque es un hombre de esos que sólo lleva pobres zorrillas pringosas al lado y que no sabe tratar a una mujer cara y de bandera como yo.

Al fin me vi sola, aunque fue por un momento, pues vino a buscarme en seguida Ricardo Cienfuegos. Bebimos mucho por todas las tascas abiertas que encontramos y, ya de madrugada, nos bañamos en Zarauz, una playa traicionera que por poco pone fin a mis días, mientras quebraban ya los albores de una mañana más.

IX

Simpaticé bastante con Ricardo, porque es uno de esos hombres que no molestan. Naturalmente, antes de dedicarme a él me informé un poco, tirándoles de la lengua a sus amigos, que me dijeron en seguida todo lo que pudiera perjudicarle a mis ojos. Supe, pues, entre otras cosas, que andaba separado de su mujer; que, según ellos, era un constante borracho, un presumido, un necio; que tenía dos hijos ya mayorcitos y que su gran fortuna andaba muy quebrada. Pero yo pude enterarme de que, quebrada o no, todavía le quedaba mucho que perder con las mujeres, pues muy pronto me enteré, por experiencia propia, de que sabía perderlo a manos llenas.

Lo mejor de él era su borrachera. Pues tenía un vino quieto y silencioso que se satisfacía con sentir una mujer guapa al lado, y al que, incluso, algunas veces, podía servirle una fea, pues el beber todo lo hermosea para algunos hombres.

Ricardo sólo pasaba unas horas despejadas al día: desde que se levantaba, bastante temprano, pues era militar, y de tener que ir al cuartel se había hecho madrugador, hasta la hora del aperitivo, en que se daba a la ginebra inglesa. Pero después de la siesta de la tarde, hasta el amanecer, Ricardo bebía pacíficamente, cayendo en una especie de quieta y silenciosa somnolencia, en la que no se le escapaba nada y que jamás se convertía en un espectáculo desagradable, pues, aunque rezumara alcohol por todos los poros de su cuerpo, este hombre no perdía nunca su pulcra compostura, su corrección y su equilibrio. Pero, eso sí, callaba el pico y se hundía en un bienestar algodonoso, más allá de este mundo del bien y del mal. Naturalmente, tampoco era uno de esos borrachos inquietos, que desean estar en todos los sitios a la vez; ni se ponía empalagoso o en plan de hacer gracia. Todo se reducía a bailar alguno que otro baile y a llevar con nosotros a un amigote suyo, a quien llamábamos el Pájaro, y a que este curioso tipo le contesta siempre *Palagalaga* cuando Ricardo, por toda expresión verbal, dijera *Chaguagua*.

Pero eso sí, había que ver lo que cabía dentro de aquel *Chaguagua* y de aquel *Palagalaga*. Porque, para aquellos dos borrachos, todo, absolutamente todo, podía decirse con aquellas palabras: *Chaguagua*, *Palagalaga*. La admiración, la sorpresa, el desprecio, el temor, el deseo, la envidia, la amargura, la burla complaciente, la más cruel ironía, el afecto y hasta la avaricia; todo, todo se hallaba allí, en el *Chaguagua* y en su constante respuesta *Palagalaga*. Porque jamás el Pájaro dijo *Chaguagua* y nunca Ricardo exclamó *Palagalaga*. El lenguaje ritual de los dos borrachos, hundidos en la quietud de su alcohol, no permitía cambio alguno y aquellas palabras eran ya tan seguras como la lluvia, que siempre cae y nunca sube, o el sol, que nunca invierte su amanecer y su crepúsculo. Juan, cuando se enteró de aquello, me dijo que eran algo más que palabras; que eran el símbolo de la supervivencia del intelecto, galimatías pedante que no entiendo y que me parece estúpido, porque creo que todo puede decirse en cristiano, como lo digo yo. Pero, claro, Juan es muchas cosas raras, entre otras, filósofo, o algo así.

Volviendo otra vez a lo mío, he de decir que comprendí inmediatamente que Ricardo era algo más que un vulgar chorlito. Y que de aquel enamorado embeleso que, tanto despejado como borracho, me demostraba, pudiera muy bien quedar algo que asegurara mis días, cuando no fueran ya tan esplendorosos: dinero, costumbre y quién sabe si hasta un poco de afecto, pues estos borrachos pacíficos llegan a querer a las personas, si se les sigue la corriente y se les maneja con habilidad. Que se lo pregunten si no al Pájaro, que vive hace más de diez años a costa de Ricardo por saber contestar siempre a tiempo *Palagalaga*.

Me dejé, pues, cortejar a fondo por Cienfuegos, que estaba loco por mí y que dio la nota todo el verano en San Sebastián, pues me trataba como a una reina. Y las *topolinos* de Ondarreta y del Vasco, más alguna que otra casada, se tranquilizaron al observar que Ricardo, siempre con buenos modos y con muy pocas palabras, lograba espantar aquel enjambre de zánganos que se me arrimaban a todas horas para gozar de mi belleza.

Aunque yo, la verdad, no llegué a comprometerme con él y conservé mi libertad, pues quería darle tiempo al tiempo y ver lo que quedaba de todo ello al regresar a Madrid.

Quedó mucho, muchísimo más de lo que yo me figuraba. Pues en cuanto abandoné aquellas tierras vascas y volví a la capital, porque barruntaba ya que Juan debía andar por aquí, de vuelta de su escapada, Ricardo cortó el veraneo y se vino pisándome los talones, pues yo lo dejé plantado en un rato de mal humor.

Nada más llegar, traté de echarle el gancho a Juan y me gasté cincuenta duros en taxi recorriendo un día y una noche los sitios donde se me figuraba que podría encontrarlo, a él o a su coche. Pero se los había tragado la tierra a los dos. Rabiosa, me eché en brazos de Ricardo y me arreglé con él. Hasta que una noche, cuando lo daba ya por perdido, nos tropezamos con el loco Tenorio en los jardines de Villa Rosa.

Era una noche lunera de setiembre, pesada como plata derretida y tan quieta que parecía tocarse el aire con la mano; un aire que le dejaba a una en la boca un sabor dulce y perfumado, como un almíbar de noche lunera de setiembre, que es un mes malo, cargado de agonías, de próximas muertes.

Yo estaba monísima, más escotada que nunca, vestida con el Rodríguez negro y envuelta en la estola de *renards fumes* que me había regalado Ricardo. Sentada entre él y el inevitable Pájaro, parecía una reina y no me dignaba ni a mirar a nadie. Pero, por dentro, me sentía muy cansada, como si me hubieran echado un mal de ojo que me fuera apagando una a una las lámparas de mi alegría.

—¿Qué le pasa a mi chiquilla esta noche? —se interesó Ricardo—. ¿Qué quiere mi reina? —preguntó, porque aunque es castellano, tiene mucho camelo andaluz.

—Tengo como un aire; no estoy buena —respondí con mi voz dengosa.

—Pobrecita nena. Mañana le buscaremos a ella una cosita que la ponga contenta —consoló Ricardo—. ¿Verdad, Carlos?

—No faltaba más —concedió el Pájaro, haciendo un esfuerzo.

—¿Serán los pendientes de brillantes? —me esperancé, animándome un poco.

—A lo mejor, a lo mejor... —dejó caer Ricardo.

—¡Oh!, amor mío; ¡cuánto te quiero! —aseguré, apretándome contra él, como una gatita agradecida—. Anda, vamos a bailar, que me has dado un alegrón.

—*Chaguaqua* —dijo Ricardo, con una sosegada sonrisa.

—*Palagalaga* —respondió el Pájaro, emboscándose más en su plumaje. Porque era como un ave amodorrada, blanda, y redonda, erizada por fríos interiores, que jamás bebida alguna lograba calentar.

Bailamos dos sambas y al sentarme de nuevo a la mesa vi a Juan. Por cierto que, al verlo, se me cayó el bolso y, para colmo, se me rompió dentro el espejito de la polvera. Pero, por lo demás, me vino bien el revuelo de mis hombres, porque así pude ocultar a tiempo el sofoco de mi rostro.

El muy asqueroso venía con una. Una tía con muchos humos, presumiendo de señora, y que no tenía de ello más que el vestido y un sombrero muy elegante y caro. Pero yo tengo un pelo que no necesita sombreros y que ya lo quisiera ella para los días de fiesta. Distraídos, hablando mucho y sin verme, se sentaron en la mesa de al lado, para encenderme más el coraje. Hasta que Juan, al torcer un poco la mirada, se encontró con la mía, que debía arder rayos y centellas.

Y yo pregunto ahora: ¿No es cierto que otro hombre, otro hombre menos caradura que él, se hubiera levantado con cualquier pretexto y, por lo menos, hubiera cambiado de mesa, si es que no le daba la gana de irse de allí, por delicadeza con una, como era su galante obligación?

Pues este tío hizo exactamente lo contrario. Primero, al encontrarse con mis ojos, se sorprendió un poco; después, sonrió amablemente y, haciendo un gesto de admiración, como indicando que me encontraba muy guapa, me saludó con guasa. Con guasa, sí, lo juro por la memoria de mi madre, de la que no conocí. Y esto fue lo que me sacó de mis casillas.

Porque más encendida que una amapola, con todo el vino de la noche encrespado en mis entrañas, me levanté airadamente, me fui hacia él y sin darle tiempo a decir oste ni moste, le corté en seco aquella amable sonrisita, estampándole mi mano en la cara, con la mejor y más sonora bofetada que he dado en mi cochina vida.

X

Después de aquel escándalo anduve unos días esquinada con todos, sin salir apenas de mi piso. La verdad, estaba asqueada de los hombres y por nada hubiera padecido entonces la presencia de ninguno de ellos. Pero, una vez que se me calmó ya un poco la sangre, decidí poner las cosas en su sitio con Juan y tener con él una conversación definitiva.

Le busqué bien y lo encontré, quedando convenidos para salir la noche siguiente, pues el tío no estaba demasiado enfadado con la bofetada y sus consecuencias, que fueron una bronca y un escándalo de miedo, sino más bien divertido.

Debo confesar que, en aquella ocasión, eché el resto y que me estuve arreglando y perfumando todo el día, a ver si le causaba más efecto. Pero yo no sé si fueron los nervios o el tanto pintarme y repintarme, el caso es que, cuando llegó el momento, estaba menos guapa que otras veces y de un humor de perros.

—¿Qué te pasa, Lola? —me dijo Juan, ya sentados a una apartada mesa en la Granja Florida, en el Retiro.

—No me pasa nada, absolutamente nada, hombre. ¿Por qué?

—No sé; me parece que tienes mala cara.

—Estoy fea, ¿no? Pues sabrás que paro la circulación cuando salgo a la calle.

—Vamos, vamos, no seas tan exagerada —rió el tío.

Seguimos un rato el picoteo y, al fin, después de echarme tres coñacs al estómago fui al grano.

—Oye, Juan, tenemos que hablar en serio, ¿sabes?

—¡Qué horror! Desde hace una temporada, en cuanto me tienes al lado te entran unas ganas de hablar en serio que estamos aviados, hija.

—Si tanto te molesta hablar conmigo, me callo, y si te enfada mi presencia, me largo. Porque tengo hombres de sobra, ¿te enteras?

—Ya lo vi el otro día, guapa.

—En cambio tú has perdido la vergüenza. Hay que ver con quien sales...

—¿La conoces?

—No; ni falta que me hace. Pero no hay más que verla para saber que es una de esas princesas del pan *pringao*, hombre —me sofoqué—. Y bien que te sacaré los cuartos en cuanto te descuides, ya verás.

—¿Los cuartos, los cuartos? ¡Ay qué gracia tienes, Lola! —rió estúpidamente—. Pero si tiene más que el Banco de España, hija.

—Pues algo te sacaré, so tonto; acuérdate de lo que te digo. Y, además —seguí, ya perdidos los estribos—, no hay que insultar, ¿sabes?

—¿Insultar? ¿A quién...? —se sorprendió.

—Porque el que una tenga que trabajar la vida para sacar los cuartos de mala manera, no es razón para que lo echés en cara.

—¡Por Dios, Lola!

—Estoy bien segura de que los dineros de esa tía no los habrá sudado ella, sino algún hombre de su familia. Así debe dar gusto ser rica, chico —me respingué.

—Es posible que tengas razón —admitió—. Pero creo que debíamos dejar estas tonterías.

—Eso creo yo; que debemos dejar muchas cosas.

—Pues a ello, guapa.

Callamos un momento, que aprovechó para mirar a una cualquiera, porque este hombre no puede tener la mirada sosegada y se le pega aunque sea a una escoba vestida con faldas.

—Oye, Juan, escúchame un momento; por favor te lo pido —supliqué, con mi voz más tierna, comprendiendo que con peleas no había nada que hacer con él.

—Todos los que quieras, preciosa.

—Creo que no podemos seguir así. Al menos yo no puedo. No, no y no.

—¿Seguir así...? Pero ¿qué es lo que ocurre?

—Que me das una vida de perro con tus locuras.

—¿Yo...? ¿A ti? Si vives mejor que nadie, hija —se sorprendió—. Unas manitas de polvos en la cara, un toque con el lápiz de labios, unas cuantas carantoñas y sonrisitas y, ¡hala!, a desplumar a cuantos se te pongan a tiro.

—¿Tú crees?

—Claro que lo creo. Todo ese ambiente dramático que se ha creado en torno a la mala vida es literatura, cuentas para adolescentes. Las que viven mal son las honradas madres de familia, ¿sabes? De manera que a mí no me vengas con tonterías.

—Tengo que pensar en mí.

—¡Santo Dios! ¿Pensar en ti? —se alborotó—; pero si es lo que haces las veinticuatro horas del día. Porque hasta dormida creo que te dedicas a ello.

—Está visto que no se puede hablar contigo. Y será mejor que te deje por imposible.

—Bueno, mira, Lola; lo que tú quieres decirme es eso —se decidió—: Que te ha salido una conquista, ese Ricardo Cienfuegos; que yo no sirvo para chorlito y que te estorbo, ¿no es eso?

—No, no es eso, Juan. Porque es eso, pero... como si fuera lo contrario.

—Cualquiera te entiende.

—Me parece que lo que sucede es que no quieres entenderme. Pero de esta noche no pasa que tú me entiendas; eso te lo juro yo por la memoria...

—Mira, deja esas memorias en paz.

—Te quiero mucho, Juan. Si quieres, lo dejo todo por ti.

—¡Pero, Lola! —se alarmó—. No me ha tocado la lotería.

Desesperada, rabiosa, se lo dije todo, con palabras que no quiero dejar aquí. Creo que lloré, que arañé, que perdí toda la vergüenza, suplicándole a mi cochino hombre lo que no debe suplicarse nunca. Juan me escuchó atentamente, observándome con recelosa curiosidad, pero, al fin, se emocionó; ¡vaya si se emocionó! Y pasamos una

noche de locura; la noche mejor y más bella de mi vida.

Pero todo quedó exactamente igual y nada se aclaró, porque, al día siguiente, él me habló muy cariñoso y sereno, aconsejándome que no perdiera la amistad con Ricardo. Y yo me puse tan mala que tuve que guardar cama varios días, pues la sangre se me revolvió una vez más y mi endeblez aumentó de tal manera que la Lirio llamó al médico, quien me recetó un calmante para los nervios, pues aseguró que los tenía desquiciados.

XI

En vista de ello eché bien mis cuentas y decidí arreglarme definitivamente con Ricardo, sin romper con Juan, pues, la verdad, es el único hombre que me entiende y con la única persona en el mundo con la que puedo ser como soy y hablar la verdad, sin cuentos ni tonterías que la cansen a una.

Porque si tengo mal humor, lo puedo tener con él; si tengo ganas de fumarme un puro caliqueño me lo fumo a su lado, y si me apetece desahogar el corazón y, contarle mis faenas, pues lo hago, sin que se asuste jamás de nada, sino que, al contrario, siempre me aconseja bien y vela por mis intereses como nadie. Pues incluso ha llegado a convencerme de que lo peor que pudiera yo hacer es retirarme con él, aun cuando me sobrara el dinero para asegurarme una vida decente. Porque piensa que lo bien que nos entendemos los dos se debe a que no tratamos nunca de engañarnos el uno al otro y a que las cosas están en su sitio. A ser muy buenos amigos y a vivir cada uno su vida por separado, ya que juntos es imposible. Yo no creo que sea tan imposible, porque cuando un hombre se enamora de una mujer lo deja todo por ella y saca los cuartos de donde sea. Pero este tío es tan loco que a lo mejor resulta que está más enamorado de mí que nadie, aunque a su manera. Por lo menos es un consuelo pensarlo así y él me asegura que es cierto, que me quiere mucho más de lo que yo puedo figurarme.

Hace tiempo que yo sé muy bien quién es y él tampoco me lo oculta, aunque no quiera aclararlo aquí, por no perjudicarlo. Es un hombre de esos que después de ganar su vida como el que mejor, necesita huir de ella, buscar y rebuscar fantasías, meterse en líos y andar detrás de las mujeres, como si las mujeres les sirviéramos a los hombres para más que para gastarles bien los cuartos y para darles gusto algún rato.

Yo, como soy muy clara con él, y porque además quisiera apartarle de todas las otras, se lo he dicho varias veces: que no haga tonterías, que las mujeres somos lo que parecemos y nada más. Pero él, riéndose, me aconseja que no tire piedras a mi propio tejado y me confiesa que nos necesita como una droga. Como una droga que le abre los umbrales tóxicos de la fantasía. Y, por eso, el muy cochino, asegura que no puede vivir sin una mujer estupefaciente al lado.

Después de todas estas pláticas, muy largas y acompañadas de otras muchas cosas mejores que me callo, yo me he sosegado un poco, dedicándome más a mis intereses, que con las borrascas anteriores peligraron un poco. Pero sin abandonar jamás la idea de pescar un día a Juan, a base de paciencia, de belleza y hasta de estupefaciente, si es preciso, pues ya esto es cosa de amor propio y sería capaz de todo por conseguirlo.

Mientras, manejé muy bien mis cosas con Ricardo. Le juré por mi madre no ver a Juan, quien le daba olor a cabrito, y se quedó muy contento con mis juramentos, pues hasta entonces había defendido yo mi libertad.

Por lo pronto, me puso un hotelito en Chamartín, muy mono, aunque un poco solitario para mis gustos. Contrato de alquiler a mi nombre y muebles con facturas a

mi nombre también, por si las moscas. Pero yo no dejé mi piso, sino que conservé los dos domicilios, pues tenía mis planes. Y una vez más inicié otra luna de miel con un nuevo tío.

Al menos ésta no resulta demasiado incómoda. Dormir la mañana, como es de rigor; salir a tomar el aperitivo a Loto, a la cervecería de Correos o a la del Águila, en Serrano. Comer por ahí, donde caiga; hacerle unos cuantos kilómetros más al coche; echar la siesta, si hace calor; arreglarse durante casi toda la tarde, para salir a cenar. Bailar un poco después de la cena; distraerse lo más posible mientras suenan los *Chaguaguas* y los *Palagalagas* de Ricardo y de el Pájaro; acabar en Riscal o en Samba; meterse en la cama y, a las nueve, escuchar cómo Ricardo, que es un caso de aguante, se levanta, se ducha, se arregla y, más serio que un guardia, se va al Ministerio del Ejército, donde está destinado, llevando dentro de su pequeño cuerpo una botella de ginebra o de whisky. Y, alguna que otra noche, cuando hay guardias en el Ministerio, o acontecimientos familiares de Ricardo por medio, ver a Juan. Verle primero misteriosamente, después cada día con más descaro, pues el tío se está soltando el pelo y yo lo arriesgo todo por él.

Con estas cosas pasamos el otoño, y mi hermana, que estaba otra vez en Madrid, se puso mucho peor. Tanto, que barruntó que se moría y se empeñó en que la lleváramos a Mojácar, pues no quería acabar en tierra extranjera.

Para ello, y queriendo matar dos pájaros de un tiro, traté de convencer a Juan de que nos llevara en su coche, pues me apetecía el viaje de vuelta con él; pero el tío es un pelmazo y no hubo forma de convencerle. Y, al fin, tuve que resignarme a irme en el coche de Ricardo, acompañadas de el Pájaro, en calidad de dueña que defendiera mi fidelidad, pues mi hombre tiene mucha confianza en él, y puede tenerla, ya que no vive más que para el alcohol y es un cotilla de los buenos, que, en cuanto sabe algo de una, allá va a contárselo a su amo.

La Malena se murió y la enterramos hace más de un mes, quedándome yo un poco más desahogada de gastos, pues con ella se me fue al hoyo una verdadera fortuna.

En este plan nos metimos en el invierno y yo, con tanta sosería de vida, empecé a echar lomos y hasta un poco de papada, dando lugar a que Juan se riera de mí diciéndome que vivía como una burguesita. Pero, a fuerza de masajes y, sobre todo, de hambres, logré recuperar la línea y llegar a estas Navidades más guapa que nunca y con cincuenta y cuatro kilos tan sólo. Peso que no creo que sea de jamona, como dice Juan, quien muchas veces se parece al perro del hortelano, pues le ha tomado manía a Ricardo, pero sin decidirse a que me vaya con él. Así, tan tontamente, daré fin a este año de 1946, en el que todavía escribo, y marcharé hacia mis veintiséis abriles, edad en la que hay que espabilar bien el ojo y nadar guardando mucho la ropa, pues ya asoman las arrugas, según dicen, porque yo no tengo ninguna.

Pero en cuanto al dinero no puedo quejarme, pues Ricardo anda todavía con el riñón bien cubierto y yo me he propuesto dejárselo más desnudo que una molleja de

gallina tísica, de esas que no tienen ni pizquita de grasa y ya han olvidado lo que es poner un huevo.

CUARTA PARTE

I

De no ser por algunos interesantes sucesos que últimamente han animado algo mi vida, no hubiera cogido de nuevo la pluma para continuar estas escrituras. Pero el loco de Juan, que siempre tuvo ojo de profeta, va a llevar al cabo razón cuando asegura que yo me haré célebre y pasaré a la posteridad por algo más que por mi belleza y por los cuartos que los hombres han pagado por conseguirme un ratito.

Las cosas no ocurrieron de pronto, como en las novelas, sino poco a poco, y muy ligadas y seguras. Porque todo salió de un cierto concurso del «Traje de Percal» que un popular diario madrileño organizó y en el que gané el segundo premio. El primero me lo quitó un asqueroso chivato que fue con cuentos al Jurado sobre lo de mi mala vida.

Mas, antes de continuar con esto, creo que debo aclarar que ha pasado casi un año más y que por tanto, andamos ya por el otoño del 1947, época que pasará a la historia por un nuevo, tardío y empalagoso florecimiento del tango, en frase de Juan, del que no consigo despegarme, ya que no pegarme bien, que es lo que quisiera.

Durante este año, y hasta el concurso ya dicho, no ocurrió nada nuevo, excepto que la ruina de Ricardo se consumió casi totalmente, pues el pobre ha llegado incluso a vender el *haiga*, que tanto rumbo le daba. Y que el dinero que sacaba del uno me lo iba colocando bien colocadito el otro. Mas no vaya a pensarse con esto que el año hiciera de Juan mi chulo, pues ni yo he nacido para tenerlos ni él tampoco para serlo, justo es decirlo. Con esto queda dicho que me paga y regala lo que puede, muy poco para la mujer que soy, y en paz.

Pasó, pues, este tiempo, más o menos como se inició, es decir, entre los *Chaguaguas* del uno, los *Palagalagas* del otro y los cuernos de todos, pues, la verdad, siempre que me salía algo bueno lo aprovechaba bien. Ya que el desahogo de mis humores fue el sacarles los cuartos y el de acaparar el oro como una urraca ladrona que soy.

Con la buena vida mi endeblez mejoró muchísimo, pues me encuentro sana como nunca, pero el contento y aquel jolgorio vagabundo que yo siempre tuviera se me fueron, no sé si para siempre, pues, según me advierte Juan, estas cosas no vuelven jamás y, en lugar de recordarlas tontamente con lánguida pena, lo que hay que hacer es sustituirlas con otras, pues el mundo está lleno de ellas. Para él no debe ser, por cierto, difícil, ya que siempre tienen un nombre de mujer y las sustituye sin cesar.

La verdad es que está *tirao*. Sí, *tirao*; y encima dice que yo tengo la culpa. Porque asegura que conmigo perdió el respeto a muchas cosas y comprendió que para los cuatro días que vive uno es preferible vivirlos a gusto y sin hipocresías. Yo, al principio, me alegré de verlo así, pensando que esto me lo traería; pero después he comprendido que no podría vivir sólo con una mujer y que necesita renovarlas, como se renuevan los días y las primaveras. Es un hombre difícil y me parece que cada vez lo entiendo menos, pues si me quiere como dice, ¿por qué no se junta conmigo de una

vez?

Seguí también con mis clases, aprendiendo muchas cosas y haciendo reír a la gente con mis salidas de mujer culta y no analfabeta. Hasta que no hace mucho, Juan, de la manera más inesperada, me las prohibió todas, menos las de cuentas, inglés y ortografía. Nunca supe bien a qué se debe este capricho, pues no ha querido explicármelo y cuando tratamos de ello se pone un tanto tristón, hablando de que el saber da mucha amargura y de que lo mejor que yo tengo es mi animalidad. Yo, antes, la verdad, tomaba casi siempre estas palabras como un insulto y me alborotaba lo mío, pero ahora le oigo como quien oye llover, pues todos tenemos nuestras manías y a él le ha dado siempre por esta de decir que yo soy un bichito muy mono. Pero, quieras que no, hubo que dejar muchas cosas que me distraían y empezaban a interesarme, pues lo tomó muy a pecho, asegurando que como siguiera tan redicha no iba a verle más el pelo. Del que por cierto no le queda mucho, pues está empezando a quedarse calvo.

Ricardo, que cada día anda más emperrado conmigo —yo creo que porque piensa que en cuanto se le acaben definitivamente los cuartos me voy a escurrir de entre sus manos como una anguila—, me dio un verano fabuloso. Pues recorrimos todo el Norte y Galicia, consiguiendo incluso llevarme a Portugal, donde pasamos unos días en Estoril, un sitio idiota que le chupa a los hombres los dineros con el juego, en forma inexplicable y tonta, a la que yo no le veo ni gracia ni diversión.

Volví en octubre a Madrid, más mona que nunca y hecha una extranjera, pero consumida por no saber nada del cochino de Juan, que todos los veranos se esfuma durante unos meses, sin despedirse siquiera, pues dice que no le gustan las escenas. Se va una noche cualquiera, diciéndome «Hasta la vista», y tal vista consiste en que durante muchas semanas no se sabe siquiera si se le volverá a ver.

Como no estaba en Madrid y pude enterarme de que su familia había ya vuelto, pues, según dije en otro lugar, estoy muy al tanto de sus cosas, me empezó una comezón, una congoja muy grande, pensando si se habría largado con alguna tía guarra a correr mundos por ahí, ya que le dan algunas veces unas espantadas tales que no puede parar tranquilo en ningún lado y sólo se encuentra a gusto tragando kilómetros por esas carreteras.

Y entonces la Basi, que como se recordará es mi criada, viéndome tan nerviosa, me trajo un saludador que sabía mucho de estas cosas y que, además, curaba los arrebatos y manías.

Lo hice venir a mi piso, para que no pudiera enterarse Ricardo de nada, y tuvimos allí varias sesiones.

El tío Rufo, que así se llamaba el curandero, es un hombre maduro, más seco que un sarmiento y más renegro que una ciruela pasa. Pero que tiene algo raro en el mirar de sus ojitos grises, acerados y hundidos en su menuda cara. Se le juntan tanto por lo alto de la nariz, bajo unas cejas peludas y todavía muy negras, que cuando te miran parece que son como un solo agujero, del que saliera la hoja de un arma acerada que

se te mete en el pecho para sangrarte las penas.

El tío Rufo se enteró primero de todo, quedándose muy serio y preocupado al conocer mis angustias. Y después, cuando le enseñé un retrato de Juan, que recorté un día de un periódico, pues es hombre que sale en los papeles, torció el gesto, asegurando gravemente que era asunto difícil. Yo le pregunté que por qué y él me soltó una especie de discurso muy breve, severo y sosegado, sobre la cara de Juan, que me inquietó mucho, pues ya había yo notado que tiene un rostro raro, de esos que se te pegan al alma y te obsesionan, porque se te escapan siempre, como el agua entre las manos.

De todos modos, el tío Rufo me dijo que podríamos conseguir muchas cosas si confiaba en él. Y durante más de diez días anduvimos en ceremonias, tanto que Ricardo empezó a escamarse de que yo desapareciera un rato casi todas las tardes.

Generalmente, yo me ponía de pie en mi salón, que dejábamos medio a oscuras, y el hombre se me acercaba y me daba unos pases por la cabeza y por el cuerpo, con esparavanes y esguinces repentinos, como de loco, que me hacían reír, por lo que me riñó mucho, pues aseguró que si lo tomaba a broma perderíamos los dos: él el tiempo y yo los cuartos.

Después de esto hubo muchos manejos con el retrato de Juan y, al fin, me dio un bebedizo para que mi manía se me fuera y lo olvidara ya. Pero debo confesar que no lo tomé, aunque me las arreglé muy bien para engañar a la Basi y a la Lirio, que seguían viviendo en mi piso, pues de ningún modo quería que pensarán que yo no deseaba olvidarlo. Y en vista de ello, le di el cambiazo al mejunje y le dije al santero que, como no me había hecho efecto ninguno, hiciera algún embrujo para que Juan volviese a mí.

Hizo, pues, más cosas raras el tío Rufo con el retrato de Juan y con un pañuelo suyo de seda que yo le quitara en cierta ocasión, con tanto éxito, que, dos días después, me llamó el loco Tenorio por teléfono.

En vista de ello decidimos darle a él un aliño, para que se enamorara de mí por las buenas, pero que si quieres: cuantas veces intenté dárselo, cuantas veces se escamó el hombre y no lo tragó. Y, entonces, el tío Rufo, después de sacarme buenos cuartos, me aseguró que Juan es un hombre con humores diabólicos que yo no podría contrarrestar sino de una manera: teniendo un hijo de él. Yo me reí mucho y aseguré que de eso no había ni que hablar. Pero la verdad es que, después, le di muchas vueltas a la cosa y que, un día que iba a verme con Juan me las apañé para que, antes, el tío Rufo me preparara el asunto.

Me tendió en la cama y me cruzó los muslos, el vientre y los pechos con tres aspas, acompañadas de pases, saludos y esparavanes. Pero, después Juan me dio un plantón, de lo cual me alegré, al cabo, pues muy loca tenía yo que estar para querer preñarme de él e intentar convencerlo de que era asunto suyo, estando como estoy arreglada y viviendo con otro que tampoco es manco.

II

Más o menos por entonces hice las paces con Paulina, que siempre me andaba rondando, pues estas tías alcahuetas van siempre alrededor de las buenas mujeres, como las moscas a la miel. Y yo me volví a arreglar con ella, porque es mujer de mucha experiencia y muy buena encubridora, aunque los dedos se le peguen a todo lo que valga algo, como se le pegaron a mi joyero, cuando lo de el Espichao. Pero, la verdad, la vida se pone cada día más cara, los cuartos de Ricardo deben de andar ya en las últimas alegrías, Juan no se decide y conviene no desperdiciar lo que caiga, aunque dándose una mucha importancia y cotizándose cada día más.

La Paulina se puso en movimiento y me buscó algunas buenas ocasiones, pues les decía a los hombres que yo era una chica de una familia estupenda —en lo que no miente, ya que siempre sospeché yo que mis padres verdaderos eran de la mejor nobleza, aunque muy liosos—; familia venida a menos después de la guerra, por cuestiones políticas. Pero que yo estaba muy bien educada y que era muy culta y muy seria; que tenía un amigo millonario, que andaba loco por mí y al que yo no me arriesgaría a perder a no ser por muchísimo dinero.

Después de estos prólogos, se formalizaba una entrevista en el piso de la Angustias, una amiga de Paulina, y allí acudía yo, más guapa que nunca y haciéndome la princesa, soltando, si venía a cuento, sentencias que demostraran mis conocimientos. Algunos se reían, pero otros, los más, picaban pues los hombres son siempre niños y como mejor se entregan es excitándoles la fantasía con los cuentos más disparatados y estúpidos.

Yo me hacía desear mucho y aquello terminaba con unas copitas y nada más. Pues prefiero perder varios hombres de poco valer y pescar uno que me aproveche, aunque sea de tarde en tarde. Porque el que caía tenía que caer derrochando regalos, oro y buenos billetes de a mil, para gozar un rato de mi belleza.

Por entonces, también, o sea hace algunas semanas, estuve a punto de ultimar un negocio que no llegó a cuajar, por lo ocurrido en el concurso del «Traje de Percal». Porque quise quedarme con el traspaso de una estupenda pensión que ocupaba todo un piso en la calle del Barquillo, asunto al que me animó mucho Paulina, que quería hacer de encargada. Me pidieron más de trescientas mil pesetas y no me decidí, porque Juan tampoco veía la cosa clara.

Recuerdo que andaba yo esos días muy desesperada con mi loco; ya no podía aguantar más *Chaguaguas* y *Palagálagas* y tenía el cuerpo cansado de andar de hombre en hombre, aunque me lo pagaran bien. Torcidos, pues, otra vez los humores, fui a casa del tío Rufo, para que me saludara el cuerpo nuevamente, y a ver si se le ocurría algo mejor que eso.

El tío Rufo me escuchó con el sosiego y la gravedad de siempre, pues es un hombre muy solemne y que atiende las palabras. Con lo cual yo rajé lo mío y me desahugué bien el corazón. Tanto, que lo pensó mucho y me dijo que iba a intentar

hacer una ceremonia importantísima, que si salía bien iba a traer a Juan a mis pies para el resto de sus días.

Yo me puse loca de contento, le ofrecí cien duros y empezamos a trajinar la cosa. Que era bastante difícil, porque había de llevar a Juan nada menos que a casa del brujo, quien iba a sujetármelo a su modo.

Para llevarlo allí, yo, que conozco los flacos de mi hombre, hice que, estando un día reunidos en mi piso, la Lirio dejara caer inocentemente que ella conocía a un viejo que tenía en su casa una pintura extraordinaria; pintura que, antes, yo había comprado a un anticuario de la plaza del Ángel por ochenta duros y que por este precio ya podía ser buena, pues era muy chica y representaba una pareja antigua metiéndose mano en un cuarto, mientras la curiosa y regocijada cabeza de un tío muy feo asomaba por una ventana, sin que los enamorados se dieran cuenta. Por cierto que el anticuario, que debía ser un tío guasón, me aseguró que era una pintura flamenca. ¡Vamos!, que era muy chula, por lo visto. Y allá la llevé yo, a casa del tío Rufo, quien la colocó en el comedor en forma conveniente para maniobrar bien con Juan, cuando viniera a verla.

Fuimos, claro que fuimos, pues yo me hice la desganada y entonces Juan se emperró en ir, echándome de paso un sermón sobre lo egoísta que yo era y lo poco que me interesaba por sus aficiones.

El tío Rufo vivía en las Ventas, cerca del mercado de Canillas, y por allí nos metimos una mañana que, según el saludador, era la hora más apropiada para la operación. Y yo, para no gafar el asunto, al salir de mi hotelito, en Chamartín, saqué por el umbral el pie derecho y escupí tres veces por encima de mi hombro izquierdo hacia el Oriente, que es por donde nace todo.

Los alrededores del mercado bullían de gente, pues ya se sabe que allí la carne es mucho más barata que en Madrid y que incluso algunas señoras de la sociedad van a comprarla con sus criadas, para que no les sisen, pues la verdad es que hoy el servicio está muy malo. A mí me gustaba mucho aquello, porque el alboroto y la picardía del barrio me alegran el alma.

Nos entretuvimos un poco por allí y compramos billetes para la rifa de un conejo blanco, casero, que vendía una mujer con unas tetas enormes; un animal gordísimo que me hubiera gustado comer con arroz, pero que no nos tocó a nosotros, porque esas rifas están siempre amañadas de antemano.

Anduve también trajinando unos peces a un chiquillo que los vendía en un canasto y tan excitada me puse, que, recordando mis buenos tiempos de gitana caminera, le robé a un mozo un limón que era una maravilla. Juan, por su parte, como está majareta perdido, se entretuvo un rato con un viejo cegato que se pasa allí la vida diciendo: «Den al tío Nano; den al tío Nano...», con una monserga que se te pega a los oídos para todo el día.

En medio de esta bulla, yo quise apañar en una tienda una sarta de chorizos de Jabugo, pero me vio una tía y se armó un alboroto de miedo, que yo corté echando

sobre el mostrador un billete de cien, para que vieran todos que no me faltan cuartos. Juan se rió al pronto, pero después se enfadó, preguntándome si le había llevado allí a ver la pintura o a demostrar mis habilidades. Y yo me amargué un poco, porque me di cuenta de que la destreza de mis dedos ya no era la misma y que el tiempo pasa para todas las cosas.

Llegamos, al fin, al cuarto del tío Rufo y nos metimos en el comedor, a esperarlo, mientras él acechaba tras una cortina, pues ya me advirtió que, antes de salir, tenía que estudiar bien a Juan. Apareció cuando mi hombre ya se impacientaba y yo traté de hallar en su cara alguna muestra de su impresión. Pero tenía la faz más menuda y prieta que nunca y sus dos ojitos parecían pinchar como una aguja.

A Juan no le interesó la pintura y trató de marcharse. Pero el tío Rufo consiguió entretenerlo un rato, hablándole de otra que poseía un amigo suyo y que podía enseñarle cuando quisiera.

En todas éstas, entremezclándolo con sus palabras, el hombre se aproximaba a Juan, se le echaba encima y, después, saltaba hacia atrás con unos esparavanes de loco, que tenían sorprendido a mi acompañante. Tanto, que, malhumorado, cortó por lo sano y me condujo hacia la puerta, por un pasillo oscuro y en cuesta, pues el tabuco del saludador parecía una guarida de bandoleros.

A mitad del pasillo, más o menos, y al traspasar una especie de esterón que hacía de cortina, sonó un ruido espantoso y una barra de hierro cayó sobre Juan entre nubes de polvo y de miseria, descalabrándole ligeramente y dejándole turulato durante unos segundos, hasta que, reanimado ya, se echó sobre el tío Rufo y le zarandeó un poco, mientras el brujo chillaba como una rata, diciéndole que otra vez no tratase así a los clientes, porque iban a tundirlo a golpes.

Yo, al pronto, me asusté con el ruido y el golpetazo, que a mí no me dio, pero, al ver que el curandero aprovechaba aquel desorden para hacer unos saludos extraños en la cabeza y en el pecho de Juan, por no decir en otros lugares menos aparentes, me di cuenta de que todo estaba preparado por su ingenio. Y fuera efecto de ello o casualidad, Juan anduvo unos días entusiasmado conmigo, después de aquello, diciéndome que yo era la mujer más graciosa y disparatada que había conocido en su vida, con lo cual me puse más alegre que unas Pascuas y le solté las quinientas del ala al tío Rufo.

Pero todo quedó en eso, en cuentos y palabras, y no llegamos a nada definitivo, porque el querer de este hombre es así: pequeñito, charlatán y con la cabeza siempre en su sitio.

III

Después de suceder estas cosas y ver que los días no iban por los senderos de mi gusto, caí en una melancolía muy grande y di en pensar que algo malo iba a sucederme. Pero Juan se rió y dijo que las grasas que iba echando me entristecían el corazón. Por eso, y como comprobaba en la gran coqueta de mi tocador que, aunque estaba más guapa que nunca, se me había llenado un poco la espalda en las cercanías del cuello, agrandando algo mis menudos pechos y ensanchado también una chispita la cintura, me puse, una vez más, en manos de la masajista y me pasé unas semanas de hambre y mal humor, pero logrando recuperar el tipo que le gusta a Juan, aunque a otros hombres, incluso al mismo Ricardo, les agrade más que haya buenas carnes donde agarrarse.

Espabilada por los ayunos, pues no hay nada mejor para conservar la astucia que descansar un poco el estómago, me enteré del anunciado concurso del «Traje de Percale», que consistía en elegir «Miss Madrid» a la mujer mejor vestida con un traje de esta tela y, por descontado, más guapa y mejor hecha. Y como la Lirio, que siempre se creyó una buena mujer, aunque gafada por alguien, pensaba acudir al concurso, yo me fui a mi modista y le encargué un traje de locura, pues tenía un escote muy exagerado y apretaba mis carnes como si fuera mi mismísima piel, señalando mis pechos y mis caderas y cayendo en cola agitanada por el suelo.

Me inscribí en el concurso por mi distrito, que es el de la Latina, y como si fuera una estrecha hija de familia, modosita y fina, pero echándoles al mismo tiempo tales miradas a los del periódico, que hasta el papel se alborotó aquellos días y salía emborronado por las distracciones. Ricardo, por su parte, se cabreó un poco, pero yo pisaba terreno firme con él y le advertí que podría tratarse de mi porvenir, porque a lo mejor me contrataban después para el cine; logré, pues, salirme con la mía, porque ya dije que sus dineros iban muy de capa caída. En cambio, a Juan, le pareció bien la idea de presentarme y me aconsejó con su habitual cinismo. Exactamente lo contrario de lo que yo hubiera deseado.

El concurso se celebró en los jardines de Bolonia, llenos hasta los árboles por un público alegre y escandaloso, entre el que se encontraba Juan, que no había querido acompañarme. Ricardo se metió aquel día en la cama después de comer y, acompañado por el Pájaro, empezó a beber ginebra en vaso grande, cogiendo la moña más grande de su vida, pues está muy enamorado de mí y hasta los ojos se le llenan de lágrimas cuando le hago una faena. Pero como ve que según se le acaba la guita yo suelto amarras, no se atreve a iniciar una escena, por si lo dejo plantado ya de una vez.

Los jardines estaban preciosos, llenos de bombillas de colores, con dos pistas de baile y un gran mujerío envidioso que iba a criticarnos a las bellezas.

Y, de verdad, que, en muchos casos, podían hacerlo. Porque allí habían acudido desde la soltera trancona que no puede ya con su desesperado cuerpo, hasta la tía

guarra que por cinco duros se arrima a las verjas oscuras de los palacios de la Castellana en las noches de verano, pasando por la niña, cursi con pretensiones o la morenaza pringosa del barrio. Un asco de mujeres, aunque me esté mal el decirlo, tanto que, según iban saliendo a la pista por una especie de pasarela iluminada con focos, sonaban las carcajadas y los silbidos, porque hace falta caradura para presumir de guapa con una estampa como la que tenían la mayor parte de aquellos bichos.

Cuando yo salí se hizo, primero, un silencio casi absoluto. Y, después, al cruzar lentamente la iluminada pasarela, acentuando un poquito más el balanceo de mis caderas y las firmes curvas de mis pechos, sonó un verdadero rugido de admiración masculina. Porque, la verdad, había que verme: el mismo Juan admitió que estaba imponente.

Pues, a pesar de todo, y después de una deliberación accidentada del jurado, que nos estuvo comparando más de una hora en una habitación reservada, me quitaron el premio de Miss Madrid, aunque me dieron el de mi barrio.

Dicen que los del jurado estaban encantados conmigo, y no lo dudo, pues eran hombres célebres, de mucho gusto y saber, pero, como ya dije, un tío chivato que me tendría guardado algún desplante, habló más de la cuenta. Tanto que, como en estos casos no se mira imparcialmente la belleza sino la conveniencia y la recomendación, se llevó el premio otra, que no podía ni comparármeme.

Tan escandaloso y amañado resultó el fallo, que cuando se hizo público, después de desfilas las finalistas, y apareció la premiada, se armó un follón de miedo y mil voces me reclamaban, tanto que tuve que salir otra vez, para calmar un poco aquello y dar las gracias, pues mis partidarios amenazaban romper hasta las sillas del jardín. Yo, lo confieso, tuve un berrinche de aupa y me fui en busca de Juan, a quien, para colmo, encontré en compañía de una rubita muy mona que no era del concurso. Pero de todos modos, él, con muy buenas palabras, me calmó y me dijo que estaba más guapa que nunca, acompañándome hasta la madrugada.

Después del concurso siguieron unos días muy trajinados: fotos, banquetes, desfiles, el NO-DO y, al cabo, apareció don Laurentino Balbin. Pero esto ya es harina de otro costal; de un costal bastante repleto.

IV

Don Laurentino Balbin es un productor, es decir, un caballero de esos que sueltan los cuartos para las películas. Según dicen, en España son los que pierden con el cine para que todos los demás ganen, pero don Laurentino se las había apañado para hacer dineros a costa de los demás.

Es un tío ya viejo, pero simpaticón y animado, con cara de lechuzo, una astuta sonrisa y un puro casi siempre en los labios. Pero, a pesar de sus kilos y de sus años, no está de mal ver y puede admitirse su compañía sin hacer el ridículo.

Don Laurentino vio el NO-DO, se enteró en seguida de mi dirección, por el periódico, y me mandó un faraute, una especie de secretario suyo, a saber si quería verle en su despacho. Claro que quería, pero como el secretario se puso un poco pegajoso y como comprendí que su enemistad no me traería nada de provecho, le entregué en el acto su tanto por ciento, en especie y de la mejor, porque ya se comprenderá que era yo misma la moneda, prometiéndole nuevos pagos si me ayudaba con su patrón.

Éste era otro que tal, pues después de varias entrevistas, cenas, algún que otro baile y demás monaditas con el buen señor, hube de someterme a sus deseos para seguir caminando los rumbos del cine, porque, como dice Juan, muchas, de nuestras películas se hacen en la cama, y así salen ellas.

Seguí, pues, pagando portazgos con un director, un jefe de producción, un guionista, un galán nada galante, pues no pensaba más que en echarse piropos a sí mismo y hasta con el gerente de la casa Balbin Films; tan sólo, entre las altas jerarquías de aquel tinglado, escapé del operador, porque era extranjero y no le interesaban las mujeres.

Pero hice, rápidamente, en pocas semanas, una película, que acaba de estrenarse con éxito en Madrid, en un cine de la Gran Vía. Claro, yo no fui la protagonista, pues jamás se empieza por ahí, pero, según dicen todos, quedé muy bien en mi actuación, aunque la verdad, no me sentí satisfecha con mi papel, pues era corto y además tenía que ponerme una ropa del año de la Nana; todo ocurría por los tiempos del polisón y del miriñaque, que son los que aquí gustan no se sabe por qué, a la gente del cine. Mas ahora andamos con un guión estupendo que se titula *La princesa gitana* y creo que en ella voy a dar el golpe, si consigo hacer de protagonista, como Tinito, que es el señor Balbin, me lo ha prometido.

Con estos trotes, mis relaciones con Ricardo andan un poco en el aire, pero sin romperse, porque yo sé muy bien lo que puede aguantar un tío y no tiro de la cuerda demasiado hasta estar segura de no perjudicarme. Y en cuanto a lo de Juan, seguimos lo mismo que siempre, con alguna borrasca que otra, porque hay cosas que una no puede soportar.

Hace unos días, por ejemplo, fuimos una pandilla de los estudios a cenar a Villa Romana, que estaba muy bien de gente, porque ya se sabe que el público es muy

caprichoso y ahora le da por ir allí. Yo iba de muy buen humor y muy animada, pues llevaba dos hombres para mí y eso halaga siempre a una mujer. Pero a media cena, vi entrar a Juan y sentarse con todo descaro a una mesa, sin esconderse como cuando va conmigo. Y, a falta de una, llevaba dos mujeres con él, cosa que me sorprendió, pues no le gustan los dúos de tres.

La noche fue de miedo; yo me la pasé maniobrando, y, ya de madrugada, calentadas las tripas por las bebidas, me lo enfrenté por las buenas, al borde de la piscina.

—Ya veo que estás muy bien acompañado, Tenorio —solté.

—¿Qué hay, Lola? Tan guapa como siempre.

—Tan guapa y tan mimada por los hombres, para que lo sepas.

—Anda, mujer, anda, que te están esperando. Y se van a enfadar si te ven conmigo.

—Mi enhorabuena a estas dos princesas; lo digo por ir tan bien acompañadas por el hombre más marrajo de la tierra.

—No empieces, mujer —repitió, empujándome hacia mi mesa—, déjalo ya...

—¿Pero es que ya no te basta con una? Mal andas, hombre; muy mal.

—Has bebido demasiado, Lola. Y te digo que te vayas —insistió, cogiéndome por el brazo y zaradeándome un poco.

La sangre se me salió del corazón y se me fue a las manos. Él estaba subido al borde de la piscina y sus dos mujeres esperando un poco atrás, mirándonos como dos pájaros bobos, con una sonrisita tonta y distinguida. Y no pude evitarlo. Con la fuerza que da el vino cuando se le agria a una dentro, le di un empujón y lo tiré a la piscina, entre las risas de la gente. Tanto se rieron que, para que se rieran más me tiré yo también, pues me jorobó que hiciera solo el ridículo.

V

He dejado unos cuantos meses estas escrituras, porque ni los trajines ni el humor fueron propicios para continuarlas. *La princesa gitana* fue una película muy dificultosa, no en lo de la técnica, pues no tenía ninguna, sino en intrigas, celos y envidias del reparto. Pero yo, que tengo mucha muleta cuando me empeño, conseguí protagonizarla (palabreja difícil, pero que suena muy importante, ¿no?) y por ahí andan ya los rollos dando vueltas y vueltas en las cabinas de los cines, aunque con otro título mucho más llamativo, como es el de *Belleza gitana*.

Por cierto que hubo mucho bollo con esto del título, ya que unos querían quitar lo de «belleza», otros llamarla *La reina del Sacro Monte* y Laurentino, que es el que más sabe del cine, se emperraba en titularla *Embrujo de amor*. Pero yo me empeñé también y en aquellos momentos mis caprichos eran ley para el señor Balbin, que andaba loco por mí.

Como se soltaron buenos dineros, la película tuvo éxito en los papeles, aunque el público la verdad es que se mostró más reacio, dándonos la sorpresa de que no se llenaran los cines populares, sin duda debido a lo cara que está la vida y a que todos los cuartos que se ganan con un jornal son pocos para el aceite y los garbanzos. Pero Juan, que jamás se muerde la lengua, asegura que el pueblo comienza a cansarse de que se abuse tanto de él, mientras que, aprovechando sus cosas, se llenan los bolsillos unos señores gordos y reumáticos. Tonterías tuyas, porque yo estaba preciosa y además trabajé muy bien, según decían mis amigos. Aunque el crítico de un papel enemigo escribiera que yo era una buena mujer, pero absolutamente nada más. ¿Y qué?, ¿no es eso ya bastante, mamarracho? Como si hubiera muchas por ahí.

Pero, a pesar de mis éxitos, yo no soy la que era, no.

Porque antes, hasta hace un año, chispa más, chispa menos, todo se me antojaba como misterioso y lleno de interés. Y ahora me parece que siempre sé de antemano lo que va a pasar y que eso que va a pasar no vale demasiado la pena. Juan dice que esto sucede cuando nos damos cuenta de que nuestras vidas son mediocres. Y que, entonces, sólo caben dos soluciones: o echarse al ruedo a torear los toros de la locura, a sabiendas de que probablemente le empitonarán a uno, o aguantarse la monotonía del vivir. Según él, yo he escogido esto, a pesar de andar siempre tan agitada, y él va camino de la plaza, aunque a mí me parece que van a ser vacas y no toros quienes lo empitonen.

Últimamente ha dado un escándalo de miedo, con una rubia bastante mona, que, según parece, está casada. Y eso que yo me paso la vida predicándole que no se meta en líos, porque cuando un hombre se casa lo más que puede ya pretender es echar de tapadillo alguna que otra canita al aire, si no quiere complicarse la vida. Pero, al parecer, lo que él desea es complicársela, lo cual siento, porque lo quiero bien y mucho me temo que, con estos enredos, acabe mal.

El escucha mis palabras y se ríe un poco; seguramente piensa que si hubiera sido

yo la del escándalo me hubiese parecido muy bien lo de perder la cabeza y hasta que termináramos los dos de mala manera. Pues a mí, que he sido siempre tan alegre y tan viva me entran a veces como unos deseos repentinos de acabar, de acabar algo que no marcha por su camino. Y me estremezco al pensar qué va a ser de mí cuando los años empiecen a derrumbar mi belleza; cuando esta carita mía se arrugue; cuando los ojos no me brillen y cuando mi cuerpo se estropee. No quiero ni pensarlo, pues, como dice Juan, que en esto tiene razón, yo vivo para mi hermosura y para nada más. Pero creo que él es el único que no debería reprocharme esto, pues si le hubiera dado la gana... ¡Bueno!; vaya usted a saber si no hubiese sido peor.

La cosa es que yo he sacado algunos cuartos del cine, especialmente de la cartera del señor Balbin, la cual, al fin y al cabo, no es otra cosa que cine. Y que, comerciales o no, mis películas se sostienen; aunque yo sepa que se sostienen por mi belleza y por nada más. Por eso, no es de extrañar que don Rómulo Villa, un productor mejicano, quiera llevarme a su tierra para que haga una película con Armando Calvo, pues dice que haría de mí otra María Félix. Yo tengo un tipito mucho más mono, y de parecerme a alguna estrella, que no me parezco a ninguna, sería una mezcla entre Rita y Ava Gardner; es decir, a sus cosas bonitas y a nada más.

Pero yo dejo un poco la cosa en el aire, pues antes de marcharme tendría que pensarlo bien.

Muchas noches me despierto, de pronto, con una sensación rarísima; porque se me antoja que algo mío, pero que a la vez no soy yo, anda flotando en el aire de mi habitación. Flotando y pensando cosas raras, que no puedo explicar, pero que me producen una angustia muy mala. Entonces, ya más vuelta en mí, pienso en mis padres desconocidos, en el Hospicio de Almería, en la portera, en mi hermana adoptiva, y, sobre todo, en aquellas jornadas de gitanería ladrona por las carreteras del Sur. Pienso, pues, en todo lo que no puede ya ser y me doy cuenta de que antes, cuando era una chiquilla alegre y descarada, sólo pensaba en lo que podría ser. Pero es que, ahora, todas estas posibilidades me parecen un poco tontas. Porque lo único que me interesa aún es el dinero y la admiración de la gente, cosas que comprendo pueden llegar a fatigarle a una.

Sobre todo, yo me noto *desaboría*, como alimento sin sal. Y con una mala sangre que no tenía antes, porque cuando le hacía una faena a alguien era por sacar algo de ella, generalmente algunos cuartos, y ahora se la juego a cualquiera por jugársela, por vengar algo oscuro que me acongoja el corazón. Por eso los hombres dicen que soy muy mala y en el fondo me odian como se odia al amo que nos tiraniza. Pero yo no soy mala. No, no y no.

VI

Mis angustias aumentaron y se las confié a Juan. Al pronto, las tomó a broma, aunque después se interesó más, quedándose un poco preocupado, por si sería él el causante de mis males. Pero no por cuestiones de sentimiento o de pasión, en las que nunca piensa, sino por haberme metido en el camino de la sabiduría. Porque yo he leído y aprendido mucho durante estos últimos años y he cambiado por completo de manera de pensar. Tanto, que, antes, yo obraba siempre ciegamente, como un pajarito, y ahora no me atrevo a decidir nada sin cavilar.

Juan, después de pensarlo un poco, me aconsejó que fuera a ver a un doctor amigo suyo; un psiquiatra de esos que tanto salen en las películas americanas.

La verdad, hace unos años le hubiera yo roto la cara al que me dijera una cosa así. Pero ahora ya sé que estos doctores no son tan sólo médicos de locos, sino que sirven para limpiarle a una los polvos del alma de vez en cuando. Y allí fui, a ver si me oreaban un poco la mía.

El doctor Gándara vivía en un pisito bastante vulgar, en la calle de Claudio Coello. No sé por qué a mí se me antojó que su casa tendría algo de misterio y que sería como la de un curandero o la de una echadora de cartas, sólo que mejor. Y confieso que tuve una desilusión, pues era más o menos como todas y en la salita de espera había dos o tres personas que tampoco aparentaban nada raro, y que, aburridamente, bostezando entre dientes, esperaban su ratito de colada, aunque no fuera sábado. Así se lo dije a Juan, quien aseguró que hoy en días las locuras iban muy por dentro y que todos estábamos tan locos que ya no nos dábamos cuenta de nuestra demencia. Y que los locos de manicomio, más que locos actuales, son restos prehistóricos de la locura antigua; una cosa concreta, exacta y tan segura como una pulmonía, un cáncer o un cólico miserere. Pero algo completamente distinto a nuestro vertiginoso y sincopado despiste actual.

Siguió Juan perorando un rato, cada vez más embaldado, hasta que se abrió la puerta de la salita y, en bata blanca, apareció el doctor: un hombre joven, rubio, calvo, de buenos colores, con gafas, sudoso y sonriente. Más que nada, daba la impresión de un amable viajante en perfumería.

Pasamos a un despacho un poco destartado, con muebles de tubo, una tumbona de lo mismo, algunos libros y varios chismecitos muy raros en unas vitrinas. En seguida me hizo una ficha y muchas preguntas; pero, como ya Juan había hablado antes con él, no fueron demasiado indiscretas. Y después de escribirlo todo en unas grandes hojas, el doctor Gándara me tomó el pulso, la tensión, me hizo andar con los ojos cerrados y muy tiesa en línea recta por el cuarto, me extendió los brazos y me puso sobre el dorso de las manos unas hojas de papel fino, para ver si me temblaban: me dio unos golpes en las rodillas con un martillo de goma, me apretó muchos los ojos, cerrados, y tomó, al fin, la palabra para explicarme que si quería ponerme en sus manos tendría que confiar en él como si fuera una especie de confesor, de director

espiritual, de cura laico, desahogándome con la misma libertad que si estuviera en un confesonario.

Yo, la verdad, le dije que nunca fui aficionada a esos desahogos. Y que el único confidente que había tenido en mi vida era Juan; por lo cual lo mejor sería que hablara a fondo con él y que, después, me dijera a mí lo que habría de hacer para aliviarme de tanto sobresalto y congoja. Porque mi última manía, la que me había decidido a ir a su consulta, era la de que no podía mirarme al espejo sin que me entrara una angustia muy grande al verme allí enfrente, tan sola, como si fuera una persona extraña; una persona extraña que no me quería nada bien y que me estaba acechando para hacerme algo malo. Tan malo, que yo empezaba a sudar de miedo y tenía que dejar de mirarme. Y esto me sucedía a mí, que vivía de mi belleza y que me había pasado la vida mirándome por todas las lunas que encontraba.

El doctor se rió con mis cosas, lo cual, en lugar de irritarme, me tranquilizó un poco, porque pensé que si tuviera yo algo malo no se reiría así de mí, y, después, se negó a conocerme hablando con Juan. Al revés, dijo que tendríamos varias entrevistas reservadas y que me haría un psicoanálisis, enredándose, después, con Juan, en una conversación sobre la necesidad que había de destruir mis complejos, sacándomelos del subconsciente y poniéndomelos enfrente. Con esto, yo me imaginé que los complejos eran algo así como unas asaduras que había de sacarme de las entrañas, para que yo las viera; o como esas piedras que les sacan a la gente de la bolsa del amargo, cuando se ponen amarillos como una calabaza y no se curan con ver correr el agua.

Por lo visto, como el doctor Gándara me explicó, se trataba de otra cosa. De otra cosa muy complicada, que yo no sé repetir aquí, pero que puede quedar dicha añadiendo que consistía en quitarle a una los posos que los días nos van dejando y que se van atascando dentro, muy dentro, hasta que estorban la alegría de vivir. Cosa que no está mal, pues soy una mujer muy limpia que jamás admitió mugre ni miseria alguna en su cuerpo, porque me gusta el agua más que a los patos. De manera que eso de quitar los posos, humores y pringues no podía menos de agradarme. Pero dije que no me explicaba por dónde iban a salir todas esas basuras, porque el alma no tiene agujeros como el cuerpo, que permitan echar lo que no aprovecha.

El doctor, a esto, aseguró que más que de una purga se trataba de un arreglo o compostura; de colocar cada cosa en su sitio, añadiendo algunas palabras que me dejaron helada, pues me pareció mucha pretensión el meterse en esos líos del alma y hablar de estas recomposturas, como si se tratara de sajar un hígado o cortar un estómago sobre la mesa de operaciones. Yo, a pesar de haberme echado a la vida, creo que todas esas cosas pertenecen a Dios, y que el doctor Gándara es un loco. Y cara de ello ya tiene, pues soltaba unas carcajaditas que no venían a cuento; es muy presumidete y padece el tic nervioso de colocarse las gafas sin cesar, limpiándose el sudor que le abrillanta la nariz. Tanto, que le pregunté si le pasaba algo a él; entonces con un orgullo enorme y poniéndose muy serio, dijo que era un vagotónico terrible.

Yo, por curiosidad, quise saber qué era aquello, mas no hubo manera de enterarse. En fin, que me pareció que el doctor se divertía conmigo mucho más que yo con él y corté la entrevista, porque lo de que tuviera que verme a solas y tenderme en aquella triste tumbona de tubo cromado, tapizada con una tela de enormes flores rojas, me dio mal olor y me hizo pensar si aquel hombre querría sacar algo más que los complejos de mi cuerpo.

En vista de ello, nos marchamos y yo le aseguré a Juan que no pensaba volver a pisar aquella casa. Él me dijo que si no me hacía falta sería lo mejor que podría hacer, porque a los médicos hay que ir siempre a la desesperada y con la misma poca fe con que se juega a la lotería. Por eso no me acordé del doctor Gándara durante algunas semanas; pero después tuve que volver allí, y a la desesperada, como dijo Juan; mis manías aumentaron y no podía pegar los ojos casi ninguna noche.

VII

La primera sesión me costó una disputa con Juan. Pues me empeñé en que me acompañara y a él no le dio la gana. Después, intenté que me esperara en la sala del médico mientras duraba la cosa y tampoco quiso. Tan antipático se puso que llegué a decirle que no era hombre y que no tenía sus cosas en su sitio, pues bien claro estaba lo que su amigo el doctor pretendía de mí con aquellas secretas entrevistas, y que si bien pudiera admitirse, malamente, que no le importaran mis otros admiradores, era un cochino al mandarme así, sola, a encerrarme con aquel tío tan pringoso.

Se me enfadó y no supe de él durante dos o tres días; pero como me puse peor, lo llamé y le dije que iría a casa del doctor Gándara, pues no iba a ser yo más papista que el Papa.

Fui a la consulta después de comer, y el médico me hizo esperar un gran rato, pues estaba encerrado con un paciente. Al fin, me recibió más amable y untuoso que nunca, rogándome que me tendiera en la triste tumbona, donde extendió una sabanilla limpia sobre la almohada. Después cogió un libro diario, de esos que usan los comerciantes, encuadernados en papel negro, con lomo y puntas color crema, y se sentó tras de mí, en forma que no lo pudiera ver, garrapateando con una pluma que rasgueaba mucho sobre el papel. Por cierto que, entonces, se oyó el timbre de su teléfono e inmediatamente un discreto y misterioso golpear de nudillos en una puerta interior que tenía el despacho. Y el médico, con voz solemne, dijo, a quien llamara, que no le molestaran más hasta las cinco de la tarde, pues tenía sesión con una paciente. La paciente era yo y, al darme cuenta de ello, me sentí más importante.

Ya tendida, me bajé bien la falda, que siempre se me queda harto arremangada, porque no quería líos con aquel hombre, y empezó la cosa:

—Póngase cómoda, señorita; descansando bien todos los músculos del cuerpo —aconsejó el doctor.

—Estoy muy bien, gracias.

—Y si lleva usted algún sostén o faja que la oprima, debe aflojárselos.

—¿Es que usted cree que yo necesito esas cosas? —salté.

—¡Oh!, yo no creo nada, señorita —remilgó el tío—. Me limito a darle instrucciones técnicas.

—Pues no se preocupe por eso, doctor.

—De acuerdo... Y, ahora, dígame: ¿Qué piensa usted?

—Pues creo que no pienso nada, la verdad.

—¿Qué piensa usted de mí?

—¿De usted?

—Sinceridad, señorita; mucha sinceridad —amonestó el doctor—. Si no, va usted a perder el tiempo y el dinero.

—Pero si no pienso nada...

—Siempre se piensa algo. Especialmente de los demás —insistió—. ¿Qué piensa,

pues, de mí?

—Que es usted un señor muy amable —contesté, al fin, por decir algo.

—¡Ah! —se entusiasmó—. Conque *señor y amable* —repitió, paladeando las palabras—; muy interesante, mucho... —y escribió un poquito, con grandes rasgueos de su pluma sobre una página del libro diario.

—Pues... sí... eso es.

—Siga, siga, con toda crudeza. Porque se nos hace imprescindible conocer la impresión que el médico causa en el paciente, antes de iniciar el tratamiento psicoanalítico y de que comience la transferencia afectiva.

—No pienso nada más, doctor.

—Vamos, vamos, haga un esfuerzo.

—Es que me da reparo.

—Le aseguro que, en este momento, no tengo amor propio, señorita; siéntase como ante una máquina registradora, se lo ruego y si... si es preciso —añadió ahuecando la voz solemnemente— se lo ordeno como médico.

—Allá usted... Pues me parece también que no está usted en sus cabales. De veras, se lo aseguro —confesé, riéndome.

—Estupendo —exclamó, escribiendo velozmente—. Un caso de transmisión del trauma obsesivo del enfermo al médico. Me lo sospechaba, pero era preciso confirmarlo. Bien, bien, bien —repitió, satisfecho—. Ahora, debo advertirle, señorita, que sus sentimientos para conmigo han de sufrir grandes oscilaciones durante mi tratamiento. Primero, en las sesiones iniciales, desconfiará usted profundamente de mí; después, cuando sus complejos comiencen a presentarse ante su conciencia, se llenará de rencor hacia mi persona; más tarde, rehuirá usted incluso estas sesiones, y probablemente, cortará el tratamiento, juzgándolo una tontería; pero no se encontrará bien y volverá aquí de nuevo. Y, como final, al sentir un extraordinario alivio, una seguridad nueva, me elevará a la categoría de un taumaturgo y llegará incluso a creerse enamorada de mí...

—¿Qué es un taumaturgo, doctor? —corté, curiosa—. ¿Algo de toros?

—No me interrumpa, por favor —amonestó, irritado—. Todas estas apreciaciones, tanto las favorables a mi persona como las rencorosas y resentidas, carecerán de importancia y no significarán otra cosa que una reacción normal al tratamiento que he de aplicar a su desviada psicogenia. Considéreme, pues, al margen de todas ellas, señorita. Porque se trata de curarla y nada más.

—Total, que me está usted dando calabazas.

—Sigamos —anunció con un leve carraspeo—. Desconcentre su atención, inhíbese del pensamiento todo lo posible. Y cuando yo diga una palabra, la que sea, responda lo primero que se le ocurra; espontáneamente, sin pensarlo, sin retener tampoco la respuesta. Suéltela en cuanto se le venga a los labios. ¿Preparada?

—Sí; como usted quiera.

—Pues vamos allá, tras un momento de silencio.

Se calló y dejó también de escribir. Entonces yo sentí miedo. Miedo de que aquel tío tan raro tramara algo contra mí. Hipnotizarme tal vez, para hacerme algo horrible cuando me tuviera privada y a su disposición. Y, al prolongarse aquel espantoso silencio, no pude evitar un grito sobresaltado, ni dejar de incorporarme bruscamente, para ver qué hacía. Pero no hacía nada más que sonreír con suficiencia y esperar.

—Vamos, vamos, tranquilícese —aconsejó paternalmente—. No me sorprende su alarma; es muy frecuente. Échese otra vez y sosiéguese.

Me tumbé de nuevo y, de pronto, noté un olor desagradable, inconfundible. No cabía la menor duda: al doctor le olían un poco los pies y su tufo llegaba a mis narices, porque los tenía bastante próximos a mi cabeza. Eran unos templados días de febrero y le sudaban, no cabía duda.

—Árbol —sonó de pronto la voz del doctor Gándara, cortando mi observación.

—Queso —respondí sin pensarlo.

—¿Queso de qué? —preguntó, con ansia de cazador.

—No puedo decirlo.

—Concéntrese, concéntrese...

—No puedo, no puedo —gemí.

—¿De bola, de Burgos, de Gruyere? ¿Queso de qué, por favor? Puede ser importante, señorita —advirtió.

—Queso de pies, doctor.

—¡Ah!

Escribió un poco en su libreta, pero me di cuenta de que, avergonzado, había encogido las piernas instintivamente. Y, al cabo de un rato, corrió también con disimulo la silla, separándose más de mi desdichado e imprudente olfato.

VIII

Seguimos en este plan unas cuantas semanas, a base de sesiones casi diarias y píldoras de Bellergal. Pero como logré tranquilizarme algo, pues aquello me divertía más que otra cosa y me hacía pensar que mis males eran poco importantes, cuando se pretendían curar con tan tontas palabras, continué las pláticas, a pesar de costarme mis buenos cuartos.

Por cierto que el doctor Gándara tenía un extraño modo de cobrarse los dineros. Pues después de soltarme un discurso sobre la necesidad de aislar bien las relaciones entre el médico y el paciente, me indicó que debía abonarle sus honorarios quincenalmente, a diez duros por sesión y llevando yo la cuenta de la cantidad que habría de entregarle, dándosela metida en un sobre cerrado al llegar a su consulta el día del pago y sin decirle una palabra sobre ello. Tan raro me pareció todo esto que me convenció definitivamente de que el pobre hombre estaba loco de atar y, en vista de sus manías, decidí aprovecharme un poco y abaratar la cura, sisándole un par de sesiones cada vez que tenía que pagarle. Y no dijo ni pío.

Por lo demás, el doctor me aconsejó que siguiera mi vida ordinaria y que no tomara nunca ninguna otra medicina que las que él me indicara. Podía pues, beber, bailar, trabajar en mis películas, si era preciso, y divertirme todo lo que me diera la gana. Pero, después, durante aquellos tres cuartos de hora que duraba la sesión, el tío me secaba. Porque, pasados los primeros días, en los que todo se redujo a soltar uno y otra palabras sin sentido, el doctor me hacía hablar de lo lindo y a mí, que siempre me gustó rajar lo mío, no me costó demasiado trabajo soltar la lengua, aunque claro está, arrimando siempre el ascua a mi sardina.

Un día tocábamos un tema, otros variábamos, según se me vinieran las cosas a las mientes.

—Agua —me decía el médico.

—Carretera —respondía yo.

Y después se averiguaba que había contestado aquello porque, sin darme cuenta, me acordaba con pena de mis tiempos de vagabundeo, en los que paseaba mis pocos abriles por las carreteras andaluzas, olorosas y brillantes por las aguas de la primavera.

Algunas veces, a mí se me iba la memoria durante unos instantes y me entraba una angustia terrible, como si ya no pudiera coger otra vez el hilo de mis pensamientos, caído en un profundo bache, sin saber por qué. Y, entonces, el doctor Gándara se ponía al acecho de lo que pudiera parir aquel raro silencio, para cazar algún trapo sucio de mi alma y lavármelo bien. Pero la verdad es que no salían más que tonterías sin importancia, muy poco dignas de mención, aunque el pobre hombre las escribiera todas en su feo registro de comerciante del espíritu.

Recuerdo también que un día, durante una sesión, yo me alboroté mucho. Había dicho la palabra «viejo» y, en seguida, me dieron náuseas y sofocos. Tanto, que

anduvimos rondándole a la palabreja varios días, hasta que el tío me sacó lo de las camas de esos viejecitos enfermos que yo pago en el hospital. Y, por cierto, que bien me arrepentí de habérselo dicho, porque a todas horas me habla después de ello, mostrándose satisfechísimo con su hallazgo.

Así las cosas, y como andaba ya mejor, pensé dejarme de tonterías y suspender aquello; pero recordé lo que el médico me anunció en los primeros días y decidí continuarlo un poco más. A mí lo que me parece es que el tío es mucho más largo de lo que una a primera vista se figura y que sabe cómo coger bien a sus pacientes, diciéndoles de antemano que lo van a dejar, para que, aunque sea por llevarle la contraria, no lo dejen.

Por entonces, me hizo un experimento rarísimo, que consistió en ponerme delante unos cartones con manchas de tinta, para que yo dijera lo primero que se me viniera a las mientes. Porque, como puede verse, para este hombre, todo consistía en cazar por sorpresa las sandeces que se le ocurren a una.

—¿Qué piensa usted de esto? ¿Qué ve usted aquí, señorita? —me apretaba el doctor.

—¿Dónde?

—Aquí, en esta mancha.

—Pues...

—Dígalo, dígalo, sin rubor.

—Me da reparo.

—Por favor, señorita; déjese usted de tantos reparos, si no quiere que perdamos el tiempo.

—Pues veo un hombre.

—¿Qué hace ese hombre?

—No hace nada.

—¿En qué postura está?

—De pie... Sí; muy estirado y de pie.

—¿Y cómo está ese hombre? —repetía, acentuando mucho el *cómo*, dándole un misterioso sentido...

—No comprendo, doctor.

—¿Está tal vez desnudo? Dígame todo lo que sea, señorita, aunque sean cosas feas, repugnantes. Porque usted ve aquí algo feo, estoy seguro, y con sus dichosos reparos...

—Pues, mire usted, doctor... Este hombre está enmascarado.

—¿Enmascarado? —saltó el médico, escribiendo rápidamente en su libro—
¿Enmascarado, dice?

—Sí. Lleva en la cara una máscara.

—Siga, siga; por favor.

—Y la máscara...

—Es horrorosa, ¿no es cierto? —cortó nerviosamente.

—No, no. Es una máscara que ríe.

—¡Ah! Conque ríe, ¿eh? Muy bien, señorita; sigamos. ¿Y aquí qué ve? —
continuó enseñándome un nuevo cartón manchado.

—Un cangrejo.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y aquí? —volvió a preguntar, poniendo rápidamente otro ante mi vista.

—Pues otro hombre.

—Siga, siga... —se excitó, porque en cuanto había hombres por medio se salía de sus casillas.

—Un hombre muerto.

—¿Muerto? —preguntó mientras escribía—. ¿Muerto? ¿De qué muerte?, por favor.

—De vejez.

—¡Ah!, muy bien, muy bien. ¿Y por qué sabe usted que es viejo y que está muerto?

—Pues ya ve, doctor. Por nada; porque lo sé.

Seguimos así un rato, pues eran varios los cartones. Y el tío se obstinaba en que yo encontrara allí cosas feas. Cosas de hombres o de mujeres, que nunca se escriben en los libros, aunque se hable mucho de ellas en los chismes del día. Pero yo tan sólo vi figuras raras, hombres enmascarados, viejos muertos de miseria, cangrejos, arañas, orugas y, al final, un espejo roto.

Cuando acabamos aquello, el doctor Gándara estaba muy serio. Me hizo tender en la tumbona, se colocó detrás de mí, como siempre, y tomó la palabra.

—Señorita: no debo ocultarle que acabo de hacerle el... —y dijo una palabra muy rara, algo así como *Rosas, el Rosas*.

—Está muy bien, doctor.

—Y el Rorschach no engaña nunca.

—¿Es posible? Pues ya es algo raro eso de no engañar nunca, ¿sabe?

—A no ser que se le haya hecho ya otra vez al paciente y que éste conozca su técnica.

—Quiere usted decir que los pacientes se resabían como las bestias, ¿no?

—No es eso exactamente.

—Pues tranquilícese. En ese asunto de su *Rosas* yo no estoy resabiada, pues es la primera vez en mi vida que lo veo.

—Entonces, señorita, si no me dice usted la verdad; la verdad cruda, desagradable, dura, si usted quiere, pero indispensable, no puedo continuar su tratamiento, y el rigor científico, al que me debo por vocación y ética profesional, me obligaría a abandonarla a su suerte.

—Pero ¿qué le he hecho yo, doctor? —me sobresalté, dispuesta a echar unas lagrimitas si era preciso.

—A mí nada, señorita. Absolutamente nada. Pero puede usted estar tratando de engañar a la ciencia y eso es muy grave —advirtió con su voz hueca y solemne.

—Pero ¿por qué? No comprendo.

—Dígame, de verdad; se lo ruego por su propio bien —solicitó con voz insinuante—. ¿Es cierto que no ha visto usted torpes imágenes, representaciones eróticas, libidinosas y pornográficas, en las manchas de estos cartones?

—Ni una, doctor. Se lo juro por la memoria de mi madre verdadera, que en gloria esté —dije sin vacilar, incorporándome y todo en la tumbona, porque yo no había visto en los cartones más que tonterías. ¡Buena gana tenía yo de ver allí también guarradas, después de haberlas tenido que aguantar toda mi vida!

—¿Es posible?

—Y tan posible.

—En nombre de la ciencia, señorita: otra vez le ruego la más absoluta veracidad.

—No se ponga así, doctor. He dicho todo lo que he visto y nada más.

—No me atrevo a creerla —dudó aún—. Porque sería usted el primer caso, entre miles y miles de examinados, que no sufrieran una sugerencia así... ¡Ah, ah!, creo que doy con ello... claro, claro está —continuó, escribiendo velozmente—. Debía haberlo pensado antes...

—Vaya, me alegro que haya dado en el clavo, doctor... Y dígame: ¿es algo malo?

—Pues ya..., ya hablaremos de ello más adelante; cuando juzgue oportuno el momento, señorita —se emboscó el tío—. Pero no se preocupe, ¿eh? Porque le aseguro que esto va muy bien; pero que muy bien.

—Menos mal.

Algunos días después me comunicó el diagnóstico, cosa muy complicada, que no sé declarar aquí. Porque, al parecer, yo no tengo «trauma ni espina clavada en el alma de mis años infantiles, sino unas vagas reacciones histéricas y neurósicas provocadas por desacomodaciones de mi vida». Es decir que, por lo visto, me han faltado comodidades, cosa que yo bien sabido me lo tenía. Esto, más o menos, es lo que el doctor Gándara dijo, sólo que de manera más larga y sesuda. Y lo que yo logré entender es que él creía que yo no estaba satisfecha de mí misma, que soy muy tímida y que no piso terreno seguro. ¡Tímida yo! ¡Qué tío más loco!

Sobre lo que se puso muy pesado fue con lo de los viejos, que en mala hora le confié. Porque decía que me gozaba en sus males como en una venganza de lo que me habían humillado los hombres, durante toda mi vida. Y que al verlos así, viejos, acabados, enfermos y podridos, era una especie de compensación rencorosa para mí.

También aseguró que se me había enfriado el cuerpo, aunque lo dijo, claro está, de otra manera. Porque tantos hombres pasaron sobre él que había perdido ya todo calor, aunque no padeciera lesión orgánica. Con lo cual mis sentidos sufrían desviaciones angustiosas, vicios del alma, siendo el principal mi avaricia, que había llegado a sisarle parte de sus honorarios, creyendo que él no se daría cuenta (¡vaya un tío lagarto!), en un síntoma manifiesto de la perturbación que sufría mi carácter.

Mi «síndrome» (esto no he sabido nunca lo que es, aunque me lo ha explicado varias veces) es claro y manifiesto, aun cuando faltaran aún por aclarar algunas de sus «psicogenias» (otra palabra rara). Porque todas mis pasiones, e incluso varios de mis sentidos, habían ido cediendo su normal energía en un afán de lucro absorbente y avasallador, avaricia provocada por mi miedo al futuro y la inseguridad que sufría respecto a mí misma. Según él, yo creía tan sólo en mi belleza y, por lo tanto, que mi existencia entera dependía y vivía de ella. Y que como mi belleza no podría durar, de aquí que yo padeciera una angustia agusanada, aunque él dijo «larvada», porque a veces habla muy mal nuestra lengua, soltando palabras desatinadas.

Entonces yo le pregunté que por qué me sentía a veces tan mala y que si había averiguado la razón que me impedía mirarme tranquilamente en mi espejo.

Dijo el doctor Gándara que mi sistema vegetal (lo llamó «vegetativo») estaba desequilibrado por mis presiones psíquicas, produciéndome «distonías y disforias»; pero que yo no era una enferma clínica, porque no tenía lesión por ninguna parte, a no ser las que el bismuto me había dejado en las encías. Y que no era preciso hacerme el Wassermann, porque de eso no había nada.

En cuanto a lo del espejo, debía estar originado por mi temor a quedarme alguna vez fea, y que esa angustiada extrañeza que sufría al contemplarme, y que se hacía después sudores fríos por todo mi cuerpo, no era otra cosa que el símbolo vegetativo de mi pavor subconsciente.

Yo, como es natural, apenas escuché tanta tontería y fui al grano, que era saber si podría curarme y si me costaría muy cara la curación. Y entonces él me aseguró que respondía de ella, pues mi alma (no dijo alma, porque nunca decía alma, sino algo así como «psique»), había respondido muy bien al psicoanálisis, pero que faltaba despejar muchas incógnitas causantes, especialmente algo que no había podido conocer bien y que no quería detallarme, pues cuantas veces trató de sonsacármelo yo había echado el telón de acero, probablemente sin darme cuenta y como una defensa subconsciente. Muerta de curiosidad, le pregunté que qué era, pero es un tío muy escurridizo, como loco que anda entre locos, y no soltó prenda.

Quedamos, pues, en que seguiríamos el tratamiento y, regateando lo mío, conseguí que me rebajara las sesiones a cuarenta pesetas, pues comprendí que iban a ser varias y no estaba yo para tantos gastos.

IX

Cada vez me agrada menos seguir estas escrituras. Y si al cabo de algunas semanas más cojo de nuevo mi pluma es porque alguna rara afición y querencia a estos papeles me obliga a continuarlos todavía, aun cuando ya me parezca absurda y tonta la intención que los inició.

Desde luego que estoy mejor, porque todas aquellas angustias y sofocos que sufría hace unos meses se me han ido ya. Pero desde que me han sacado todas las vergüenzas y me han dejado los culos del alma al aire, me siento muy tristona y alicaída, porque lo que le gusta a una es no saber el por qué de las cosas, para figurárselas mucho más bonitas de lo que realmente son. Y las psicoterapias del doctor Gándara y mis lecturas me han hecho saber mucho más de lo que yo debiera conocer.

Juan trató de consolarme diciéndome que esto es irremediable y que por eso él me suspendió en cierta ocasión las lecciones que tomaba; pero que si se continúa aprendiendo puede acabarse este mal paso y volverse a gozar de otras muchas cosas.

Yo creo que, aunque así sea, será de otra manera, y bien que me gustaría volver a ser la que fui, cuando era como un pajarito y comía cerrajas y ajos puerros por las carreteras de la costa andaluza.

La verdad, no quisiera ni mentar más a Juan, porque creo que él tiene la culpa de todo, aunque el doctor Gándara diga que no, que nadie tiene nunca la culpa de nada y lo que ocurre es que la vida es así, que no se puede parar. ¡Bobadas!

Ahora acabo de regresar de un pequeño viaje que hice con Juan, bastante agitado por cierto, y dentro de unos días volveré al médico, que anda tratando de «desambientarme», según dice él con su fea y aburrida manera de hablar. Buena falta me hace, porque estoy hecha un lío y no sé por dónde tirar.

Hace un par de semanas, más o menos, que Juan y yo nos fuimos en el Lancia a Valencia, para dar la vuelta por Barcelona y Zaragoza y volver a Madrid. La verdad, el viaje resultó una completa aventura, porque allá, por los bajos de las Cuestas de Contreras, anduvimos incluso a tiros nada menos que con la Guardia Civil.

El Lancia anda ya muy cascado y hecho una pura chatarra, pues Juan debe andar algo apretado de cuartos y ni lo pinta ni se ocupa de reponerle lo que va perdiendo por las carreteras, o abollando por las calles de Madrid. Si no fuera porque es suyo, yo no me subiría por nada en él, porque da vergüenza que la vean a una en tal cacharro. Pero no se para nunca y es el coche más popular de Madrid, tanto que Juan se enfada a veces de que todo el mundo sepa por dónde anda, pues sus manchones de pintura, sus chafadas aletas, los oxidados y torcidos parachoques y su ruidosa presencia lo hacen inconfundible.

A pesar de todo, allá nos fuimos en él, camino de Valencia, en una lluviosa mañanita de abril.

La salida fue muy difícil, pues tanto Ricardo como el señor Balbin andaban muy

tontos aquellos días. Pero yo lo arreglé muy bien, con una conferencia a Mojácar, para que, desde allí, me pusiera un telegrama requiriéndome urgentemente para cuestiones de familia. Se lo enseñé, pues, a los dos y los dos quisieron llevarme, pero aplacé un poco la cosa y me marché por sorpresa, llamándolos por teléfono un momento antes de salir. Porque como, a todas éstas, yo no andaba tampoco muy segura de Juan, quise esperar hasta el último momento y desde un bar de la plaza de Manuel Becerra comuniqué con los dos. El señor Balbin, lo tomó muy dignamente, pero Ricardo quiso venir en el acto desde el Ministerio a despedirme al autobús y traerme a su primo el Pájaro, para que me acompañara. Un autobús que yo me había buscado por la guía de teléfonos para un horrible y disparatado viaje por Jaén, Granada y Almería, que nunca hubiese podido aclarar.

Después de muchas razones y sofocos, salimos, pues, más locos que nunca, por Vallecas, Arganda y Tarancón, atravesando las sierras de Cuenca.

Era, como ya dije, una abrileña mañana de lluvia y, con los trajines, se nos había hecho algo tarde, tanto que tuvimos que comer en Tarancón. Yo iba monísima, con un vestido de punto beige claro, y muy alegre, pues ya se sabe cuánto me tiraron siempre las carreteras. Y la cara, con la frescura del aire, se me puso preciosa, sonrosada como una manzana.

Había todavía nieve en las cunetas de las carreteras y una clara luz gris daba unos colores fantásticos a las cosas. Íbamos charlando sin cesar, botando con el Lancia todos los baches, a una velocidad que parecía disparatada y admirando los asombrosos colores de las sierras, que lucían ocres, carmines, rojos y verdes como en los grabados de los cuentos maravillosos. Yo, que he visto muchas tierras, no había contemplado nunca nada parecido, tanto que me sentía trastornada, como si hubiera huido al mundo de la más bella fantasía; de una fantasía que era mi realidad, la de antes, pero aún más hermosa y más variada.

Así fui todo el tiempo, como un ave que volara al fin libremente, dominada por una alegre excitación, borracha de tierra y de aire vivo, hasta que la noche se nos echó encima algo después de Minglanilla, pues nos habíamos entretenido demasiado por el camino.

Ninguno de los dos conocíamos la carretera y, de pronto, con las últimas luces, nos hundimos en esa grieta pavorosa que abre el Cabriel en Contreras. Aquello, en el crepúsculo, parecía las bocas del infierno, pues uno no se esperaba nada hasta que, bajo las ruedas casi, aparece el hendido, en un panorama rocoso, sembrado de pequeños pinos, y el coche comienza a descender los lazos incesantes de la carretera.

Arriba, en el llano, la tarde despedía aún algunas grises y húmedas luces, pero el fondo de la grieta estaba negro como la boca del lobo. Nos hundimos, pues, allí, callando un poco nuestra cháchara ante aquello; y, al doblar un curva, ya muy abajo, junto a una venta, nos salieron de pronto al paso unos guardias civiles y nos dieron el alto.

Bajó Juan del coche, sorprendido, y entró en la venta, que estaba llena de

guardias, a enseñar su documentación. Debió mostrarla muy buena, pues cuando yo entré tras él vi que un sargento lo saludaba con respeto. Tanto, que nos acompañó él mismo hasta el coche, disculpando la molestia. Entonces Juan le preguntó la causa de todo aquel aparato y el guardia se puso algo misterioso y no quiso declarar. Pero Juan se apartó un poco con él y, a la luz de los faros, le enseñó un papel que sacó de la cartera. El sargento se ablandó y lo soltó todo.

Se trataba, al parecer, de un atraco, pues unos desconocidos habían asaltado el autobús que subía de Valencia para Madrid, en aquellas cuestas de Contreras, a eso de las dos de la tarde, hiriendo al conductor y llevándose los cuartos de un viajero que tenía muchos, porque era el administrador de una compañía valenciana. Y desde las tres andaban los civiles trajinando la carretera tras la banda de atracadores, que iban muy bien armados, según el sargento.

Juan, entonces, me dijo:

—¿Quieres que nos quedemos? Porque aquí estamos bien, protegidos por estos señores...

—Anda, tira para delante, hombre.

—¿No tienes miedo?

—Sí que lo tengo. Pero ¿qué vamos a hacer aquí toda la noche? ¡Vaya broma!

—Mira que nos pueden dar el susto, Lola.

—No será tanto.

Decidimos seguir, porque, además, el sargento nos dijo que probablemente la banda había huido hacia Cuenca, en el coche que debían tener, y que para Valencia la carretera estaba libre de bandidos. En vista de lo cual continuamos bajando las cuestas hacia el fondo de la grieta. Pero Juan, tras dos o tres vueltas, paró el coche bruscamente, dándome un susto de miedo.

—¿Qué pasa? —grité, porque estaba empezando a ponerme nerviosa.

—Nada, peque, nada —aseguró bajándose.

Volvió a colocarse ante los faros y sacó de nuevo su cartera. Hurgó en ella un rato, reunió unos cuantos papeles y, volviendo al coche, los escondió todos muy bien escondidos en un rincón de la tapicería, junto al asiento de atrás.

—Por si acaso, ¿sabes?; no quiero líos con los *maquis* —aclaró—. Y es mejor andar con ojo. —Oye, a propósito; apréndete bien la lección.

—¿Qué lección? Tú estás loco.

—Escúchame —ordenó muy serio—. Yo me dedico a escribir guiones de cine, estoy empleado en una Radio y vivo de mi trabajo. Tú eres modelo de una casa de modas, vives de lo que sacas, me conoces poco y has aprovechado mi viaje para venir a Valencia por cuestiones particulares. ¿Enterada?

—Bueno; como quieras. Pero repítemelo otra vez. Y dime si es verdad algo de eso...

—Ni una palabra, Lola.

—Está bien.

—Y quítate ese escaparate de joyería que llevas encima, chica. Que te puedes quedar sin él.

Era cierto y me horroricé mientras me repetía la lección. Porque ya se sabe que tengo la costumbre de echarme todo el oro encima y, en aquel momento, llevaba más de medio kilo entre las criollas de las orejas, el collar y las pulseras, sin contar el de las sortijas. Juan me lo reprochaba siempre, decía que era de muy mal gusto, una ordinariéz relucir tanto, pero a mí que no me quiten el halago que da el oro.

Me entró, pues, una angustia muy grande. Porque creo que también dije que yo, siempre que voy con un hombre, me quito el oro antes que nada y lo ato muy bien atadito en un pañuelo que meto debajo del colchón y que no pierdo de vista ni un momento. Tan sólo con Juan he dejado hace poco esta costumbre vigilante, que incluso con Ricardo y con el mismísimo señor Balbin practico, pues hay por ahí cada veneno...

—¿Y qué hago con esto, Juan? —me espanté, reuniéndolo una vez más en mi pañuelo.

—Esconderlo.

—¿Esconderlo? ¿Y dónde?

—Aquí debajo; en cualquier parte, Lola.

—No, no —me alarmé—; que se puede perder.

—Tráelo; yo te lo esconderé...

—No, no quiero —y retiré la mano, amparando mi oro en el regazo.

—Pues allá tú, hija —cortó malhumorado, poniendo en marcha el motor.

—¿Tú crees que nos cogerán?

—Yo creo que no, pero es mejor tomar precauciones. Y no me agradecería pasar unos días secuestrado en cualquier guarida de esas que debe de haber por aquí. Porque hay que reconocer que el sitio es pintiparado para estos negocios.

—Ya lo creo.

Continuamos bajando y ya se nos echaba encima el brillo del río, que parecía una espada curva tirada en lo hondo. Lo atravesamos y comenzamos a subir fatigosamente las cuestas, pues el coche no carburaba.

Yo iba cada vez más nerviosa, apretando entre las manos el lío de mi oro, dispuesta a tirarlo a una cuneta, o a esconderlo rápidamente en alguna parte si ocurría algo.

Subimos mucho, cada vez con más trabajo, y, al entrar en un pueblo, se nos echaron encima varios hombres.

—¡Alto!

—¿Qué pasa, Juan? —grité—. Nada: es la Guardia Civil otra vez. Nos rodearon y hubo nuevas explicaciones. Pero allí no había sargento, Juan no enseñó el papel, sin duda por no sacarlo de su escondite, y nos atendieron mal.

—Sigán, sigán —ordenó un guardia.

—Pero..., ¿por dónde andan los tíos? —preguntó Juan.

—Siga y no pregunte.

—Podrían ustedes ser un poco más amables —gruñó Juan—. Porque si están mal las cosas nos quedamos a pasar la noche en el pueblo y en paz.

—Andan por ahí, por las hoces —aseguró otro guardia más joven, mirándome a mí.

—¿Por el hondo? ¡Dios santo! —me espanté, sonriéndole, a ver si le sacaba algo—. Tengo mucho miedo. ¿De verdad que no están para abajo?

—No, señora, no. Andan huidos entre las peñas.

—Sigam y no se preocupen más —cortó secamente el otro guardia.

Seguimos, pero al salir de otro pueblo nos dieron el alto nuevamente.

—Esto se pone feo, Lola —se irritó Juan soltando un taco que no escribo por delicadeza.

Allí fueron más amables, pues Juan sacó del escondite sus papeles y todo cambió. Pero nos enteramos con espanto de que los atracadores andaban por la carretera y que la Guardia Civil no lograba atraparlos.

—¿Nos quedamos o no?

—¿A ti qué te parece?

—Que lo mejor es seguir, pues lo más probable es que todo esto sean historias.

—Pues dale ya, anda.

—¿Usted cree que hay riesgo en continuar, cabo? —preguntó Juan.

—Si no para usted, no —distinguió el guardia.

—¿Qué es eso de no parar?

—Si le hacen señas, si se le cruzan en la carretera algún hombre o algún camión, usted no haga caso. Siga, siga... —aconsejó el cabo.

—¿Un camión? —se alarmó Juan—. Pues no sé cómo diablos voy a seguir si se me cruza en la carretera un camión.

—Eso, usted verá.

—Ya, ya.

—¡Ah! Y no hagan tampoco caso de las mujeres —añadió el guardia—. Aunque se le tumben en la carretera.

—Está bien; gracias —terminó Juan, poniendo en marcha el motor—. Pues sí que estamos frescos con estas informaciones —gruñó mientras arrancábamos—. Lo mejor es seguir, sin darle ya más vueltas al asunto.

Continuamos, pues, y, como la carretera comienza ya por allí a bajar hacia Valencia, nos embalamos bien. El marcador señalaba más de setenta, velocidad pasmosa para aquel coche, cuando un camión parado surgió en la sombra de la cuneta.

—Ahí están —grité. Y Juan soltó otro taco y sacó inesperadamente una pistola de no sé dónde, montándola con un golpe seco.

—No pases.

—Hay sitio.

¡Que nos damos!

—No.

Y no nos dimos, porque cruzamos por el mismísimo borde de la profunda cuneta.

Poco después encontramos un turismo parado en el centro de la carretera. Pasamos también y vimos que un hombre, en mangas de camisa, andaba trajinando con su chaqueta delante de un faro encendido...

—¿Lo ves? Hace señas —observé.

—Imaginaciones tuyas. ¿A quién diablos va a hacerle señas ese tío?

—A los *maquis*, hombre. Andarán huidos por ahí, y él les llamará así para que vengan y salvarlos de los civiles.

—No lo creo, Lola.

—¿Pues qué hace ese tío con la chaqueta?

—Cualquiera lo sabe.

—Oye, Juan: yo me alegraría de que no los cogieran a los pobrecitos.

—¿Pobrecitos? Han herido a un hombre... —se malhumoró—. ¡Qué tontas sois las mujeres!

—¿Pues sabes lo que te digo?: que a ti tampoco te gustaría que los cazaran por aquí como a conejos.

—Allá ellos.

—¿Pero tú los cazarías?

—Mira; déjame en paz de bobadas. Que bastante tengo con conducir este cacharro.

Conducía muy bien; pero en una mano llevaba la pistola, deseando soltarle unos tiros a todo lo que se le pusiera por delante. Porque estaba algo inquieto, yo bien lo sabía. Con una inquietud divertida, dispuesta a complicar un poco las cosas, si era preciso. Pues estos líos le gustan; ¡vaya si le gustan!

Pasamos Utiel y Requena, como una centella, botando cada vez más los baches de la carretera, que estaba muy picada, y, a poco del último pueblo, alcanzamos un taxi de Valencia que iba lleno de gente. Juan se pegó a él y entonces comenzamos a descansar, porque teníamos el temor de que los bandidos intentaran apoderarse de nuestro coche, para huir en él, y yendo así, dos autos en caravana, la cosa resultaba más difícil.

A poco de juntarnos al taxi vimos aparecer una lucecilla miserable, comida por la negra noche, que apenas alumbraba el surtidor de un pequeño puesto de gasolina. No había pueblo y aquello tenía más trazas de ventorro solitario que de otra cosa. Pero el taxi comenzó a perder velocidad, dirigiéndose hacia el surtidor, siempre seguido por nosotros, que no queríamos quedarnos sin compañía.

Paraba ya el taxi cuando sonaron tiros muy cerca, junto a los dos coches. Contestaron del taxi y Juan también disparó contra los fogonazos que estallaban en la sombra, más allá de las cunetas.

Y se armó un follón de miedo, mientras yo, aprovechando el tiempo, trataba de

esconder el oro bajo un asiento del auto.

Todo fue muy rápido y terminó de la más sorprendente manera. Porque, tras los tiros, comenzaron a salir guardias civiles de todas partes y, rodeando los dos coches, nos sacaron con las manos en alto y los fusiles en la barriga. Sí, señor: nos habíamos tiroteado con la Guardia Civil y los atracadores llenaban el taxi de Valencia, pues iban nada menos que siete tíos en él.

Entre inútiles protestas, nos encerraron en una habitación de la venta, mientras liquidaban el asunto de los otros, pues resistieron y hubo muertes y todo. Y gastamos más de dos horas en aclarar el follón, gracias a los papeles de Juan, que hubo que ir a buscar a su escondite del coche entre fusiles.

La verdad, cuando, ya de madrugada, nos vimos en Valencia con mi oro y sanos y salvos, descansamos. Porque estos líos son peligrosos, que yo bien escuché silbar las balas y bien pudimos quedarnos allí, en aquella negrura, fríos como dos muertos pajaritos. Como aquel mozo que regaba con su sangre la grava de la cuneta, caído de cara sobre el suelo, cuando nos sacaron de nuestro encierro para buscar los papeles. A mí me dio lástima, pues me gustan los hombres que en todas las ocasiones saben dar el pecho y perder como es debido. Pero Juan me dijo muy serio que nunca debe de ser uno el que empiece a tirar.

Y que ellos habían tirado sobre un pobre chófer de autobús. ¡Vaya usted a saber cómo ocurrió la cosa!

X

Después de terminar sus asuntos en Valencia y en Barcelona, nos volvimos para Madrid por Zaragoza, como ya queda dicho. Fue un viaje muy largo, porque al Lancia le ocurría algo en los platinos —yo no sé lo que son, pero me encanta ese nombre de joyería— y Juan tenía que raspárselos sin cesar con una lija, para continuar andando.

El radiador perdía agua y como a Juan se le olvidó echársela en Lérida, poco antes de llegar a Zaragoza, y como nos embaláramos bien por aquellas rectas, explotó el motor con un estruendo terrible, saltando el agua hirviendo y quemándome a mí un poco las piernas. Entramos, pues, muy de noche y remolcados, en Zaragoza, y más cansados que nunca, aunque la verdad es que bastante divertidos en el fondo; y nos alojamos en ese hotel tan triste, tan solemnemente aburrido y tan frío, del que presumen tanto los zaragozanos.

Después de dos días de talleres y arreglada la avería, salimos de Zaragoza para Madrid, muy contentos de abandonar esta ciudad ventosa y polvorienta. Antes, comimos en una buena tasca el conejo mejor guisado que atravesara mi gástrico y cuyo recuerdo me trae aún salivas a la boca. Lo había regado con un buen tinto de la tierra y comenzaba el viaje más contenta que unas castañuelas.

No fuimos mal por la carretera y ya se nos echaba la noche cerca de Alhama, cuando Juan, mirando unos mapas que siempre anda trajinando si sale de viaje, y que yo no logro entender aunque a él le diga otra cosa, decidió que durmiéramos en el antiguo Monasterio de Piedra, que se encuentra por aquellos alrededores.

Aquello vale la pena y razón tenía el Espichao en querer encerrarse allí conmigo. Porque según nos íbamos alejando de Alhama, la tierra, con las últimas luces, se hacía cárdena y quebrada. Y la carretera se curvaba en un paisaje desierto, irreal, bajo un cielo rosa, hasta llegar a un oasis en el que ya la noche ennegrecía todos los verdes.

A mí no se me olvidará jamás aquel breve viaje, pues el largo crepúsculo nacía esos paisajes que se sueñan en cuentos perfectos y aventureros.

Ya de noche, luciendo los faros todo lo que podían lucir, que no era mucho, paramos ante la puerta de la hostería del que fuera antiguo monasterio. Corría un aire fresco, primaveral, que traía olores de últimas lluvias y murmuraba en las jóvenes hojas de los fresnos, que mayo desplegaba jugosamente.

Todo era allí asombrosamente perfecto, con esa perfección que uno atribuye a lo fantástico y que alguna vez posee la realidad. La fresca brisa, la sombra negra de los altos árboles, la estrellada noche, los olores y hasta las voces aragonesas que atendían nuestro equipaje. Y cuando se abrió la puerta de la hostería y penetramos en el blanco y largo claustro del monasterio, yo me sentí feliz, absolutamente feliz, dolorosamente feliz; tanto, que, con un estremecimiento, me apreté contra Juan, buscando el calor, la firmeza de su cuerpo, para compartir con él aquella intensa e inesperada felicidad.

El cuarto era una monada, con dos camas altísimas sobre un suelo de rojas y aceitadas baldosas. Tenía un saloncito pequeño, con un diván, un cuarto de baño estupendo y dos balcones que se abrían a una galería descubierta, desde la que se escuchaban las músicas murmurantes de cien aguas.

Juan estaba también encantado y decía que no hay nada mejor que llegar a los lugares desconocidos y bellos en la oscuridad de la noche; porque, al no poder emplearse en su exploración el sentido de la vista, los otros sentidos se excitan en una maravillosa interpretación. Yo, la verdad, no sé decirlo como él; pero me parecía flotar en un mundo perfecto.

Para cenar tuvimos que atravesar largos claustros, frescos y blancos, antes de llegar al comedor. Después volvimos y en el saloncito nos tomamos una botella de champaña catalán; jugueteamos lo nuestro y luego nos quedamos medio dormidos al calor de una estufa eléctrica que ronroneaba como un gato satisfecho.

Debía ser bastante tarde cuando, abriendo el balcón, salimos a la galería, a escuchar en la fresca noche los cánticos de las aguas. Después nos acostamos, cada uno en su alta cama. Juan haciendo tonterías en la suya; asomando la cara morena entre las blancas sábanas y sacando la pistola para defenderse de unos bandidos imaginarios que iban a asaltar el monasterio. Yo, fumándome un caliqueño que me supo a gloria. Y me dormí asombrosamente feliz.

XI

Fueron dos días estupendos, vividos sobre el fondo constante del rumor del agua. Y, cosa rara, con las luces del sol aquello no desilusionaba.

Bajábamos a ver las cascadas, recorríamos aquellos verdes bosques, trepábamos cuestras y nos asomábamos a los miradores, después de curiosear las tumbas del viejo monasterio. Juan decía que allí sólo sobraba una cosa: la gente. Algunos recién casados de Zaragoza, parejas cursis, que daban grititos por las frondas. Pero empezó a llover y nos quedamos solos, espléndidamente solos, entre la gran orquesta de las aguas.

Soplaban ya dulces bocanadas de mayo, y nos sentábamos en la galería, muy juntos, casi sin hablar. Juan leía algunos ratos, yo me arreglaba las uñas, cosía las medias o me peinaba ante el espejo. En los claros, recorríamos la tierra una vez más, llegando hasta el criadero de truchas, en el hondo del río.

Fue en la mañana del último día, unas horas antes de salir hacia Madrid, cuando yo, inesperadamente, comprendí todo aquello.

Juan, interesado en un libro, leía en la galería. Yo, cansada de corretear bosques y cascadas, trepaba la cuesta hacia el monasterio. Recuerdo que llevaba una falda gris, una blusita camisera de seda natural y un jersey de Juan que me venía grande, pero que templaba un poco el fresco de la mañana.

Subía la cuesta y, desde abajo, lo vi allí sentado, tan a gusto y tranquilo, leyendo su libro con cara atenta y concentrada. Lo llamé con un grito y él se levantó para apoyarse en la baranda de la galería, a verme subir.

Entonces, mientras trepaba hacia él sonriendo, sofocada por la cuesta, sentí bruscamente una rara emoción. Como si fuera mío, como si yo fuera suya, como si estuviéramos casados en un matrimonio secreto, sagrado, indisoluble.

Subí corriendo como una loca y me eché en sus brazos.

—Cuánto te quiero, amor mío; cuánto.

—Pero ¿qué te pasa?

—Que te quiero, que te quiero.

—Yo también te quiero, peque.

—Quiero dejarlo todo por ti. Todo absolutamente todo. Quiero vivir sólo para ti...

—Pequeña mía... —murmuró, acariciándome como a una niña caprichosa.

—Te lo digo muy en serio, Juan. ¿No podrían arreglarse las cosas?

—Es difícil.

—Si no tienes cuartos es igual. Viviré como sea.

—¡Lola!

—Estoy hablando de verdad.

—Es posible... Pero sería una verdad que duraría poco, Lola —auguró melancólicamente.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

Callamos un momento y me apreté más. Escuchaba su corazón fuerte, acelerado. ¿Sería de alguien aquel latido?

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Por qué?

—No eres feliz, Juan. No lo eres, no; estoy segura.

—No pretendo serlo tampoco —aseguró, esquivando mi abrazo ligeramente.

—Pues yo sí. Yo contigo, sí —me exalté.

—¡Qué suerte, chica! —exclamó, con un relámpago de rencor en sus oscuros ojos.

—Si me quisieras más serías también feliz.

—Te quiero mucho, Lola.

—¿Qué te pasa, amor mío? Dímelo.

Dudó un momento. El rostro se le nubló, emborrascado por emociones interiores, y le asomó a los ojos una rápida angustia. Pero no habló, no pudo hablar, y todo se le hundió otra vez dentro, en esas simas del alma que nunca logra una atrapar.

—¿No hablarás, Juan?

—No. No hablaré, Lola —confesó—. Antes hablaba siempre, ¿comprendes? y no creo que me entendiera nadie. Tampoco me entendía yo.

—Pero yo te quiero, Juan. Te juro que eres lo único que quiero en el mundo —me desesperé—. Y tú también me quieres...

—Ya, ya lo sé.

—Entonces, ¿me dejarás irme, irme para siempre contigo, para que hagas de mí lo que quieras?

—Creo que no, que no te dejaré. Te quiero demasiado para...

—Mentira, mentira cochina —me encrespé—. Porque no me quieres demasiado, porque me quieres muy poco, poquísimo, como a una cosa que te gusta algunos ratos, que te divierte y acompaña cuando tienes humor para ello. Eso es, Juan; ésa es la verdad —grité rompiendo a llorar.

—No es eso; no, Lola, te lo aseguro. Déjame que te explique...

No pude escucharle más. Hablaría otra vez, otra vez, como siempre, tratando de llenar con palabras amables, consoladoras, este horrible vacío que había entre los dos. Este hoyo que yo trataba continuamente de tapar, pero que él socavaba al mismo tiempo. ¿Por qué habría de ser así? ¿Por qué?

De pronto me separé de él, salí del cuarto y eché a correr hacia abajo, hacia la gran cascada que arrojaba su blanca y espumosa cola de caballo en el tajo. Él gritó, trato de alcanzarme, pero no pudo, porque yo na corría por los senderos, sino tirándome monte abajo. Llegué lastimada, llorando, al borde del precipicio; pero no me arrojé al río que bramaba en el fondo. No me arrojé, no.

Y, por la tarde, unas horas después, volvimos a Madrid, sin despegar apenas los

labios durante el triste camino.

Epílogo personal

Era un día de tantos, hace algunos meses. La jornada acababa ya sus horas mediocres y monótonas. Me sentía aburrido, cansado de este trajín estúpido que uno se trae para meter y sacar dinero de una carrera impasible, ajena a todos nuestros esfuerzos. Estaba harto de encontrar gentes que pedían sin descanso, exigiendo en nombre de los más imaginarios derechos; de aguantar necias susceptibilidades; de soportar mis propias tonterías; de tener que decir constantemente a cada una de las mujeres que conocía que era la más bonita, la más inteligente, la más maravillosa de todas.

Me sabía medio hundido en un horrible y grisáceo mar de papeles, de teléfonos, de libros, de críticas, de cotilleos, que trataba de navegar asido al falso salvavidas de la literatura. Y me sentía dispuesto a todos los más explosivos disparates con tal de hacer saltar aquella estúpida mediocridad.

Recuerdo que entonces sonó el timbre del teléfono sobre mi mesa. Cogí el auricular y lo dejé encima de un libro, para que no pudieran darme la lata. ¿Y si fuera alguien nuevo el que llamara? Ese alguien que uno sabe que existe, que se halla en alguna parte, pero que la niebla de la vida impide que se ponga en contacto con nosotros, que nos traiga un poco de misterio, de dolor, nuevo.

Empuñé el auricular con cierta ansiedad. Pero ¡quia!, no era nada nuevo: era Juan.

—¿Qué hay? ¿Qué quieres?

—¿Tienes mucho que hacer?

—Hombre, ya sabes: las idioteces de siempre.

—Pues querría verte un momento.

—Mañana, tal vez...

—Mañana no: hoy.

—Son cerca de las nueve y...

—Y estás de un humor de perros, ¿no?

—Pues, mira, no te digo que no.

—Bueno; voy para tu casa.

—Sería mejor que nos viéramos fuera, porque...

—Porque estás deseando escaparte de ese condenado «Refugio» que te has hecho en una habitación de tu piso; de esa especie de ataúd de libros que amenaza momificarte en vida.

—Cuánta majadería.

—Ven inmediatamente al bar del Palace.

—¿Y a qué?

—Te interesa.

—Está bien. Allá voy.

Nos sentamos ante una mesita próxima a la ventana. Las ramas de las acacias de la Carrera de San Jerónimo abanicaban suavemente la noche, metiendo en el bar el

aroma de sus flores primaverales.

No era la hora tardía del aperitivo y no habían acudido esas gentes que van todas las noches, desde hace varios años, a envejecer ante un mismo cóctel. Se podía aún hablar un poco.

—¿Qué diablos te pasa, Juan?

—No me pasa nada.

—Pues no sé a qué vienen estas prisas, hombre. Y en cuanto a eso —advertí, señalando unos papeles que mi compañero traía cuidadosamente encarpados—, no estoy dispuesto a aguantar rollos de ninguna especie, ¿te enteras?

—Ya lo creo que lo aguantarás —rió—. Porque es cuestión de mujeres.

—Pues precisamente...

—Vamos, no presumas, hombre.

—Bueno, ¿y qué quieres que yo haga?

—Que te quedes con ellos y que los leas. Seguramente te servirán para escribir una novela.

—¿Y para qué voy a escribir otra novela?

—Eso es cosa tuya, chico.

—Te aseguro seriamente que no quiero escribir más novelas.

—¿Tan deprimido estás?

—¿Deprimido? Ni mucho menos. Me parece que se trata precisamente de todo lo contrario —afirmé enérgicamente—. Comienzo a creer menos en la literatura.

—¿Tú? —se sorprendió, con cierto tono despectivo—. No lo creo. Será una nueva fase literaria.

—Oye, Juan —corté secamente—. Este tipo de conversaciones irónicas y superficiales me aburre mucho. Si quieres que hablemos en serio estoy dispuesto a ello. Si no, ahí te quedas con tus papeles.

—¡Qué genio más insoportable! —protestó palpándome afectuosamente la espalda—. Está bien, hombre; hablemos en serio. Pero, antes, dime si es verdad que no crees en la literatura.

—Tanto como no creer... Pero pienso que ha sonado la hora de la escoba y, sobre todo, que es mucho mejor vivir que escribir obras maestras, suponiendo que uno pudiera escribirlas.

—Vamos, que te estás pasando a mi campo. No me extraña, porque se te aproxima ya la cuarentena y...

—Tenemos la misma edad, Juan.

—En años, sí, pero en lo demás no; ni hablar. Me siento mucho más joven que tú.

—¿Quieres decirme ya para qué me has traído aquí?

—Me marcho mañana, Darío.

—¿Adónde vas?

—A Quiberon.

—¿Dónde está eso?

—Debías saber un poco más de geografía. Es un pueblecito situado en el suroeste de Bretaña, en la punta de una larga y estrecha península que penetra en la mar, como diría cualquier manual francés.

—¿Y qué vas a hacer allí?

—¿Yo...? Nada; absolutamente nada.

—Vamos, vamos... Algún lío, ¿no?

—Mucho más que un lío.

—Ya, ya; he oído algo de eso. Cuidado con la literatura, Juan, cuidado. Porque en los libros puede tolerarse, pero en la vida...

—Literatura, ¿yo?

—Tú eres más literario que nadie. Tú eres literatura en carne y hueso.

—Como quieras —despreció—. Pero vamos al grano.

—El grano son esos papeles, ¿no?

—No te precipites, hombre. Debo ponerte en antecedentes.

—Pues vamos ya —me resigné, echándome al cuerpo un traguito de oporto, que es uno de los pocos vinos que no me asquean.

—Escúchame, Darío —comenzó Juan, inclinándose hacia mí con aire confidencial—; hace algunos años conocí a una mujer...

—¡Qué interesante!

—Si no cambias ahora mismo de actitud me marchó y te perderás algo que... —se alteró de pronto.

—Es que, mira, me horrorizan las confidencias —advertí—. Los españoles somos anticonfidenciales y todas nuestras confidencias resultan absolutamente falsas, porque no son otra cosa que rencorosas vanidades disfrazadas de confidencias... De manera que si se trata de eso... pues, ya que vas a Francia, búscate alguien por allí y así podrás desahogarte.

—¿Has terminado ya? —cortó secamente.

—Sí; he terminado.

—Hay que saber escuchar, Darío.

—Soy español, Juan.

—¡Y dale...! Pues vas a hacer un esfuerzo, porque te interesa mucho.

—¿Quién? ¿Esa mujer?

—Oye, si no recuerdo mal, tú andabas dándole vueltas a un tipo de novela completamente distinto a lo que hasta ahora has escrito; ¿no es así?

—No es así, no —protesté—. Pero es algo parecido. Porque, desde hace algún tiempo, he dejado de creer en cierta clase de literatura. En la literatura literaria, ¿comprendes?

—Creo que sí.

—Pienso también que, mientras vivan hombres, la novela no fenecerá, aunque liquide su tormentoso pasado. Por eso creo en la literatura viva, no en la momificada, y por eso también es cierto que entre los idiotas trajines de mi vida me he detenido

algunos momentos a pensar en la posibilidad de escribir una novela activa, con la menor cantidad posible de morfina literaria.

—Pues aquí la tienes —aseguró, entregándome con un gesto solemne los encarpetados papeles.

—¿Qué dices, hombre?

—Que aquí está.

—Si ya está ahí, no me interesa, Juan.

—Está y no está, Darío. Depende de ti.

—No será cosa tuya... Porque entonces... vamos, perdóname; pero no creo que Dios te llame por ese camino.

—Ya sabes que yo me dedico a vivir —advirtió con su mejor tono despectivo—. Y que no creo que la literatura sirva para otra cosa que para cazar mujeres.

—¿Y quién es ella? —pregunté, hojeando negligentemente unas cuartillas fachosas, sucias, escritas con una letra criadil—. Porque esta caligrafía...

—Aprendió últimamente a escribir.

—¡Ah, caray! —me interesé—. Eso puede ser importante.

—Todo lo que está escrito ahí lo es —afirmó muy seriamente Juan—. Y creo que debes ocuparte de ello.

—Pues sí... Voy a leerlo y tal vez... —otorgué—. Pero me gustaría saber algo más de esta mujer.

—Yo no he pensado jamás en hacerte confidencias; puedes creerme, Darío —aseguró Juan—. Porque de sobra sé que por estas tierras a los hombres no nos gusta entregar nuestra intimidad. Creo que somos más púdicos y sensibles que nadie.

—No sentimos bien la amistad.

—Porque la amistad es siempre algo suave, encantador, femenino.

—¿Cómo era?

—Está ahí, entera y verdadera, en las páginas de esta especie de memorias que yo le hice escribir.

—¡Ah!, de modo que tú... ¿Estaba enamorada de ti?

—¿Enamorada? —se sorprendió—. No, ¡por Dios! —rió.

—¿Sales tú también es estos papeles?

—Sí salgo, sí; pero no mucho. ¿Por qué?

—¡Oh!, por nada, hombre. Hay tantos disfraces para la vanidad.

—Te repito que no estaba enamorada de mí —se irritó, bruscamente—. Ni yo tampoco de ella, aunque buscara su compañía.

—¿Era guapa?

—Guapa, guapa —despreció—. ¡Qué palabra tan tosca, tan vulgar! Era mucho más —se exaltó—. Como una... No, no quiero hablar. Ahí lo tienes todo —aseguró, señalando las cuartillas.

—Valía la pena, por lo visto.

—Sí, valía la pena.

—¿Ha muerto, Juan?

—No, no. Que yo sepa no —se inquietó.

—Es que hablas siempre de ella en pasado. «Era así, era asá...».

—Ya ves; una manera de hablar.

—Eso quiere decir que ha desaparecido de tu vida, ¿no es eso? Que ha muerto ya en tu vida, ¿no?

—Pues sí; creo que sí.

—Leeré estas cuartillas. Y, si me sirven, haré con ellas una novela.

—Convendría respetarlas todo lo posible.

—Eso es cosa mía.

—No las vayas a estropear —me advirtió con cierta angustia.

—Las cuidaré, Juan; te lo prometo.

Calló un momento, mientras bebía unos tragos de su cóctel de champaña. Se veía en su rostro que pensaba en aquella mujer, que desenrollaba algunos primeros planos de la película de su recuerdo.

—¿Y tú, Juan?

—¡Oh!, yo; ya sabes... —confesó con tristeza.

—¡Qué presumido eres!

—¿Es que quieres que te diga que estaba enamorado de ella? —se irritó otra vez —. Al principio creí que me iba a servir para lo mío.

—¿Para lo tuyo?

—No te hagas el tonto —advirtió—. Tú, mejor que nadie, sabes el odio que me inspira la realidad, la sucia existencia cotidiana de las cosas. Y que... —vaciló.

—Sigue, sigue.

—Y que vivo para sabotearla, para hacerla saltar a mi alrededor con todos los explosivos que encuentro.

—Eres un terrorista —dije vergonzosamente, por decir algo, pues la verdad era que comprendía bastante bien a Juan.

—No seremos felices —se exaltó de nuevo— mientras no acabemos con esa cochina fuerza farisaica que poseen todas las cosas que llamamos reales, con todas esas tópicas primogenituras de la vida. Hay que dar paso a los segundones.

—No se arreglaría nada; se harían primogénitos en seguida.

—La realidad es una locura; una puerca y cómoda locura. Y yo la ataco siempre que la encuentro frente a mí.

—Con unos aliados bastante agradables, a lo que parece.

—Con todo lo que me quiere acompañar en mi lucha.

—Pues, la verdad, Juan —advertí—. Las mujeres suelen ser muy realistas.

—Depende. Hay que saber explotar su crueldad, su audacia, su impudor, y, sobre todo, su insaciable curiosidad.

—Creo que andan bastante escasas de imaginación.

—Es que hay una imaginación masculina y otra femenina. Y no se parecen en

nada.

—Puede que tengas razón.

—Su imaginación es totalmente egoísta, absolutamente antirromántica. Pero siempre está hambrienta, siempre está sedienta. Hay que echarle mucha carne para comer, mucha sangre para beber —afirmó demasiado dramáticamente.

—Qué teatral eres, Juan.

—Yo no soy teatral, Darío. Soy teatro. Todos somos teatro, pero la mayoría tiene echado el telón.

—Estás tremendo esta noche —advertí, sintiéndome arrollado por su violencia.

—¿Quieres que te diga cuál es la más importante cualidad de la mujer?

—Dila.

—La adherencia.

—Es posible.

—Déjalas adherirse y te lo entregarán todo, o casi todo. Bueno, ya está bien de bobadas —rió.

—Y esta... ¿Se te adhirió? —pregunté, buscando ya datos concretos.

—No la dejé, y por eso... pues se marchó.

—Vaya, vaya: me está gustando esa chiquita.

—No creo que te guste mucho, una vez que hayas leído esos papeles.

—¿Por qué?

—¿Recuerdas aquellas palabras de Jehová en el profeta Oseas? No, no las recuerdas —se anticipó bruscamente, sin darme tiempo a contestar—. Yo te las traeré a la memoria: «La despojaré y, desnuda, la tornaré como el día en que nació; y la convertiré en un desierto, en tierra seca, y la mataré de sed. Cercaré su camino con espinas y alzaré un seto para que no pueda hallar sus senderos». Eso era ella, eso; un desierto, una tierra seca, porque estaba cercada con un terrible seto de espinas y no podía hallar la ruta de su vida.

—Pues estaba arreglada, la pobre —me compadecí, sin querer intervenir en el desarrollo de sus palabras, a la caza de algo que ya empezaba a interesarme.

—Era eso, pero era también mucho más; muchísimo más, Darío.

—Me lo figuro.

—Era el espejo oscuro —aseguró inclinándose con vehemencia hacia mí—. Aquel espejo oscuro del que nos habla San Pablo. ¿Eso ya lo recordarás, verdad?

—Sí, en la primera epístola a los Corintios —afirmé muy satisfecho—: «Ahora vemos por un espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara».

—Así es; así era ella: el espejo oscuro. Pero detrás, oscuramente, estaba también Dios. Porque Dios está siempre tras todas las cosas oscuras, tras todas las cosas irreales.

—Es un pensamiento muy hermoso. Pero confieso que no te sabía tan versado en cultura bíblica —me asombré.

—La Biblia es el libro más apasionado, más rebelde y más verdadero que se haya

escrito —se entusiasmó—. Y Cristo es el caudillo de la verdad en la lucha contra la hipócrita, retórica y utilitaria realidad.

Callamos nuevamente, porque había poco que decir. El bar se había llenado de gente. Y todos tenían su misma cara, su mismo cuerpo, su misma copa de siempre. Estuve a punto de gritar de terror.

—¿Qué te pasa?

—¿Ves a Guillermo en la barra? Hace veinte años que se peina así. ¿Ves a Tontolín que entra? Pues hace cuarenta que entra así siempre que entra en alguna parte. ¿Ves al duque que mira? Pues hace muchos años que mira así. ¿Ves a la Almenit que sonrío? Pues trata de sonreír como sonreía hace quince años. Son cadáveres que arrastran su cadáver.

—Tú no estás sano.

—No, aquí no se puede estar sano. Hay demasiados muertos en la ciudad. Y, a veces, su hedor nos llega a las narices.

—¿Por qué no te vienes conmigo a Quiberon? Voy en coche.

—¿Y las oficinas, Juan? ¿Y la granja, y la Radio, y la familia, y todo lo demás?

—Hay que quedarse algunas veces desnudo y solo, con todos los cueros al aire.

—No tengo dinero.

—Yo, sí. Yo siempre tengo algo de dinero —sonrió Juan—. Lo suficiente para ir.

—¿Qué coche tienes?

—Un Renault pequeño, de esos que dan ahora.

—¡Qué casualidad!; yo he conseguido otro también.

—En el fondo tenemos algo en común; ¿no crees, Darío? Porque somos la cara y la cruz de una misma moneda.

—Tal vez... Y dime: ¿te piensas ir en ese coche tan pequeño a tu Quiberon?

—Naturalmente.

—¡Qué locura! Yo no me he atrevido a salir de los alrededores de Madrid.

—Pues yo he ido de Madrid a El Havre, de El Havre a Tolón, de allí a Valencia y de Valencia a La Rochela y a Saint Malo, para volver aquí, ya ves...

—Quizá pueda arreglar las cosas... —dudé.

—Si las arreglas no vendrás. Vente sin arreglarlas. Y allí escribirás esta novela, la mejor novela que puedas escribir acaso en tu vida, cambiándole los nombres a sus protagonistas. Porque ella no se llamaba Lola, claro está... —rió.

—¿Y si la titulara *Lola*?; sin literatura. Tampoco estaría mal *El espejo oscuro*, con esa cita de San Pablo en las primeras páginas. No sé, no sé —dudé—. Tal vez mejor Lola, porque deseo olvidar brillos literarios... El espejo oscuro pudiera parecer algo lírico y no quiero nada de eso. Habría que pensarlo, Juan.

—Ahora sé que mañana saldremos juntos, que dentro de tres o cuatro días llegaremos a Quiberon, espolón armoricano que la brisa atraviesa de mar a mar, paraíso megalítico donde los marineros bretones tienden la ropa en los menhires; tierra salada, atmósfera clara y aldeas encogidas como polluelos bajo la clueca de la

iglesia. Allí la noche se mece en graves cantos de sirena vigilante y el día se tuesta en arenas inmensas. Allí se desnuda uno de todo y se encuentra a sí mismo, tumbado ante el espejismo de sus anchas playas.

—Iré, Juan. Pero ¿y el pasaporte? ¿Y la salida? ¿Y el Instituto Español de Moneda Extranjera? ¿Y la Dirección General de Seguridad? ¿Y el visado francés? Todo eso son papeles y papeles, ventanillas y ventanillas, caras y caras, días y días. ¡Qué asco haber llegado a esta complicación en el mundo!, ¿verdad?

—Así no iría yo a ninguna parte; afortunadamente, para la audacia no hay guardias ni fronteras, Darío. Iremos sin un solo papel.

Y fuimos los dos, él y yo, pero yo bastante oscurecido por él.

Quiberon, 15 de agosto de 1949.



DARÍO FERNÁNDEZ FLÓREZ. (Valladolid, 1909 - Madrid, 1977) Narrador español. Perteneciente a la generación de posguerra, se convirtió en un autor de éxitos populares en los que retrató la sociedad madrileña contemporánea. Al joven Darío, una desgracia adolescente le hizo perder una pierna, condicionando su etapa de formación, aliviada con frecuentes viajes por Europa. Escalonó los estudios desde los jesuitas de Burgos a la universidad de Grenoble. En Madrid cursó Derecho y Letras, dirigiendo la revista universitaria *Cuadernos*. Sus primeras novelas respiran aquel ambiente cosmopolita de entreguerras: *Inquietud* (1931) y *Maëlström* (1932). Más tarde, los destrozos de la contienda, que pasó recluido en Madrid, rebajaron su ambición al retrato más pedestre del entorno, aunque sin renunciar a cierto pujo intelectual. Luego sería uno de los felones («el pseudoescritor Darío Flórez») que denuncian a su compañero de facultad Julián Marías, provocando su detención y presidio en 1939. Lo cuenta Javier Marías en *Tu rostro mañana*. Enrolado en el ministerio de Propaganda, como director de ediciones, compartió unas cuantas sinecuras de menor cuantía con el próspero negocio avícola de una granja de pollos y ponedoras en Torrelodones.

En la posguerra trabajó para la Vicesecretaría de Educación Popular de la Falange. Ese empleo en la propaganda propició una secuencia de libros y breviarios que alcanzan desde los cantares de gesta hasta la huella hispana en los Estados Unidos. También menudeó antologías de clásicos para las ediciones azules, que tenía bajo su control. *Zarabanda* (1944) se anunció como apertura de un ciclo sin continuidad. Novela de estructura compleja, mezcla cartas y diálogos en un relato que enlaza con

la novela deshumanizada y maneja su experiencia en los medios estudiantiles españoles pensionados en Europa para subrayar la brecha cultural. En el ministerio y en la radio, Darío Fernández-Flórez vivaqueó durante más de una década, hasta el ascenso a ministro en 1951 de Arias-Salgado, que nunca le perdonaría el escándalo precedente de su novela *Lola, espejo oscuro*.

Los censores eclesiásticos se hacían cruces ante aquella manga ancha con un plato tan fuerte para la estricta dieta del Régimen. Pero él sabía en qué cestas había que poner los huevos. Los censores de sus libros eran subalternos, como Leopoldo Panero o Valentín García Yebra, mientras él perseguía con ferocidad a los notables, como Baroja, que trataban de ir sacando a flote su obra. Pérez-Embido (1918-1974) puso veto al libro en los cincuenta hasta la llegada de Fraga. *Lola* había quedado finalista del Nadal que ganó el leonés José Suárez Carreño. *Lola, espejo oscuro* encaja en la tendencia neopicaresca que prospera esos años (Cela, Sebastián Juan Arbó, Sánchez Ferlosio) y cultiva el parentesco con la Pícaro Justina. Su relato recoge la confidencia de una prostituta que desnuda la corrupción del Madrid de los cuarenta, «entregado a la codicia y a una lujuria vergonzantes».

Después de *Lola, espejo oscuro*, Darío Fernández-Flórez hizo la travesía de los cincuenta con varias novelas, algunas colecciones narrativas y la autobiografía fantasiosa *Memorias de un señorito* (1956), pero sin alcanzar ya su éxito. *Frontera* (1953) dibuja la angustia de los exiliados ante la barrera de los Pirineos. El relato se asfixia en elucubraciones y celajes, que apenas alivia la frescura del paisaje. Personajes y episodios aparecen tintados con brocha inclemente. *Alta costura* (1954) aliña con moralina un testimonio expresionista que desvela las máscaras de la moda. El fracaso comercial de *Los tres maridos burlados* (1957) y de la donjuanesca *Yo estoy dentro* (1961) conduce al autor a una década de silencio. Lo rompe diez años más tarde resucitando a la protagonista de su éxito: *Nuevos lances y picardías de Lola, espejo oscuro* (1971), donde utiliza el recurso de la transcripción magnetofónica (presente entonces en novelas de Delibes y Torbado) para enlazar nueve relatos; *Asesinato de Lola, espejo oscuro* (1973); y *Memorias secretas de Lola, espejo oscuro* (1978). También trata de reconciliarse en las postrimerías con su linaje liberal. Pero sus nuevas *Lolas* ya no escandalizan a nadie.

Notas

[1] En algún libro de saber he visto yo que se ponen estas cositas aquí abajo para aclarar algo. Pongo ésta para que se vea que sé hacer bien las cosas y para decir que en lugar de «se ha meado», los niños de mejores familias decían «se ha hecho pipí». Los míos eran del «meado». (Lola.). <<